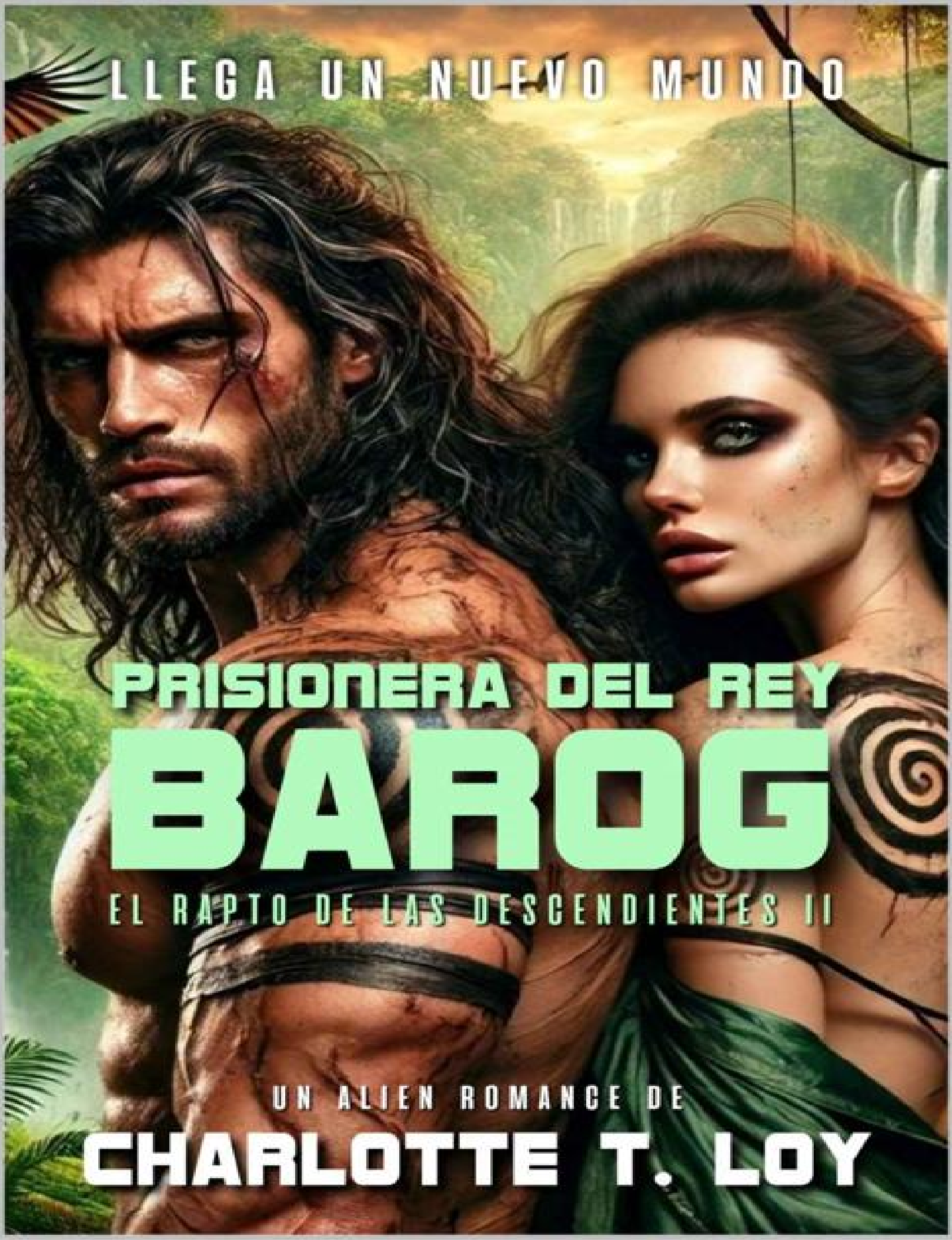
LLEGA UN NUEVO MUNDO
PRISIONERA DEL REY
BAROG
EL RAPTO DE LAS DESCENDIENTES II
UN ALIEN ROMANCE DE
CHARLOTTE T. LOY

Copyright © 2025 Charlotte T. Loy

Código de registro safecreative: 2503131156144

Todos los derechos reservados.

Los personajes y sucesos que aparecen en este libro son ficticios. Todo parecido con personas reales, vivas o muertas, es mera coincidencia y no intencionado por la autora.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna y por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo de la autora.

Imagen de portada: Charlotte T. Loy
Ilustraciones: Charlotte T. Loy

A mi marido, mi compañero de vida, mi amor verdadero, mi hoa uhane. Contigo me marcharía a explorar Nemea y cualquier otro mundo. Quién sabe…, puede que algún día hagamos las maletas y nos dejemos llevar.

PRISIONERA DEL REY BAROG

EL RAPTO DE LAS DESCENDIENTES II

CHARLOTTE T. LOY

1 el desconocido
TINA

Manhattan, Nueva York, hace varias semanas

Caminaba deprisa, como hacía desde que Emi y Shauna habían desaparecido, o sea, desde el día en que algún hijo de puta se llevó a mis mejores amigas y mi vida se fue a la mierda. Ya podía cuidarse mucho de que lo pillaran… Cuando atrapasen a ese cabrón, iba a obligar a mi padre a que utilizara sus influencias para algo más que para sus malditos negocios turbios. Quería a ese tipo, o tipos, descuartizados… literalmente.

Pensar que, en ese mismo instante, podrían estar haciéndoles toda clase de barbaridades… Que, mientras yo escuchaba a la señorita Dawson soltarnos uno de sus rollos sobre amebas, ballenas o lo que fuese, alguien estuviera violándolas o maltratándolas me revolvía el estómago.

¿Para qué coño servía pertenecer a una de las familias más poderosas e influyentes de Manhattan si no podía ayudar a mis amigas? ¿Solo para pasearme por los hoteles más caros y las salas VIP de los aeropuertos, entre otras gilipolleces?

Mi afición a los documentales sobre asesinos en serie tampoco es que me ayudara a tranquilizarme, pero seguro que me proporcionaban alguna idea útil.

Los ojos empezaron a escocerme. Me los restregué con rabia.

«¡No llores, joder! No es como si estuvieran muertas», me recriminé. «En cuanto llegue a casa, papá me va a oír. Le obligaré a llamar a ese amigo suyo del FBI, el que me mira el culo cada vez que viene a una de nuestras fiestas. ¡Alguien tiene que hacer algo!».

Aceleré el paso. La lluvia había cesado, pero los nubarrones dejaban claro que la tregua iba a durar poco. Además, estaba anocheciendo, y aunque jamás había tenido miedo de nada ni de

nadie, tampoco era estúpida. No me apetecía acabar engrosando la lista de las desaparecidas.

Llegaría a casa, me metería en la bañera que, a buen seguro, Fermina ya me estaba preparando, y cenaría unas tostadas con caviar y ese salmón ahumado importado de Escocia que mi madre encargaba. Era una de sus muchas excentricidades; pero, oye, no iba a ser yo la que no se aprovechara de ello.

Tenía que acabar el trabajo sobre los grandes depredadores del planeta para la clase de la señorita Dawson. La pobre era maja, sabía mucho de biología y se esforzaba un montón. Pero no nos engañemos: nadie había vuelto a verla como una profesora seria desde que casi le amputa un pie a Valery con una grapadora. ¡Aquello fue muy épico! Contuve una carcajada al recordarlo.

—¿A dónde vas con tanta prisa, belleza?

—¿Me hablas a mí? —dije dándome la vuelta hacia esa misteriosa voz.

—¿Y a quién si no? No corren más diosas por esta calle, que yo sepa.

Enarqué una ceja. Al menos, el tipo tenía labia, aunque de esos no te podías fiar ni un pelo. Acostumbraban a ser los peores.

«Todos los hombres tienen una cola que los domina, Tiny. Y los que adulan tu belleza solo quieren una cosa», solía repetirme mi abuela hasta la saciedad. ¡Como si no lo hubiera ya aprendido desde que era una mocosa! Lo que no sabía ella era que, por fortuna, Dios nos había dotado de armas secretas para controlar esa cola. Nada era más peligroso y, al mismo tiempo, manipulable que un hombre cachondo.

Me aproximé lentamente al desconocido. Sabía que era un error y que estaba infringiendo la primera regla básica que toda mujer debe cumplir a rajatabla, y que cualquier niño de primaria tiene bien aprendida: no hablar con extraños ni, mucho menos, acercarse a ellos.

Pero aquella voz… Grave, poderosa, seductora. Podía imaginar el carácter y la fuerza que debían de acompañar a una voz así. Tenía que verlo con mis propios ojos, comprobar el revestimiento de esa voz autoritaria y sensual.

Además, yo no acostumbraba a hacer lo que se debía, sino que, más bien, me gustaba saltarme todas las normas… tantas veces como me era posible. No eran para mí, así de simple.

Siempre había sido rebelde y curiosa. Y ya sabéis que la curiosidad mató al gato…, gata, en este caso. Pero que fuera curiosa e indomable no significaba que fuese idiota. También era prudente y solía medir bien hasta dónde podía llegar, así como los peligros que acechaban a mi alrededor. Menos ese.

Ese peligro no lo vi venir.

Es el problema que tenemos la gente que hemos nacido con demasiada suerte; que lo hemos tenido siempre todo; y que nadie nos ha negado nada. La gente que hemos vivido entre comodidades y algodones, creyéndonos intocables, invencibles.

A algunos eso les importa una mierda… y atacan sin piedad.

Tras varios pasos en su dirección, empecé a adivinar un cuerpo grande y musculoso, unas manos fuertes, enlazadas sobre unos muslos gruesos, enfundados en unos vaqueros desgastados. Las piernas cruzadas a la altura de los tobillos. El rostro permanecía aún medio en penumbra, así que avancé un poco más.

En cuanto sus facciones, marcadas y varoniles, se dibujaron ante mí, me detuve. Me encontraba a tan solo un metro de distancia de ese desconocido.

—¿Te sientas conmigo?

—Aquí estoy bien.

Su risa, suave y oscura, flotó hacia mí, envolviéndome.

—Acércate un poco más, quiero verte mejor.

El cuento de la Caperucita Roja acudió a mi mente. No pude evitar sonreír.

—Mira, ya soy mayorcita y no tengo tiempo para tonterías. Llego tarde, así que… suerte con la siguiente *belleza* que pase por aquí.

Cambió de posición mientras su risa fluctuaba de nuevo. Con el movimiento, un aroma a frutas tropicales se coló en mi nariz y me hizo cosquillas en el paladar. Extendió los brazos sobre el respaldo del banco y se recostó un poco más hacia atrás, como si estuviera

sentado en un maldito trono, el muy prepotente. Como si fuera el puto rey del mundo.

—Tienes alma de reina.

Solté una carcajada. Los aduladores no me impresionaban lo más mínimo. Había tenido que tratar con ellos durante toda la vida. Pero ese en concreto… Ese me provocaba un revoloteo en el estómago cada vez que hablaba.

Siempre había sido mucho de voces. Me refiero a que, por muy bueno que estuviera un hombre y muy hermoso que fuera el envoltorio, si la voz fallaba, adiós muy buenas. Emi me decía que era demasiado exigente, y tal vez tuviese razón. Pero la voz de un hombre… es capaz de alzarte hasta el paraíso mismo.

Me aproximé un par de pasos más en el momento en que un coche cruzaba la calle detrás de mí. Cuando los faros iluminaron el rostro del desconocido, el corazón se me aceleró. El rostro perfecto para acompañar a esa voz increíble.

«Demasiado apuesto. Demasiado perturbador».

Sus facciones parecían esculpidas a conciencia para provocar infartos a chicas imprudentes como yo. El cabello castaño le rozaba los hombros. La mandíbula estaba ensombrecida por una barba incipiente. Los ojos eran todo un espectáculo. Oscuros como la noche que pronto caería sobre esa parte del mundo, aunque uno era levemente más claro que el otro.

Desde tan corta distancia, me di cuenta de que era incluso más musculoso y grande de lo que había captado al principio. Para redondear a aquel hombre escultural, un inquietante tatuaje asomaba en uno de sus brazos bajo la camisa negra arremangada, y otro en su torso, por la abertura del pecho.

«Vale, ya puedes largarte de aquí cagando leches».

Había aprendido a desconfiar de los hombres demasiado guapos. Aquel era el rey de todos ellos.

—¿Cómo te llamas, belleza?

—Verás, no suelo dar mi nombre a tipos siniestros que me abordan por la calle.

—¿Te parezco siniestro? Y yo que creía que me estaba esforzando por parecer encantador. —Soltó una carcajada que me

heló la sangre. Fue como un redoble de tambores en cada rincón de mi cuerpo.

—No, si todo este rollo misterioso mola mucho, pero no va conmigo.

—¿Y qué va contigo…, Tina?

«Un momento, ¿cómo coño sabe mi nombre?».

Retrocedí mientras él se inclinaba hacia delante. Hacia mí.

—Oye, no sé de qué va esto, pero no tiene ni puta gracia. Así que me largo.

—Antes he oído cómo te despedías de alguien en la universidad, eso es todo. Por eso sé tu nombre.

—¿Y eso debería tranquilizarme?

—Estaba recogiendo a un amigo. Te he visto salir y me he fijado en ti. Mirar a una chica guapa no es delito por aquí, ¿verdad? —dijo esbozando media sonrisa cautivadora, que no me hubiera importado borrar de un bofetón. Lo insólito de su pregunta fue que, por un instante, tuve la sensación de que dudaba.

Entonces, empezó a ponerse en pie.

Cuando desplegó toda su altura, el corazón me dio un vuelco. Era muy alto. Demasiado, hasta para mí. Yo no era bajita precisamente, y muchos hombres se sentían un poco amenazados, sobre todo, cuando lucía aquellos tacones granates de infarto. Pero mi metro setenta y dos se quedaba muy corto al lado de ese portento que superaba fácilmente el metro noventa de estatura. Y eso todavía complicaba más las cosas, ya que siempre me habían atraído los hombres altos y grandes.

Ese tío cumplía todos los requisitos, por no hablar de sus ojos… Ahora que nos encontrábamos más cerca el uno del otro, me fijé en que el derecho tenía una mota clara en un extremo del iris. Aquello le daba un aire exótico y aún más atractivo. ¡Todo él era atractivo de la hostia! Sin embargo, también rezumaba peligro y problemas por cada poro de esa piel suya bronceada. Uno de esos bronceados de los hombres que se pasan el día surfeando o haciendo safaris, no de salón de rayos uva.

—Mientras solo sea mirar, no creo que tengas demasiados problemas. Pero me da a mí que un tipo como tú no se conforma

con mirar.

Otra vez esa risa oscura y turbadora. Sentí un escalofrío, además de la convicción de que aquel encuentro no era casual. La universidad quedaba ya a un par de manzanas; así que, si me había visto allí, no me cabía duda de que me había seguido. La pregunta del millón era… ¿por qué?

—¿Me aceptarías una copa?

—No bebo.

—¿Un paseo entonces a la luz de la luna? Es hermosa. Solitaria pero hermosa.

Alcé una ceja. A medida que hablaba, me di cuenta de que tenía un acento suave pero extraño. No era de por aquí.

—¿Y dónde está tu amigo? Ese al que habías ido a buscar a mi universidad.

—Oh, ha ido a hacer un recado para mí, no tardará en llegar.

—¿Tus amigos suelen hacerte los recados?

Bajó un momento la mirada y, cuando la alzó de nuevo, tenía un brillo llameante y poderoso.

—Todo el mundo hace recados para mí. De hecho, mis… *amigos* se mueren siempre por complacerme.

Nos quedamos mirando en silencio durante unos segundos. Si estaba esperando que yo le *complaciera* como todos esos amigos suyos de los que hablaba, iba a llevarse una gran desilusión. Yo existía para que la gente me satisficiese e hiciera lo que yo quisiera, no al revés. Me hubiera encantado demostrárselo y bajarle los humos, pero algo me decía que, en esta ocasión, quizá yo no tenía las de ganar. Mejor retirarse a tiempo y con la cabeza bien alta.

—Ya, oye, esta charla ha sido… interesante. Pero yo me largo. Que pases una feliz tarde y todo eso.

Me di la vuelta, dispuesta a marcharme y romper el encantamiento que ese hombre había lanzado sobre mí.

Además, acababa de cortar con mi novio y ahora mismo lo que menos me apetecía era meter a otro hombre en mi vida. Mi ex se había portado como un cabronazo, y no paraba de llamarme para pedirme perdón a todas horas y rogarme que volviéramos. Patético, la verdad. ¡No iba a volver con él ni loca! Si un hombre te engaña

una vez, es culpa suya. Si te engaña de nuevo, es culpa tuya. El muy imbécil se creía que, porque estudiaba en Yale y heredaría el imperio empresarial de su papaíto, yo iba a caer rendida a sus pies y a permitirle todas sus infidelidades.

No me había alejado ni dos pasos cuando el desconocido me atrapó por la cintura y me retuvo, acercándome a su cuerpo. Ni siquiera había percibido el movimiento. Su brazo se cerraba en torno a mí como un cepo de acero. Ese olor a frutas tropicales se intensificó mientras se pegaba a mi trasero y ronroneaba.

—Mmmm… Hueles de maravilla.

—Yo que tú me soltaría enseguida, salvo que quieras que me ponga a chillar y monte una buena escenita. Créeme, es algo que he hecho otras veces y se me da muy bien.

Sus dedos rozaron los míos. Aparté la mano.

—¿Te he mencionado ya que serías una reina estupenda? Tienes el temple y la altivez necesarios, no me cabe duda. Y con esta melena… —Pasó el dorso de la mano por mi cabello, rozándome la mejilla. Una corriente eléctrica me atravesó de arriba abajo.

«¿Quién coño se cree que es este chulito? ¿Acaso piensa que así va a impresionarme?».

—Tienes tres segundos para soltarme. Lo digo muy en serio.

—Es una pena. Con lo bien que nos *vamos* a llevar…

Me estremecí, consciente de sus palabras. No había dicho "que nos llevaríamos", sino "que nos vamos a llevar". Esa afirmación me hizo ponerme aún más en alerta.

Me soltó con suavidad, acariciando mi brazo mientras se apartaba de mí. Me alejé varios pasos bruscamente.

—Ese ha sido un movimiento arriesgado.

—Ha valido la pena. Me he impregnado de tu aroma y ahora podría seguir tu rastro en cualquier parte. *Cualquier*… parte. —Entornó los ojos e inspiró con fuerza, ensanchando las aletas de la nariz—. Canela y miel dulce y bizcocho de arándanos. Mmmm… —ronroneó nuevamente.

Abrí mucho los ojos, aferrando mi bolso con fuerza para contener el cúmulo de sensaciones que el roce de ese hombre me había causado.

—No lo creo. Es J'adore L'Or de Dior.

Inspiró de nuevo, lentamente. Entonces, arqueó una ceja y sonrió. Una sonrisa salvaje en un rostro hambriento. Por primera vez en mucho tiempo, sentí miedo. Vale, y también algo de excitación. Esa clase de excitación que te remueve cuando te asomas a un precipicio y sabes que, si te cayeras, sería una muerte segura.

Se puso serio, metió las manos en los bolsillos y clavó sus ojos en los míos.

—Ten cuidado, Tina. No son tiempos para andar sola por ahí.

—¿Te crees que no lo sé? Dos de mis amigas han desaparecido. No necesito tus consejos.

Hizo una mueca indescifrable.

—Lo siento de veras. —Su voz gutural había descendido un par de notas—. Estoy seguro de que están bien. Y espero que pronto… podáis reuniros de nuevo.

Tuve la desagradable sensación de que medía sus palabras.

—Gracias, supongo.

—Entonces, nos veremos por ahí… algún día.

—O nunca. —Soné más desafiante de lo que pretendía.

Por un instante, pensar en que jamás volvería a ver a ese hombre apuesto y enigmático me dolió.

Suspiró.

—¿No quieres saber mi nombre? Sería lo justo, puesto que yo sé el tuyo.

Reflexioné un instante.

—No, gracias. Prefiero que sigas siendo un perfecto desconocido.

Suspiró de nuevo, esta vez con un toque de melancolía.

—En otro momento, entonces. Me lo preguntarás cuando desees saberlo y… conocerme. —Alzó el rostro un poco, en un gesto que me pareció al mismo tiempo herido y provocador.

—Claro, quién sabe lo que nos depara el futuro.

—Hazme un favor, ¿quieres?

—Depende de cuál sea ese favor. No suelo ir haciendo favores por ahí, y mucho menos a hombres a los que no conozco.

Él ignoró mi comentario.

—Si alguna vez volvemos a encontrarnos, no pienses lo peor de mí.

—¿Y eso qué significa?

—Tú solo dime que me darás el beneficio de la duda. Porque las cosas no siempre son lo que parecen.

—¿Quieres decir que no eres un hombre arrogante y siniestro que aborda a las chicas por la calle?

Curvó los labios, carnosos y canallas, en una sonrisa, esta vez amarga y hermosa al mismo tiempo. No pude evitar sonreír también, como una boba.

—Exactamente eso, sí.

—Lo intentaré, aunque no te prometo nada. Todo esto ha sido demasiado inquietante.

—Cuídate, Tina. Ha sido un verdadero placer. Hasta la próxima.

Y tras pronunciar esas últimas palabras, se alejó a paso lento pero firme. Tenía un modo de caminar peculiar, balanceándose un poco a cada lado a medida que avanzaba. Me recordó los andares de los grandes depredadores de los videos que la profesora Dawson nos hacía ver tan a menudo en clase.

Algo me oprimió el pecho mientras se perdía en las sombras del anochecer.

—Hasta la próxima, quienquiera que seas —murmuré.

Sin demorarme, me di la vuelta yo también y me apresuré en dirección opuesta. De pronto sentía la acuciante necesidad de llegar a casa y encerrarme dentro. No podía esperar a meterme en el agua caliente y, quizás, pensar en ese apuesto hombre.

Me había llamado "belleza" y "reina". Me habían llamado muchas cosas bonitas a lo largo de mi vida, no era ningún misterio que era guapa. Pero nunca de ese modo, arrastrando las sílabas como si las palabras no fueran más que jadeos. Jamás con una voz tan profunda que sacudía mis entrañas.

Abandoné la calle principal y me interné en el callejón que enlazaba con mi casa. El bolso me pesaba, no debería haber cogido tantos libros prestados de la biblioteca. Me detuve en el último semáforo, a pocos metros de la portería de mi edificio.

Mi mente evocó de nuevo el rostro de ese desconocido que, en apenas unos minutos, me había desestabilizado por completo. Nadie en toda mi vida me había alterado tanto. De hecho, yo alteraba a la gente, no al revés.

Sentía la necesidad imperiosa de asomarme otra vez al abismo de esos ojos penetrantes, que prometían un sinfín de aventuras y placeres. Quería averiguar si esa mota en su iris era realmente verde; pasar la yema de los dedos por su mandíbula, cincelada a conciencia; descubrir qué dibujos se ocultaban en su piel…

El semáforo de los peatones cambió de color y me dispuse a cruzar, pero no di ni un paso.

Algo húmedo y ácido me tapó la nariz y la boca con fuerza. La tela se me coló en la garganta mientras percibía un cuerpo enorme detrás de mí.

Mi último pensamiento antes de desvanecerme fue para Emi y Shauna. Quizás ellas habían pasado por lo mismo antes de desaparecer.

2 UNA PREGUNTA INDISCRETA
CALLIE

La jungla, Nemea, en la actualidad

«Menuda putada».

Justo cuando había decidido perdonar a Daryos, apartar de mi mente todo lo terrible que había ocurrido hasta el momento y dejarme llevar por lo que sentía por él, entonces lo habían herido y capturado. Acababa de reconocer que le amaba, y ya nos habían separado de la peor manera posible. Estaba muy preocupada. Tanto, que el estómago me dolía un montón y apenas podía respirar.

Y eso de *hoa uhane*… Pensar en que él llevaba tiempo llamándome su "alma gemela", y yo venga a rechazarlo e insultarlo… Y ahora estaba herido, a buen seguro, en una de esas horribles mazmorras. La angustia me carcomía, y le echaba muchísimo de menos.

«Pues parece que el tarado ese me ha calado hondo. ¡Como le pase algo, me muero!». Por un lado, literalmente, porque dudaba mucho que fuera capaz de sobrevivir sin él en esa jungla peligrosa, plagada de animales gigantescos o venenosos, piñas asesinas y a saber qué otras cosas "fascinantes". En ese maldito planeta había una trampa mortal en cada rincón. Y, por el otro…, porque ya no podía vivir sin mi barog, así de simple.

«Me he vuelto gilipollas del todo. ¡Mira que enamorarme de ese animal!», me recriminé, pero aquello ya no tenía solución.

Aunque era cierto que Daryos seguía siendo un alien inmenso, medio humano-medio barog, tenía el corazón más grande y bondadoso con el que me había topado jamás. Como soy muy cabezota, no me había dado la gana de admitirlo hasta ahora. A ver, que él tampoco era un angelito, ¿eh? No olvidemos que, por su culpa, pasaría mi larga existencia en este planeta, que parecía un

parque temático para grandes aventureros y friquis de la adrenalina. Y no nos engañemos, de aventurera yo tenía poco.

En resumen: el muy capullo había logrado enamorarme no una, sino dos veces.

«¡Hay que ser idiota para dejarse embaucar así!».

Como ya he dicho, tenía un corazón enorme en ese pecho gigantesco de bestia de la jungla. ¡Y eso no era lo único que tenía grande! Había llegado a la conclusión de que, ya fuera en su forma barog o en la humana, ese chiflado me volvía loca.

Me había resistido a él con uñas y dientes por razones obvias. ¡No iba a lanzarme a sus brazos a la primera de cambio! ¡Con todo lo que me había hecho pasar, el muy capullo! Pero él me había conquistado día tras día, porque a insistente y pesadito no le ganaba nadie, ni en Nemea ni en la Tierra.

El tío era un pelmazo de manual… con los ojos más hermosos del universo, además de un hombre atento, cariñoso, apasionado, bueno…

«Vale, para ya. ¡Sí que te ha dado fuerte! Estás bien jodida».

—¿Necesitas un descanso, Callie? —La voz de Xioh me sacó de mis patéticas cavilaciones y me devolvió a la cruda realidad.

—No, estoy bien.

—¿Estás segura? Porque vas arrastrando los pies desde hace un buen rato —soltó Lansh, arrancando una baya morada de uno de los arbustos que flanqueaban el estrecho sendero.

—A ver, hoy le he declarado mi amor a un monstruo alienígena después de…, ya sabéis…, unas cuantas veces. ¿Qué más? ¡Ah, sí! Casi me mata una piña mutante asesina. Luego, como si eso no hubiera sido suficiente, nos han atacado. Se han llevado a mi nuevo y "flamante novio" y a su mejor amigo a algún lugar espeluznante. Y, para acabar de redondear esta "maravillosa" experiencia "nemeniana", he huido por la selva —solté, un poco desquiciada, lo reconozco.

—¡Ah!, y no olvides añadir a esa lista de desgracias que llevas un buen rato hablando sola —dijo Lansh sin mirarme.

Acto seguido, mordió el fruto. Escuché la explosión que causó en su boca.

Le lancé una mirada de odio.

—Vamos a parar —decidió Xioh.

Se detuvo y dejó la alforja en el suelo. El arco, por el contrario, lo mantuvo a la espalda. Supongo que quería permanecer armado por si nos atacaban esos indeseables, lo cual era muy inteligente por su parte.

—He dicho que estoy bien —dije cabreada. Tanto macho mandón me sacaba de quicio.

A ver, que eran superamables y superconsiderados, pero Enzo seguía abandonado bajo una red, y mi amorcito y su amigo podrían estar siendo torturados en ese mismo instante. ¡Qué importaba si yo caminaba o me arrastraba por la jungla!

—Anda, siéntate un rato. —Le obedecí, puesto que no parecía que fuera a dar su brazo a torcer—. Bebe un poco de agua.

Nada más poner el culo en el suelo, me di cuenta de que las emociones estaban haciendo mella en mí. Tenía más ganas de llorar que en toda mi vida y, aunque los amigotes de Daryos eran la hostia, sin él me sentía muy desamparada.

«Lo que tú tienes es un síndrome de Estocolmo como la copa de un pino».

Me tendió una especie de cantimplora de piel y la cogí.

—Qué manía tenéis todos con que beba, joder. ¡Ni que tuviera tres años!

Me amorré a la cantimplora y bebí como si no lo hubiera hecho en meses. Realmente, lo necesitaba. Estaba sedienta, pero no iba a reconocerlo. Ante todo, había que mantener la dignidad…, si es que todavía me quedaba un poco de eso.

Lansh desapareció de mi vista durante unos segundos y reapareció enseguida con las manos repletas de bayas coloridas. Sin mediar palabra, se sentó junto a mí y me las ofreció.

—¿Cuál me recomiendas? —pregunté inspeccionándolas.

—Todas están deliciosas. Mi preferida es esta de color púrpura. Es como tener un capullo en la boca, suave y palpitante. Y cuando revienta en tu lengua, es… ¡mmmm! —Sus ojillos color lima brillaron traviesos.

Lo miré perpleja.

Xioh cerró los ojos y negó con la cabeza. Su melena castaña con reflejos rojizos resplandeció bajo los rayos del sol que se colaban entre la vegetación.

—¿Acabas de compararla con lo que creo? —pregunté, mordiendo una de esas. Sabía a gloria.

—¡Por supuesto! ¿Acaso hay algo mejor en este mundo que meterse en la boca una…?

—Para ya, Lansh. Vas a asustarla todavía más de lo que ya está.

—¡Eh, chaval, yo no estoy asustada! Lo que estoy es la hostia de preocupada.

—¿Te das cuenta, amor mío? Callie no se escandaliza con facilidad. ¿No ves que se ha apareado con Daryos? Y ya sabemos que es el barog más fogoso y deseado de todo Nemea. Porque cuando…

—Vale, vale, rubiales. No quiero saberlo, que se me va a indigestar la fruta esta. —Agité una mano en lo alto para alejar de mí lo que sea que estuviera a punto de decir.

Xioh se sentó frente a nosotros, mientras los otros tres barogs que nos acompañaban iban a aliviar sus necesidades tras una de las palmeras.

—Verás, Calista…

—Eh, de Calista nada. No sé por qué coño mi barog te ha dado ese nombre, pero está reservado a la familia, ¿lo pillas?

Me miró entre asombrado y divertido.

—Pues eso. Xioh y Xerx son primos de Daryos, lejanos, pero cuenta igual. Y yo soy el novio de Xioh, así que tú y yo somos familia, preciosa.

—No sé yo si eso me convence… —dije cogiendo otra de esas bayas del montoncito que Lansh había dejado ante nosotros en el suelo.

Xioh bebió un trago de agua y empezó a pelar un mango enorme mientras Lansh lo observaba. Sus miradas se encontraron y se dedicaron una sonrisa de complicidad el uno al otro.

—Así que hay barogs gays —solté sin pensarlo.

—¿Lo dudabas?

—La verdad, no había tenido tiempo de planteármelo. He estado demasiado ocupada desde que llegué aquí.

Ambos soltaron una carcajada. La de Lansh, estridente y escandalosa, clara como un río cristalino rugiendo desde la montaña. La de Xioh, grave y aterciopelada, que me recordó un poco a la de mi barog buenorro.

Me estremecí al visualizar la flecha clavada en el hombro de Daryos.

—¿Y qué opinas?

Intenté reponerme y concentrarme en la conversación.

—Que es un alivio, joder. Tanto barog persiguiendo humanas me provocaba ganas de vomitar.

Intercambiaron de nuevo una mirada.

—Es una buena apreciación —soltó Xioh, el sanador, sin más.

—Pues sí, amor mío. Por fin alguien que nos comprende en esta jungla llena de neandertales —soltó el barog rubiales.

Abrí mucho los ojos, conteniendo la risa. Porque esos dos eran tan inmensos y terroríficos como cualquiera de sus congéneres. O sea, que tenían el mismo aspecto de neandertal recién salido de la cueva.

—Bebe un poco de agua de coco, Callie. Te dará energías. Después de rescatar a Enzo, todavía nos quedará por delante una larga caminata hacia las cuevas del norte —explicó Xioh.

—¿Allí es donde os ocultáis los rebeldes?

—Es nuestro refugio cuando las cosas se tuercen un poco. Nos reagruparemos, e iremos a rescatar a Daryos y a mi hermano —continuó.

—Estoy muy angustiada. Justo cuando empezábamos a entendernos…

—Claro, es comprensible, mujer, ¡con las ganas que debes de tener de montar a ese príncipe como una loca!

Me atraganté con un sorbo.

—Ya estamos otra vez. A ver, ¿podrías darle, por una vez en tu vida, una conversación normal a alguien, Lansh? —protestó Xioh.

—Tú disimula, pervertido. Con lo que te gusta a ti follar conmigo.

—Pero no por eso lo voy gritando a los cuatro vientos. Deja ya de incomodarla. ¡Es su *hoa uhane*, por los dioses del manantial! Merece todo nuestro respeto.

—Siento mucho si te he incomodado, Callie. Por estas tierras, disfrutar de tu pareja de vida es lo más natural del mundo.

Hice un gesto para quitarle importancia.

—Me parece bien. En la Tierra también, solo que yo no voy aireando mi intimidad por ahí.

—¿No hablabas de ello con tus amigas?

—Bueno…, con una sí. Mi mejor amiga, Lorna. Siempre me acababa sonsacando los detalles más escabrosos, aunque nada comparado con las acrobacias que ella ponía en práctica con su novio.

Suspiré. La vida en Nemea era tan intensa que apenas me quedaba tiempo para pensar en Lorna entre los secuestros, las cacerías brutales y los barogs descomunales persiguiéndome por una cosa u otra. Pero la echaba terriblemente de menos.

—Siento mucho que te hayamos separado de tu hogar, Callie —dijo Xioh. Había sinceridad en sus ojos.

—No es culpa tuya. Al menos, vosotros estáis intentando cambiar las cosas para que tengamos todas una vida más digna.

—Son unos animales, y Cyrus el peor de todos. ¡Mira que marcaros a fuego! —soltó Lansh con rabia. Sus ojos llamearon de odio.

—Dejemos ese tema. No creo que a Callie le apetezca recordarlo.

—Fue duro, no os lo negaré, aunque fue mucho peor la cacería. Jamás había pasado tanto miedo. Cuando ese rey hijo de puta me estaba persiguiendo…, creí que sería el fin.

—Pero D te encontró. Os unisteis en suelo sagrado, os declarasteis amor eterno y ahora estáis vinculados, bajo la bendición de los dioses del manantial. ¿¡No es maravilloso!? —dijo Lansh, aplaudiendo con entusiasmo. Parecía muy contento por nosotros.

Tenía la impresión de que aquel barog hacía una fiesta de cualquier cosa.

Resoplé.

—Algo así. Digamos que no fue tan idílico como lo pintas, pero supongo que el final es lo que cuenta.

—Y ahora estás emparejada con el barog más buenorro de todo Nemea. ¡Menudo polvazo tiene el tío!

Volví a atragantarme. A este paso, acabaría ahogándome con un bocado de baya o un triste sorbo de agua de coco.

—En eso debo darte la razón. Mi barog es magnífico.

El rubiales miró de reojo a Xioh, que estaba concentrado en partir una piña en trozos pequeños. Entonces, me lanzó a mí una mirada pícara.

—¿Puedo hacerte una preguntita? —Su tono era inocente, aunque yo intuía lo que vendría. Asentí—. ¿Cómo es el príncipe en la cama? —dijo bajando la voz hasta convertirla en un susurro culpable.

Me reí. Al menos, esa conversación me distraía un poco y me alejaba de la angustia y los problemas.

—¿Otra vez con eso, Lansh? —El sanador puso los ojos en blanco—. Ha sido una impertinencia por tu parte.

—Amor mío, ya sabes que siempre he sentido curiosidad. Con esa polla enorme y juguetona que tiene, es imposible no preguntárselo. Y no lo niegues: tú también querías saberlo cuando éramos más jóvenes.

—Pero ahora somos dos machos adultos hablando con su alma gemela, Lansh. ¿En serio crees que ella va a contestarte?

—No veo por qué no. Es la primera a quien puedo preguntárselo, porque las *aninfs* son casi mudas, aparte de idiotas.

Sentí una presión en el pecho.

—No deberías haber dicho eso —le recriminó Xioh, mirándome de reojo, alarmado.

—Dime que Daryos te ha hablado de sus encuentros esporádicos con las *aninfs*… —Lansh parecía realmente arrepentido de haber soltado aquella información.

—Sí, me habló de ellas. El muy tarado me lo cuenta todo —dije resoplando—. Pero… ¿cómo de esporádicos eran esos encuentros?

Intercambiaron miradas.

—Eso… Nosotros no… Mejor no vamos a meternos donde no nos llaman.

—"Maravilloso". Ahora no podré dejar de pensar en ellas.

—Daryos está loco por ti. Eres su pareja de vida y no tienes que preocuparte por las *aninfs* en absoluto. Si te habló de ellas, ya sabes que los barogs las buscan para desahogarse, eso es todo. No hay nada más, ningún sentimiento ni vínculo, y cualquier contacto acaba definitivamente el día en que el barog se une a su humana.

—Eso me dijo.

Se abrió un pequeño silencio incómodo, que Lansh rompió enseguida.

—Entonces, ¿qué tal folla el príncipe?

Lo miré y se me escapó una sonrisa.

—¡Espectacular! Estar con él es una experiencia sublime. El tío es una máquina del sexo.

Lansh me miró con la boca abierta.

—Lo sabía. Te lo dije, Xioh.

—Por todos los rinos, Lansh, ¡deja ya ese tema!

—Todos los barogs gays suspirábamos por él y rezábamos a los dioses del manantial por que él también lo fuera o, por lo menos, que le gustara experimentar. No tuvimos esa suerte. —Soltó una risotada mientras se sujetaba el enorme abdomen.

Xioh se puso en pie de un salto y cogió sus cosas. Era muy atractivo, de un modo sobrio y extraño. Su hermano y él se parecían bastante, solo que Xerx era más reservado y con las facciones un poco más suaves.

Entonces, me miró alzando una ceja, entre divertido y avergonzado.

—Y este es mi novio, Callie. Ya ves con lo que tengo que lidiar.

Lansh se levantó también, corrió hacia él y se lanzó a abrazarlo. Forcejearon un poco y luego Xioh dejó que su novio le agarrara el rostro y le plantara un beso de película. Se devoraron la boca un rato mientras yo los observaba con los ojos como platos.

Lo correcto habría sido apartar la vista y darles un poco de intimidad, pero contemplar a aquellos dos barogs inmensos y

musculosos, con esas melenas espesas y salvajes, besarse de ese modo tan apasionado fue todo un espectáculo. Al separarse, se susurraron algo que no alcancé a oír y se regalaron una sonrisa el uno al otro.

Decidido: esos dos me caían de puta madre. Eran buena gente, tenían ideas modernas y, además, se notaba que se querían un montón.

De algún modo inexplicable, comenzaba a obviar los colmillos, las garras, la cola, y todo eso enorme y amenazante que había en cada barog. A ver, el atrezo seguía estando ahí, a plena vista, ante mis narices, solo que dejaba de ser importante. Me había empezado a ocurrir con Daryos, y ahora con ese par de barogs rebeldes y adelantados a su tiempo en Nemea. Su indiscutible humanidad hacía que no los viera distintos a cualquier otro hombre.

«Quién sabe, quizás hasta logre adaptarme a esta jungla al fin y al cabo». ¡Qué remedio me quedaba!

Xioh silbó para avisar a los otros barogs que nos acompañaban, y nos pusimos todos en marcha. Una humana al lado de cinco bestias de la jungla tenía su gracia. Y si todo salía según lo previsto, pronto se uniría un león al grupo.

3 VAMOS A POR ENZO
CALLIE

La jungla, Nemea, en la actualidad

Caminé en silencio un trecho, sorteando ramas y a esos animalillos extraños de grandes ojos y mirada inteligente, que correteaban por todas partes. Me había agenciado un palo para apartar las anchas hojas de un verde rabioso que cruzaban el sendero, dificultando nuestro avance.

Xioh y Lansh iban delante de mí, y los otros tres a mi espalda. Eran agradables, aunque mucho más discretos. Poco a poco, me iba acostumbrando a sus facciones terroríficas. Además, estaba con los buenos. ¡Los había encontrado! Más bien ellos me habían encontrado a mí. Si no, apuesto a que todavía seguiría dando tumbos por la selva buscando el maldito norte como una peonza.

«¿No podrían tener una simple brújula? Digo yo que no es un invento tan complicado, ¿verdad? ¡Ni que se tratara de tecnología punta! Y yo que pensaba que los alienígenas estarían más avanzados que nosotros… ¡Menuda decepción! Nada, que me ha tocado el planeta más atrasado del universo. ¡Qué suerte la mía!».

Por las miradas que Xioh le echaba al sol, a buen seguro, necesitaban tanto una brújula como podría necesitarla un lagarto o uno de esos bichitos tan graciosos.

—Toma —dijo el sanador, ralentizando el paso para ponerse a mi altura—. Te será más útil que ese palo.

Me tendió un cuchillo no demasiado largo, con la hoja plana y un poco ancha. Parecía un machete, pero más pequeño. Lo blandí ante mí un instante para comprobar su peso.

—¡Mola! Gracias.

—Ten cuidado. Aunque no lo parezca, está muy afilado. Ven, pruébalo aquí. —Me sujetó el brazo por la muñeca y me indicó cómo

realizar el movimiento.

Cuando el borde impactó con la hoja inmensa que nos barraba el paso, esta se partió limpiamente y cayó al suelo.

—¡Esto es genial!

—Sí, pero vigila a quién tienes cerca cuando lo balancees, ¿de acuerdo? No queremos accidentes.

Asentí mientras Lansh se unía a nosotros.

—Ves, apenas llevas aquí unas semanas y ya empiezas a adaptarte. Has nacido para esto, Calista.

Me giré y le apunté con el machete. Él retrocedió un paso y me mostró las palmas en señal pacífica mientras sonreía.

—¿Qué te he dicho sobre llamarme Calista?

—¡Es que es un nombre tan bonito! —dijo, juntando las manazas y alzando la vista al cielo. Era un tipo muy teatrero. Acababa de conocerlo y ya lo había calado.

Solté un bufido.

—Vale, te dejo por imposible. Vosotros los barogs sois duros de mollera.

Intercambiaron una mirada y ambos se encogieron de hombros.

—¿Qué has dicho?

—Que sois unos cabezotas y, cuando se os mete algo entre ceja y ceja, no hay quien os pare.

—Eso es cierto. Sobre todo tu amorcito, que a testarudez no le gana nadie.

—No me digas… No me había dado cuenta —dije con sarcasmo. Sin duda, lo conocían bien.

—Pero es un cachorrillo con un corazón enorme.

—Eso también, sí. El tío es pesado de cojones, pero al final no te queda más remedio que cogerle cariño.

Lansh se carcajeó y Xioh se rio también.

—Está claro que eres su *hoa uhane*. Estáis hechos el uno para el otro.

—Eso dice él todo el tiempo. Que si "amor", que si "te quiero con locura", que si "mi *hoa uhane*"… ¡Buff! Suerte que el muy tarado

está bueno, que si no… —dije mirando de reojo a Lansh, soltando una risilla malévola.

—No se lo pusiste fácil. Andaba como alma en pena. "¿Y si no me perdona jamás? ¿Y si no consigo que se enamore de mí? ¿Y si le repugno?". Nos dio la tabarra con eso, día tras día. Daba lástima.

—¿En serio? Así que era verdad que estaba desesperado. —Ahora la que soltó una carcajada fui yo—. Al pobre se lo hice pasar mal, pero tenía mis razones, ¿no creéis?

Se quedaron en silencio unos segundos, hasta que Xioh habló:

—Os secuestramos, os encerramos en una mazmorra y os marcamos a fuego. Después, os lanzamos a una cacería espeluznante. Sí, Callie, tenías motivos más que suficientes para odiarle durante toda tu existencia. El cabrón tiene mucha suerte de que lo hayas perdonado.

Lansh presionó con suavidad mi brazo.

—Bueno, no rememoremos recuerdos dolorosos. Dejemos el infierno atrás. Tomé la decisión de perdonarle y ahora lo único que deseo es rescatarlo. A él y a Xerx, a ver si empiezo a conocer un poco a tu hermano, el tío parece hermético como una ostra —dije.

En las escasas ocasiones que había coincidido con el mejor amigo de Daryos, no se había mostrado especialmente simpático conmigo. Claro que nunca había sido en las mejores circunstancias… Y cerca del lago esmeralda me había medio sonreído.

Lansh miró a su novio y asintió varias veces.

—Así se habla, humana. Está claro que tu amorcito tenía razón. Tienes espíritu barog.

Resoplé.

Por lo visto, mientras yo me quedaba en su casa, Daryos les iba a llorar a sus amigos sobre lo difícil que le estaba poniendo las cosas. ¡Y yo que pensaba que el tipo no se derrumbaba jamás! ¡Ja, ja, ja! Supongo que no las tenía todas consigo. Y todos necesitamos amigos y un hombro sobre el que llorar de vez en cuando, tal como yo *tenía* a Lorna.

Quizás, con el tiempo, Jenny, Tina y Emi se convertirían en mis mejores amigas, o incluso Marla, y reemplazarían a Lorna en mi

vida, aunque no en mi corazón. Mi amiga siempre ocuparía un huequecito ahí. «¡Lo bien que me vendría ahora tenerla a mi lado!».

Y pensando en las chicas…

—¿Conocéis a un barog rubio enorme que…? Bueno, esa información no ayuda mucho. Veamos… Tiene una melena de león muy espesa y los ojos preciosos, parece el *latin lover* de los barogs, vaya. Si hubiese un Hollywood por aquí, él sería vuestro Brad Pitt.

—No tengo ni idea de lo que acabas de decir, pero ya sé a quién te refieres —dijo Lansh saltando de alegría. El suelo retumbó bajo sus enormes pies—. ¡No me digas que conoces a mi hermanito Axeh!

—¿Tu… hermano? A ver que yo me aclare: Xioh y Xerx son hermanos, y primos lejanos de Daryos y Cyrus. —Él asintió—. Y luego estáis tú y ese Axeh, los dos rubiales del grupo.

—Así es —dijo con orgullo.

—Pero, bueno, ¿aquí estáis todos emparentados?

—Sí, y nos llevamos de maravilla, salvo por el capullo de Cyrus, claro, que nos jode todo lo que puede. Con lo lindo que era de pequeño…

—Lansh, no empieces. Sabes de sobra por qué Cyrus se comporta como lo hace.

Me quedé helada.

—¿Como un cabrón desalmado, quieres decir? —preguntó Lansh fingiendo inocencia. Pero ese destello en sus ojos lo delataba.

Aplaudí. No pude resistirme. Estaba de acuerdo con él al cien por cien.

—Es el rey de los barogs, no es que lo tenga demasiado fácil. Nuestros enemigos… —siguió Xioh.

—¡Y dale con eso! —protesté—. Daryos me contó lo mismo, pero todo eso no es excusa para que vaya maltratando cruelmente a pobres humanas indefensas.

—Tienes razón, Callie, pero si conocieras a Cyrus desde niño como nosotros, sabrías que…

—Mira, ni lo conozco ni quiero conocerlo. Le he visto dos veces en toda mi vida. Una, reteniendo a mi amiga Tina en su

habitación, atada y golpeada. La otra, corriendo tras de mí por la selva como un energúmeno. Por suerte, Daryos me alcanzó primero.

Xioh se detuvo en seco y me miró muy serio.

—¿Golpeó a esa amiga tuya? —dijo apretando los dientes.

—Al parecer… no. Fue uno de sus barogs.

Xioh soltó de golpe el aire de sus pulmones. Lansh le masajeó un hombro.

—No todo está perdido, entonces.

—A ver, ¿qué coño ocurre con Cyrus? ¡¡Es un monstruo!!

El sanador aceleró el paso y nos dejó atrás. Se lo veía apesadumbrado.

Su novio se aproximó a mí como si fuera a hacerme una confidencia.

—Antes de que todo se fuese a la mierda, C era su mejor amigo. Y Xioh no pierde la esperanza de hacerle entrar en razón algún día. La muerte de sus padres destrozó a Cyrus, y tampoco supo llevar bien… esto nuestro.

—¿Que su mejor amigo fuera gay?

—Que no hubiese confiado lo suficiente en él para contárselo. Se sintió traicionado y herido por todos. No era un mal tipo, Callie. Pero, a veces, las circunstancias terribles nos cambian.

—Es un rey abusón y cruel, y nada de lo que podáis decirme o de lo que haga a partir de ahora me hará cambiar de opinión. Todo tiene un límite, Lansh. Perdoné a Daryos porque me dio suficientes motivos para ello, pero Cyrus… Jamás podré verlo de otro modo.

—Lo comprendo, créeme. —Caminamos unos pasos en silencio—. Hablemos de algo más alegre. ¿Cuándo viste a mi hermano?

—Después de la cacería, cerca del lago esmeralda. Iba charlando con Emi.

—¿Emi es amiga tuya?

—Era una de mis alumnas en la universidad, como Tina y Jenny. ¿La conoces?

—No, pero me muero de ganas. Axeh no para de hablar de ella desde que la vio por primera vez entrando en la casa posada.

—Emilia es muy especial. Es dulce y responsable, y siempre cuida de todo el mundo. Es muy joven y una buena chica. ¿Tu hermano…?

Contuve el aliento.

—No tienes de qué preocuparte, Callie. El pequeñajo es un buen barog. Uno de esos a los que no les caben el corazón en el pecho, como tu Daryos. —Se notaba que quería a su hermano.

—¿Y como tú?

Se rio.

—Yo tengo mis días.

—Entonces, Axeh la tratará bien, ¿verdad?

—Por supuesto. ¡Más que bien! Está en muy buenas manos. Mi hermano forma también parte de nuestro grupo, pero se quedó en la aldea para intentar ayudar a Daryos y que las descendientes fueran tratadas con respeto. Ya sé que no tuvieron mucho éxito, pero al menos lo intentaron. Si lo viste con Emi, seguro que pronto se reunirán con nosotros en el norte. Es en lo que quedamos la última vez que nos vimos.

—Por cierto, tu hermano tiene poco de pequeñajo. ¡Es una mole!

—Es menor que yo, así que para mí siempre será un enano, aunque sea tan grande como yo o incluso más.

—Sois los dos únicos barogs tan rubios que he visto.

—Hay alguno más en la aldea, pero ninguno tan espectacular como nosotros. —Me guiñó un ojo—. Mi madre es un bellezón de mucho cuidado. Tiene los ojos azules como el mar, una larga cabellera dorada y… Ahora que lo pienso, tú me recuerdas un poco a ella. ¡Ay los bebés barogs tan guapos que vais a fabricar Daryos y tú! —Él tan emocionado, y yo a punto de vomitar.

—Si alguien me vuelve a hablar de bebés, voy a usar este cuchillo un poco más abajo de lo que lo estoy usando ahora, ¿entendido?

Tragó saliva.

—Es verdad que tienes mala leche. Eso le encanta al príncipe. No es que yo pueda decir lo mismo…, pero comprendo a qué te refieres.

—A ver, ¡solo tengo veintitrés años, joder! ¿Te crees que estaba pensando en unirme a un animal para toda mi existencia y ponerme a parir churumbeles uno detrás de otro? ¿Estamos locos?

—¡Y encima eres graciosa! Pero no te cabrees, *Calista*. Te entiendo, de verdad. Antes de hacer de madre, tienes que vivir un poco, disfrutar de tu macho buenorro, explorar Nemea…

—Vale, te perdono… a cambio de una cosa.

—¿Pretendes negociar con un barog?

Ignoré su pregunta.

—A lo que iba. Quiero que me enseñes a usar el arco.

Elevó una ceja.

—¿Y ese interés repentino?

—Pues repentino, porque de pronto mi vida se ha convertido en *Tarzán de la jungla* e *Indiana Jones,* juntos y revueltos. Por razones obvias, necesito un arma que me permita defenderme desde lejos, porque si un barog se me acerca, no tengo ninguna posibilidad.

—Me gustas, humana. Eres lista. Daryos ha tenido mucha suerte.

—Díselo cuando le veas. Tendrás que repetírselo varias veces, porque el idiota es duro de mollera.

Ahogó una carcajada y me tendió la mano.

—Yo te enseño a disparar flechas, y tú me dejas que te llame Calista. ¿Trato hecho?

Puse los ojos en blanco.

—Trato hecho, barog —dije, estrechándole la mano.

—Aunque ya te digo que Xerx y Xioh son los mejores con el arco. Seguro que nos ayudan.

—¿Y Daryos?

—Daryos es bueno en todo. Pero lo que mejor se le da es liarse a mamporrazo limpio o a golpe de garras. Él no necesita armas para arrasar al enemigo. Aunque la lanza la mueve como si fuera una prolongación de su brazo.

La emoción me trepó desde las entrañas hasta la garganta. Me sentía orgullosa de mi barog.

«Al final has acabado babeando por él. ¡Hay que joderse!».

De pronto, Xioh silbó, levantando una mano para que nos detuviéramos.

—Hemos llegado. Tened cuidado. Cyrus podría haber dejado a alguno de los suyos patrullando la zona por si aparecíamos a buscar a Enzo.

Lanzó otro silbido, y Lansh y los demás barogs se dispersaron, dejándome a solas con el sanador.

—¿A dónde han ido?

—Van a cubrir todos los ángulos mientras tú y yo liberamos a Enzo.

—Vale, yo te acompaño. En cuanto a lo de acercarme a ese león…

Me agarró de la mano y empezamos a correr hacia el bulto enorme que latía bajo aquella pesada red.

—Tú céntrate en tranquilizarlo, Callie. Yo soltaré los agarres.

—¿Tranquilizarlo? ¡Pero si me aterroriza!

—Ese león te adora. Ahora te necesita. Está nervioso y preocupado por Daryos y por ti.

En cuanto nos vio acercarnos, Enzo rugió con suavidad y clavó su mirada ambarina en mí.

Tragué saliva.

«Vamos, puedes hacerlo. Piensa que es solo un gatito… enorme, fiero y… Basta».

El barog se lanzó hacia la red y empezó a cortar las cuerdas, que se enredaban en unas piezas de hierro fuertemente ancladas en el suelo.

Me aproximé con cautela, a paso lento. Pese a todas mis reticencias, en cuanto mi mirada se encontró con la del león, una ternura desconocida me invadió. Enzo era el mejor amigo de mi barog. Un animal noble e inteligente que me había aceptado en su pequeña familia y protegido desde el primer momento. Y aunque todavía me infundiera mucho respeto, era innegable que me preocupaba por él y había empezado a apreciarlo. Además, me sentía más tranquila teniéndolo cerca.

Daryos estaba herido y preso, y Enzo inmovilizado contra el suelo de un modo brutal. Íbamos a rescatarlos a ambos.

—Ya estamos aquí, Enzo —dije, arrodillándome a su lado—. Perdona que hayamos tardado. Xioh está cortando las cuerdas. Enseguida estarás libre.

Mientras él continuaba mirándome, aplastado contra el suelo, metí la mano por uno de los huecos de la red y, con cautela, le acaricié el lomo. Era tan suave y espeso como la cabellera de Daryos. Ronroneó.

La red estaba confeccionada con alguna clase de metal rodeado de cuerda. En varios puntos de su cuerpo, presionaba tanto en el pelaje que le había herido la piel y sangraba un poco. Me estremecí. Traté de convencerme de que era un león muy fuerte y sanaría deprisa. Eran laceraciones superficiales.

Seguí acariciándolo hasta que Xioh empezó a levantar la red, una vez cortada, para desplazarla. Me puse en pie y lo ayudé como pude, sujetándola por uno de los extremos y acarreándola lejos de Enzo, aunque Xioh hizo la mayor parte del trabajo. ¡Pesaba una tonelada!

Un silbido rasgó el aire. Uno de los otros barogs nos avisaba.

—Debemos irnos, ahora.

Asentí.

Enzo se incorporó lentamente, como si estuviera comprobando el estado de su enorme cuerpo. Pateó el suelo con cada pezuña y sacudió la cabeza. La melena de ébano se le alborotó alrededor del rostro. Después, se estiró completamente y, cuando volvió a incorporarse del todo, parecía listo para cualquier cosa. Se colocó a mi lado y me miró. Y yo lo miré a él. Tuve la sensación de que se había creado una especie de vínculo entre nosotros.

Xioh se puso en marcha, de regreso a la espesura de la selva, seguido por nosotros dos.

Y el león ya no se separó de mí.

4 comienza la pesadilla
TINA

Nemea, hace semanas

Cuando entreabrí los ojos, no comprendía lo que estaba viendo ante mí. Más me valdría haberlos mantenido cerrados. No tenía ni idea de dónde me encontraba. Lo único que veía era una especie de vórtice rodeado de miles de rayos de colores y objetos de metal volando por todas partes.

Alguien me llevaba en brazos mientras avanzábamos directamente hacia ese portal, o lo que fuese, rodeados de nubes tan bajas que casi rozaban el suelo. Aquella espesura blanca nos ocultaba a ojos de cualquiera y me impedía vislumbrar lo que había más allá. Oía murmullos lejanos, como si no estuviéramos demasiado lejos de la ciudad, pero llegaban amortiguados hasta mis oídos.

Miré con desesperación a derecha e izquierda por si reconocía algo. No había nada que ver. Nada, aparte de ese portal. Y, al otro lado, algo inverosímil: una selva frondosa bañada por un sol anaranjado, que le daba a los colores un brillo inexistente en la Tierra.

«¿Qué narices es eso?», pensé, intentando sacudirme esa sensación de irrealidad.

Giré el rostro con dificultad para identificar quién me estaba llevando en volandas hacia ese lugar desconocido que parecía sacado de un sueño. Sin embargo, algo me decía que era muy real. Lo sentía en mis huesos, en la vibración del aire.

Un hombre apuesto y musculoso me transportaba como si no fuera más que una pluma. Quise preguntar, quise revolverme y escapar, pero mi cuerpo no respondía. Lo que fuese que me habían

dado todavía tenía efectos sobre mí. ¿Cloroformo? ¿Alguna otra droga extraña?

Ese hombre atractivo despedía un aire salvaje, distinto… Aunque no tenía ni idea de quién era, por alguna razón, me hizo pensar en mi desconocido, el hombre misterioso y arrogante que me había abordado en la calle. ¿Estarían relacionados?

Pronto dejé de pensar. Lo que había delante de mí centró toda mi atención. A pocos pasos ya del vórtice, contemplé con horror lo que acababa de aparecer tras ese extraño agujero. Parpadeé un par de veces para cerciorarme de que estaba ocurriendo de verdad, porque, francamente, era muy difícil de creer.

Dos seres enormes y aterradores aguardaban al otro lado. Parecían sacados directamente de una pesadilla. Tenían largas melenas enmarañadas, decoradas con piezas de metal y medio trenzadas; espirales tatuadas en sus torsos desnudos; garras en manos y pies; colmillos; y… una cola larga y gruesa de pelo oscuro, que ondeaba con vida propia como un látigo.

Uno de ellos llevaba trazos de pintura negra en el rostro. ¿O eran más tatuajes? Vestían con un simple taparrabos, y tras ellos había dos leones negros de ébano tan grandes como elefantes.

«Estoy delirando».

Aquello no podía estar sucediendo. Sin duda, la droga me provocaba alucinaciones.

Sonreían como si fueran el maldito comité de bienvenida.

Quise gritar. Miré de nuevo al hombre que me sostenía, pero él seguía caminando impasible. Con un gran esfuerzo, logré agitar las manos. Aferré su brazo y apreté.

—Tranquila, ya casi hemos llegado. Pronto desaparecerán los efectos de la poción y podrás moverte con normalidad —dijo con voz grave y un ligero acento de… ¿esa selva que había al otro lado, tal vez?

Temblé y me agarré a él por instinto, lo cual era absurdo, pues ese hombre era el que iba a entregarme a aquellas bestias.

Estábamos ya ante ese agujero electrificado, que conducía a otro mundo, universo, realidad paralela… o lo que fuese. Sentía la fuerza de los rayos multicolores impactando por todas partes

mientras el vórtice chirriaba entre los nubarrones. Ni siquiera me había dado cuenta de que diluviaba. Aunque tampoco era una sorpresa, pues llevábamos semanas de tormentas.

Entonces, cruzamos.

Y nada más poner un pie en el otro lado, me entregó a los brazos de uno de los monstruos. Lo hizo con suavidad, como si yo fuera mercancía frágil. Lo observé con horror, pero ignoró mi súplica silenciosa.

—Cuida bien de ella, Yolk. Puede que el rey tenga un especial interés en esta.

«¡¿Cómo?! ¡¿Qué?! ¡No me dejes con estas bestias, ten piedad!», pensé, porque seguía sin poder hablar.

—¿Cyrus lo ha dicho?

—Algo mencionó, y ya sabes cómo es el rey. Además, la miraba de un modo diferente.

«¿Quién coño es ese Cyrus?».

—Descuida, Trench. La cuidaremos tan bien como a las otras —dijo el tal Yolk, soltando una risilla espeluznante que me revolvió las tripas. Su voz era tan gutural que me costó entenderle.

Estaba aterrorizada, así que traté de concentrarme en lo que había alrededor, en lugar de en ese monstruo con colmillos que ahora me llevaba en brazos. Su rostro estaba muy cerca del mío, y su corazón retumbaba en su pecho gigantesco como un tambor sobrenatural.

Me limité a mirar hacia delante, hacia la selva frondosa que se extendía más allá del camino polvoriento. El problema era que, además de palmeras de hojas como cúpulas y bayas del tamaño de sandías, también había leones gigantescos de ojos amarillos. Se paseaban al lado de esos dos monstruos como si nada, rugiendo de vez en cuando.

A lo lejos, otra de esas criaturas terroríficas se adentraba en la jungla, cabalgando sobre uno de los grandes felinos negros. Casi se me para el corazón. Pese al miedo, estaba alucinada. Parecía una película. Solo que ser una de las protagonistas de una historia así era una putada de las gordas. Sobre todo, porque no tenía ni idea de cómo acabaría.

—¿Dónde… estamos? —La pregunta se escapó de mis labios sin apenas ser consciente de ello. La buena noticia era que ya podía hablar, aunque seguía sintiendo la boca pastosa y la mente embotada.

—En Nemea.

Le miré de reojo.

—¿Nemea?

—Nuestro planeta, el más hermoso del universo.

Sus colmillos subían y bajaban cuando hablaba. Eran escalofriantes.

—¿Quiénes sois?

—Barogs.

«¿Barogs? ¿Y qué narices es eso? ¿Otra especie? ¿Aliens? ¿Demonios del inframundo?».

—¿Y el hombre que… me trajo?

—Uno de los nuestros.

—Él era… humano.

Soltaron una carcajada.

—Todos somos medio humanos, mujer. Pero esta que ves ahora es nuestra mejor versión —dijo el otro barog, señalándose a sí mismo.

Me estremecí hasta el tuétano.

—¿Podéis… cambiar? —pregunté, empezando a comprender. Asintió—. ¿Y él no viene?

—Trench todavía no ha acabado.

De pronto, las piezas empezaban a cuadrar. Todas esas desapariciones… No me cabía duda de que las otras chicas habían corrido la misma suerte que yo. ¿Estarían todas en esta jungla? ¿Encontraría al fin a Emi y Shauna?

Por un instante, dejé de preocuparme por mi situación y me emocioné. Al fin sabía cuál había sido el destino de mis amigas. Un destino horrible que ahora compartiría con ellas. Necesitaba verlas, cerciorarme de que estaban bien. Yo no lloraba nunca, aun así, se me humedecieron los ojos.

—¿Por qué… estoy aquí?

Los dos monstruos se miraron e intercambiaron una sonrisa, que me pareció la más macabra que había contemplado nunca.

—Para el mayor honor que existe para una humana descendiente: unirse a un barog de por vida.

«¿Humana *descendiente*? ¿Seguro que no estoy delirando?».

Temblé de nuevo, con el estómago encogido. Pero no era momento de asustarse. No iba a pensar en lo de unirme a uno de esos monstruos… por ahora. Afrontaría un problema tras otro. Primero, tendría que encontrar a mis amigas, y luego, buscar el modo de escapar y cruzar de nuevo ese portal de vuelta a la Tierra.

Caminamos un rato más, esta vez en silencio, por ese sendero polvoriento, flanqueado por la majestuosa selva. Por todas partes se escuchaban rugidos de animales feroces y graznidos de aves desconocidas.

El sol resplandeciente que me cegaba al llegar empezó a descender y ocultarse en el horizonte, con un despliegue de colores cautivador. El calor, no obstante, seguía siendo insoportable, y la desagradable humedad me pegaba la ropa al cuerpo. Cuando empezó a anochecer, los ruidos procedentes de la selva se intensificaron.

En cuanto fui consciente de que ya podía moverme y valerme por mí misma, me impacienté. La mente se me despejó al fin. Necesitaba que esa bestia me soltara. No soportaba su aliento caliente en mi mejilla, ni su cuerpo pegado al mío.

—Suéltame.

—Ya casi hemos llegado.

—Puedo caminar por mí misma.

—Ya no falta mucho —dijo sin más. Se puso a hablar con su compañero, ignorándome por completo.

Mi cuerpo ya se había despertado, y no pensaba aguantar ni un segundo más en brazos de uno de mis captores. Así que empecé a revolverme con todas mis fuerzas.

—Si sigues haciendo eso, humana, vas a acabar cayéndote. Y no queremos que este precioso trasero se vaya de bruces al suelo, ¿verdad? Seguramente, a Cyrus no le haría ninguna gracia que

acabaras llena de moretones. Y por nada del mundo querría enfurecer al rey de Nemea.

«Y dale con ese Cyrus. Si es el rey de esta chusma, seguro que es un cabrón de mucho cuidado».

—Pues te aseguro que no voy a parar hasta que me sueltes. Así que, si no quieres que ese rey tuyo te despelleje vivo, suéltame ya, idiota.

—¿Has oído? Esta es de armas tomar. Ahora entiendo por qué el rey se ha fijado en ella. Y tiene un cuerpazo…

Otra carcajada de ese par me heló la sangre. Su pecho vibraba como un terremoto cuando se reía. Contemplar el rostro de esos barogs sin acobardarse era todo un reto.

—Vete a la mierda, imbécil.

—Te aconsejo que pares, mujer. Mi amigo y yo hemos sido amables contigo y hemos contestado a tus preguntas. Pero nuestra paciencia se agota.

—¿Y por ello tendría que lameros el culo, idiotas?

Ya está. Había perdido el control, y mi mal carácter se había adueñado de mí. Era algo que solía pasarme, y en esa situación estaba más que justificado. Ya podrían ser los monstruos más temibles del universo entero que me daba igual. A mí no me sometía nadie, y todavía no había nacido el hombre, o barog, que pudiera doblegarme. ¡Era una Martins, maldita sea! ¡Podía con cualquier cosa! Y también podría con eso… quizá…, tal vez.

Intercambiaron una mirada mucho menos amigable que las anteriores.

—Te aconsejo que cierres esa boquita si no quieres que haya consecuencias.

Seguí intentando soltarme, lo cual ya no tenía demasiado claro si era buena idea. Si lo lograba, caería de unos dos metros de altura, y la hostia que me daría sería considerable.

—¿Qué te he dicho, mujer? Ya me estoy hartando de ti.

—¿Quieres que la lleve yo un rato, Yolk? Está anocheciendo, y, para cuando salgan las lunas, ya deberíamos haber alcanzado la mazmorra.

—No, déjalo. Queda poco. El maldito portal ya podría abrirse más cerca. Hace unos días tardamos menos en llegar.

—Ya sabes que se mueve, en este lado y en el otro. Es un fastidio, pero es lo que hay. Parece que tenga vida propia.

Si el portal de esos cabrones se movía, les permitía ir secuestrando humanas por todo el país. Aquellos monstruos llevaban semanas abduciendo a mujeres, mientras los ineptos de la poli buscaban sectas y asesinos en serie. ¡Menudos inútiles! Aunque, en su favor, debía reconocer que no era fácil imaginarse algo así…

El tal Yolk gruñó.

—Si me soltaras, irías más ligero.

—¡He dicho que te calles, mujer! —atronó su voz. Me estremecí de nuevo—. ¿Acaso quieres que te amordace? ¿Que te abofetee?

Me lanzó una mirada cabreada; pero, sobre todo, cansada. Si seguía estirando la cuerda y tensando la situación, puede que las cosas se pusieran muy feas para mí. O sea, más feas de lo que ya estaban.

El problema era que yo tensaba las situaciones mejor que nadie. Esa era mi especialidad. Y nadie me cerraba la boca ni a golpes. Así que insistí…

—Si no me bajas, le diré a ese rey vuestro que me has tratado mal.

Soltó una carcajada que no me gustó ni pizca y, sin mediar palabra, me deslizó hasta su hombro bocabajo y empezó a llevarme como un fardo, con el brazo alrededor de mis muslos. Mi cabeza y medio cuerpo colgaban ahora a su espalda. Aquello era todavía más humillante.

—¿Estás cómoda así, gatita? ¿Mejor?

Empecé a aporrearle la espalda. Por supuesto, no conseguí nada. Hubiese apostado que, para Yolk, mis golpes no eran más molestos que picadas de mosquito. Aunque, bien pensado, quién sabía cómo eran los mosquitos en esa mierda de planeta, teniendo en cuenta el tamaño de todo lo demás. Los barogs, los leones, las frutas que colgaban de palmeras y arbustos…, todo era gigantesco. Y yo… solo era una humana indefensa sin ninguna posibilidad.

Por primera vez en mi vida, la desesperación hizo mella en mí. Aun así, no iba a dejarme llevar por ella, ni hablar. Rendirme nunca había sido una opción en ninguna circunstancia. Ni en las competiciones de gimnasia, ni en los estudios, ni en las discusiones con mi padre…, ni ahora, frente a unos monstruos alienígenas que acababan de raptarme.

—Claro, tengo una vista increíble de tu culo gordo apestoso de bestia de la selva —solté sin pensarlo. Fue entonces cuando caí en la cuenta de que el barog solo llevaba un taparrabos.

Él gruñó otra vez.

—No me provoques, mujer. Que ya hace tres lunas que no me alivio con una *aninf*.

Tragué saliva, pero no me amilané. No tenía ni idea de qué era una *aninf* y tampoco estaba entre mis prioridades averiguarlo. En cualquier caso, había comprendido la esencia de sus palabras.

—¿Me estás amenazando?

—Te estoy avisando de que no sigas provocándome. No sabes las ganas que tengo ahora mismo de mostrarte lo que hay bajo mi taparrabos y montarte como el animal que, sin duda, crees que soy.

—Sabes, nunca me han gustado los fanfarrones.

—¿Piensas que soy un fanfarrón? —La mano de Yolk subió de mis muslos a mi trasero y presionó con fuerza—. No deberías buscarle las cosquillas a un barog. Pero no te preocupes, ya tendrás tiempo para aprender.

—Sobre todo, si es Cyrus quien te acaba montando —añadió su compañero.

Soltaron otra terrorífica carcajada, y yo me asusté un poco, la verdad. El panorama se presentaba muy negro, para qué iba a engañarme. La noche había caído ya sobre ese planeta dejado de la mano de Dios, y todo parecía mucho más siniestro ahora. Como el rostro del barog que caminaba a un par de pasos tras nosotros y que me miraba con lujuria.

«Mierda».

Reuní valor mientras Yolk me daba un cachete en la nalga y devolvía la manaza a mis muslos. Estuve tentada de gritar, pero no

quería enojarlos aún más… ni atraer a ninguno de esos leones que corrían por ahí, no muy lejos de nosotros.

—No creo que a tu rey le hiciera gracia que me pusieras la mano encima.

—No era la mano lo que iba a ponerte encima, precisamente. —Se rio como un gilipollas—. Pero Cyrus ha ordenado que no os toquemos hasta… hasta que él decida. Así que, siento decirte, que lo nuestro es imposible. Al menos por esta noche.

Dos lunas acababan de aparecer en el cielo, una inmensa y otra pequeñita, confirmándome que me encontraba en otro planeta alejado del sistema solar de la Tierra. Las lunas desprendían un leve fulgor verdoso, bonito y extraño. Varios escalofríos me recorrieron la columna, vértebra a vértebra. Estaba muy lejos de casa. La nostalgia me golpeó con fuerza.

—Y yo que ya me había hecho ilusiones…

—No tientes a la suerte, mujer. Como me cabrees mucho, te llevo ahí detrás y te la meto. No tardaría demasiado. Me quedaría muy relajado, y nadie tendría por qué enterarse.

—Tu amigo lo sabría.

—Él no diría ni mu. Es mi mejor amigo. —El otro imbécil asintió—. Créeme, te gustaría. No sabes lo que es un macho de verdad hasta que pruebas la polla de un barog.

Di un respingo. No tenía ningún interés en ver algo así. Me entró una arcada.

—Sois unos abusones de mierda. Vais raptando mujeres por ahí porque ni una sola se acercaría a vosotros voluntariamente —escupí con rabia.

—Te sorprendería —dijo misteriosamente con esa voz tan cavernosa a la que no me acostumbraba—. Ya casi hemos llegado. Este será tu nuevo hogar hasta que te vincules a uno de nosotros.

—¿A las mazmorras, Yolk? ¿Seguro? Creía que el príncipe había ordenado llevarlas a la casa posada.

—No las hemos movido de las mazmorras. Cyrus ha dado la orden, y su hermano sigue en la Tierra, así que no puede objetar nada.

—Por ahora.

—No voy a vincularme a ninguno de vosotros. Antes muerta que dejar que me toquéis.

—No tendrás elección, mujer. Pero no te preocupes, al final te gustará. Te lo he dicho, nada como disfrutar de un macho barog una sola vez para que cambies de opinión.

La oscuridad de la jungla empezó a agobiarme. Estaba asustada, hambrienta y agotada. Aun así, mantenía la cabeza alta…, más o menos. En esa posición, era bastante complicado.

Cuando al fin el barog me bajó al suelo, las piernas apenas me sostenían. Me agarró del brazo para evitar que me desplomara. En cuanto me estabilicé, me solté de un tirón.

Alcé la mirada, desafiante. Eran enormes, altos como torres y musculosos, con rostros aterradores y garras afiladas. Retrocedí varios pasos mientras uno de ellos abría una reja de hierro oxidado, al otro lado de la cual se extendía un pasillo mal iluminado. El calor no había disminuido con la llegada de la noche, al contrario, era más pegajoso y agobiante. O tal vez fuese yo… Me estaba dando un ataque de pánico, pero no iba a dejar que me dominara.

Mientras Yolk se estiraba para desentumecer ese cuerpo colosal, no lo pensé dos veces: eché a correr como una loca en dirección a la selva. Enseguida sentí los pasos de uno de ellos retumbando tras de mí, acercándose, y su respiración sonora y potente en mi cogote.

«¿Eres idiota? ¿Qué se supone que estás haciendo? ¿Este es tu plan de escape?».

Cuando el brazo de Yolk me rodeó el abdomen, yo le clavé las uñas con todas mis fuerzas hasta hacerlo sangrar. Unas uñas como las de la señorita Callie, siempre largas e impecables, me habrían venido de maravilla.

Avancé varios pasos más, hasta que me agarró del brazo sin miramientos.

—¡Suéltame, monstruo!

—¿Para que te devoren en la selva? ¡No durarías ni un minuto ahí dentro sin uno de nosotros!

—¡Prefiero enfrentarme a las fieras que a vosotros!

Tiró de mí, pero le asesté una patada en la rodilla, que me hizo más daño a mí que a él. Rugió.

Entonces, me aprisionó entre sus brazos, robustos y duros como dos troncos, y trató de inmovilizarme. Logré liberar una mano y le asesté una buena bofetada en la cara. Su cabeza no se movió ni un milímetro.

Su manaza voló hacia mi mejilla, tan rápida que no la vi venir. El impacto me hubiera lanzado al suelo si él no me hubiera sostenido. La cabeza me daba vueltas y el pómulo me dolía tanto como si se me hubiera desintegrado el hueso. Apreté la mandíbula y me erguí.

—Así que, al fin y al cabo, sí que sois monstruos —le escupí, alzando la barbilla y mirándolo a los ojos.

—¡Eh, tú me has golpeado primero, mujer! ¡Dos veces!

—Malditos cabrones…

Me tambaleé y las piernas me fallaron. Pasó los brazos bajo mi cuerpo y me alzó de nuevo.

—Basta ya de hacernos perder el tiempo, humana. Te llevaré a las mazmorras con las otras mujeres. Dormirás, y mañana te sentirás como nueva y lo verás todo con otra perspectiva.

—Ni lo sueñes… —murmuré.

—Peleona hasta el final, ¿eh? Lo admiro, de verdad. Pero siento decirte que no te servirá de nada. Llegado el momento, te unirás a un barog y aceptarás tu nueva vida.

Creo que perdí el conocimiento, porque ya no escuché nada más.

Cuando abrí los ojos, la cara de Emi estaba a un palmo de la mía. Le lancé los brazos al cuello y la abracé con tanta fuerza que escuché cómo crujían sus huesecillos. Tras ella, Shauna me miraba con una sonrisa tan triste que me partió el alma. Al fin había encontrado a

mis dos mejores amigas, aunque hubiese preferido que no estuvieran allí, sino a salvo en la Tierra.

—Nos tenías muy preocupadas, Tina. Llevas durmiendo horas, desde que llegaste anoche.

«¿Ya es de día? ¿He dormido toda la noche?».

Me aparté un poco de ella y le agarré la cara entre las manos.

—¿Estás bien, Emi? ¿Te han hecho daño? ¿Y a ti, Shauny? Juro que si esos monstruos os han puesto un solo dedo encima, los mataré.

Hice un gesto a Shauna para que se acercara también. Las examiné de arriba abajo. No parecían heridas, tan solo sucias y asustadas. Respiré de nuevo.

—Nosotras estamos bien. Eres tú la que tienes el pómulo amoratado. ¿Te pegaron?

Traté de quitarle importancia.

—Bueno, no era su intención —dije echándole una miradita a Yolk, que me observaba a través de los barrotes con cara de pocos amigos—. Ya sabéis que suelo sacar lo peor de cualquiera.

Traté de sonreír, pero el pómulo me dolía demasiado.

—Aquí tienes que estar callada, Tina. No puedes ir por ahí desafiando a los barogs. Son muy… peligrosos —dijo Emi, abriendo de par en par sus ojos enormes. ¡Cómo había echado de menos ese gesto!

Sopló para apartarse un rizo rubio de la frente. Parecía un ángel. ¡Y lo era! Emi era dulce y buena persona, y también tímida y prudente. Shauna, en cambio, era la más fiestera y alocada de las tres, y me preocupaba que estuviera tan afectada. Hundida, más bien. Nunca la había visto así.

Ambas eran las mejores amigas del mundo.

—El día que esté callada, preocúpate, Emi.

—Eres de lo que no hay. ¿Me odiarías mucho si dijera que me alegro de que estés aquí? Ya sabes a qué me refiero…

—Sé a qué te refieres. Esto es un puto infierno, pero al menos estamos juntas. No sabéis el alivio que supone para mí haberos encontrado. Durante estas semanas sin vosotras, no paraba

de comerme la cabeza. Y resulta que estabais aquí, en este agujero de mierda del universo.

—¡Eh, mujer! ¡Habla con respeto de nuestro mundo! Ahora es también el tuyo.

Me aparté de Emi y me dirigí hacia la puerta de esa celda primitiva.

—¡Este mundo nunca será el mío! ¿Me oyes? ¡Jamás! —grité fuera de mí, agarrada a los barrotes como una loca.

Yolk hizo un gesto despectivo con la mano y me ignoró.

—No deberías cabrearlos —dijo Shauna cuando volví a su lado —. Son muy fieros. ¿No ves que estamos a su merced?

—Ya lo sé, pero no podrán con nosotras. Tenemos que defendernos como sea.

—Los hemos oído hablar, Tina. Cada humana será para uno de ellos. Nos convertiremos en sus mujeres, ¿sabes lo que eso significa? Yo no puedo. Solo pensar en tener que follar con uno de esos monstruos… —En sus ojos había terror puro. Jamás la había visto así. Shauna era valiente, desenfadada.

—No pienses en ello, Shauny. Por el momento, no nos han tocado. Aún tenemos tiempo.

Nos miramos las tres. Pero así como Emi asentía y seguía manteniendo el brillo en la mirada —ese brillo que indicaba que todavía estaba dispuesta a luchar, pese a tener miedo—, Shauna se había apagado por completo. No podía dejar que se viniera abajo. Teníamos que apoyarnos las unas a las otras hasta que lográramos escapar. Ellas llevaban semanas ahí, y era comprensible que sus esperanzas hubieran disminuido. Pero para eso había llegado yo.

Había varias mujeres más ahí dentro. No eran de nuestra universidad, al menos que yo recordara. A buen seguro, eran las pobres que habían ido desapareciendo por todo el país.

Apreté la mandíbula, dispuesta a hacer lo que fuese para sobrevivir… y huir.

Entró otro barog y empezaron a abrir las celdas.

—Vamos. Os llevaremos al lago a lavaros y comer. Algunas estáis muy pálidas, os irá bien un poco de sol y aire fresco. El rey lo ha ordenado.

—Eso de aire fresco… Este calor sofocante acabará ahogándonos —susurró una chica desde la celda contigua.

Y tenía razón. Todas estábamos sudadas y pegajosas.

Nos sacaron de las mazmorras a empujones a través de un pasillo largo, polvoriento y maloliente hasta llegar al exterior. El sol ya resplandecía en lo alto, y los colores de Nemea me deslumbraron por completo. El cielo era más azul, las hojas más verdes, las bayas más rojas… Y el morado…, ¡increíble! Todo parecía coloreado por una mano distinta a la de nuestro mundo. Más intenso y vibrante. Un planeta precioso, pero lleno de bestias temibles.

Nos adentramos en la selva durante unos minutos y enseguida llegamos al lago que nos habían prometido. Más allá, había unas rocas afiladas entre las palmeras. Parecía un precipicio o una caída de agua a mucha profundidad. Se oía el suave rumor de una cascada.

—No os acerquéis al acantilado, ¿de acuerdo? Las rocas son resbaladizas, y una caída desde ahí sería mortal, incluso para nosotros.

Nos empujaron de nuevo hasta el borde del lago y nos indicaron que nos refrescáramos y aseásemos. Ninguna de nosotras se quitó la ropa, aterrorizadas de desnudarnos delante de esos monstruos. Ellos solo se reían mientras miraban cómo nos las ingeniábamos para lavarnos.

Después, asaron unos animales pequeños que no había visto en mi vida y nos los ofrecieron como comida. No lo dudé. Me lancé a devorarlos y me zampé también una especie de dátil, bueno, solo un trozo. ¡Era enorme! Emi comió a pequeños bocaditos, mientras ponía cara de asco. Lo importante es que engulló lo suficiente para no enfermar.

Shauna no probó bocado. Tenía la mirada perdida, fija en esas rocas. La insté varias veces a que comiera, pero no lo hizo. Ni siquiera me escuchaba. Emi le puso en los labios un pedazo de piña, pero lo escupió.

—¿Lleva así mucho tiempo?

—Casi desde que llegamos. No soporta a los barogs, tiene mucho miedo. Dice que esto no es vida, que no quiere que la usen

para sus fines. Se niega a ser una esclava —susurró.

—Ya, pues lo mismo que pensamos todas, Emi. El caso es que, por el momento, no tenemos elección.

Hablamos un poco más sobre el tema en voz baja.

De pronto, escuchamos gritar a uno de los barogs. No era Yolk, que permanecía siempre cerca de dónde yo me encontraba, el muy asqueroso.

Al alzar la vista, vi a ese otro barog enorme galopando hacia el acantilado. Gritaba y gesticulaba sin detenerse, directo a las rocas.

Y entonces la vi. ¿Cuándo narices se había levantado?

Shauna corría delante de él. Le llevaba mucha ventaja, así que el barog debía de haberse dado cuenta cuando ella ya había recorrido un buen trecho.

Me puse en pie de un salto y empecé a correr hacia allí también. Creo que Emi me siguió, porque la escuché jadeando a mi espalda. Corrí y corrí gritando su nombre, consciente de lo que Shauna estaba a punto de hacer. No podía permitírselo, no podía… La angustia me subía desde el estómago y me atenazaba la garganta.

Cuando llegó a las rocas, se dio la vuelta un instante y me miró. Ya no había miedo en sus ojos, solo determinación. Sentí pánico. Una sonrisa de alivio cruzó su cara. Y supe que había tomado una decisión y que nada ni nadie iba a detenerla.

No viviría como una esclava.

Mi amiga se dejó caer hacia atrás por el borde del acantilado. El barog extendió el brazo y sus garras rozaron la camiseta de Shauna, pero ya era tarde. Se le escapó de entre los dedos en un abrir y cerrar de ojos.

—¡Noooooooo! ¡Shaunyyyyyy! —grité con desesperación, destrozada, mientras las lágrimas arrasaban mis ojos y la garganta me quemaba.

Los brazos de Yolk me ciñeron la cintura, deteniéndome en plena carrera. Yo quería seguir avanzando, llegar hasta mi amiga. Aunque ya no hubiera nada que hacer, necesitaba alcanzar el filo del precipicio. Tiraba y pataleaba, sin conseguirlo.

Cuando Emi llegó hasta mí y se lanzó a abrazarme, con los ojos tan inundados de lágrimas como los míos, Yolk me soltó.

Nos dejamos caer al suelo, sollozando, mientras nuestra amiga yacía al fondo de un abismo rocoso en un planeta llamado Nemea.

La esperanza abandonó nuestros corazones mientras seguíamos llorando por nuestra mejor amiga y el odio hacia los barogs se asentaba en mis entrañas.

5 las cuevas
CALLIE

La jungla, Nemea, en la actualidad

Avanzamos sin descanso durante horas, deteniéndonos solamente para reponer fuerzas cada cierto tiempo. Jamás en mi vida había caminado tanto. El calor aplastante de la jungla hacía que cada paso me costara un esfuerzo titánico. El sudor me empapaba la espalda, y tenía los brazos y las piernas llenos de arañazos. El machete que Xioh me había dado me ayudaba a apartar las hojas y ramas más grandes, pero no evitaba que las zarzas y los arbustos se cebaran conmigo. Además, me dolía el brazo de tanto cortar.

Por suerte, Xioh iba delante, abriendo camino. Detrás de mí, marchaba Enzo, que no me dejaba ni a sol ni a sombra, por mucho que yo le dijera que estaba bien y le pidiera que se alejara un poco. El pobre era tan plasta como su amo. Lansh seguía al león y, tras él, el resto de la comitiva, o sea, los otros tres barogs.

Por todas partes se escuchaban rugidos, siseos, gorjeos… y toda clase de sonidos extraños que me ponían los pelos de punta. En cualquier momento, un animal inmenso saltaría sobre mí y se me zamparía de un bocado. Para ser honesta, los ruidos que más me acojonaban eran esos provenientes de algún reptil arrastrándose… Con la de hierba y hojas que cubrían el suelo, a saber lo que corría por ahí debajo.

A veces escuchaba algún crujido bajo mis pies o aplastaba cosas muy blandas.

«No pienses en ello… Tú solo sigue caminando. Si algo se acerca, Enzo se lo cargará de un zarpazo». Jamás había estado tan contenta de tener a ese pedazo de león a mi lado.

Lo peor fue cuando empezó a anochecer y apenas veía lo que había a un palmo de mi nariz. Xioh alzó la mano y se paró en seco.

Un poco más y me empotro contra él.

—Vamos a detenernos un momento.

—¿Un momento? Yo necesito al menos un par de horas. Juro que ya no puedo dar un solo paso. —Me doblé hacia delante, apoyando las manos en las rodillas—. Debería haber ido más al gimnasio… —murmuré.

—No te preocupes, Calista. En unos días estarás en plena forma, ya lo verás —dijo Lansh a mi lado. Me tendió la cantimplora de agua de coco, que casi vacié por completo.

Estaba exhausta.

—¿Queda mucho?

Cada uno de los barogs encendió una antorcha.

—Una hora, más o menos.

—Vale, creo que aguantaré.

—Pero es el peor tramo.

—¿Y eso por qué?

«No sé si quiero oírlo. ¿Por qué narices habré preguntado?».

—Aparte de lo obvio, que la oscuridad nos dificulta la visibilidad en el trayecto, este es el hábitat natural de la boa azul.

—¡¿Qué?! Yo me largo —dije girando sobre mí misma. Lansh me detuvo por el brazo.

—Dame el cuchillo, Callie.

—¡Ni hablar! ¿Y si se me acerca una de esas serpientes horripilantes? ¡Ni siquiera me podría defender!

—Primero, por la noche es peligroso usar los machetes. Nos podríamos herir unos a otros.

—Tenemos antorchas…

—Segundo, no le acertarías a una boa azul con eso ni a plena luz del día. Son muy escurridizas y veloces.

—¿Y qué narices se supone que tengo que hacer si me encuentro una?

—Agarrarla de la cola y lanzarla bien lejos, muy deprisa. O pisarle la cabeza —explicó el sanador.

Miré a Xioh con la boca abierta y cara de idiota.

—¿Lo ha dicho en serio? —dije, ahora mirando a Lansh. Este asintió—. Ya veo. O sea, que eso sería más fácil que darle un

sablazo.

—No te preocupes, Callie. No vas a encontrarte ninguna.

—¿Pero no acabas de decir que…?

Silbó, y Enzo se agachó en el suelo a mi lado. Apenas lo veía. Si no fuera por esos dos faros ambarinos que tenía por ojos, no sería más que una sombra.

Observé al león, después a Xioh y otra vez a Enzo. Lansh me empujó un poco hacia el felino, que esperaba pacientemente en el suelo.

—¿Pretendes decirme que monte encima de Enzo?

Ambos barogs asintieron.

—A ellos no pueden hacerles daño. Ni se les acercan. A lomos de Enzo, estarás a salvo.

—¿Y… vosotros?

Xioh soltó otro de esos silbidos que me sacaban de quicio. De pronto, varias sombras enormes de ojos amarillos emergieron de las profundidades de la selva. Más leones.

Se nos aproximaron con sigilo y cada uno se situó al lado de un barog.

—Esto es…

—Genial, ¿verdad? —dijo Lansh con su tono cantarín.

—Iba a decir "espeluznante", pero "genial" me vale. Todo sea por que no nos muerdan esos bichos infernales.

Me sacudí de encima un escalofrío. Sentía como si cientos de esas serpientes estuvieran trepando por mi cuerpo, lentamente, enroscándose. Yo era una chica de ciudad, y aquello… me superaba por todas partes.

—Vamos, Callie. Te ayudaré a montar a Enzo.

Intercambié una mirada con el león como para pedirle permiso. Lansh me cogió de la mano mientras yo pasaba patosamente una pierna al otro lado de aquella bestia inmensa. Su lomo era muy ancho, así que yo iba bastante despatarrada. Muy digno todo.

—Sin silla de montar…, ya veo. ¡Pues a pelo! ¡Qué le vamos a hacer! —De pronto, me acordé de que no llevaba bragas. La

situación no podía ser peor—. Y sin ropa interior… Bueno, suerte que es de noche.

Alguna ventaja debía de tener que no viéramos tres en un burro.

Lansh soltó una risilla a mi lado.

—¿Y las riendas?

La parejita feliz me miró como si estuviera loca.

—Agárrate aquí, ¿ves? En esta zona junto a la cabeza la melena es más larga y puedes sujetarte.

—¿Y no le haré daño?

Enzo rugió con suavidad. Su cuerpo enorme palpitaba bajo el mío, desprendiendo un calor seco y agradable, demasiado intenso. Sus músculos eran imponentes.

—Está acostumbrado a llevar a Daryos, que monta como un salvaje —aclaró Xioh. «Ni que lo digas…»—. Así que, créeme, apenas notará tu peso.

Estiré la mano y acaricié la cabeza del león con delicadeza. Después, le rasqué un poco tras la oreja y maulló. Enrosqué los dedos en el pelo largo y tupido del animal, y me agarré con fuerza. Entonces, me incliné hacia delante para acercarme a su oído:

—No tengo ni idea de hacer esto, Enzo. Si me equivoco o tiro demasiado, tú ruge un poco, ¿vale? Te pido disculpas de antemano.

Enzo ronroneó de nuevo por toda respuesta, y la di por buena.

Cada barog montó en su león con agilidad, como si aquello fuera lo más fácil del mundo. Como si estuvieran acostumbrados y lo hubieran hecho cientos de veces. Daba gusto ver lo bien que se desenvolvían en la selva y con sus mascotas, que, en realidad, eran también sus mejores amigos.

Hay que tener en cuenta que, si yo midiera dos metros veinte, me habría sido bastante más sencillo subirme a esa bestia. Mi tamaño no estaba hecho para Nemea…, por mucho que Daryos insistiera en que yo estaba hecha para él y su planeta.

—¿Has montado a caballo alguna vez, Callie?

—No. Las bestias no son lo mío.

«Lo cual tiene su gracia, considerando que eres bióloga. Pero una cosa es estudiar los distintos organismos vivos de la Tierra e investigar en el laboratorio… y otra muy distinta ir montada en un león nemeo, esquivando boas».

Al rubiales se le escapó una risilla.

—En tu mundo se monta a caballo, ¿no?

—Lo normal, Lansh, es desplazarse en transporte público o en coche. Lo de los caballos era hace muchos años. Ahora solo montan los pijos ricachones.

—Esto es más sencillo de lo que parece.

—Sí, sí, seguro que es la hostia de sencillo.

Se rio de nuevo. El tío se lo pasaba de miedo conmigo.

—Has de presionar un poco los costados de Enzo con los talones y hacer fuerza con los muslos para no caerte. Y si quieres que se detenga, aprietas un poco más fuerte y tiras de su melena.

—Si hay algún peligro, por ejemplo, uno de esos precipicios de muerte abismal o algo así, él se detendrá solo, ¿verdad? Porque si tiene que confiar en mí, vamos listos.

—Enzo sabe lo que debe hacer y conoce bien el camino. Pero tú eres ahora la jinete, así que tienes que estar al tanto.

—"Maravilloso" —murmuré. Me agaché un poco de nuevo hacia su oído y le susurré—: Yo confío plenamente en ti, Enzo. Así que estate más atento que en toda tu vida. Me gustaría llegar al siguiente amanecer.

—Daryos tenía razón. Eres muy melodramática.

—Ya veo que el capullo ese se ha ido bastante de la lengua. Cuando lo rescatemos, me va a oír. Le voy a patear el culo.

—Seguro que le encanta.

La nueva carcajada de Lansh retumbó en la oscuridad de Nemea mientras empezábamos a avanzar.

—Un momento. ¿Falta una hora a ritmo de humana o de león?

Los barogs me ignoraron por completo. Resoplé y me agarré más fuerte. Aquello se tambaleaba a cada paso como si montara un elefante o un camello. Porque, claro, Enzo no podía ser un leoncito

normal, no. ¡Era un gigante! ¿Cómo iba a estar ahí subida, intentando no caerme, durante una hora?

Mientras avanzábamos, tan solo alumbrados por las antorchas que portaban los barogs, observé decenas de pares de ojos brillantes, ambarinos o rojizos, acechándonos desde las sombras. También escuché desagradables siseos, que cada vez se hacían más sonoros, como si un hervidero de boas alfombrara el sendero a nuestro paso. Y no iba tan desencaminada, puesto que, un instante en que Xioh bajó un poco la antorcha para alumbrar un lado del camino, vi a varias de ellas enredadas y vibrantes. Casi me da un infarto.

Fijé la vista al frente y decidí que no volvería a mirar. ¿Para qué? Pasaría lo que tuviera que pasar. Tampoco es que pudiera hacer nada.

Lansh me comentó que habían escogido aquel enclave para esconderse porque los barogs de Cyrus no solían acercarse por ahí. Eran tierras peligrosas y mantenían alejados a todos, menos a los rebeldes. Estos conocían bien el terreno y sabían lidiar con las múltiples amenazas.

Tras algo más de una hora, empezamos a subir una pendiente un poco escarpada. Tuve que agarrarme más fuerte a la melena de Enzo para no caerme.

Y al fin llegamos a una pared de roca en la que se abrían varias cuevas. Una luz emergía de la abertura de la del centro, la más grande de todas, iluminando débilmente la zona. Entre cueva y cueva, había pequeños manantiales y cascadas, que caían de roca en roca, formando lagos aquí y allá.

Xioh me ayudó a desmontar y, una vez en el suelo, me estiré un poco para recobrar la movilidad. Mientras me crujían las cervicales, alcé la vista y observé las lunas verdosas que dominaban el cielo, junto a millones de estrellas desconocidas. Eran muy hermosas.

«Me pregunto si Daryos podrá contemplar las lunas desde donde sea que lo tengan preso…». El corazón se me encogió. Aunque sabía que no podía desmoronarme, estar separada de él era muy duro. Un verdadero tormento.

«Quién me iba a decir a mí que acabaría echando tanto de menos al *atontao* ese», pensé con una sonrisa triste.

Un brazo me rodeó los hombros y me embargó en el acto el calor de un barog inmenso.

—No te preocupes, Calista. Salvaremos a tu amorcito.

—Eso espero, porque no creo que pueda sobrevivir en este mundo sin él.

—Ten fe. Los dioses del manantial siempre han adorado a ese príncipe. Tiene una flor en el culo.

—No sé yo… La suerte a veces se acaba.

—Confía en mí. En unos días, estaréis retozando como rinos en celo.

—Fingiré que no te he oído.

Se rio mientras me estrujaba un poco entre sus brazos. Lo aparté de un manotazo, pero yo también sonreía.

—¿Puedes recordarme por qué no hemos ido directamente a por él y Xerx?

—Debemos trazar un plan e intentar pillar por sorpresa a los barogs del rey.

Enarqué una ceja.

—Hombre, mucho no los sorprenderemos, hagamos lo que hagamos. Saben de sobra que vamos a ir, ¿no?

—Hay que prepararse bien. No va a ser fácil.

Suspiré.

Abrí los ojos como platos cuando vi que el agua de esos pequeños lagos y piscinas naturales, formadas en terrazas de roca, brillaban en tonos esmeraldas y turquesas. Me asomé a uno de ellos. Había una especie de algas gelatinosas en el fondo, causantes de ese resplandor. Era muy hermoso, como todo en Nemea. Un mundo tan bonito como letal.

Los barogs y yo entramos en la cueva, seguidos por los leones.

Habíamos llegado al norte de Nemea, hogar de los rebeldes.

En cuanto entramos, varios barogs nos dieron una bienvenida calurosa. Abrazaban a Xioh y los demás entre risas. Me asombró que me saludaran por mi nombre, como si me conocieran de toda la vida. Sabían perfectamente quién era yo, aunque yo no conociera a ninguno.

Entre ellos había varias humanas, que supuse que eran las mujeres vinculadas de algunos rebeldes. Todos transmitían cariño y calidez. Y, pese a estar rodeada de esas bestias colosales y temibles, me sentí, de algún modo, entre amigos.

Los barogs empezaron a apartarse para dejar pasar a alguien que venía corriendo como una exhalación.

Jenny.

—¡Callie! ¡Calliiiiiieeee! —gritó como una loca justo antes de abalanzarse sobre mí.

Me abrazó con fuerza, sollozando en mi hombro.

—¡Qué alegría verte, Jenny! ¿Estás bien? Deja que te vea.

Tardó unos segundos en separarse un poco y no me soltó.

—Estoy bien, Callie. Xerx me encontró vagando por la selva después de que tú me salvaras y me trajo aquí. Se fue enseguida, y… me acaban de decir que lo han apresado junto con Daryos. —Parecía muy angustiada.

—Iremos a rescatarlos, no te preocupes.

La repasé de arriba abajo para comprobar que no estuviera herida. Tenía un pequeño vendaje alrededor del brazo y otro en la pantorrilla.

—Solo son arañazos. Xioh es sanador y me curó antes de marcharse. Han cuidado bien de mí, Callie, te lo prometo. Todavía me asustan un poco, pero… estos son buena gente.

—Eso espero, porque, si no, me los cargo. Ahora sé usar un machete de esos para la selva, y pronto me enseñarán a utilizar el arco. Una flecha directa a los huevos lo arregla todo.

—Qué bruta eres, Callie.

—Quién diría que hasta hace unas pocas semanas era profesora de universidad, ¿verdad?

Se ruborizó y se rio. ¡Estaba tan feliz por nuestro reencuentro! Desde que esos cabrones nos secuestraron, Jenny no había abierto la boca. Así que verla de nuevo ser ella misma era un gran alivio. Seguía siendo tímida y reservada, pero al menos ya no tenía esa mirada perdida que asustaba, y sus preciosos ojos azules volvían a brillar.

«Eso está bien, porque, para sobrevivir en este mundo, necesitaremos a la chica más inteligente que conozco».

—¿Has visto a Tina y Emilia? ¿Van a venir?

—Emi está bien. Puede que tenga mariposillas en el estómago por un barog enorme rubiales, hermano de Lansh. Vaya, el *top model* de toda esta chusma. En cuanto puedan, ambos vendrán por aquí.

Se rio de nuevo.

—¿Y Tina?

—Bueno…, ella lo tiene un poco más jodido. Cyrus la retiene y no parece dispuesto a soltarla, pero no me dio la impresión de que fuese a hacerle daño.

A nuestro alrededor, los barogs recién llegados empezaban a instalarse. Una hoguera encendida asaba algo que, a juzgar por el olor que desprendía, debía de saber de maravilla. Por supuesto, sería serpiente, piraña o alguna marranada de esas, pero estaba tan hambrienta que me traía sin cuidado. ¡Podría comerme un rino entero!

—¡¿La tiene el rey?! ¿La cazó? Creía que te habría cazado a ti. Cuando nos separamos…

—Es una larga historia. ¿Te la cuento cenando? Si no como algo ya mismo, me pondré muy insoportable en los próximos minutos.

Nos reímos.

—¡Callie, Jenny! Venid a sentaros. La serpiente estará lista enseguida —nos llamó Lansh.

—Serpiente tenía que ser… —murmuré.

«Lo que daría yo por una hamburguesa de pollo o de ternera, o cualquier otra cosa normalita».

—Está muy buena, ya lo verás —dijo Jenny.

—Lo sé. Daryos me la preparaba *en casa*.

«En casa», me repetí mentalmente. Asombrada, constaté que ya no pensaba en mi pequeño apartamento de Manhattan como mi hogar, sino en la casa de Daryos. ¡Qué rápido había cambiado mi vida! Y qué rápido me había adaptado. Apenas podía creerlo.

Le rodeé los hombros a Jenny y empezamos a caminar hacia la hoguera. Lansh nos hizo sitio a su lado y nos llenó un vaso de zumo a cada una. Sabía a melón, pero más dulce y espeso. Estaba delicioso.

Tras unos minutos, una de las mujeres nos sirvió un plato a rebosar del reptil asado en salsa, acompañado de unos panecillos de colores parecidos a los que comía con mi barog, aunque un poco más sencillos. Después, se sentó también, cerca de otras dos mujeres sonrientes. El que supuse que era su pareja nos entregó un tarrito de miel de abejas rojas para que pudiéramos untarlo en el pan. Según nos dijeron, era el alimento de Nemea que más energía aportaba.

«Ya me gustaría a mí quemar toda esta energía con alguien que yo me sé», pensé, suspirando por Daryos.

Las vinculadas parecían muy jóvenes, entre veinte y treinta, a lo sumo. Pero yo sabía bien que tenían más de doscientos años…, salvo nosotras, las descendientes recién llegadas.

«Increíble… Tal vez algún día logre asimilarlo».

Se me presentaron e intercambiamos palabras amables. Eran muy hospitalarias. Todos allí lo eran.

Y mientras engullíamos los trozos de serpiente con avidez, le relaté a Jenny todo lo que había sucedido desde que nos separamos en la selva. Lansh, Xioh y algunos más se unieron a la conversación, completando la información aquí y allá, en función de lo que cada cual había vivido.

Enzo se acercó sigilosamente y se tumbó en el suelo detrás de mí. Aunque me dijeron que ya lo habían alimentado, le di un trozo de serpiente, que lamió de mis dedos. Le sonreí y me centré

de nuevo en la agradable charla y la comida. Se arrimó, y permitió que Jenny y yo recostáramos la espalda en él. ¡Su pelaje mullido era de lo más cómodo!

Me encontraba de nuevo entre amigos. Y era una de las mejores sensaciones del mundo.

6 ¡ERES TÚ!
TINA

La casa posada, Nemea, hace casi dos semanas

Emi ya había vomitado tres veces desde que habían empezado a marcarnos, y Jenny no había abierto la boca en ningún momento. La pobrecita ni siquiera había gritado. Perdió el conocimiento durante varios segundos, como algunas de las otras, pero eso fue todo. Empezaba a preocuparme por ella. El recuerdo de Shauna no me había abandonado ni un solo día desde su suicidio, y por nada del mundo permitiría que aquella desgracia se repitiera.

A la mayoría las habían marcado en las mazmorras y, tras instalarnos en la posada, estaban continuando aquí con las que faltábamos.

La posada se había llenado de gritos, lloros y toda clase de lamentos. Cuando me tocó el turno, traté de aguantar el tipo lo mejor que pude. Si la señorita Dawson había pasado por ello, yo también lo lograría.

Debo reconocer que dolió mucho. Muchísimo. Pensé que me desmayaría, pero me mantuve consciente. No aparté la mirada del careto de uno de esos cabrones en todo el rato que duró esa tortura.

Fue rápido, pero se me hizo eterno. Tampoco grité. Me mordí el labio hasta sangrar. No quería darles el gusto a esos monstruos de oírme lloriquear, aunque por dentro me sintiera morir.

Ahora estábamos las tres sentadas en un rincón sobre varios cojines, tan pegadas las unas a las otras como podíamos, esperando a que acabaran de marcar de una vez por todas a las que faltaban para poder descansar.

«Ese dolor… poco nos va a dejar descansar».

Emi trataba de consolar a Jenny hablándole bajito y acariciándole el pelo con suavidad. Mi amiga era fantástica para esas cosas. Era dulce y tenía un corazón enorme. Había nacido para ayudar. Llevaba años como voluntaria en una residencia de ancianos dos veces por semana. ¡La adoraban! Su cariño y paciencia eran infinitos. La admiraba mucho.

En cuanto a mí… Yo lucharía por ellas con uñas y dientes, pero las sensiblerías no eran mi fuerte. Sinceramente, todavía no entendía cómo Emilia me aguantaba. Supongo que formábamos el tándem perfecto.

—Me… gustaría hablar con el rey —soltó de pronto una chica de la universidad a la que apenas conocía. Ni siquiera recordaba su nombre. Era una de las que faltaban por marcar.

Su expresión me dio mala espina.

Los dos barogs intercambiaron miradas y risas burlonas. Tuve la sensación de que echaban a suertes a quién le tocaba lidiar con esa humana imprudente. Uno de ellos avanzó despacio en su dirección. Cuando se situó frente a ella, a tan solo un par de pasos, ¡parecía tan pequeñita al lado de esa bestia! La chica empezó a temblar.

¿Por qué narices había abierto la boca? Mi instinto me decía que iba a traernos complicaciones.

—Habla, mujer.

—Me gustaría… hablar con vuestro rey.

—El rey es un barog muy ocupado que no tiene tiempo para tonterías.

Ella se encogió un poco, pero no cabía duda de que estaba resuelta a conseguir lo que se proponía.

—Lo que tengo que decirle… no es una tontería. Estoy segura de que le interesará.

El barog la miró con suspicacia.

—¿Y por qué deseas compartir eso con él, humana? Quieres pedir algo a cambio, ¿verdad?

—Solo que… no me marquéis.

El barog se giró hacia su compañero, que seguía apoyado en el muro al fondo de la posada, y ambos soltaron sendas carcajadas.

Entonces, volvió a centrarse en la estudiante.

—Si quieres hablar con Cyrus, te aconsejo que la información valga la pena. Si no es así, yo no querría estar en tu pellejo.

La chica tragó sonoramente. Estaba acojonada. ¡Todas lo estábamos!

—Os aseguro que… vale la pena —balbuceó.

El barog resopló. No parecía demasiado contento de tener que ir a buscar al tal Cyrus.

—Piénsalo bien, humana, antes de que vaya a molestar al gran rey de Nemea. Porque, en cuanto él aparezca por esa puerta, ya no habrá vuelta atrás, ¿lo entiendes? —dijo en tono exasperado. Ella asintió—. Bien, y ahora dime, ¿de qué va eso tan importante que quieres compartir con el rey?

—Yo solo… se lo diré a él en persona.

—¿Y eso por qué? —preguntó, haciéndose el ofendido.

Ese barog era inmenso y sus facciones estaban más cerca de los animales que de los humanos. Tenía restos de trazos de pintura negra en el rostro y el torso. Su melena castaña enmarañada caía hasta media espalda. Se adivinaban algunas trencitas entre los mechones, anudadas en el extremo con finas tiras de cuero o con una pequeña pieza de cobre. Sus manos y pies eran gigantescos.

«No tenemos ninguna posibilidad contra ellos. Ninguna», me dije en silencio, mientras ahogaba un grito de dolor. Me había apoyado en el muro directamente encima de la quemadura y estaba viendo las malditas estrellas.

—Yo… Parecía muy importante… Prefiero decírselo a él.

—Vale, mujer, pero tendrás que adelantarme algo para que el rey pueda decidir si le interesa o no.

La chica paseó la mirada por la sala hasta detenerla en nosotras tres. Fue solo un segundo, pero suficiente para comprender lo que estaba a punto de hacer.

«No, no, no», pensé, mientras la angustia empezaba a retorcerme el estómago. Instintivamente, me incliné un poco hacia delante y agucé el oído.

—Es algo… sobre una de nosotras —dijo la chica con expresión culpable.

—¿Sobre quién? —preguntó él, señalando a derecha e izquierda.

Ella cerró los ojos un instante. Cuando los abrió, había vergüenza en ellos.

—No está aquí. Es… la señorita Dawson.

«Mierda».

—¿Quién?

—Callie Dawson.

El barog retrocedió un paso y alzó las cejas.

—¿La pareja del príncipe? ¿La que vive en su casa? —dijo sorprendido.

—No lo sé… Yo solo vi cómo él se la llevaba de la mazmorra después de matar a dos de los vuestros. Yolk y… otro. No recuerdo el nombre.

«Yolk era un cabrón. Se lo tenía bien merecido, aunque, ese modo de morir… Menuda carnicería».

El guardia sopesó las palabras de esa chica.

—Vigílalas, Trench. Voy a ver a Cyrus.

«¿Trench? ¿De qué me suena ese nombre?», pensé. De pronto, me quedé helada. Ya decía yo que me resultaba familiar... Era el cabrón que me raptó, el hombre apuesto que me drogó y me llevó a través del portal. ¡Y a saber a cuántas mujeres les había hecho lo mismo! Por orden del rey, por supuesto. Ese Cyrus estaba detrás de todo.

Mis ojos se cruzaron con los suyos. Apuesto a que intuía que acababa de reconocerle.

—¿En serio vas a molestarlo con esto? ¿Crees que es buena idea? —dijo Trench.

—Ya sabes que todo lo referente a Daryos le interesa mucho últimamente. Prefiero llevarme una reprimenda antes que no informarle de algo que podría ser importante. No me gustaría acabar desollado en la plaza o devorado por su pantera.

Emi bajó el rostro y vi cómo contenía una arcada. Puse los ojos en blanco. ¿Cómo demonios iba a sobrevivir una florecilla como ella en esa mierda de jungla? ¿Y Jenny?

«Ya te preocuparás de eso más tarde. Ahora mismo tienes que impedir que esa idiota se vaya de la lengua».

Emilia y yo intercambiamos una mirada que lo decía todo. Ella también estaba preocupada. Sin duda, intuía de qué iba aquello igual que yo. Y Jenny, la más inteligente de nuestro curso, también lo hubiera adivinado si no estuviera perdida en su interior.

—¡Eh, tú! —solté sin pensarlo demasiado—. ¿En serio vas a irle con chismes a vuestro rey todopoderoso?

Emi se tensó, pero ya no podía echarme atrás. Callie era de las nuestras, y jamás se deja tirada a una amiga.

—Métete en tus asuntos, mujer —dijo el barog sin detenerse.

Ya casi había alcanzado la puerta que llevaba a ese anexo que, según había oído, conectaba con la morada del rey.

—No es ningún chisme, Tina —se defendió la chica.

Me sorprendió que supiera mi nombre, aunque tampoco tanto. Yo era bastante popular en la uni. Sobre todo, gracias a mi apellido. Lástima que ahí no me sirviera de una mierda.

Cuando el barog abrió la puerta y desapareció tras ella, empecé a ponerme nerviosa. Me incorporé lentamente, apretando los dientes para contener el dolor de la quemadura, y logré levantarme.

—Sea lo que sea que vayas a decirles, ya estás inventándote cualquier otra cosa. Porque cuando ese rey aparezca, algo tendrás que contarle.

—Le contaré lo de la profesora Dawson. Todas lo escuchamos en la mazmorra.

Avancé dos pasos temblorosos hacia ella. La quemada era un maldito suplicio.

—Shhhh. ¡Cállate! ¿No ves que la señorita Dawson es de las nuestras? No podemos traicionarnos, ahora estamos solas en este mundo y solo nos tenemos las unas a las otras. ¿Es que no te enteras?

—No quiero que me marquen, Tina. Y si contándoles eso puedo impedirlo…

—¿Así que has decidido ser una chivata?

El barog que se había quedado en la sala, Trench, se irguió.

—Eh, mujer, siéntate y estate calladita. Nuestro rey aparecerá en cualquier momento.

Hice caso omiso.

—He oído vuestros gritos. No quiero que me marquen, no lo soportaré.

Caminé unos pasos más. Ahora me encontraba en mitad de la sala, con las miradas de todas las mujeres clavadas en mí. Sentí que me apoyaban, al menos, la mayoría.

—Lo soportarás, tal como hemos hecho las demás. Eso no va a matarte. Sé valiente y pasará rápido.

Un murmullo de aprobación se extendió a mi alrededor.

—No puedo, Tina. Lo siento. Voy a decirle lo de Callie.

—¡Maldita sea, ni se te ocurra abrir la boca! —dije alzando el puño.

—¡Eh! ¡He dicho que te calles, mujer! No me obligues a tener que silenciarte. Siéntate de nuevo, Tina.

—Vete a la mierda, monstruo. Primero, me secuestras, y ahora, me amenazas —murmuré.

Emi me miró muy preocupada. La cosa se estaba descontrolando.

Trench aceleró el paso hacia mí y volvió a advertirme. Yo avancé hacia la chica que estaba a punto de traicionar a nuestra querida profesora. Y si la traicionaba a ella, nos traicionaba a todas. Si no podíamos confiar las unas en las otras, ¿qué demonios nos quedaba? Nadie más iba a ayudarnos en aquel planeta perdido de la galaxia…, ¡de a saber qué galaxia!

—¿Qué has dicho? Te crees muy lista, ¿eh, humana? No te preocupes, aquí te bajaremos los humos.

Por el rabillo del ojo vi a Emi temblando y negando con la cabeza. Pero ya era tarde para mí, y no iba a acobardarme ahora, por mucho miedo que tuviera. ¡Y vaya si lo tenía! No me había dado cuenta de que los dientes me castañeaban sin parar.

—No puedes decir nada…, Evelyn —dije recordando de pronto su nombre mientras la agarraba de la pechera de su vestido color turquesa pálido—. ¿No lo entiendes? ¡No podemos darles ninguna ventaja, hemos de mantenernos unidas!

Lo que no mencioné, pero que, por supuesto, pensaba, era que quizá Callie fuese la única capaz de hacer algo por todas nosotras. Había dado la cara por sus alumnas en la mazmorra, y saltaba a la vista que ese príncipe barog estaba loco por ella. Se había cargado a esos dos monstruos y había salido en nuestra defensa, intentando que no nos marcaran. Y esas mujeres vinculadas que nos traían comida y ungüentos hablaban maravillas de él. Daba la sensación de que todas apreciaban a Daryos. Así que, tal vez, ellos dos constituían nuestra única posibilidad de escapar.

—Tengo mucho miedo, Tina.

No era necesario que me lo dijera. Lo veía en sus ojos, como en los de todas las demás.

—Yo también, pero si piensas que traicionándonos vas a conseguir que no te marquen, estás muy equivocada. ¿Por qué crees que esta escoria tiene honor y palabra? ¡Te marcarán igualmente!

—¡Eh, he dicho que te calles!

Trench se abalanzó sobre mí y me asestó una bofetada con su enorme manaza en un lado de la cara, alcanzando desde el pómulo hasta la mandíbula. Mi cabeza giró violentamente y caí al suelo a un par de metros de distancia.

—Joder… Me gustaba más tu versión humana —dije mientras me limpiaba la sangre que manaba de mi labio partido. El pómulo me ardía casi más que la quemadura—. ¿Te divierte pegar a las mujeres, cobarde?

Ya me había llevado unas cuantas hostias desde que estaba ahí, pero no por ello dolían menos.

—¿Quieres que te golpee otra vez o ya lo has entendido, Tina?

—Lo que yo decía: no tienen honor.

Me cubrí la cabeza y me encogí sobre mí misma cuando ese monstruo inmenso y enfurecido alzó la mano para golpearme de nuevo. Oía los gritos de Emi pronunciando mi nombre una y otra vez.

Entonces, la puerta se abrió, y el barog más imponente y terrorífico de todos entró en la posada.

Cyrus.

La sala entera enmudeció. Las mujeres se apretujaron las unas contra las otras, y Trench, que estaba a punto de golpearme, se irguió a mi lado e hizo una leve inclinación de cabeza.

—¡¿Qué demonios ocurre aquí?! —atronó la voz del rey, gutural y aterradora. Y aun así, me causó un extraño cosquilleo.

—Esta hembra estaba revolucionando a las demás. La he mandado callar. —Parecía nervioso.

—¡Yo no estoy revolucionando a nadie, cabrón! Y si crees que tú o cualquier otro monstruo de esta mierda de mundo va a hacerme callar, ¡ya puedes esperar sentado! —Estaba cabreada y dolorida.

Llevaban humillándonos desde que habíamos pisado su maldito planeta, y aunque hablar solo me causaría problemas, me traía sin cuidado.

Vi en los ojos del barog las ganas de abofetearme de nuevo. Sin embargo, se contuvo.

—Ya veo. Así que no puedes controlar a esta joven humana. ¿Es eso lo que me estás diciendo, Trench?

—No, Cyrus, yo… Estaba molestando a la mujer que quiere hablar contigo. Trataba de intimidarla.

—No la estaba intimidando. ¡La he amenazado directamente, pedazo de imbécil!

Emi seguía meneando la cabeza. Ahora ella y Jenny estaban abrazadas, supongo que esperando lo peor, o sea, que ese rey descomunal y malvado me arrancara la cabeza allí mismo. Sin embargo, Cyrus no hizo tal cosa. Un brillo de diversión cruzó su mirada, oscura como un pozo sin fondo, acompañado de una siniestra sonrisa.

Me estremecí. Desde aquel instante, no pude dejar de observar el rostro del rey de Nemea. Tenía algo…, no sé, ¿familiar?

«Claro, atontada, porque se parece a todos estos monstruos que llevas viendo desde que llegaste aquí».

Aun en el suelo, con el labio sangrando, hinchándose por momentos, y el pómulo lanzándome rayos al cerebro, no iba a perder la dignidad. Si algo me había enseñado ser una Martins era a mantener la barbilla bien alta, incluso en las peores situaciones.

El barog que había ido a informar al rey lo había seguido hasta la posada y se mantenía en silencio a su lado. Parecía un poco acojonado. Pues si los propios barogs temían a su rey…

«Dios, si puedes oírme desde donde sea que estés, no permitas que muramos en este estercolero», recé.

En realidad, dudaba mucho que Dios recorriera esos rincones del universo, donde las bestias dominaban con mano de hierro. Además, si ahí había dioses, debían de ser tan primitivos y terribles como sus adoradores. Y un puñado de humanas convertidas en esclavas los conmoverían más bien poco.

El rey apretó la mandíbula y se frotó los ojos.

—A ver, ¿alguien puede decirme quién es la humana que tiene información para mí?

El barog que estaba junto a él avanzó un par de pasos y señaló a Evelyn.

—Es esa. Dijo que te lo contaría a cambio de que no la marquemos.

Vi con claridad como el rey apretaba los puños y todo su cuerpo se tensaba. Caminó hacia la traidora y se detuvo ante ella.

—Levántate, mujer. ¿Cómo te llamas?

Ella se puso en pie lentamente. Temblaba como una hoja, la muy estúpida. Todo por no ser valiente durante unos segundos y aguantar la marca de la espiral como las demás.

—Evelyn —tartamudeó.

—¿Y bien? ¿Qué es eso tan importante que tienes que decirme, Evelyn?

—Cuando estábamos en las mazmorras…

Intenté levantarme, pero estaba un poco aturdida por el bofetón. Sin embargo, eso no me detuvo a la hora de hablar.

—¡Cierra el pico, chivata! —vociferé.

Cyrus me lanzó una mirada que era hielo y fuego al mismo tiempo, amenazante y… cargada de curiosidad. De nuevo tuve esa extraña sensación, como si ya nos conociéramos. Pero no era así. Si hubiese visto antes a ese monstruo enorme y temible, me acordaría.

—Deja que Evelyn hable —me dijo con los ojos clavados en los míos. No gritó, no hizo falta. Mis huesos se estremecieron.

—Es una maldita traidora. ¡Solo pretende mentirte para que no la marquéis!

—Me gustaría escucharla y decidir por mí mismo. ¿Vas a estarte calladita, Tina?

Cuando pronunció mi nombre, me quedé de piedra. ¿Cómo coño lo sabía? Quizás sabía quiénes eran todas sus prisioneras…, solo que no tenía ni idea de quién era Evelyn.

Sonrió de un modo oscuro, y supe que disfrutaba con mi desconcierto. Tal vez se había interesado por conocer los nombres de las amigas de Shauna, la humana que se lanzó por el acantilado, o de Callie, la novia de su hermano. Sí, a lo mejor era eso. Un rey que se preocupaba por estar al corriente de todo.

«¿Y por qué narices tengo esta sensación tan rara?».

Esos ojos oscuros…

Cuando miré a Emi de nuevo para reunir fuerzas, Jenny me observaba detenidamente. Sus ojos inteligentes se habían conectado de nuevo con el mundo que la rodeaba y me escrutaban a conciencia.

—Bien. Continúa, Evelyn. Decías algo de las mazmorras.

Ella asintió, la muy zorra. Iba a matarla. Si los barogs no lo hacían, lo haría yo.

—La profesora Dawson…

Cyrus afiló la mirada.

—¿Quién?

—Callie… Dawson, la…

—La *amiga* de mi hermano.

Ella volvió a asentir. El rey le hizo un gesto rápido con la manaza para animarla a seguir.

—¡Cállate, Evelyn! ¡No sigas por ahí! ¿Crees que cualquiera de ellos va a ayudarte? ¡Solo nos tienes a nosotras?

—Estamos solas, Tina. Todas… estamos solas.

—¡Y una mierda! ¡Tú eres la única que va a quedarse sola como sigas hablando! ¡Chivata!

El hijo de puta que me había abofeteado se acercó a mí, amenazante.

—Eh, estás ante nuestro rey, cierra la boca o te la cerraré a golpes.

—¿Qué os dije, Trench? ¿Qué os ordené?

El barog retrocedió un paso y bajó la cabeza.

—Que no les hiciéramos daño.

—Me complace comprobar que no has perdido la memoria.

Sus voces eran tan guturales que a veces costaba entenderlos.

—Yo solo…

—Ya me lo explicarás luego. Ahora quiero escuchar a Evelyn. Y el próximo que hable, se las verá conmigo, ¿comprendido? —Se refería a todos, pero me miró solo a mí.

Tras unos segundos, se acercó a Evelyn y la tomó del codo. Ella temblaba tanto que por un instante tuve la esperanza de que fuera incapaz de pronunciar palabra. Pero no tendríamos tanta suerte…

—Tiene una marca en la espalda.

El aire sofocante de la posada se congeló en torno al rey. Abrió los ojos de par en par y sus dedos se clavaron en el brazo de la pobre traidora.

—Una marca… —rumió—. ¿Qué tipo de marca?

—Uno de los que nos vigilaban en las mazmorras, los que la marcaron, dijo que era… la marca de la profecía.

El rey abrió mucho los ojos. Miró a derecha e izquierda, claramente impactado por aquella repentina revelación. Apreté los dientes para no gritar. Menudo desastre, pero ¿qué más podía hacer yo?

—¿Por qué no sabía nada de esto?

Trench y el otro intercambiaron miradas cargadas de terror.

—No teníamos ni idea, Cyrus. Ya sabes que tu hermano mató a Yolk y a Xahu.

—Creía que solo había sido porque marcaron a su… *amiga*.

No me pasó por alto el modo en que se refería a Callie, como si no quisiera admitir que era la novia de su hermano. No cabía duda de que aquello de la profecía era muy importante para el rey. Y Evelyn la había cagado bien.

Los guardias negaron con la cabeza, bastante acojonados. Ellos también habían metido la pata hasta el fondo. No pude evitar sonreír. Cuando el rey me pescó, la sonrisa se borró de inmediato de mis labios.

—¿Algo más, humana? —dijo ese rey inmenso y amenazador. Ella negó y bajó el rostro—. Bien, en ese caso, marcadla.

Un murmullo generalizado retumbó por la sala. De pronto, fui consciente de nuevo de todas las mujeres que nos rodeaban, del calor pegajoso, de la selva tropical que se extendía al otro lado de la ventana, más allá de ese claro polvoriento.

—Pero ¡os he contado todo lo que sé! —lloriqueó Evelyn, tratando de liberarse de las garras de uno de los vigilantes, que se cerraban como un cepo en torno a su brazo—. ¡No! ¡Suéltame!

—Te lo dije… —murmuré. Aquella chica había sido una idiota y una traidora. Aun así, no podía odiarla por tener miedo.

«Mierda. Me estoy convirtiendo en una sensiblera», pensé.

—Cuando acabéis, ven a verme a mis aposentos, Trench. Tengo un tema pendiente que tratar contigo.

—Allí estaré, Cyrus. —Bajó la cabeza en señal de respeto.

Me relajé un instante, hasta que el rey empezó a caminar directo hacia mí a grandes zancadas. El suelo de la posada retumbó bajo sus pies.

Se agachó, me agarró del brazo y me puso en pie. El contacto de sus dedos, seco y caliente, me sacudió entera. Tiré con fuerza y me solté, solo porque él me lo permitió.

—¡Eh, no me toques, cabrón! —vociferé, inclinando un poco la cabeza hacia atrás para poder plantarle cara y mirarlo a los ojos. Era muy alto. Enorme.

—Solo quiero hablar contigo, Tina. Vendrás a mi casa y charlaremos como seres civilizados.

—¿Contigo? No me hagas reír.

Emi volvió a reprenderme con la mirada. Ya me había ganado una buena hostia de Trench. Debía andarme con ojo. Si ese rey gigantesco me daba otra, tal vez no viviría para contarlo.

—Como te he dicho, solo deseo charlar contigo. Quiero que me hables de esa amiga tuya…, Callie. Seguro que sabes muchas

más cosas interesantes sobre ella.

—En primer lugar, no es mi amiga. Era mi profesora. Y en segundo, jamás te contaré nada de ella ni sobre ninguna de estas mujeres. Así que déjame en paz.

Sonrió de un modo pavoroso. Al mismo tiempo, aquel gesto le dio un toque más humano. Ese rey me desconcertaba.

—Y yo que quería que empezáramos con buen pie. Buena conversación, una copa de nuestro mejor licor…

—Pues ya te puedes ir olvidando. No pienso hablar contigo.

—Entonces, no vas a seguirme por las buenas, ¿verdad, Tina?

—Siento desilusionarte. ¿Y cómo coño sabes mi nombre?

Él sonrió de nuevo, pero no fue una sonrisa sincera. Encerraba demasiada amargura.

—¿No recuerdas a un viejo amigo?

No me dio tiempo siquiera a responder. Me agarró de la cintura y me echó sobre su hombro.

—¡Suéltame, cabrón! ¡Suéltame ahora mismo!

Pataleé con fuerza, pero no le afectó lo más mínimo. Afianzó su agarre, se despidió de sus dos lacayos, que se preparaban para marcar a Evelyn, y salió por la puerta que conducía al anexo.

De ahí me llevó a su casa, mientras yo seguía gritando y forcejeando, y él continuaba andando como si nada.

Estaba por lo menos a dos metros del suelo, sobre el ancho hombro de una bestia de la selva, un depredador con colmillos y garras, y una cola larga y gruesa que ondeaba en lo alto, amenazante.

Por inverosímil que parezca, y aunque no negaré que estaba asustada, mi cabreo superaba con creces al miedo. De hecho, nunca había estado tan enfadada.

Hasta que apareció una pantera negra enorme en mitad del pasillo. Entonces, el pánico se apoderó de mí y el estómago se me

subió a la garganta. Era casi el tripe de una pantera normal de la Tierra, y tenía los ojos dorados y… malignos.

Cuando pasamos por su lado, Cyrus le silbó y ella respondió con un rugido nada reconfortante mientras atravesaba la puerta tras nosotros.

Nos encontrábamos en una habitación bastante amplia, con varios divanes y una cama enorme llena de almohadones coloridos. La colcha era de hilo bordado, de aspecto fino y elegante. Todo a mi alrededor rezumaba poder. Primitivo, pero poderoso, al fin y al cabo.

Cuando fui consciente de nuevo de mi situación, reanudé el pataleo.

—¡Suéltame, cabrón!

—Eso intento hacer. Si dejas de dar patadas…

Permanecí quieta unos segundos, lo justo para que él se confiara. En cuanto me bajó con cuidado al suelo, me revolví para soltarme de sus manazas. Intentó agarrarme, pero me giré y le asesté una patada en la espinilla con todas mis fuerzas. Él se limitó a agacharse un poco y frotarse la zona, como si apenas fuera una leve molestia.

—Pegas fuerte, mujer. Eres peleona.

—Si te acercas, te daré otra en las pelotas.

—Así me gusta, una gata salvaje capaz de defenderse.

—No te burles, abusón. Esta pelea está muy desigualada.

—Pero eso ya lo sabías antes de patearme, ¿verdad? Y, aun así, lo has hecho. ¿Qué voy a hacer contigo, Tina? —dijo meneando la cabeza.

—Vete a la mierda.

—Sabía que no me equivocaba contigo. Lo vi enseguida en tus ojos. Tienes alma de reina.

—¿Cómo dices? —murmuré, bajando la guardia.

Aquellos ojos profundos cual abismos insondables. Aquella forma de caminar. Aquella voz… y su risa oscura. Y ese aroma afrutado, intenso y picante en el paladar…

Él aprovechó mi momento de confusión para situarse a mi espalda y rodearme la cintura con un brazo. Con la otra mano, me tapó la boca.

—Y ahora escúchame bien, Tina. Solo quiero hablar contigo y no voy a hacerte ningún daño. Así que, cuando te suelte, te sentarás en ese diván y te serviré una copa, ¿de acuerdo?

Separó un poco los dedos de mis labios para escuchar mi respuesta, aunque esta no fue exactamente la que esperaba.

—¡He dicho que me sueltes!

Tras gritar, abrí la boca todo lo que pude y la cerré sobre la parte más mullida de la palma de su mano. Mordí con saña, clavando los dientes en la carne, hasta que sentí el sabor metálico de su sangre en mi lengua. El brazo que aferraba mi cintura no me soltó.

Aunque maldijo, no perdió la compostura. Me arrastró hasta el diván y me sentó.

—Tienes una mandíbula fuerte, mujer —dijo, concentrado mientras me ataba las muñecas a la espalda con un trozo de cuerda, junco o lo que fuese.

Traté de levantarme, pero me empujó por los hombros y me mantuvo en el sitio. Bajó su enorme rostro de bestia de la jungla a la altura del mío. Nuestros ojos se encontraron y…

—¡Eres tú! —solté sin pensarlo—. Eres el desconocido de la calle.

Él asintió.

—El mismo, mi reina. Me alegra que al fin me hayas reconocido. Te has tomado tu tiempo.

—No me lo has puesto fácil. Me gustaba más tu otro disfraz.

Soltó una carcajada vibrante y profunda.

Su rostro estaba muy cerca del mío, y distinguí con claridad la pequeña mota verde que decoraba un extremo de su oscuro iris, aunque no tan negro como el de su otro ojo. Unos ojos distintos y hermosos… en la cara de una bestia salvaje. Un barog, significara eso lo que significase, medio humano y medio depredador.

—A mí me gusta más este aspecto, ya ves. Supongo que ni en eso nos pondremos de acuerdo.

—Me seguiste… Me drogaste…

—Fue uno de los míos, Trench, le has visto en la posada. Pero sí, yo di la orden. No podía dejar escapar a una reina como tú.

Me sujetó la cara por la barbilla y examinó las heridas. Primero, el pómulo, pasando un dedo con suavidad como una caricia, y luego, el labio hinchado. Iba a repetir el movimiento, pero yo me aparté bruscamente.

—Esto no debería haber pasado.

—¿Ah, no? ¿Preferirías haberlo hecho tú?

Apretó la mandíbula.

—Me creas o no, yo jamás he golpeado a una mujer. Y di órdenes expresas de que no os tocasen. Esto no quedará así, no te preocupes, mi reina.

—Ya, lo que tú digas —murmuré con desprecio.

—¿No me crees?

Lo miré, desafiante. Permanecimos en silencio, observándonos el uno al otro durante un largo rato, como si nos estuviéramos analizando.

Iba a preguntar algo cuando la puerta se abrió y entró Trench. A un gesto de su amo, la pantera se acercó hasta nosotros y se tumbó a mis pies, con las zarpas casi rozándome los dedos. Di un respingo y los encogí todo lo que pude. Pese al terror, me mantuve erguida. No pensaba darle motivos a ese rey arrogante para que se creyera mejor que yo.

—Vigílala, Bazzeila. Es de armas tomar.

El animal ronroneó y se arrellanó aún más. Era majestuosa y… espeluznante.

Cyrus se acercó a grandes zancadas a Trench y, sin darle tiempo a reaccionar, le asestó un puñetazo monumental en la mandíbula, luego otro en el estómago y otro más en el pecho, seguido de un latigazo con la cola, hasta que lo tumbó. El guardia cayó al suelo como un pesado fardo. Entonces, se abalanzó sobre él como un gran felino y lo agarró del cuello.

A pesar del calor y la humedad, algo gélido me trepó por la columna.

—Os dije que no les hicierais daño. Te pedí expresamente que cuidaras de esta humana. Si vuelves a tocarla, si le pones aunque solo sea un dedo encima a cualquiera de las descendientes, te empalaré en la plaza, ¿lo has entendido?

Trench asintió sin pronunciar palabra. Tenía el rostro machacado y ensangrentado.

Cyrus se levantó de un salto y le tendió la mano. Lo ayudó a incorporarse y lo acompañó hasta la puerta, rodeándole los hombros con su brazo musculoso. Observé hipnotizada como se estiraban y contraían las espirales de su espalda mientras caminaba.

—Lo siento mucho, Cyrus. No volverá a ocurrir.

—Por tu bien, espero que así sea. Cuando salgas de aquí, ve directo a decirles a todos lo que te ha sucedido. Y recuérdales mis órdenes: nada de tocar a las descendientes… hasta la cacería.

«¿Cacería?». Tirité. No sonaba nada bien.

Trench asintió y se disculpó tres veces más antes de que el rey le cerrara la puerta en las narices.

Cyrus inspiró con fuerza, como si tratara de relajar los músculos. Entonces, se dio la vuelta y volvió a centrar toda su atención en mí.

—Bien, ¿por dónde íbamos?

La mano que lucía mi mordisco ahora también tenía los nudillos magullados. El rostro de Trench había quedado peor.

Empezó a caminar hacia mí, pero Bazzeila se levantó de pronto sobre sus patas y rugió con fuerza. No me meé encima del susto de milagro. Un murmullo de voces y puertas nos llegó desde la casa posada.

—¿Qué ocurre?

—Creo que mi hermano anda cerca.

Bazzeila se irguió un poco más, en posición alerta.

Cyrus ensanchó una sonrisa tenebrosa y nuestros ojos se cruzaron de nuevo.

—Parece que hoy es un día de reencuentros. Alegra esa cara, Tina. Tal vez veas a tu amiga Callie.

Un mal presentimiento me fulminó de arriba abajo mientras ese monstruo me recorría con su siniestra mirada.

Al parecer, los problemas no habían hecho más que empezar.

7 hermanos

La selva, Nemea, hace veintiún años

El pequeño Daryos se agachó junto al arroyo y metió la mano en el agua. El brillo dorado de la piraña llamó su atención de inmediato. Era la primera vez que veía una en su hábitat natural. Las que había visto hasta ahora estaban en los puestos de la plaza de la aldea o sobre la mesa de su casa, bien cocinadas y sazonadas por su maa.

En cuanto sus deditos, todavía torpes, intentaron agarrar al animal, este se revolvió y le pellizcó la pulpa del índice con los dientes. Por fortuna, no lo enganchó bien.

—¡Auuuu! ¡Odio las pirañas!

Cyrus, que acababa de añadir algunas ramas secas a la hoguera, se acercó corriendo a su hermano.

—¿Estás bien, D? —preguntó, mirándolo preocupado.

—¡Me ha mordido una estúpida piraña!

—Metiste la mano en el agua, ¿verdad?

Daryos sonrió y asintió.

—¿Qué te he dicho un millón de veces?

—Que no moleste a los animales, sobre todo a los que no conozco.

—¿Y por qué lo has hecho? A ver, trae la mano.

Cyrus giró un poco el dedo de su hermano, lo flexionó y lo estiró. No parecía haber daños, tan solo una pequeña zona enrojecida en la yema. Respiró aliviado.

—Porque me aburría esperando a que terminaras de encender el fuego.

—Pues podrías haberme ayudado a reunir ramas, en lugar de hacer el idiota.

—Es que tenía un color tan bonito… Pensé que podría cogerla antes de que me atacara.

—Ya, tú siempre con tus ocurrencias, D. Pero no todo es un juego, ¿sabes? Los animales son peligrosos y tienes que aprender a relacionarte con ellos como es debido.

—Pero tengo amigos animales, y tú también.

—Ya, pero no todos son como Enzo o Bazzeila. Has de tener más cuidado, D.

—¿Y eso por qué? A mí me gusta mucho jugar, tanto como a ti.

—Claro, pero ya tienes ocho años. Algún día yo seré el rey y tú el príncipe de Nemea, y, para entonces, tendrás que haber aprendido todo lo necesario.

—Pero ¡falta mucho para eso! ¡Cientos de años, Cyrus! ¡O miles! Porque, después de paa, reinarán nuestros hermanos y…

—Ya lo sé, pequeñajo.

—¡Eh, no me llames así! Solo tienes tres años más que yo, no vayas de listo.

Cyrus le dio un golpecito amistoso en el hombro y sonrió.

—Tan solo bromeaba, D. Ya sé que eres todo un hombre. El mejor hermano del mundo.

—No, ¡tú eres el mejor hermano del mundo! Sin ti ya me habría quedado sin dedos de las manos… y de los pies.

Los dos jóvenes barogs soltaron carcajadas sonoras y profundas, que resonaron en sus pechos.

—En eso llevas razón. No tienes remedio, D. Es un milagro que aún los conserves todos.

—Suerte que te tengo a ti, C. —Esbozó esa sonrisa luminosa que encandilaba a todo el mundo, y que su hermano adoraba.

—Y siempre me tendrás a tu lado, pero mejor no tentemos a la suerte. Así que deja ya de incordiar a las pirañas, las serpientes, los lagartos… y a cualquier otro animal peligroso, ¿de acuerdo?

Daryos asintió mientras Cyrus volvía a acercarse al fuego y echaba las dos pirañas y la serpiente que él había atrapado poco antes. No tenían la salsa con la que solía servirlas su madre; aun así, bien asadas, estarían deliciosas.

—¿Y qué me dices de Enzo? ¿A él sí que puedo seguir molestándolo, verdad?

De un salto, se abalanzó sobre el pobre cachorro de león nemeo, que dormitaba a tan solo unos pasos de ellos. El león rugió, y ambos rodaron por el suelo entre risas y gruñidos, interpretando un juego que repetían desde que empezaron a gatear.

Los leones de Nemea crecían al mismo ritmo que los barogs y solían vivir casi tanto como ellos, varios miles de años de media.

—Tú verás lo que haces. Vas a ganarte más de un zarpazo bien merecido. Sinceramente, D, no sé cómo Enzo te aguanta, ni mucho menos, por qué te tiene tanta adoración.

—Será porque somos igualitos, amigos del alma —dijo Daryos, resoplando mientras intentaba apartar a su león de encima.

La pantera de Cyrus, mucho más pacífica, se arrastró hacia él y agachó la cabeza. C le rascó entre las orejas y sonrió.

—Tú y yo somos mucho más civilizados, Bazzeila. Estos dos son un par de salvajes.

La pantera emitió un leve rugido, que C interpretó como afirmativo. Siempre se ponían de acuerdo. Y allí donde estuviera Cyrus, allí iba ella, al igual que Enzo hacía con Daryos.

No era común que un barog eligiera a una pantera en lugar de un león. Eran más ariscas y difíciles de domar. Pero a C siempre le habían gustado los retos. Y, al fin y al cabo, se habían elegido mutuamente.

—¡Auu, Enzo! ¡Te has pasado! Ahora verás… —Siguieron revolcándose un poco más por el suelo, hasta topar con el tronco de una palmera.

Ambos se tumbaron panza arriba, con las patas y piernas enredadas, respirando aceleradamente. Daryos tenía una radiante sonrisa en el rostro, y el león parecía tan complacido como él.

De pronto, un estruendo hizo temblar la selva entera a su alrededor, y las grandes hojas, de un verde brillante, se agitaron.

Daryos dio un respingo y se incorporó de un salto.

—¿Habrá sido una piña gigante? —preguntó, entusiasmado.

—Eso creo, sí.

—¿Podemos ir a investigar, C? —dijo, acercándose a las palmeras que delimitaban el pequeño claro.

—Pronto anochecerá. Mejor mañana. Les llevaremos un trozo de piña a maa y paa.

Mientras escrutaba la vegetación que se extendía ante él, Daryos arrancó una baya morada, gorda y jugosa, y se la metió en la boca. El fruto explotó en su lengua y se lo tragó de golpe. Sabía dulce y deliciosa.

—Hoy te has zampado unas doscientas de esas, hermanito.

—Puede —dijo D, frotándose el estómago.

—Anda, trae aquí esas hojas secas y siéntate. Vamos a cenar ya.

Daryos se apresuró hacia su hermano y se sentó a su lado sobre las hojas de palma que habían dispuesto en el suelo polvoriento.

—¡Qué hambre tengo!

—Pues verás qué sabrosas han quedado. La próxima vez las prepararás tú. Seguro que también te saldrán riquísimas.

Empezaron a comer y bromear, mientras sus felinos inseparables recibían también sus raciones.

La tarde dio paso a la noche, y las estrellas decoraron el firmamento. Los hermanos contemplaban las dos hermosas lunas de Nemea, ajenos a todo cuanto los aguardaba en el futuro.

Ajenos a que, un día, no muchos años después, las cosas entre ellos cambiarían… y jamás volverían a ser como en ese instante. Ese instante perfecto a la luz de la hoguera.

Se tumbaron uno al lado del otro y charlaron en voz baja hasta que se quedaron dormidos, frente con frente, convencidos de que su amor y su amistad… eran inquebrantables.

8 juguemos
TINA

Morada de Cyrus, rey de Nemea, hace casi dos semanas

En cuanto Daryos y la profesora Dawson se marcharon, Cyrus se acercó a mí lentamente. Tras presenciar la discusión entre el rey y el príncipe, había atado algunos cabos y reunido retazos de información. Aún distaba mucho de comprender el panorama de Nemea al completo. Sin embargo, una cosa tenía clara: Daryos estaba loco por Callie, y era el único con algo de bondad y sentido común en esa mierda de mundo. Cyrus, por el contrario…

—Ahora, gata salvaje, ¿vas a dejar que te ponga el ungüento en la quemadura?

Le lancé una de mis peores miradas de desdén, que no parecían afectarle lo más mínimo. Esas miradas solían mantener a raya a los moscones. A ese rey malvado, en cambio, le divertían mucho.

—Ni se te ocurra ponerme un dedo encima, a menos que quieras llevarte otro mordisco.

—¿No habíamos superado ya la fase de la agresión física?

—Y lo dice el tío que me tiene secuestrada y maniatada.

Soltó otra de sus carcajadas siniestras y oscuras, siempre contenidas. Como si no se dejara ir por completo.

—Ya sabes por qué lo he hecho, así que no seas tan dramática, mujer. No te pega nada.

—Y, en tu "sabia" opinión, ¿qué me pega exactamente?

Me miró como si me leyera la mente; como si, en realidad, me conociera bien. Pero ese abusón que se creía el rey del mundo no me conocía lo más mínimo. Puede que mandara sobre la chusma de ese ridículo planeta, plagado de selva y bestias primitivas por todas partes.

Jamás mandaría sobre mí.

—Mmmm… Veamos… —empezó, sin dejar de mirarme. Entonces, una sombra cruzó su semblante y su expresión se tornó seria de golpe—. Una vez te dije que tenías el porte de una reina y sigo pensándolo. Y una reina nunca se rinde, continúa luchando sin derrumbarse.

Bueno, puede que el muy arrogante sí que me conociera un poco, al fin y al cabo. Ni muerta iba a admitirlo.

—Suelta mis ligaduras y verás qué bien sigo luchando, cabrón.

La comisura de sus labios se elevó.

—Ahora, hablemos en serio, Tina. Voy a sentarme detrás de ti para ponerte este ungüento, y tú me lo vas a permitir.

—Tú verás lo que haces.

—Si te portas bien, puede que te suelte. ¿No te gustaría comer y beber un poco? Te aseguro que nuestro licor es delicioso. Fuerte, pero apuesto a que una mujer de mundo como tú ha probado bebidas de todo tipo, ¿me equivoco?

—No creas ni por un momento que fingiendo ser amable conmigo vas a tirarme de la lengua.

—Lo único que pretendo es curarte la quemadura y que no te mueras de inanición. Tampoco te emociones.

Le lancé una mirada cargada de odio. Creo que jamás había odiado a nadie con tanta fuerza en toda mi vida. Sin embargo, no era idiota, y de sobra sabía que era preferible estar en las mejores condiciones posibles por si… por si se presentaba la ocasión de escapar.

—De acuerdo —murmuré, manteniendo la cabeza bien alta.

—Perdona, ¿qué has dicho? ¿Que aceptas mi hospitalidad?

El muy hijo de puta me había escuchado perfectamente, pero le gustaba tocarme las narices.

Asentí secamente, alzando la barbilla y apretando los dientes. Avanzó varios pasos más hacia mí.

—Entonces, ¿no intentarás patearme, ni morderme, ni nada de eso? —Negué con la cabeza—. Buena chica —dijo, provocándome con la mirada.

Se mantuvo quieto unos segundos, como si esperara a que le escupiese alguna de mis contestaciones. Como si, en el fondo, estuviera deseando que lo desafiara de nuevo.

Me mordí el carrillo para evitar abrir la boca. Callar nunca había sido mi fuerte, y ese ser tan terrorífico como fascinante lograba llevarme al límite. El muy cabrón lo hacía a propósito, de eso no me cabía la menor duda.

Durante mis escasas dos décadas, había aprendido que la gente con poder, la gente que lo tiene todo y a la que todo el mundo se esfuerza continuamente por complacer, muchas veces se aburre y necesita algún aliciente en la vida. Entonces, se encaprichan de un pobre desgraciado para que les haga de bufón o los desafíe una y otra vez mientras ellos se lo permitan. Pero no nos engañemos: llega un día en que se cansan y los fulminan en lo que dura un pestañeo.

Al parecer, yo era el nuevo entretenimiento del rey de Nemea, el hijo de puta más retorcido y sádico con el que me había topado. ¡Y eso que ya había conocido a unos cuantos!

No podía bajar la guardia porque no tenía ni idea de lo que era capaz. Y por lo que llevaba visto hasta ahora, no albergaba demasiadas esperanzas de que fuera un buen anfitrión. Su carencia de escrúpulos hablaba por sí misma.

Recorrió los pocos pasos que lo separaban del diván y se detuvo junto a Bazzeila.

—Vamos, preciosa, ve a dar una vuelta —dijo, agachándose a su lado y rascándole la cabeza—. Yo me encargo de nuestra *invitada*.

—*Invitada*… Tiene huevos la cosa —murmuré, incapaz de evitarlo.

Aunque simuló no haberme oído, la leve sonrisa en su monstruoso rostro lo delató. Apenas podía creer que esa bestia descomunal fuera también ese desconocido apuesto que me habló durante un anochecer de lo que parecía hacer ya un millón de años, aunque no fuesen más que unas pocas semanas. Ese hombre de mirada misteriosa, y voz profunda y sensual como una caricia íntima. Su recuerdo me hizo temblar.

Cyrus alzó el rostro y ensanchó las fosas nasales, un gesto que solía repetir y que era… demasiado perturbador. Un brillo inquietante cruzó sus hermosos ojos. Porque sí, estos eran exactamente los mismos, tan impactantes como los de su forma humana. Unos ojos que jamás podría olvidar. Esa pequeña mota verde resplandecía en la inmensidad de uno de sus iris, oscuros y atormentados.

Mientras se ponía en pie, alzándose a más de dos metros, no dejó de observarme.

Tras ronronear y estirarse cuan larga era, la pantera se levantó y se alejó con pasos elegantes y perezosos, como si la prisa no fuera con ella. Sus ojos llamearon en oro cuando volteó un solo instante la cabeza para mirarme, como una clara advertencia. Después, siguió su camino y se perdió en el pasillo que conducía al exterior. Con un empujón de su oscilante cola, la puerta se cerró tras ella.

—Bien, al fin estamos solos, *mi reina.*

—No soy tu reina. Ya es lo bastante humillante esta situación como para que te burles de mí.

Abrió los ojos con sorpresa. Supongo que ese pedazo de cabrón no estaba acostumbrado a que una mujer opinara libremente.

—Todo lo contrario, hermosa Tina. Te lo dije una vez y lo mantengo: serías una reina estupenda. Lamentablemente, mis deberes para con mi pueblo me obligan a tomar *otro camino*. Pero eso no significa que no podamos… divertirnos juntos.

Rechiné los dientes. No sabía qué parte de lo que acababa de decir me molestaba más, la verdad. Aunque empezaba a intuir que Cyrus me provocaba emociones muy contradictorias.

—¿Por "otro camino" te refieres a la mujer de tu hermano? ¿A Callie?

Él gruñó.

—No es su mujer, aún no. Y no quiero que hablemos de ella.

—Ya veo…

«Ojalá no hubiera contemplado nunca su forma humana. Ojalá…».

No entendía cómo la presencia de aquel monstruo terrible podía alterarme tanto. Incluso había sentido celos al ser testigo de su interés por la señorita Dawson. ¡Era absurdo! Pero, pese a que necesitara a Callie para cumplir la profecía de su pueblo o algo así, a mí ese rey no podía engañarme: mi presencia también lo alteraba a él, era innegable. A lo mejor podría usar eso en mi favor. Bestia o humano, no me cabía duda de que se sentía atraído por mí e intentaba flirtear.

—Voy a desatarte y a sentarme detrás de ti, ¿de acuerdo? No voy a hacerte daño, Tina. Hablo en serio. Solo quiero ponerte el ungüento y demostrarte mis buenas intenciones.

—No sé por qué dudo mucho de que las tengas.

Su risa oscura bailó a mi alrededor mientras sacaba una daga del cinto de su taparrabos y se inclinaba sobre mí.

Por un instante, me dominó el pánico. Lo único que podía ver en mi mente era el filo de esa daga de hierro con mango de hueso. Cuando sentí su mano sobre una de mis muñecas, me relajé, y más aún al escuchar el roce de la hoja sobre la cuerda. La tensión se aflojó en el acto.

Llevé los brazos hacia delante mientras mis pobres hombros chirriaban de dolor. ¡La rotación de las articulaciones me estaba matando! Me froté una mano con otra, suspirando de alivio. Sentirme libre de nuevo, aunque fuera solo en ese pequeño detalle, marcaba una gran diferencia.

El alivio me duró poco. Exactamente, hasta que Cyrus pasó una pierna, robusta como una columna, por detrás de mí y se sentó en el mullido diván a mi espalda. El leve roce de su cuerpo me hizo estremecer.

Al principio, guardó un poco las distancias. Entonces, me rodeó la cintura y me atrajo hacia él. Su aroma, ese olor profundo y turbador a frutas tropicales con un toque especiado, se coló en cada célula de mi cuerpo hasta arañar lo más hondo de mi ser.

De repente, sentí su polla excitada contra mi trasero y di un respingo. Estaba encajonada entre sus descomunales piernas abiertas, con sus pectorales hinchados rozándome la espalda y su erección de acero pegada a mis nalgas.

—Así está mucho mejor.

Quise responder. De hecho, sentí la inmensa tentación de girarme y arrearle una bofetada en toda su cara de rey insoportable. O, mejor aún, agarrarle el brazo musculoso y morderlo de nuevo con más saña que antes, clavándole los dientes en la carne y haciéndolo sangrar. Jamás había sentido semejantes deseos de herir a alguien. Sin embargo, no debía arriesgarme.

Hasta entonces, le odiara o no, lo cierto era que Cyrus no me había hecho ningún daño, más allá de ordenar que nos marcaran a todas a fuego, por supuesto. De hecho, había sido testigo varias veces de sus órdenes expresas a sus barogs de no maltratarnos. Y no solo eso…

Había golpeado hasta dejar casi inconsciente a Trench, el barog que me había abofeteado la mejilla hacía un rato. Lo había aporreado con tal rabia que creí que iba a matarlo allí mismo, delante de mis narices. Me impresionó mucho.

Y cuando Shauna se tiró por el acantilado, poco después escuché cuchichear a esos dos gilipollas que montaban guardia en las mazmorras, Yolk y Xahu. Dijeron que Cyrus había derramado lágrimas por la humana y que, después, había descuartizado con sus propias manos al barog que estaba al mando de la vigilancia, el que corrió tras mi amiga para impedir que se lanzara al abismo. El día en que ella murió, fue el peor de mi vida. Jamás lo olvidaría.

Pese a todo eso, no tenía ni idea de lo que el rey de ese atajo de salvajes era capaz de hacer si se enfadaba. Si tensaba demasiado la cuerda, si lo mordía o pateaba de nuevo, quizá su paciencia llegara a su fin, y decidiera que tampoco le gustaba tanto como para aguantar mis pataletas y arranques de furia.

Debía actuar con inteligencia. No podía enfrentarme a él, pero quizá podría… ganármelo. Sabía bien cómo hacerlo. Con solo pensarlo, me entraban náuseas, además de un extraño cosquilleo en el estómago que me negaba a reconocer, incluso a mí misma.

A veces, una debe hacer cualquier cosa para sobrevivir y salvar a sus amigas. *Cualquier* cosa.

Y yo acababa de decidir que estaba dispuesta a todo.

—Notarás el ungüento un poco frío, verás cómo te alivia.

Asentí mientras el roce de sus yemas sobre la quemadura me alteraba más de lo que nunca habría imaginado.

En cuanto sus dedos fuertes empezaron a deslizarse sobre mi piel para extender el ungüento, gemí. No pude evitarlo. La sensación de alivio y frescor fue demasiado placentera. Él ronroneó a mi espalda y se apretó un poco más contra mí. Estaba duro como una roca y su aroma se había intensificado hasta intoxicarme por completo.

—¿Empiezas a notarlo? —preguntó con la voz enronquecida.

Por un momento dudé. ¿Se refería a la sensación de mejora en la piel o… a su polla clavada en mi trasero? Porque ambas cosas las notaba, y mucho.

—Sí… Gracias.

Se estremeció.

—No creía que jamás escucharía esa palabra salir de tus labios. —Aunque no vi su sonrisa, la imaginé a la perfección. Esa sonrisa prepotente.

—No te acostumbres. Ha sido solo un acto reflejo. Por… educación.

—Prefiero pensar que estamos empezando a llevarnos bien.

—Piensa lo que quieras, cabrón —solté entre dientes.

—Esta es mi chica. Peleona por naturaleza. Mi gata salvaje.

—No soy tu gata. No soy nada tuyo —protesté, aunque el ungüento me hacía un poco más dócil. No me había dado cuenta de lo mucho que me dolía la quemadura hasta ahora.

—Ya lo veremos. Yo creo que acabarás rendida a mis pies, suplicando por mis atenciones.

—Eres tan pretencioso que no voy siquiera a molestarme en rebatir eso.

Su risa me agitó desde la cabeza hasta los dedos de los pies.

Pero si estaba excitado, es que yo aún tenía una posibilidad. Usaría eso, su evidente interés por mí, aunque solo fuera sexual, para mantenerme viva. Jugaría con él, sin dejar de provocarlo y luchar, pues estaba claro que eso lo excitaba, pero sin desafiarlo demasiado. Debía mantenerme en el filo, haciendo equilibrios. Lo bastante peleona e insolente para seguir atrayéndole, pero sin

pasarme. O sea, que debía controlar mi verdadero carácter y dejar salir lo justo para mantenerlo interesado en mí sin aburrirlo.

Hasta que llegara el momento de rescatar a mis amigas y escapar de las garras de esos monstruos. Todavía tenía que pensar a dónde iríamos. Quizá el príncipe, el amante de Callie, pudiera ayudarnos. Al fin y al cabo, se había cargado sin miramientos a Yolk y al otro en la mazmorra, así que apostaba a que estaba realmente de nuestro bando.

Y toda ayuda que pudiéramos reunir sería imprescindible.

Cuando Cyrus se restregó levemente contra mi culo mientras ceñía su brazo en torno a mí un poco más, frené mis impulsos de apartarlo de un manotazo y salir corriendo. También refrené mi lengua.

Cerré los ojos, apreté la mandíbula y presioné hacia atrás con el trasero. Pensar que iba a incitar a un animal de la selva, un rey cruel y despiadado, me encogía el estómago. Pero no me quedaba otro remedio. Jenny y Emi no sabían jugar a eso, las pobres estaban aterrorizadas. ¡Si jamás habían estado con un hombre! Así que yo velaría por ellas, con la ayuda de la señorita Callie. Seguro que podía contar con ella, lo había visto en sus ojos. Era otra luchadora como yo. Y tarde o temprano, lograríamos huir de allí.

Noté cómo su cuerpo vibraba junto al mío y su polla se tensaba, y aquel olor que me perturbaba se hizo denso, pesado.

«Yo también sé jugar a tu juego, cabrón. Mira y aprende».

Cyrus siguió aplicándome el ungüento en silencio, mientras los únicos sonidos en sus aposentos eran las pulsaciones de ambos, retumbando desbocadas.

Una imagen de su versión humana se coló en mi mente sin permiso. Y supe en el acto que acababa de empezar entre ambos un juego muy peligroso.

9 hay que prepararse
callie

Nemea, en la actualidad.

Cuando me desperté, la cueva estaba todavía en silencio. Todos dormíamos esparcidos en sencillos jergones, cubiertos con colchas coloridas. La temperatura en el interior era un poco más fresca y, por primera vez desde mi llegada a Nemea, el calor había dejado de ser sofocante. Las respiraciones de los barogs resonaban por todas partes. Jenny seguía dormida a mi lado. Al otro lado, Enzo resoplaba, sumido en sueños de leoncitos. A saber cuáles eran esos…

Me levanté con cuidado de no despertar a nadie. Necesitaba estirar las piernas y respirar un poco. En la hoguera, ya apagada, todavía humeaban unas pocas brasas, sobre las cuales se desperdigaban algunos restos de serpiente carbonizados.

Caminé lentamente, colocando con cuidado un pie delante del otro sobre las esteras de junco que cubrían parte del suelo de piedra. Lansh abrió un ojo, pero volvió a cerrarlo enseguida. Xioh, que se había dormido pegado a su espalda, no estaba en esos momentos.

Las pocas mujeres del grupo descansaban acurrucadas contra los inmensos pectorales de sus parejas. Estos las rodeaban con sus brazos musculosos y enormes. Todavía me sorprendía que tantas de nosotras lográsemos obviar el tamaño y las características de esas bestias… para enamorarnos perdidamente cada una de nuestro barog.

En cuanto me asomé a la abertura de la cueva, me quedé maravillada por el paisaje. Palmeras más altas que cualquier otra que hubiera visto hasta el momento se extendían a lo largo de kilómetros de selva. Estaban cargadas de dátiles dorados, cuyo

tamaño era el triple de los normales de la Tierra. Las inmensas hojas se mecían levemente al son de una brisa cálida y aromática.

Los manantiales que emergían de las rocas aquí y allá, llenando los lagos que se escalonaban en la piedra, me arrullaron con su rumor constante. El agua de esas piscinas naturales ya no tenía el resplandor irreal de la noche anterior, pero se veía hermosa en una suave gama de turquesas.

Mientras hacía algunos estiramientos para desentumecerme, observé otro grupo de esos animalillos de ojos grandes. Degustaban entre todos un mango gigante mientras proferían ruidillos extraños de lo más graciosos. Parecían peluches animados. La mayoría eran amarillos, pero algunos tenían tonalidades melocotón o naranjas.

En definitiva, el paisaje era surrealista. Se desplegaba justo ante mis narices, y apenas podía creer que existiera de verdad. Parecía una de esas postales de lugares idílicos. Todo era una explosión de fragancias y colores tal que me sentía abrumada.

—¿Has dormido bien, Callie?

Me giré hacia el lugar del que procedía aquella voz cavernosa pero agradable. Xioh estaba acuclillado a orillas de uno de los lagos, llenándose las manos en el manantial que afloraba entre dos rocas. Se echaba agua por la cabellera y el torso, y luego se frotaba con una de esas raíces jabonosas. El sol arrancaba destellos a sus mechones con tintes rojizos. Era un barog imponente. Traté de imaginar cómo sería su versión humana. No me fue demasiado difícil, dado que había visto a su hermano Xerx y tenían un cierto parecido.

«Me gustaría charlar con el Xioh humano…», me dije.

—Bastante, teniendo en cuenta que se me clavaba una piedra en el culo a través del colchón… y que Lansh y algún otro roncan como condenados.

—Dímelo a mí… —contestó sonriente.

Se aclaró la espuma que se había formado sobre su melena y sus pectorales tatuados, y se puso en pie. Se sacudió un poco, alzó el rostro y entornó los ojos, dejando que el sol matutino bañara su espléndida figura. Llegué a la conclusión de que Xioh era un ser noble. Sin importar el aspecto que tuviera, su corazón era bueno.

—Esto es impresionante. Jamás había visto nada igual.

—Lo sé. De más jóvenes, Lansh y yo descubrimos este sitio y se convirtió en nuestro lugar en el mundo. Los barogs no solían aventurarse tan al norte, así que nos sirvió para ocultar nuestro… pequeño secreto. —Sonrió.

—Así que esas palmeras han sido testigos de vuestro amor —dije enarcando una ceja dos veces.

—Veo que lo has pillado.

Nos reímos.

—Pues es un lugar precioso para enamorarse.

Abrió los ojos y me miró. Aunque eran oscuros, me sorprendió ver un brillo anaranjado alrededor de sus iris. Los barogs tenían unos ojos hermosos y muy sorprendentes. Aunque ningunos se podían comparar a los de mi amorcito. ¡Cómo le echaba de menos!

—¿Te llevó Daryos a su lugar favorito?

—Sí. Esa cascada me conquistó. Fue mágico. —Me estremecí al recordarlo—. Aunque, claro, antes tuve que cruzar a nado un lago con un "lagarto" gigante. Pero ya sabemos que con Daryos nada es sencillo. Todo tiene que ser siempre *emocionante* de la hostia. Ya me lo podrían haber entregado con un manual de instrucciones al chaval.

Soltó una carcajada, la más abierta que le había escuchado hasta entonces.

—Sí, D es una fuerza de la naturaleza, alegre y llena de vida. Una fuente de inspiración para cualquiera.

—¿Así lo ves tú?

—Así lo vemos todos. Daryos es un gran amigo, uno de esos que haría cualquier cosa por ti y jamás te dejaría en la estacada. Fue de los pocos que nos apoyó a Lansh y a mí en público. Como tantas otras cosas que ha hecho, principalmente, por las mujeres vinculadas.

—Sí que es un buen tipo. Por eso me conquistó, pese a todo. Por ese gran corazón que no le cabe en el pecho.

—Entonces, le amas, ¿verdad?

Resoplé.

—¡Qué remedio! ¡Como si me hubiera dejado otra opción!

Nos reímos de nuevo.

—Suele tener ese efecto. O le quieres… o no para hasta que le quieres.

Asentí. Lo había clavado.

Guardamos silencio un rato, simplemente contemplando las vistas.

—¿Tienes más jabón de ese?

Rebuscó en una bolsa de cuero desgastado y me tendió una mitad.

—Si necesitas lo que sea, tú solo dímelo. Lávate en uno de estos dos, en los demás hay demasiadas algas.

—¿Son peligrosas?

«No sé cómo demonios voy a sobrevivir en este planeta».

—No, pero si usas esa agua, igual tu piel brilla un poco por la noche. —Dijo como si nada.

Yo me quedé con la boca abierta. Todo en Nemea era… diferente. A ver, tampoco es que yo estuviera habituada a las selvas de la Tierra.

—Oye, Xioh, ¿sabes lo que me vendría la mar de bien? Una libretita y un boli.

—¿Un qué?

—Papel y algo para escribir.

—Ah, vale. Quizás lo encuentre entre las cosas de mi hermano.

—Por un momento me habías asustado. De pronto he pensado que quizá no sabíais escribir…

Soltó una carcajada.

—¿Crees que podríamos pasar desapercibidos en vuestro mundo si no supiéramos leer ni escribir? Aunque no todos son capaces de hacerlo y algunos todavía son analfabetos, somos barogs, Callie, no hombres de las cavernas.

—Pues yo tampoco veo mucha diferencia, sin ofender. Salvando honrosas excepciones, claro —dije señalándole.

—Tranquila, después de lo que has visto de nosotros, lo entiendo. Solo espero que, a partir de ahora, cambie un poquito tu

opinión sobre mi especie y tu percepción sobre este mundo.

—Eso espero yo también… —murmuré—. Oye, ¿y para qué lo utiliza Xerx?

—Él tiene un don especial para dibujar mapas. Los barogs nos orientamos bien en Nemea sin necesidad de artilugios, solo con el sol, las estrellas y otros elementos de la naturaleza. Es como si lo lleváramos en nuestro interior. Pero disponer de mapas de las zonas más alejadas o peligrosas siempre es útil.

—¿Podré verlos? Me encantaría situarme un poco en vuestro… nuestro mundo.

Me miró con comprensión.

—Cuando lo rescatemos, puedes pedírselos a él. Estoy seguro de que le hará ilusión que alguien se interese por sus mapas. Aparte de mí y… del rey, nadie les presta demasiada atención. Todo barog confía bastante en sí mismo a la hora de moverse por la selva, y no suelen aventurarse por territorio desconocido. A los rebeldes, sin embargo, nos sirven de gran ayuda.

—Sería genial poder ver cómo es este planeta. Ni siquiera sé si es grande o pequeño, dónde está ubicado en el universo, las distancias…

—Bueno, muchas de esas cosas nos son completamente desconocidas, Callie. Por aquí no tenemos científicos como los de tu mundo. Esto es diferente.

—Pero tú eres sanador y…

—Es cierto, pero no esperes hacer grandes descubrimientos en esos mapas, solo cosas prácticas como, por ejemplo, dónde hay un lago o un riachuelo y el mejor punto para cruzarlo, cuántas jornadas hay de la aldea al templo, qué peligros se esconden de aquí al territorio pantanoso… Esa clase de cosas.

«No solo he cambiado de planeta, sino que he retrocedido en el tiempo», pensé, pero no le comenté nada de eso. No quería ser grosera con el sanador, que había sido muy amable conmigo.

—Es información muy útil, sobre todo para alguien como yo, que acabo de aterrizar en Nemea. Además, olvidas una cosa: ahora sí que tenéis una científica entre vosotros. Yo soy bióloga, y muchas

de las descendientes eran estudiantes de toda clase de ciencias. Seguro que podremos aportar algo a vuestra civilización.

Sonrió con tristeza.

—Eso estaría bien. Aun así, ten en cuenta que todavía nos queda mucho por cambiar… y que en este mundo los cambios son lentos.

—¿A qué te refieres? ¿No crees que podamos ser de utilidad?

—¡Por supuesto que sí! Estoy convencido de ello. Y apuesto a que Daryos, Lansh, Xerx, Axeh… y los demás rebeldes comparten mi opinión. No obstante, los ancianos preservan las tradiciones y las antiguas leyes con mano férrea, mientras Cyrus las aplica a rajatabla. Por el momento, cualquier intento de modernizarnos ha sido fallido.

—No tanto, si existe un grupo de rebeldes. Vais por el buen camino —dije guiñándole un ojo.

—Cierto, Callie. Pero olvídate de cambiar a corto plazo el papel de las mujeres vinculadas en nuestra sociedad. Ha mejorado mucho, y la mayoría ya son libres junto a sus machos. Sin embargo, vuestro cometido principal sigue siendo el de engendrar barogs fuertes y criarlos con amor.

—Pues conmigo lo llevan claro los ancianos esos.

—No subestimes su poder. Son los que se comunican con los dioses del manantial.

—Por lo que he visto en la Tierra, con los dioses puede hablar todo el mundo… o nadie. Depende de en lo que creas.

—Somos rebeldes, es cierto, pero adoramos a nuestros dioses. Es algo con lo que no podemos jugar. Cualquier barog respeta lo más sagrado de nuestra especie. No puedes ir contra los ancianos, olvídalo. Hay que buscar otro modo.

Nos quedamos en silencio mientras le daba vueltas a la conversación que acabábamos de mantener. El sanador era un tipo inteligente. Cuando charlaba con él, me olvidaba por completo de su aspecto de bestia.

Imité lo que minutos antes había hecho Xioh y empecé a lavarme. Le pregunté si podía sumergirme en el lago sin miedo a ser devorada por alguna alimaña. Después de reírse a mi costa un buen

rato, asintió. A los pocos segundos, aparecieron Lansh y Jenny, y se unieron a mí.

—¿Y para qué necesitas papel y lápiz, Callie? —preguntó Xioh mientras pelaba una fruta de color amarillo chillón y aroma muy dulce, desconocida para mí, y me ofrecía un pedazo.

Lo cogí y me lo metí en la boca. ¡El sabor era impresionante! No se parecía a ninguna fruta de la Tierra.

—Para hacer una lista de supervivencia. Ya sabes: no molestar a esos palos amarillos que, en realidad, son pirañas; no bañarme en lagos brillantes; no meterme en el agua cuando Daryos diga que solo hay "un lagarto" inofensivo; en cualquier momento puede caer del cielo una piña gigante… Cosas así.

Lansh y Xioh se miraron boquiabiertos y, acto seguido, se desternillaron.

—No te agobies, mujer. Poco a poco te irás acostumbrando a esto. Todas lo haréis.

—Lo que tú digas, pirado.

—Es mucho más difícil moverse por tu mundo que por Nemea, estoy seguro.

—Ya, pero tuve veintitrés años para adaptarme a la Tierra. Aquí acabo de llegar y, como no aprenda rápido, cualquier día de estos muero devorada o aplastada. Deberíais tener un kit de supervivencia preparado para entregárselo a cada mujer descendiente. Creedme, eso nos haría la adaptación mucho más fácil.

Seguimos charlando un rato. Jenny apenas intervenía, pero al menos escuchaba atentamente y se la veía tranquila.

—¿Cuándo salimos hacia la aldea? —pregunté, empezando a impacientarme. La incertidumbre acerca de si mi barog estaba bien era una tortura.

—Aún tenemos que ultimar el plan de rescate. Tal vez mañana a primera hora.

—¡¿Cómo que mañana?! ¡Necesito salvar a Daryos ya! Y te recuerdo que también tienen a tu hermano —dije, señalando acusadoramente a Xioh.

—Lo sé, y eso me está matando. Pero si nos precipitamos, les haremos un flaco favor.

—¿¡Qué coño dices!? ¡Hay que salir ahora mismo a toda pastilla! ¿Y si el rey los tortura? ¡¿Y si los mata?!

—Cyrus nunca le haría eso a su hermano. Tú no lo conoces.

Solté un bufido.

—Os empeñáis en decir que no es tan malvado y cruel como parece, pero yo no voy a tragarme ese cuento. Puede que a vosotros os tenga engañados porque era un buen chico y vivió algo terrible. En mi opinión, eso no le disculpa. ¡Es un pedazo de monstruo peligroso y abominable!

—Estoy con Callie —soltó el barog rubio.

—Lansh… —dijo el sanador, moviendo la cabeza. De pronto parecía muy cansado.

—No, amor, ya basta. Cyrus va a tener que empezar a cambiar si quiere recuperar a sus amigos y que las cosas no se le vayan de las manos. Lleva mucho tiempo excediéndose, así que no le disculpes. Sé que era tu mejor amigo y que aún lo aprecias. No obstante, si sigue gobernando así Nemea, la situación va a ir de mal en peor y la rebelión se extenderá a la especie entera. Cada vez se unen más barogs a nuestras filas, lo sabes bien. Y un levantamiento sangriento no es lo que Daryos, ni ninguno de nosotros, desea. Pero nos está poniendo entre la espada y la pared.

El sanador suspiró.

—Es cierto, tienes toda la razón. Cyrus debe comprender que solo unidos podremos vencer a los enemigos, en caso de que algún día decidan atacar. Estar divididos es la peor opción. Pero el rey es incluso más cabezota que su hermano y no hay manera de que entre en razón.

Discutimos unos minutos más, hasta que nos metimos de nuevo en la cueva.

Tras desayunar algunas frutas y panecillos, los rebeldes se sentaron en círculo para organizar la expedición a las mazmorras de la aldea. Su intención era rescatar a sus dos amigos y a cualquier mujer descendiente que quisiera seguirlos. Esto último sería difícil, porque, tras las uniones sagradas, ahora cada una vivía en casa de

su pareja. Si alguno de esos barogs detectaba a los rebeldes y los delataba, puede que acabaran todos presos. Era muy arriesgado, aun así, debían intentarlo.

Algunas de las mujeres salieron a asearse, aunque unas pocas permanecieron con nosotros y tomaron parte activa en la reunión.

Cuando la conversación llegó a su fin, los machos se pusieron en pie, agacharon las cabezas y se cogieron de las manos. Nosotras los imitamos enseguida. Yo agarré la mano de Lansh y la de Jenny. Ella se mostró un poco reticente a sostener la del barog que tenía a su lado, pero al final accedió. No cabía duda de que todavía la asustaban bastante. ¿Y a quién no?

Entonces, lanzaron una oración para invocar la protección de los dioses del manantial y que les proporcionaran las fuerzas necesarias para lograr su propósito. Sus voces guturales hicieron eco por toda la caverna, poniéndome los pelos de punta.

Por último, nos soltamos las manos, y empezaron a patear el suelo con un pie como si hubieran entrado en trance. No me hacía mucha gracia estar metida en la cueva mientras ellos provocaban esos temblores. Quise pensar que ya habrían hecho eso mismo muchas veces… y que la piedra no se derrumbaría sobre nuestras cabezas.

Jenny los miraba con una mezcla de temor y fascinación. Yo también. Al fin se detuvieron y se dispersaron, cada cual a sus quehaceres. Algunos cogieron lanzas y arcos, y salieron a cazar o a recolectar frutas, mientras otros se unían a sus mujeres en los lagos.

Me acerqué a Xioh, que era el líder indiscutible en ausencia de Daryos y Xerx. Todos lo escuchaban con sumo respeto.

—¿De verdad tenemos que esperar hasta mañana?

—Es lo mejor, Callie, créeme. Esta noche llegarán tres amigos más y sus leones. Necesitamos reunir nuestras fuerzas al completo para tener alguna posibilidad.

—Lo comprendo, pero… —Miré a derecha e izquierda, sintiendo de pronto que me faltaba algo—. ¿Dónde está Enzo?

—Ha ido a buscar a algunos de sus compañeros. Llegarán al atardecer. Los leones siempre están de nuestro lado y seguirán a

Enzo hasta el fin del mundo si es necesario.

—¿Es su líder? —pregunté asombrada.

Xioh asintió.

«Así que el león de mi barog es también un jefecillo».

—¿Alguna indicación para mañana? —le pregunté, robando otro panecillo de la cesta de mimbre que descansaba sobre una piedra plana.

Si seguía zampando así, pronto tendría que empezar a hacer carreras por la selva para ponerme en forma. ¡Madre mía cómo estaban esos panecillos! Eran un vicio.

Una descendiente me miró de reojo y sonrió mientras amasaba para hacer más panecillos.

—¿A qué te refieres? —Estaba concentrado tensando su arco.

—Pues que todos sabéis lo que tenéis que hacer, excepto yo.

Me miró sin comprender. Entonces, enarcó las dos cejas de golpe.

—Tú no vienes, Callie. Te quedarás aquí con Jenny y las demás, y un par de barogs.

—¡¿Qué?! Ni hablar. Yo voy con vosotros.

Chasqueó la lengua.

—De ningún modo voy a ponerte en peligro. Daryos me arrancaría la piel a tiras y se la daría de comer a los *llitops*.

—¿Qué narices son los "*llitops*"?

—Están por todas partes —dijo soltando un momento el arco y señalando hacia la selva.

—Es igual. No quiero saberlo. A lo que iba: pienso venir con vosotros, y no podrás impedírmelo.

—Mujer, siento decirte que tengo muchas maneras de impedir que nos sigas.

«Mierda».

—Seguro que sí. ¡Pero no puedes hacer eso! ¡Necesito ir! Él es mi *hoa uhane*, Xioh, o como narices se pronuncie. No puedo quedarme aquí mientras vosotros corréis un peligro espantoso.

—Es verdad que eres muy melodramática…

—A ver, listillo, ¿qué harías tú si fuera Lansh el que estuviera retenido en esas mazmorras?

—No es que no te comprenda, Callie. Yo haría lo mismo. Pero yo soy un barog. Si vienes, nos retrasarás y nos obligarás a que uno de nosotros tenga que estar pendiente de ti para protegerte.

—Eso no es cierto. Iré a lomos de Enzo si me canso y me pegaré a mi león como una lapa. Él no dejará que me suceda nada malo.

—No ponemos en riesgo a las mujeres, Callie. Vosotras sois lo más preciado de nuestra especie.

—Ya, para que podamos procrear y daros barogs rechonchos y saludables. Pero ¿sabes una cosa? Si quieres de verdad modernizar a tu pueblo, no basta con decirlo de boquilla y ser un caballero con nosotras.

—No te sigo.

—Que tienes que llevarlo a las últimas consecuencias. Puede que sea más pequeña, lenta y débil que cualquiera de vosotros. Pero escapé de las garras de Cyrus en la cacería y noqueé a uno de los vuestros antes de que violara a Jenny. No soy una inútil, seguro que algo podré aportar.

Xioh se rascó la mandíbula sin dejar de observarme.

—Si algo te ocurriera…

—Seré prudente.

—Aunque Lansh y yo intentaremos protegerte en todo momento, si las cosas se ponen feas, tendremos que centrarnos en la lucha. No nos pierdas de vista y pégate a Enzo. Y si él cae, arrímate a cualquiera de nosotros. Te protegeremos con nuestra vida.

—¿¡Cómo va a caer Enzo!? ¿Tú has visto a ese león?

—Te recuerdo que hace poco lo rescatamos de debajo de una red.

—Eso es una vez en la vida, hombre.

—Y luego está Bazzeila.

—Esa cabrona…

—Irá a por él en cuanto lo vea.

—¿Por qué se odian tanto?

—Tienen una relación… complicada. Igual que sus amos. De amor-odio, diría yo. Más allá de eso, no olvides que Cyrus

aprovechará cualquier oportunidad para capturarte.

—Ya me he unido a su hermano, y el vínculo es sagrado e irrompible según sus propias leyes y tradiciones.

—No subestimes nunca al rey. Y si él quiere ir a por ti, Bazzeila también lo hará.

—Joder, Xioh.

—Así son las cosas. Si quieres venir, has de conocer la cruda realidad.

—Créeme, ya me he hecho una idea en el poco tiempo que llevo aquí.

Refunfuñé un poco.

«¿Por qué en este planeta todo tiene que ser a vida o muerte? ¡Menudo estrés!».

—¿Sigues deseando venir?

—¡Por supuesto! A ver si te crees que a mí me desanima cualquier cosa. Quiero que ese tarado que tengo por alma gemela vea que he ido a por él… y que le amo con locura.

—Es un buen motivo.

Sonreímos. Cogí una flecha de su carcaj y empecé a examinarla con detenimiento. En un extremo tenía una punta de hierro afilada y mortal. En el otro, una pluma en tonos pardos y turquesas.

Alcé el rostro y lo miré a esos ojos oscuros con reflejos anaranjados.

—Y ahora, sanador, vamos a matar el tiempo mientras esperamos a ir al rescate.

—¿Tienes algo en mente?

Esbocé media sonrisa.

—Enséñame tiro con arco.

Soltó una carcajada.

10 el rey de la selva
TINA

La cacería, Nemea, hace dos días

Estaba muy cabreada con Cyrus. Cabreada y, sobre todo, dolida. Pero eso no se lo iba a reconocer jamás.

Tras discutir varias veces, me había devuelto a la casa posada como si fuera un estorbo en su ordenada vida, harto de mi insolencia. ¡Por mí podía irse a la mierda! Supongo que me echaba de menos, porque había aparecido por allí muchas veces con un pretexto u otro. Charlaba con los dos barogs al cargo de la vigilancia, que iban relevándose cada varias horas, mientras me miraba de reojo.

Así se habían mantenido unos días las cosas, hasta que esos monstruos hijos de puta nos habían arrastrado a la selva para poder cazarnos como los animales que en realidad eran.

Nada más adentrarnos en la vegetación, aquello se había convertido en un caos. Los gritos y llantos me perforaban los tímpanos mientras corría por mi vida. Durante un rato, Emi, Jenny y yo nos mantuvimos juntas, pero, cuando apareció una estampida de barogs, no nos quedó más remedio que separarnos. Corrimos despavoridas sin rumbo, sin tener ni idea de hacia dónde dirigirnos ni cómo huir de esa pesadilla.

No había escapatoria.

Los muy cabrones nos estaban cazando como salvajes para aparearse con nosotras. Según ellos, era una parte del rito sagrado de Nemea para elegir a su pareja de vida y unirse para toda la eternidad. La verdad, sin embargo, era muy distinta: golpes y violaciones. Un horror. Jamás pensé que sería testigo de algo así.

Pronto comprendí que el rey debía de haber dado alguna indicación sobre mí, pues ningún barog se me abalanzó. Algunos se

acercaban corriendo, me husmeaban y pasaban de largo. Cuando fui consciente de ello, me relajé un poco y me concentré en encontrar a mis amigas.

Tenía que dar con ellas y ayudarlas, sobre todo a Callie. Cyrus había organizado ese circo de los horrores para hacerse con ella. Según había oído cuchichear a algunos barogs en la posada, la cacería era la única manera que tenía el rey para reclamarla, puesto que el príncipe Daryos, su hermano, lo había hecho primero.

Era vomitivo. No solo por la cacería en sí misma, un auténtico infierno para mis compañeras, sino por… el rey. Estaba intentando cazar a otra mujer, y por muy absurdo y retorcido que pareciera, eso me dolía. Mucho.

No es que quisiera que me cazara a mí, no me había vuelto loca. Odiaba a ese barog… tanto como me atraía. Un galimatías sin sentido.

«Esto es enfermizo. Lo sabes, ¿verdad?».

No podía soportar la idea de que, pese a que era innegable la atracción que sentía por mí, estuviera persiguiendo a Callie a través de la selva para unirse a ella. Además, ¡era la novia de su hermano! ¿Cómo podía siquiera planteárselo? Y si la encontraba, ¿qué narices pensaba hacer? ¿Se abalanzaría sobre ella y la forzaría? Algo en mi interior me decía que no sería capaz de hacer algo tan vil y repugnante.

Esa cacería sería el fin de lo que fuese que hubiera entre él y yo, que acabaría antes incluso de haber comenzado.

Me preguntaba una y otra vez cómo era posible que le detestara tanto y, al mismo tiempo, me estuviera muriendo con solo imaginar que se uniera a otra.

«Olvídate de ese rey monstruoso y céntrate en tus amigas, joder. ¿Vas a permitir que violen a Emi y a Jenny? ¿Es así como quieres que sea su primera vez? Porque eso es exactamente lo que va a ocurrir si no mueves el culo y vas a por ellas. ¡Cyrus se puede ir al infierno!».

Apreté los dientes y me sequé las lágrimas de los ojos pasando la mano. Y empecé a correr de nuevo.

Los gritos y lamentos me agujereaban el alma, pero no iba a detenerme. No podía ayudarlas a todas, ni siquiera estaba segura de poder salir viva de allí. Debía encontrar a mis amigas y evitar que esas bestias inmundas las destrozaran y traumatizaran de por vida.

Yo podría con eso; podría con cualquier cosa. ¡Era una Martins, maldita sea! Y una Martins sale adelante, siempre. Pero ellas, mis dulces amigas, que se escandalizaban con solo pensar en el cuerpo desnudo de un hombre…

«No permitas que les ocurra nada, Dios. No dejes que les pongan las zarpas encima. Hazme a mí lo que quieras, podré soportarlo, lo sabes bien. He aguantado muchas cosas, aunque todos crean que mi vida ha sido un puto camino de rosas. Ellas no, ¿me oyes? Si hay algún dios en esta mierda de mundo, escúchame, te lo ruego».

Una chica cayó cerca de mi posición. Otra gritó hasta desgarrarse la garganta mientras uno de ellos la inmovilizaba. Yo seguí avanzando.

Empecé a angustiarme. Estaba completamente perdida en la jungla y no las encontraba.

El pelo se me enredó en una rama y tiré sin contemplaciones, dejándome algún mechón por el camino. Los arbustos me arañaban las piernas, y las bayas explotaban a mi paso, ensuciándome el vestido. Era verde, muy hermoso. La tela, suave y agradable, estaba ya desgarrada.

Entonces lo vi.

Cyrus se encontraba de pie entre los troncos inmensos de dos palmeras. Jadeaba, y su pecho, perlado de sudor, subía y bajaba deprisa. Tenía las aletas de la nariz ensanchadas y estaba… muy excitado. Llevaba un taparrabos como todos los demás barogs y el cabello enmarañado. Su rostro, enmarcado por esas dos trenzas que solían recoger los mechones frontales, mostraba más oscuridad que nunca. Sus ojos eran dos brasas encendidas. Todo su cuerpo temblaba. Por mí.

Se me aceleró la respiración y yo también empecé a temblar. Era aterrador y… magnífico. Un verdadero rey de la jungla. Sus tatuajes parecían retorcerse ante mis ojos mientras su musculatura

se tensaba. Sin duda, se debatía en su interior, más atormentado que nunca.

Avanzó varios pasos en mi dirección, su manaza apartando las hojas inmensas que se alzaban como obstáculos entre nosotros.

Como una idiota, avancé también.

—Cyrus… —murmuré.

Se detuvo de inmediato.

—Tina…, yo…, no puedo —dijo negando con la cabeza.

Percibí el esfuerzo titánico que hizo para darse la vuelta y caminar en la dirección opuesta.

Corrí hacia él. Debía detenerlo. Si se quedaba conmigo, no iría a por Callie, no le haría daño, no rompería para siempre la relación con su hermano.

—Espera, quédate conmigo.

—Créeme, me encantaría, pero no puedo —dijo con la voz enronquecida.

—¡Por supuesto que puedes! ¡Eres el rey! Puedes hacer lo que desees.

—Te equivocas, un rey debe hacer lo mejor para su pueblo, no para sí mismo. Callie tenía razón cuando lo mencionó. Tengo que cumplir con mi deber.

—No vayas a por ella. Es un error que lamentarás para el resto de tu existencia.

—No me quedará otro remedio que vivir con ello —dijo sin mirarme.

—Si te vas ahora, no vuelvas a por mí. Tú y yo… se acabó.

Su rugido hizo vibrar la vegetación. Otros rugidos respondieron en la lejanía, como si reconocieran el poder del rey barog. El rey de la selva.

Sin más, aceleró el paso y se perdió en la espesura de Nemea.

Juraría que el corazón se me detuvo durante unos segundos. Aunque pensé en seguirlo, de nada serviría. Él había tomado su decisión. Además, por mucho que corriera, jamás lo alcanzaría.

Me apoyé en el tronco de un árbol y me resbalé hasta el suelo, sin importarme que la corteza rasposa me rasgara la espalda.

Recosté la cabeza y cerré los ojos unos segundos, regulando mis latidos y mi respiración, intentando calmar la rabia que hervía en mi interior.

¿Cómo acabaría esa cacería? ¿Qué consecuencias tendría para cada una de nosotras? Una cosa tenía clara: cuando saliéramos de la jungla, no seríamos las mismas que habíamos entrado.

«Venga, ¡levanta! Ve a por Emi y Jenny. Olvídate ya de ese cabrón».

Me puse en pie, harta de autocompadecerme, y empecé a avanzar. Los gritos seguían resonando, aunque se espaciaban cada vez más. Supongo que las demás iban resignándose a su destino. Le lancé una piedra a un barog que tiraba de una de mis compañeras hacia una choza. No sirvió de mucho, pero al menos le abrí la ceja. Lancé otra a un cabrón que corría tras Evelyn. Puede que fuera una chivata, pero no por ello merecía un destino tan terrible. Cuando vi que quien la acechaba era Trench, se me encogió el corazón.

«La vida es demasiado retorcida a veces».

De repente, escuché una voz familiar y vislumbré unos rizos dorados entre los árboles de bambú.

Mi corazón dio un brinco y me apresuré hacia allí. Mientras apartaba ramas y hojas a la desesperada, sin preocuparme por las heridas que me causaban, solo pensaba en llegar hasta Emilia. Mi mejor amiga, mi compañera de fatigas en la Tierra y ahora aquí, en Nemea.

—¡¡Emi!! —grité con lágrimas en los ojos —Al fin te he encontrado, llevo horas buscándote, yo…

En cuanto vi la escena, me detuve en seco. Mi amiga estaba apoyada en el tronco de una palmera mientras un barog enorme con una larga y espesa cabellera rubia alborotada le acariciaba la mejilla.

Ese monstruo estaba muy cerca de mi amiga, ¡jodidamente cerca! Apoyaba la otra mano en su cintura y estaba claramente excitado. Lo incomprensible era que Emi alzaba el rostro hacia él y lo miraba embelesada. ¿Estaban… charlando?

Sacudí la cabeza, segura de que aquello no tenía ningún sentido. ¡Debía salvarla! Miré a derecha e izquierda, en busca de una

piedra o algo que poder lanzarle a ese cabrón. Solo veía hojas y bayas por todas partes. ¡Con eso no iba a conseguir nada!

«Bien, vamos allá. No queda más remedio».

Cogí carrerilla. Me lanzaría sobre él con todas mis fuerzas. No era tan optimista como para pensar que iba a derribarlo, pero, como mínimo, le daría a Emi unos segundos preciosos de ventaja para escapar y ocultarse.

Esa bestia todavía no me había visto, así que debía darme prisa.

«Es ahora o nunca», me espoleé.

Empecé a correr como jamás en mi vida. Cuando ya estaba bastante cerca de ellos, me impulsé con los pies descalzos en el suelo con fuerza, tal como me obligaban a hacer en las prácticas de gimnasia rítmica, y salté.

Al verme, Emi torció el gesto. Abrió mucho los ojos y sus labios, rosados y carnosos, formaron un "NO". Levantó la mano con la palma hacia mí, pero ya era tarde para detenerme.

El barog se giró sorprendido, un instante antes de que cayera sobre él. Trastabilló con algo, una piedra o una rama, y cayó de espaldas, y yo encima de él. El suelo retumbó.

«Pues ha salido mejor de lo que esperaba».

—¡Corre, Emi! ¡¡Corre!!

Se quedó un instante petrificada. Cuando reaccionó, se apresuró hacia mí.

—¿Estás bien, Tina? ¿Te has hecho daño? Menudo salto has dado. ¡Para partirte la crisma!

Se acercó a mí y me tomó del brazo para ayudarme a levantarme. La empujé.

—¡¿Pero qué haces?! ¡Sal de aquí, rápido! —grité de nuevo.

Ella se asustó. ¡Manda huevos que se asustara de mí! ¡Con la que nos estaba cayendo! Pero era consciente de los ojos de loca que ponía a veces…, y Emi siempre había sido muy sensible.

—Estoy bien, Tina. Solo hablábamos —dijo ruborizándose.

Miré hacia abajo. Mis manos estaban apoyadas en los pectorales de ese pedazo de barog rubio. Su expresión era afable y sus ojos, de un verde oliva muy claro, risueños. Su boca tenía los

mismos colmillos amenazadores que todos ellos, pero sus labios se curvaban en una sonrisa tranquila.

Me incorporé deprisa, apartando las manos de su piel, que despedía un calor seco similar al de Cyrus. Intentó ayudarme, pero retrocedí. Una vez salí de encima de su cuerpo inmenso, se puso en pie como si nada.

—¿Te has hecho daño, Tina? He intentado amortiguar tu caída, pero venías con mucha fuerza y quizá te ha dolido todo al chocar conmigo —dijo con una de esas voces guturales pero amable.

Se dio un par de golpecitos en el pecho como para demostrarme que era como un muro de roca. ¡Y vaya si lo era! Aparte de que, además, nos pasaba casi dos cabezas.

Retrocedí bajo la mirada atenta de ambos. Había algo en ese barog que combinaba a la perfección con la energía que desprendía Emi. Sinceramente, no entendía nada.

—Pero, Emi, ¿no tienes miedo?

—Axeh y yo solo… nos estamos conociendo. No va a hacerme ningún daño. No es como los otros.

—No te dejes engañar, Emi. Todos son iguales. ¡Unos abusones!

Emi y ese barog rubiales intercambiaron una mirada, la de ella cargada de vergüenza. La de él… ¿enamorada?

«¿Qué demonios está pasando aquí?».

—¿No oyes los gritos y los llantos? ¡Las están forzando a todas! Usan hondas para derribarlas, Emi. ¿No quieres escapar? Podemos irnos juntas de aquí ahora mismo. Si tu barog es tan bueno como dices, seguro que dejará que te marches.

El tal Axeh se acercó varios pasos hacia mí y se detuvo en cuanto yo empecé a retroceder.

—Ahora mismo no es seguro que huyáis, Tina. La selva está plagada de los míos y…, bueno, ya has visto con tus propios ojos lo que está ocurriendo. No podríais recorrer ni unos metros solas sin que algún barog os diera caza.

—¿Y por qué debería creerte? No te conozco.

—Tina, ha sido amable y respetuoso conmigo, ¿no lo ves?

—¡Claro! ¡Porque es un tipo listo! En vez de lanzarte una pedrada, te está manipulando para conseguir sus propósitos. Pero desea lo mismo que todos los demás. ¡Quiere follarte, Emi!

Mi amiga dio un respingo y se puso como un tomate.

—Me gusta Emi. Mucho. Me fijé en ella desde el día en que os llevaron a la posada y la vi desde mi puesto de rinos en la plaza. Y mentiría si dijera que no quiero hacerle el amor —declaró, poniéndose la mano en el pecho, sobre el corazón. Emi se tambaleó —. Pero, aunque parezca un salvaje descerebrado, no lo soy. ¿Sabes? Algunos de nosotros no somos unos animales que vamos por ahí derribando mujeres. Quiero estar con Emi, pero será cuando nos conozcamos bien. Cuando ella lo desee y esté preparada.

—Vale, barog. ¿Y si se negara?

—¡Tina! ¡No te metas en esto!

—En ese caso, la dejaría en paz.

Solté un bufido.

—Eso no te lo crees ni tú. Ella es muy especial. Es una de esas personas buenas que todavía quedan en el mundo. Como juegues con ella, como todo esto sea solo una treta para meterte entre sus piernas, te juro que te buscaré y te cortaré las pelotas.

El muy imbécil sonrió.

—Me encanta que seas su amiga. Seguro que podrías protegerla si a mí me ocurriera algo.

Abrí los ojos, sorprendida. Emi se llevó la mano a la garganta con expresión preocupada, como si la mera posibilidad de que le sucediera algo a Axeh la angustiara muchísimo. ¿Qué me había perdido?

—No entiendo nada, barog.

Miró a ambos lados y se aproximó a mí con cautela. Esta vez no me aparté. Se agachó un poco y, bajando la voz, me dijo:

—Soy amigo de Daryos, el príncipe. Soy uno… de los suyos.

Comprendí más o menos lo que eso significaba. Había visto al hermano de Cyrus exponer su visión. Había sido testigo de lo que había hecho por Callie y oído cómo ordenaba que no nos marcaran. Y algunas de las mujeres vinculadas cuchicheaban sobre él. Decían que era bueno y había hecho mucho por ellas. Si Axeh era su amigo,

tal vez estuviera diciendo la verdad. Aun así, no iba a confiar en un barog tan fácilmente.

—¿Y eso debería tranquilizarme? —Me erguí.

—El único modo de que Emi esté a salvo ahora es conmigo. Que todos los demás crean que estamos juntos, que la he cazado y vamos a unirnos. Y cuando llegue el momento, me la llevaré lejos, a un lugar donde estaremos seguros.

Escruté el rostro de aquel ser inmenso que me contemplaba desde sus más de dos metros. Su aspecto era terrible, pero su mirada… Me había asomado a los ojos de muchos hombres. En los de ese barog había sinceridad. Puede que fuera un monstruo por fuera, pero no por dentro. Yo difícilmente podría sacar a Emi de esa selva ni defenderla de ninguno de los barogs que se nos acercaran en nuestra huida. Si Axeh podía protegerla…

—De acuerdo. Cuida de ella, te lo ruego.

Me di la vuelta, dispuesta a continuar buscando a Jenny. A buen seguro, ella no habría tenido tanta suerte. Ya era un maldito milagro que Emi hubiera dado con el único barog bondadoso en esa cacería infernal.

—No te vayas, Tina. Es demasiado peligroso. Axeh nos protegerá a las dos.

—Por mí encantado, pero te aseguro que no tienes nada que temer. Tu barog te protegerá.

Me quedé congelada en el sitio.

—¿Mi… barog? Yo no tengo ninguno.

Él alzó una ceja.

—Los rumores se extienden rápido en la aldea. El rey ha dado orden expresa de que nadie te toque. Y eso solo puede significar una cosa: que eres suya.

—Yo no soy de nadie. Ese tarado está persiguiendo a Callie, la mujer de Daryos. Así que no creo que se preocupe por mí lo más mínimo.

—Sea como sea, ha extendido su protección sobre ti, y nadie osará quebrantar sus órdenes. Ahora mismo, Cyrus es tu mejor opción.

—¿Bromeas? ¡Como si con él fuera a estar a salvo!

—Es tu única esperanza —dijo él con firmeza—. Y las cosas… no siempre son lo que parecen. Al menos, no del todo. Cyrus es la mejor alternativa para ti en esta cacería.

Sus palabras me extrañaron. El rey era un monstruo y punto. Puede que se sintiera atraído por mí y que eso les impidiera a esos salvajes noquearme con una honda y violarme en el suelo de la selva. Pero de eso a que fuera mi mejor opción…

La vegetación se agitó a mi alrededor y un intenso aroma a frutas exóticas y especiadas se impuso por encima de cualquier otra fragancia de la selva. Axeh ensanchó las fosas nasales y aguzó la vista.

—Se acerca. Cyrus está aquí. La jungla se doblega ante él.

—Mierda. Debo esconderme.

—No podrás escapar de él, lo siento.

—Ya lo veremos —dije empezando a correr.

—¡Tina! ¡Ten cuidado! —gritó Emi.

Avancé entre los arbustos como alma que lleva el diablo, hasta que la selva enmudeció a mi alrededor y lo sentí. Una brisa pegajosa me azotó la melena. Inspiré hondo, consciente de que él estaba ahí. ¿Ya se habría unido a Callie? Si lo había hecho, ¿a qué narices venía ahora?

—Te he estado buscando. —Su voz retumbó a mi espalda, más ronca y cavernosa que nunca. Se me erizó la piel.

Me giré lentamente.

Ahí estaba, impresionante. Jadeante y sudoroso. La musculatura tensa, la polla dura bajo el taparrabos, elevando la tela. El cabello enredado y los ojos llameantes. Aquello era demasiado perturbador.

¿Cómo podía excitarme un monstruo? ¿Un cabrón que había hecho que nos secuestraran? Por su culpa nos habían arrancado de nuestro hogar y llevado a otro planeta. Y, sin embargo, en lo más hondo de mi alma sentía que, de algún modo, Cyrus era para mí.

Solo que no lo era. Él necesitaba a Callie, lo había dejado muy claro.

—¿Ya has conseguido tu propósito?

Meneó la cabeza.

—He fracasado. Daryos y ella se han unido. Ya no hay nada que hacer, al menos, por el momento.

Empezó a caminar hacia mí. No en línea recta, sino como un depredador, dando un rodeo, primero, a un lado, después, hacia el otro. Yo no me moví. ¿Para qué? No tenía nada que hacer contra el gran rey de Nemea. No había escapatoria. Y tal vez…, no quería escapar.

«Estás enferma. Lo sabes, ¿verdad?», me dije.

Pero, en el fondo, me conocía bien. Siempre me había gustado jugar con lo peligroso, balancearme al filo abismo. Quizá porque mi familia me protegía. Podía hacer cualquier cosa sin consecuencias, seducir a quien quisiera, saltarme todas las normas.

Sin embargo, eso no era un juego. Ese rey buscaba algo muy concreto de mí, y yo ni siquiera era capaz de prever las consecuencias.

«Siempre te ha atraído el poder, del mismo modo que siempre has atraído a los hombres poderosos como las polillas a la luz. ¿Por qué iba a ser diferente con este alien inmenso? Ninguna de las otras podría domarlo. Yo voy a hacerlo».

—Ya veo. Así que ahora vienes buscando tu premio de consolación.

—No es así como yo lo veo.

Siguió avanzando, su cola majestuosa moviéndose de un lado al otro tras él.

—¿Ah, no? Pues está bastante claro. Fuiste a por Callie, la descendiente con la marca de la espiral, para cumplir una profecía que no te pertenece. Pero el amor triunfó y tú…

—¿El amor, dices? No creo que tu amiga ame a mi hermano. Somos monstruos, ¿recuerdas?

—Ya lo veremos.

—Entonces, ¿crees que una humana sería capaz de amar a un barog?

Nos desafiamos con la mirada.

—Nunca he sido la segunda opción de nadie, no voy a ser la tuya. Así que lárgate y déjame en paz.

—No eres la segunda opción, Tina. He ido en busca de Callie porque debía hacerlo. Pero, mientras corría tras ella, ¿quieres saber en lo que pensaba?

—Ilumíname, ¡oh, gran rey de los barogs!

Recorrió algunos pasos más. Casi lo tenía encima. No retrocedí ni un centímetro. A mí nadie me intimidaba.

—"¿Dónde coño estás, hermano? Necesito que aparezcas, Daryos. Necesito que salves a tu hembra de mis garras… para que yo pueda unirme a la mía".

Se detuvo frente a mí, separados por un par de pasos. Acortó la distancia a uno solo.

—¿Y se supone que con eso debo creerte? Si quieres meterte entre mis piernas, puedes decirlo. No hace falta que lo adornes con sensiblerías.

Esa sonrisa oscura que tanto me gustaba se dibujó en su impactante rostro.

—En ese caso, seré claro. Quiero follarte. Quiero follarte desde el momento en que nos conocimos, ya ves.

—Eso está mejor. Así los dos sabemos de qué va esto.

Su respiración se agitó un poco más cuando se pegó a mí. Su cuerpo, duro por todas partes, vibró contra el mío. Sus dedos se enroscaron en mi muñeca. Subió la otra mano y la enredó en mi cabello a la altura de la nuca. Inspiró con fuerza y le temblaron las aletas de la nariz.

—Canela, miel dulce, arándanos… Quizá esto solo sea atracción animal. Al fin y al cabo, es lo único que soy para ti, ¿no, Tina?

—Todavía te estoy evaluando.

Ignoró mi comentario. Su mirada se enturbió aún más, fija en mis labios. Su olor se intensificó.

—O quizá seas mi *hoa uhane,* mi alma gemela. Cosas más raras se han visto.

Se apretó un poco más contra mí, obligándome a retroceder hasta el tronco de la palmera y a apoyarme en él.

—¿Tu "alma gemela"? ¿Los monstruos también tienen de eso? No me hagas reír.

Mantenía mi dignidad, pero empezaba a flaquear. Su olor me reblandecía, envolviéndome por completo en su telaraña. Su arrogancia, puramente masculina, me estaba ganando la partida.

—Todos los seres de este mundo la tienen, por gracia de nuestros dioses del manantial, los dioses sagrados de Nemea.

—No sé yo si eso me convence…

—Dejemos lo de *hoa uhane* para los demás, entonces. Me conformo con que seas *mi reina*. ¿Te parece bien?

No me dio tiempo a contestar. Se lanzó sobre mí, y su boca arrasó la mía.

Y supe, porque lo supe, que sería para ese barog todo cuanto quisiera de mí.

11 la gran guerra

Nemea, hace diez años

Cuando Cyrus vio el humo alzándose en la selva, aceleró el paso. No tenía ni idea de lo que estaba ocurriendo, solo sabía que debía llegar hasta la aldea lo antes posible. Daryos y Xerx se habían marchado de expedición a las cuevas de las panteras, a saber por qué les gustaba tanto ir allí.

A él también le encantaban las aventuras que solían vivir todos juntos, el grupo al completo; pero, a veces, necesitaba distanciarse un poco y centrarse en otras cosas. Le gustaba vagar por la selva con la única compañía de Bazzeila, o quedarse con su padre, el rey, para aprender de él y, luego, enseñarle pacientemente a Daryos.

Su hermano todavía era muy joven, y quería disfrutar de todos los peligros y retos que el planeta les ofrecía. Lo pasaban genial explorando aquí y allá. ¡Tenían anécdotas increíbles!

Cuando vio que otra columna de humo más pequeña se levantaba cerca del lago esmeralda, se le paró el corazón. No podía ser casualidad. Echó a correr a toda la velocidad que sus piernas, robustas y hábiles, le permitían.

Al aproximarse al lago, escuchó gritos y olió el fuego, incluso antes de verlo.

Las llamas se alzaban por encima de la segunda aldea de los barogs, casi a orillas del lago sagrado. Lenguas de fuego hacían trizas los tejados de palma y las paredes de las chozas. Las pocas casas que habían sido construidas con ladrillos, aún se mantenían en pie, pero las puertas y techumbres ardían como piras gigantescas.

Un barog lloraba y gritaba con su pareja sin vida en los brazos. Apenas quedaba un puñado de los suyos en pie. Muchos yacían atravesados por machetes o flechas con punta de hierro.

Algunos, decapitados… y sus cuerpos ultrajados. Otros habían sido víctimas del incendio provocado.

La aldea entera, tan hermosa y amada por todos los de su especie, había sido barrida de la faz de Nemea sin piedad, pasto de las llamas y la barbarie. Y Cyrus sabía bien quiénes eran los culpables: los hermanos perdidos, los únicos capaces de perpetrar algo así.

Daryos y él habían sido informados por su padre de la enemistad creciente con ese grupo de barogs escindidos del resto. Llevaban años escuchando habladurías sobre ellos acerca de sus apareamientos con las aninfs, en lugar de unirse a humanas. De ese modo, decían, mejorarían la raza y adquirirían más fuerza y velocidad, de las que carecían las mujeres descendientes.

Sin embargo, aquella desviación de unos pocos, que además iba en contra de la naturaleza barog y de sus leyes más sagradas, no había resultado tan ventajosa como ellos habían creído inicialmente. La descendencia de los hermanos perdidos se degradaba generación tras generación, pues disminuía la capacidad de razonar.

Los seres nacidos de barogs y aninfs tenían menos emociones y sentimientos, así como dificultades para comprender y desarrollar pensamientos complejos y abstractos, entre muchas otras deficiencias.

Puede que fueran más fuertes y mejor adaptados a la selva, pero carecían de la inteligencia de los nacidos de una madre humana.

Sus dirigentes se dieron cuenta y cambiaron de estrategia. Para ello necesitaban mujeres, y las únicas humanas que habitaban en Nemea ya estaban unidas a barogs y vivían con ellos en una de las dos aldeas.

Así pues, se dedicaban a robarlas de sus hogares o de sus paseos por la selva cuando se les presentaba la más mínima oportunidad.

Pero eso no era suficiente.

Habían exigido al rey compartir las humanas e, incluso, intentar manipular el portal para viajar más a menudo a la Tierra. Pero ningún barog sabía cómo aparecía el vórtice ni podía hacer

nada para provocar que ocurriera, así que no podían contar con esa opción. Los ancianos los decretaron enemigos de la especie y condenaron expresamente las uniones con las aninfs y los secuestros de las humanas vinculadas.

Pese a todo eso, Cyrus jamás pensó que fueran a llevar a cabo un ataque directo contra las aldeas de tal magnitud.

Tenía los ojos anegados en lágrimas mientras echaba a correr de nuevo a través de la jungla. Bazzeila galopaba a su lado, ambos veloces como el viento, saltando piedras, esquivando hojas y ramas, cruzando riachuelos…

Debía llegar de inmediato a la aldea grande y alcanzar el palacio cuanto antes. No quería siquiera imaginar lo que podría encontrarse allí. Si habían hecho lo mismo que en las cercanías del lago esmeralda…

«No, imposible. Mi padre, mis hermanos mayores y todos los guerreros barogs los habrán detenido. A estas horas ya estarán acabando con ellos y los someterán uno tras otro».

Su padre, un rey poderoso y fuerte, un luchador nato con una capacidad fuera de lo común entre barogs, de ningún modo iba a ser derrotado por esas aberraciones.

Al menos, era un alivio que Daryos y Xerx estuvieran lejos y no corrieran peligro. Axeh los acompañaba. Mejor. No podría soportar que a su hermano pequeño le ocurriera nada malo. Era lo que más quería en el mundo.

Cuando al fin alcanzó la linde de la selva, observó atónito las escenas que se desarrollaban ante él, en su amada aldea. El fuego y el humo, negro y espeso, conquistaban los rincones, devorándolo todo a su paso. Aquella guerra fratricida enfrentaba barogs contra barogs. En el bando de los hermanos perdidos, había algunos descendientes de humanas, pero la mayoría habían sido paridos por madres aninfs.

Las escaramuzas se desarrollaban por las calles de la aldea y por la plaza, tan sangrientas y brutales que le revolvían el estómago. Cyrus todavía era muy joven para la edad barog y nunca había contemplado un enfrentamiento de tal magnitud.

Las garras destripaban, los colmillos desgarraban y los machetes se blandían una y otra vez, causando estragos en los cuerpos, que acababan heridos y mutilados.

Nada más adentrarse a la carrera en la aldea, tuvo la impresión de que los suyos ganaban terreno. Cada combate era vencido por un barog de la aldea, y los hermanos perdidos empezaban a retroceder.

Un grito de guerra, espeluznante y esperanzador al mismo tiempo, emergió implacable desde la jungla, cada vez más cercano. En cuestión de segundos, irrumpieron en las calles los guardianes del templo, tres docenas de barogs enormes y bien entrenados.

Cyrus sintió el alivio recorriéndole las venas. Habían llegado las fuerzas que acabarían de decantar la balanza hacia los suyos y pondrían fin a tan cruenta lucha. Juntos, los guerreros de la aldea y los guardianes vencerían a los hermanos perdidos.

Leones y panteras rugían por todas partes, espoleados por el olor de la sangre y el estruendo de las armas. Cerraban las fauces en torno a los enemigos, partiendo cuerpos por la mitad, aplastando y quebrando hueso y carne, y abriendo en canal sin contemplaciones.

Los grandes felinos habían nacido para proteger a los barogs… y para combatir. Algunos de sus congéneres cabalgaban a lomos de esas bestias, meciendo los machetes en lo alto y segando cabezas a su paso. Otros empuñaban lanzas y atravesaban con ellas varios cuerpos, uno detrás de otro, ensartándolos como si no fuesen más que bayas maduras.

Mientras Cyrus serpenteaba por las calles polvorientas y torcía una esquina tras otra, resbalaba en charcos de sangre y vísceras. Debía llegar al palacio.

Cuando volteó el último recodo, se encontró con un paisaje aterrador.

El palacio real ardía en llamas casi por completo y los gritos eran más intensos que en cualquier otro lugar del poblado. Había guerreros protegiendo las puertas, luchando con todas sus fuerzas, aunque estuvieran agotados y a punto de desfallecer, heridos y apaleados. Pero un barog jamás abandonaba, nunca se rendía.

Luchaba por los suyos hasta que se neutralizaba al enemigo y se lo masacraba.

Los hermanos perdidos corrían en dirección contraria, como si huyeran ya de una derrota segura.

Cyrus se lanzó hacia las escaleras y saltó de golpe los peldaños hasta entrar en el palacio, su hogar. El humo se le colaba por la nariz y la boca, a punto de asfixiarlo. Pero aquello no lo detendría. Tenía que encontrar a su familia en medio de ese horror.

Esquivó como pudo las llamas, aunque se quemó el brazo un par de veces. Ni siquiera se dio cuenta de ello hasta mucho después.

Cuando al fin logró alcanzar la sala del trono, se detuvo en seco. Durante unos segundos, se quedó paralizado, incapaz de dar un paso adelante ni de retroceder. Las lágrimas rodaron sin control por sus mejillas, empapando los tatuajes de su pecho. Un rugido sordo reverberó en su garganta, del que él ni siquiera fue consciente.

Se obligó a avanzar un poco más, con Bazzeila pegada a sus talones, su amiga inseparable, compañera de tantas aventuras… y ahora del peor horror al que se enfrentaría nunca.

Sus padres yacían sin vida en el suelo, atravesados por una lanza y varias flechas cada uno. Sus ropas ensangrentadas y su carne golpeada daban fe de que se habían ensañado con ellos. Debían de haberlos cogido a traición, desprevenidos. Era el único modo en que habrían podido llegar hasta el rey. Quizás había algún traidor entre las filas de su guardia personal, era la única explicación posible.

Buscó con la mirada a sus hermanos mayores. Sus cuerpos mutilados se apilaban en la pira que ardía en un extremo de la sala, como si fueran los restos de cualquier animal cazado.

Se mareó y vomitó. Se dejó caer al suelo y se arrastró de rodillas hasta sus padres. Entre lágrimas, le acarició la mejilla a su madre humana, tan amable y bondadosa, cuyo rostro era apenas reconocible.

Después, levantó con cuidado la cabeza de su padre y se la colocó en el regazo. Le mesó los cabellos y le apartó un mechón sangriento y pegoteado del rostro fiero de guerrero.

Entonces, Cyrus, futuro rey de Nemea, rugió como un león herido.

Juró ante los dioses del manantial que no descansaría hasta reconstruir lo que quedaba de su pueblo… y aniquilar a sus enemigos.

Y en ese preciso instante, ese barog inteligente y reservado, fuerte, honorable y de buen corazón, cambió para siempre.

12 punta de flecha
callie

Nemea, las cuevas, en la actualidad

—Sujeta aquí más fuerte, Callie. Pon la espalda recta, no te encorves —dijo Xioh.

Lansh nos miraba a unos metros de distancia.

—Es que el arco pesa mucho. Apenas puedo sostenerlo.

—¿No eras tú la que querías aprender a usarlo?

—Sí, claro, pero no con uno tamaño barog. ¿Tú me has visto?

—No protestes tanto y apunta.

—Para ti es muy fácil —murmuré.

«En qué momento se me habrá ocurrido a mí algo tan estúpido».

El sanador se colocó detrás de mí y me presionó la parte baja de la espalda para que me enderezara. Después, arregló la posición de mis brazos y piernas. Me sentía como una inepta.

—Estás en baja forma, pero vamos a arreglar eso, no te preocupes.

—A mí lo que me preocupa son las agujetas que tendré mañana. Me duelen hasta las pestañas.

Resopló.

—Estoy empezando a compadecerme de Daryos.

Le di un codazo que solo consiguió arrancarle una sonrisa.

—Vale, ¿qué narices hago ahora?

—Ahora vas a lanzar una flecha.

—Genial, porque ya me estaba cansando de tantas lecciones inútiles.

—Apunta a esos *llitops* y dispara.

Rebusqué con la mirada, a ver si encontraba algo a lo que disparar. Nada. Enarqué una ceja y me giré hacia él.

—¿Qué demonios son los "*llitops*"?

—Están por todas partes, Callie. Seguro que los has visto.

—Si supiera lo que son, no lo preguntaría. Dais por supuesto que me entero de todo, pero sois conscientes de que llevo aquí unas pocas semanas, ¿verdad? ¡Ah! Y la mayoría del tiempo me lo he pasado encerrada o aterrorizada.

Lansh se tapó la boca con la mano, pero sus ojillos verde lima fosforito lo delataban: se estaba tronchando a mi costa.

«Como sigan así de listillos, estos dos van a dejar de caerme bien». Echaba humo, la verdad. El arco pesaba cien toneladas, y no había disparado una flecha en mi vida. A ver, siempre había tenido buena puntería, pero lanzar pelotitas de papel a una papelera a cierta distancia no tenía nada que ver con esto.

—Son esos animalillos de grandes ojos que merodean por los arbustos.

Se me desencajó la mandíbula.

—¿Los amarillos?

¡Pues era verdad que los había visto por todas partes! Solo que no sabía cómo se llamaban.

—Los mismos.

—También los hay naranjas, rosados… —intervino Lansh, cambiando el peso del cuerpo a la otra pierna.

—¡¿Tú estás loco?! ¡Pero si son monísimos e inofensivos! Parecen de peluche y…

—De inofensivos no tienen nada. Cuando se cabrean, pueden arrancarte un bocado de carne en cuestión de segundos. ¿No has visto sus dientes afilados como agujas?

« ¡¿Qué?!».

—¡Pues razón de más para no cabrearlos! ¡La selva está plagada de ellos! Además, a mí no me han hecho nada malo. Ni loca voy a enemistarme con ese grupito de ahí, que luego se lo cuentan a sus amiguitos y vienen a por mí.

—Esto es ridículo. Dame el arco.

Lo aparté a un lado para alejarlo de él.

—Ni lo sueñes. Prometiste enseñarme, sanador, y es lo que vas a hacer.

—Es imposible, Callie. Que te enseñe Daryos cuando lo liberemos. Yo no tengo tiempo para esto.

—¡Pues sí que tiras la toalla pronto! Apuesto a que no lo haces cuando viene uno de tus amigos heridos. ¿Verdad que intentas salvarlo con todas tus fuerzas, aunque sea difícil?

—Esto no es difícil, Callie. ¡Es imposible!

—De eso nada. Señálame otro blanco. Uno más grande y que no tenga pinta de peluche adorable. —Volví a dirigir la flecha hacia la espesura de la jungla.

—Callie…

—Siempre he tenido buena puntería, así que ponme a prueba, joder. No voy a darme por vencida.

Xioh miró a su novio. Este asintió.

—Dale una oportunidad. Lo hará bien.

—¿Te apetece darle clases? ¿Por qué no lo haces tú?

—Prefiero mirar desde aquí un rato más —dijo Lansh, levantando las manos y riéndose a mandíbula batiente.

Xioh soltó un bufido.

—Veamos, ¿ves aquel arbusto lleno de bayas moradas redondas? Quiero que dispares al tronco de la palmera enorme que está justo al lado.

Asentí. Me coloqué en la posición exacta que el sanador me había repetido varias veces, cerré un ojo y enfoqué el otro al centro mismo del tronco. Tenía la corteza dura y rugosa, pero eso no sería un impedimento para que se clavara la punta de flecha.

—Os las dais de barogs modernos. Pero, si hubierais entrenado a alguna otra mujer a usar el arco, sabríais que ninguna de nosotras apuntaría jamás a uno de esos animalillos. —Inspiré hondo mientras sentía que aquel barog noble y bueno, pero un barog al fin y al cabo, se tensaba a mi espalda—. No te preocupes, yo os enseñaré.

Y disparé.

El proyectil salió despedido mientras yo dejaba caer el arco. El dedo que había tensado la cuerda me sangraba un poco y el brazo me dolía, pero nada iba a detenerme.

La flecha cortó el aire, silbante y peligrosa. Atravesó un par de hojas, que desviaron ligeramente su trayectoria, pero no lo suficiente como para hacerme errar el tiro. La punta de hierro se clavó limpiamente, no en el centro, pero sí un poco desplazada a la derecha.

Lansh corrió hacia mí y me alzó en brazos. ¡Hacía tanto tiempo que no me sentía tan bien!

Cuando al fin me bajó al suelo, Xioh me sonrió y me palmeó el hombro con cariño.

—Felicidades, Callie. Un gran tiro, sobre todo, teniendo en cuenta que ha sido tu primera vez. Estoy impresionado.

—Te dije que tenía buena puntería.

—Estoy muy orgulloso de ti.

—¿Ves? Y no me ha hecho falta enemistarme con la tribu entera de los *llopitots* esos.

—*Llitops.*

—Lo que sea. Nunca se sabe cuándo puedo necesitarlos como aliados.

—No creo que ellos… —empezó.

Le di una palmada en el inmenso pectoral, justo encima de uno de los tatuajes de espiral.

—No me quites la ilusión, hombre.

Se rieron. Yo también.

—Y ahora, caballeros, necesito un arco más pequeño, antes de que se me caiga el brazo al suelo.

Lansh me revolvió el cabello con su manaza.

—Mira que eres exagerada, Calista. Y has logrado llevar al límite al barog más inalterable de Nemea.

Miré a Xioh.

—¡Qué va! Lo tenía todo controlado —dijo él.

—Por supuesto, sanador. —Solté una risilla por lo bajini—. Y, por cierto, ese título del barog más inalterable lo ostenta mi amorcito. ¡No sabéis lo que le hice pasar al pobre!

Xioh se mesó el cabello.

—Lo imagino.

Nos llegó un rumor de voces, procedente de la cueva. Xioh alzó la vista en esa dirección.

—Ya están aquí los barogs que faltaban. Enzo estará al caer, no creo que tarde —dijo.

—Tengo ganas de ver a ese león.

—Anda, ve, amor. Yo me quedo con Callie —dijo Lansh.

Xioh se acercó a él y le plantó un beso rápido en los labios mientras una de sus manos se deslizaba un instante hacia su trasero. Lansh gimió.

—Te vas a enterar esta noche —dijo el rubiales, esbozando media sonrisa. Sus dedos se deslizaron hacia abajo, entre sus cuerpos, y se pasearon por la zona del taparrabos.

Carraspeé y aparté la mirada. Me ignoraron por completo, embelesados el uno en el otro.

Al fin Xioh se largó y Lansh me hizo una señal para que le siguiera hacia una de las cuevas secundarias.

—¿A dónde vamos?

—A ver si encontramos algo para hacerte una ballesta o un arco más pequeño.

—Eso estaría bien…

—No me digas que te hemos incomodado con nuestros gestos de cariño —me dijo en un tono travieso.

—Al contrario, no quería molestaros en un momento tan… íntimo.

—Estoy deseando veros a Daryos y a ti en acción. Tiene que ser todo un espectáculo.

—¡¿Perdona?!

—Ya sabes. El reencuentro explosivo y todo eso. Te confieso que me muero por veros follar. Eso sería…

«¡Yo flipo con este tío!».

—Algo que no vas a ver nunca. Así que ya puedes ir quitándotelo de la cabeza.

Enarcó una ceja.

—¿Has visto la cueva? No va a daros mucha intimidad, que digamos.

—Pero, bueno, ¿te crees tú que voy a tirármelo en esa cueva atestada de gente?

—Dudo mucho que Daryos vaya a esperar para montarte a que estéis de vuelta en vuestro dulce hogar, al que, por cierto, puede que no regreséis nunca. ¿No has pensado en ello?

Empezaba a cabrearme.

—Pues me lo llevaré detrás de una palmera, ¡qué sé yo! Te aseguro que no pienso hacerlo delante de todos.

—Mujer, entre los barogs no nos andamos con tantos remilgos. Hacer el amor es lo más normal del mundo. Esta noche tú misma serás testigo de cómo disfrutan muchas parejas, incluidos Xioh y yo.

Abrí los ojos como platos.

—Creo que dormiré al fresco, entonces.

Soltó una carcajada.

—No seas mojigata, Calista. Si te mueres por follarte a tu príncipe.

—¡Anda, pues claro! Y para que lo sepas, de mojigata nada. Me encanta disfrutar de mi barog y hacerle todo lo que se me ocurra, y que él me lo haga a mí. ¡¡Pero no con público delante!!

—Pues ve haciéndote a la idea. Daryos no tendrá manías en eso, y tú tendrás que dejarlas a un lado. Acabarás acostumbrándote.

Refunfuñé.

—Haré lo que me dé la gana. Voy sin bragas desde que llegué aquí. Tuve que desnudarme en el lago esmeralda delante de todo el mundo. Eso ya es más que suficiente.

—Tú misma. Por si te interesa mi opinión, te aconsejo que goces de tu barog siempre que puedas sin importar quién haya delante. Porque nunca se sabe lo que puede ocurrir mañana. ¡La vida es maravillosa, Calista!

Resoplé.

—Claro, sobre todo cuando una panda de gigantes salvajes te secuestra y te arrastra a la selva. Sí, "maravillosa".

Me rodeó los hombros y me acercó a él.

—No te cabrees, humana. Es más, si te portas bien, compartiré contigo un par de secretillos que volverán loco a tu

amorcito.

—Anda, suéltame, que ya soy mayorcita. No necesito ayuda con mi barog. Soy muy imaginativa, te lo aseguro —dije alzando las cejas dos veces.

—Pero siempre va bien conocer cosas nuevas, ¿no crees? Es más, ¿qué te parece si compartimos experiencias? Tú me cuentas tus truquillos y yo los míos.

Lo miré alucinada. Aunque no era mala idea del todo… A lo mejor podría aprender algo de él para sorprender a Daryos.

—¿Sabes, Lansh? Me recuerdas mucho a alguien —dije, acordándome de pronto de Lorna y de todas las veces en que me había contado sus grandes polvos con Terry con todo lujo de detalles.

—¿Un amigo?

—Mi mejor amiga en la Tierra. Siempre compartía sus hazañas sexuales conmigo. Me hacía reír y podíamos hablar de cualquier cosa, por muy escatológica que fuera.

Supongo que percibió tristeza en mi voz, aunque yo intenté ocultarla lo mejor posible.

—Siento mucho que tuvieras que separarte de ella y de todo tu mundo. Alejarse del hogar es muy duro. —Hizo una pausa y prosiguió—. Es un honor para mí que te recuerde a ella. Haré lo que esté en mi mano para estar a la altura y convertirme en un buen amigo, Calista. Sé que tendrás a las otras descendientes, pero siempre puedes contar conmigo para lo que necesites. —Entonces, regresó su expresión gamberra y añadió—: Sobre todo, para comentar los polvos que echemos con nuestras parejas.

Solté una carcajada.

—Anda, vamos a buscar ese arco —dije.

Ascendimos hasta la zona de las cuevas y entramos en la más pequeña. Y mientras rebuscábamos entre un montón de armas primitivas, no pude evitar que una extraña calidez se extendiera por mi pecho.

Había hecho un nuevo amigo. Y era de los buenos.

Al anochecer, llegaron Enzo y sus leones, una docena de bestias tan enormes como él e igual de impactantes, que se unieron a los que ya estaban con nosotros.

Vino directo hacia mí, agachó la cabeza y se restregó contra mis piernas. Le rasqué un rato entre las orejas mientras le decía lo mucho que me alegraba de verlo y que pronto rescataríamos a Daryos. Habíamos logrado alcanzar la confianza mutua que jamás creí posible. La vida a veces nos sorprende. ¡Y de qué manera!

Me siguió hacia la cueva y, al igual que la noche anterior, se acurrucó a mi lado, mientras él degustaba una pierna de jabalí cruda y yo unos cuantos cangrejos cocidos en salsa picante con mango. ¡Deliciosa!

La cena y la charla alrededor de la hoguera fueron tranquilas y agradables. Xioh y Lansh se mostraron encantadores conmigo, y me incluyeron en todo momento en la conversación. Lo mismo trataban de hacer con Jenny, aunque sin mucho éxito. Parecía a gusto, pero la preocupación por Tina y Emi no la dejaba relajarse por completo. Además, se veía a la legua que, aunque ahí se sentía a salvo, no acababa de estar todavía cómoda entre barogs.

Xioh se esforzaba especialmente por hablar con ella y hacer que se sintiera bien. Eso me hizo recordar las veces en que vi a su hermano, Xerx, observándola a distancia en el campus. Quizá estaba interesado en mi amiga desde el primer momento. Muy pronto lo sabríamos.

Intenté tirarle de la lengua, pero Jenny era muy astuta y no se dejaba embaucar. Si no quería hablar de Xerx, yo no iba a conseguir que lo hiciese, por muy insistente y pesadita que me pusiera. Charlamos sobre Emi y Tina, así como de algunas de las anécdotas de la universidad. El recuerdo de aquellos buenos tiempos, tan cercanos y lejanos a la vez, nos entristeció un poco, así que cambiamos enseguida de tema.

Rememorar nuestra antigua vida no nos beneficiaba en nada, solo nos hundía. Quizás, con el tiempo, pudiéramos recordar a nuestras familias y amigos sin sentir ese dolor punzante que me presionaba el centro del pecho.

Cuando los colores de la puesta de sol se apagaron y las dos lunas se alzaron en aquel cielo azul oscuro plagado de estrellas, nos distribuimos en los jergones, dispuestos a dormir. Jenny y yo juntamos dos colchones y nos tumbamos la una al lado de la otra. Enzo se quedó cerca.

Estaba tan nerviosa por lo que ocurriría al día siguiente que no podía conciliar el sueño. Daba vueltas en la cama, rezando a esos dioses del manantial y a cualquier otro para que protegieran a Daryos y a los demás. Jenny, en cambio, se había dormido de inmediato. ¡Menuda suerte tenía! Su respiración pausada me estaba sacando de quicio.

Harta de angustiarme, me destapé de una patada. Había regresado el calor sofocante, incluso ahí dentro, y la humedad aumentaba con cada segundo que pasaba.

Fue entonces cuando empecé a escuchar los gemidos.

Como no tenía nada más que hacer, decidí que echaría alguna miradita alrededor. Solo por… curiosidad. Por si podía aprender algo. ¡Y vaya si aprendí!

13 un rey no se doblega ante nadie
TINA

La jungla, Nemea, hace dos días

Creía que podría sin más, que blindaría mi corazón y no me afectaría. Pero ese barog era demasiado hasta para mí. Tenerlo encima, inclinado sobre mí, pegado a mi cuerpo, absorbiendo todo mi oxígeno, besándome de ese modo… era abrumador.

Sentía un nudo en el estómago, un revoloteo en el bajo vientre y los pechos pesados. Nunca había estado tan excitada, aunque, al mismo tiempo, seguía temiéndole. Jamás había sentido nada parecido, algo tan… desquiciante. Era deseo crudo.

Su lengua se enroscaba en la mía con posesividad, succionándome con ansia mientras sus manos me acariciaban el rostro, el cuello, la clavícula… y descendían por mi costado hasta mi cintura, enloqueciéndome.

Entreabrí los ojos. Era algo que me gustaba hacer cuando alguien me besaba, mirar su expresión mientras hacía algo tan íntimo y primitivo. Me estremecí al captar una entrega total en sus facciones bestiales.

Cyrus era impetuoso y apasionado, y no me cabía duda de que iba a tomar todo de mí. Sus colmillos rozaban mis labios una y otra vez sin lastimarme. Sabía bien cómo besarme para no hacerme daño. No imaginaba que sería tan considerado, teniendo en cuenta la fama de salvaje y cruel de la que gozaba. Aun así, no debía confiarme, pues era el mismo rey que había ordenado grabarme a fuego su dichosa espiral en la espalda o que me había maniatado en su casa o… que había orquestado los secuestros de las descendientes.

Por lo tanto, por mucho que me gustase lo que me estaba haciendo y que intuyese que iba a ser un amante espectacular,

seguía siendo un cabrón muy peligroso. Y haría bien en no olvidarlo.

Me cogió la mano y se la llevó a la entrepierna, por debajo del taparrabos, mientras me mordisqueaba el labio inferior y su otra mano empezaba a subirme el vestido. Su polla estaba dura, caliente, y era… ¡enorme, joder! En vez de apartarme, la recorrí fascinada de arriba abajo con suavidad.

Tragué saliva mientras bajaba un poco el rostro para echarle un vistazo. Adivinando mis intenciones, Cyrus se detuvo un instante a desatarse el taparrabos, la única prenda que llevaba. Cuando lo dejó caer al suelo, ahogué un grito. Aquello era una visión fascinante e… imposible, aunque, en realidad, iba acorde con las dimensiones de todo lo demás. El tamaño de ese barog era impactante.

Negué con la cabeza, alejando la mano de su miembro como si quemara. De hecho, ardía.

—Si pretendes clavarme eso, no va a funcionar. A menos que tu intención sea matarme, claro.

—Va a funcionar a la perfección, mi reina. No tienes de qué preocuparte.

Acerqué los dedos de nuevo a la punta de su erección y la acaricié, primero, suavemente con las yemas y, después, la rodeé con fuerza y apreté un poco. El rey se estremeció de la cabeza a los pies y sacudió las caderas hacia delante en un acto reflejo tan sexi que jadeé. Podría correrme con solo mirarlo mientras lo masturbaba. De hecho, eso tendría que bastar, porque de ninguna forma ese falo iba a caber dentro mí. Simples leyes de la física, esas que tanto le gustaban a la señorita McPhee.

«¡Lo que se habría divertido Lorna con los barogs!», pensé con nostalgia. Lorna McPhee era, junto con Callie Dawson, la mejor profesora de la universidad.

—Creo que las medidas no son tu fuerte.

—Encajaremos. Confía en mí.

—Claro, porque ¡me has dado tantos motivos para ello!

Jadeaba y toda su musculatura vibraba violentamente. Se restregó contra mi mano, deslizándose entre mis dedos mientras yo aumentaba la presión. Era tan suave, tan caliente… Gemía y rugía como lo que era: una bestia alienígena salvaje de la jungla.

«¿Cómo demonios he llegado yo a esto?». Mi vida era surrealismo puro. ¡Yo, que ni siquiera creía en la existencia de los extraterrestres!

—Voy a follarte contra esta palmera. Ahora mismo. Y te aseguro que vas a gritar de placer.

Levanté una ceja.

—¿Es una amenaza?

—Una promesa, mi reina. Si me dejas, conseguiré que disfrutes como nunca. Voy a llevarte a las estrellas y a darte una vuelta por el universo mientras gritas mi nombre.

Ahogué la risa.

«Ahora resulta que el monstruo es poeta».

—Te tienes en un alto concepto, ¿eh, *mi rey*?

—Un macho debe conocer bien sus habilidades.

—Eres un fanfarrón.

—No es fanfarronería, créeme —dijo sin dejar de frotarse entre mis dedos. Hundió el rostro en mi cuello y empezó a lamerme.

Su lengua descendió por la línea de mi garganta y siguió por la clavícula. Sin apenas ser consciente de ello, sus dedos desataron el nudo del vestido tras mi nuca y me descubrió los pechos. En cuanto estuvieron a la vista, rugió un poco más fuerte. No eran grandes, pero sí erguidos y bien puestos. Se lanzó a por ellos como un náufrago sediento.

Sentía la humedad entre mis muslos. Lo anhelaba ahí, aunque me aterrorizaba pensar en el momento en que esa cosa enorme que le colgaba entre las piernas se metiera en mi cuerpo.

Una de sus manos se aplastaba en mi espalda para acercarme a su boca hambrienta, que ahora me estaba succionando un pezón. La otra me acariciaba el trasero por debajo del vestido. Un movimiento sinuoso se paseó por uno de mis pies.

En cuanto fui consciente de lo que era, intenté apartarme de él, pero me tenía bien sujeta… y no parecía dispuesto a soltarme.

Su cola trepó por mi pierna desnuda desde el tobillo hasta el muslo, donde se entretuvo un rato, aunque no demasiado, pues siguió subiendo…

Contuve la respiración. Su polla en mis dedos. Su boca en mi pezón. Su mano en mi trasero, la otra en mi espalda. Y su cola… directamente sobre mi intimidad, deslizándose a su antojo, electrificando la zona más sensible de mi cuerpo y lanzando chispas de placer a través de mis nervios a cada puñetero centímetro de mi piel.

«¡Joder!».

Siguió moviéndose, adelante y atrás, desde mi centro de placer hacia la zona entre mis nalgas.

No podía pensar, apenas respirar. Cada bocanada de aire me costaba como si acabara de correr una maratón. Las piernas empezaron a fallarme, así que solté su erección y me aferré a sus hombros.

—Estás tan húmeda —ronroneó—. ¿Te… gusta? —Su voz no era más que un murmullo ronco.

Eché la cabeza hacia atrás y la apoyé en el tronco cuando su cola me frotó con más fuerza el clítoris.

—Aún no lo sé —dije con un hilo de voz.

—Claro, lo entiendo. Tienes que… meditarlo. —Su risa oscura reverberó en mi piel y me hizo cosquillas por todas partes.

Se hundió en mi boca de nuevo, subiendo las manos hasta mi cuello, rodeándolo con los dedos. Sus besos quemaban. Quería más y más de él. Lo quería todo… y, sin embargo, no pensaba bajar la guardia. Mi cuerpo podía disfrutar, pero mi corazón no iba a caer tan fácilmente en la trampa.

En cuanto su cola se retiró, sentí un vacío inmenso, doloroso. Al mismo tiempo, dejó de besarme. Abrí los ojos y me encontré con los suyos, llameantes, prepotentes.

—¿Por qué te has… apartado? —balbuceé, incapaz de hilar siquiera unas pocas palabras.

—Ahora viene lo mejor. Quiero contemplar tu rostro mientras te poseo —dijo con la voz enronquecida. A él también le costaba hablar y respirar.

Estaba tan excitado como yo.

Se agachó un poco, agarró el borde de mi vestido y me lo sacó en dos tirones. Ahora estábamos los dos completamente

desnudos en medio de la selva.

Me recorrió de arriba abajo con esa mirada siniestra que me erizaba la piel. Se pegó de nuevo a mí y me alzó el muslo, pasando el brazo bajo mi rodilla. Tuve que ponerme de puntillas con el otro pie. Se inclinó sobre mí, flexionando un poco las rodillas, y su polla me buscó con desesperación. Miró un instante hacia el lugar exacto donde nuestros sexos se tocaban y estaban a punto de fundirse el uno con el otro. Presionó suavemente con las caderas y la punta separó mis pliegues. Jadeó. Dos veces. Fuerte.

Yo también.

Entonces, sus ojos oscuros se clavaron en los míos, tan negros como los suyos. Solo que esa mota verde quedaba ahí, danzando en su iris, como un reflejo de la selva misma. Como una gota de esperanza.

Sonrió una vez más… y entonces se hundió en mi cuerpo. De un solo empujón, lento pero implacable, abriéndome para él como un pasadizo secreto recién descubierto.

Le clavé las uñas en los hombros y grité. No de dolor, sino porque su invasión había amplificado mis emociones de un modo insoportable. Me llenaba por completo, no solo el cuerpo, sino también el alma. Era algo que no había experimentado jamás.

—Lo ves, mi reina. Estoy hecho para ti.

Y esas palabras, pronunciadas con su voz gutural y tenebrosa, acabaron de llevarse mi cordura. Ni siquiera fui capaz de contestar. Entorné los párpados y me concentré solo en ese punto en el que él y yo éramos uno solo.

Cuando se retiró despacio hasta el glande, mis dedos bajaron a sus glúteos y presionaron para que se enterrara en mí de nuevo. ¡Y vaya si lo hizo! Se ancló en mi cuerpo mientras un rugido más tremendo que el de cualquier león hacía temblar la jungla. A partir de ese momento, ya no se detuvo.

Me alzó el otro muslo y me sostuvo por las nalgas, con los brazos en tensión, contra la palmera. Mis piernas en torno a sus poderosas caderas, mis brazos alrededor de su cuello, robusto como una columna. Su melena enmarañada me acariciaba la piel cada vez que empujaba dentro de mí.

Tuve la extraña sensación de que la selva entera se estremecía al son del vaivén de nuestras caderas; que cantaba al ritmo de nuestra respiración acelerada; que la tierra misma de Nemea pulsaba al eco de nuestros latidos desbocados.

El verde de las hojas se hizo aún más brillante, y las fragancias de las bayas más intensas.

Aunque nada era tan intenso como el aroma de mi barog. Mi rey.

Entraba y salía de mi cuerpo como si fuera su amo y señor, como si en verdad estuviéramos hechos el uno para el otro, como si toda mi existencia hubiese sido exclusivamente para llevarme hasta allí en ese mismo instante. A esa selva. En otro planeta. Con ese ser enorme y ardiente. Mi vida anterior se desdibujó en mi mente, y todo cuanto había experimentado antes de Nemea perdió lustre y color.

Por un breve instante, recordé su rostro en su versión humana y me pregunté si alguna vez estaría con el Cyrus hombre. ¿Volvería a ver sus apuestas facciones? Fue tan solo un pensamiento fugaz, porque poco importaba si su aspecto era el de un hombre atractivo o el de una bestia alienígena con colmillos, garras y cola.

Era él. Cualquiera que fuera su aspecto, Cyrus era mi destino. Solo importaba su fuerza, su pasión, su fuego interior, su oscuridad y su determinación. Sus defectos y sus virtudes. Su corazón vigoroso y guerrero.

Aceleró las embestidas hasta llevarme al delirio y, cuando me lancé hacia un orgasmo brutal, él lo alcanzó conmigo. Su polla se enganchó en mi interior de un modo extraño y sublime. Casi… animal. Tuve la sensación de que se hinchaba un poco más mientras bombeaba y derramaba en mí un río caliente y resbaladizo durante lo que me parecieron minutos.

Tras vaciarse por completo, se quedó ahí, muy quieto, su cuerpo pegado al mío, su miembro aún dentro de mí, anclado firmemente, jadeando y rugiendo como un poseso, con los músculos rígidos y los glúteos apretados. Tan duro, tan imponente.

Sentí como se relajaba, poco a poco, hasta que salió, tirando con delicadeza. Me bajó las piernas con cuidado hasta que mis pies

descalzos se aposentaron en el suelo. Me temblaban las piernas y apenas me sostenían.

No hablaba. No me miraba. Un nudo se me instaló en el estómago, reforzando la idea de que no había sido más que un mero desahogo para él. Un segundo plato después de que Callie se le hubiera escabullido, uniéndose a Daryos.

Pero entonces, me agarró la cara entre las manos y, tras clavar sus ojos negros en mis labios, me devoró la boca. Cuando se detuvo, apoyó su frente en la mía y, sin soltarme la cara, inspiró con fuerza.

—Qué bien hueles, mi reina.

—Tú también.

—¿Ya has decidido si te ha gustado?

Se frotó contra mí, su polla húmeda contra mi muslo, para enfatizar sus palabras.

—Eso creo, sí, pero que no se te suba a la cabeza.

Sonrió como un canalla.

—Entonces, ¿ya no me detestas?

—Hay cosas difíciles de perdonar, aunque supongo que no eres tan monstruoso como pensaba.

—Gracias por el cumplido, mi reina.

Me cubrió los pechos con el vestido y me lo ató de nuevo tras la nuca, con gestos atentos. Después, se agachó para recoger el taparrabos. Él se cubrió las caderas y yo le anudé la cuerda a un lado. Se pasó los dedos por la melena un par de veces y me cogió de la mano. Empezamos a caminar.

—Esas dos trenzas, ¿te las haces tú? —pregunté intrigada al cabo de unos segundos. De pronto me interesaba averiguarlo todo sobre él.

—Mi madre me enseñó cuando era pequeño. El pelo siempre se me venía a la cara y me molestaba, así que ella encontró la solución trenzándome los mechones delanteros. Lo intentó con Daryos, y no hubo manera de que aprendiera. Al principio se las hacía yo, pero nunca se estaba quieto, así que lo dejé por imposible.

Sonrió con tristeza.

—Me gustaría que me trenzaras el pelo alguna vez, o trenzártelo yo a ti.

—Cuando quieras, mi reina. Será un placer.

—¿Qué hacemos ahora?

—Hemos de ir al lago esmeralda, donde los dioses del manantial bendecirán nuestra unión.

—Así que eso de la unión va en serio.

—Por supuesto. Es uno de los ritos sagrados más importantes de mi pueblo.

No quería estropear el momento, pero había algo que me carcomía por dentro y hacía que me hirviera la sangre.

—Y todas las uniones que han tenido lugar en la selva serán bendecidas.

—Así es.

Continuamos avanzando un trecho en silencio. Por primera vez, parecía realmente relajado, hasta me aventuraría a decir que contento. Lástima que fuera a joderle el buen rollo.

Me solté de su mano abruptamente y exploté.

—¿Incluso las violaciones? ¡Porque ha habido unas cuantas en esta cacería abominable!

Inspiró hondo y soltó el aire de golpe.

—Tina, no pretendo que lo entiendas.

—¿Entenderlo? ¡¡Me repugna!!

—Nuestras tradiciones y las de tu mundo son diferentes.

—Claro, porque vosotros estáis aún ¡en la puta edad de las cavernas!

—Les dije a mis barogs que no hicieran daño a las descendientes, pero algunas cosas son difíciles de cambiar; aunque lo intento, créeme. Te aseguro que los que se comportan así no son todos, ni mucho menos. La inmensa mayoría somos salvajes, sí, pero no malvados, Tina —dijo muy serio.

—¿Qué tú lo *intentas*?

—Cuando nos conocimos, te dije que, si volvíamos a encontrarnos, me dieras el beneficio de la duda, que las cosas no son siempre lo que parecen. Sé que me ves como un monstruo por civilizar, Tina, y me lo he ganado a pulso. Sin embargo, yo solo

busco lo mejor para los míos. A veces, los cambios no son fáciles, sobre todo en una civilización primitiva y antigua como la nuestra con tradiciones tan arraigadas. Y algunas, por duras que parezcan, son necesarias.

—No vayas de angelito ahora. Ordenaste que nos marcaran y acabas de decirme que van a bendecirse uniones consumadas a la fuerza. Eso es… ¡¡horrible!! ¡Una aberración! En mi mundo y en cualquier mundo del universo. ¡Así que no me vengas con chorradas! No vas a convencerme.

Suspiró.

—Ya te lo he dicho. Algunas costumbres son… necesarias. No espero que lo comprendas, debe de ser muy duro para ti. Mira, el vínculo que se forma entre humana y barog es sagrado, y es para siempre. Puede que algunas descendientes no lo eligieran al principio, pero acabarán por aceptarlo y amarán a su barog. Ha ocurrido en todas las anteriores abducciones de descendientes y volverá a suceder en esta ocasión. Así es como siempre ha sido.

—¡Y una mierda! ¡Yo me largo! No esperes que te acompañe a ese lago para ver el sufrimiento de mis compañeras. No pienso unirme a ti bajo tus dioses ni ningún otro.

—Vendrás conmigo —dijo agarrándome del brazo.

—¡Ni lo sueñes!

Ambos echábamos chispas por los ojos.

—Ahora soy tu pareja de vida, tu barog, y el vínculo es indestructible. No hay nada que puedas hacer. Cumplirás mis órdenes, Tina. No tienes otra opción.

Lo miré con los ojos desorbitados y, sin previo aviso, eché a correr. Huiría de él como fuese. Encontraría a Jenny, y seguiríamos a Emi y su amigo Axeh a donde fuera que se ocultaran los rebeldes del príncipe. Cyrus estaba loco si pensaba que iba a aceptar aquel horror pacíficamente.

Por supuesto, no fui demasiado lejos. Corrió detrás de mí y me atrapó enseguida por la cintura. Me elevó del suelo sin esfuerzo y empezó a llevarme de vuelta al sendero que conducía al lago.

—¡¡Suéltame, Cyrus!! ¡Lo digo muy en serio! Que me hayas follado no te da ningún derecho sobre mí, mucho menos a darme

órdenes, ¿te enteras? —dije pataleando con todas mis fuerzas y retorciéndome.

—Si sigues así, tendré que atarte otra vez. Y sé lo mucho que lo detestas, así que no me obligues. Preferiría no llegar a eso.

—¡Tú inténtalo, cabrón de mierda!

—Sé razonable, mi reina.

—¿Tú me pides que sea razonable? ¿El que va marcando mujeres como si fueran vacas? ¿El que ha ordenado que se celebrara esta cacería?

Me arrastró hacia una zona donde la vegetación era más espesa y, manteniéndome bien sujeta con una mano, arrancó una especie de liana con la otra y la usó para inmovilizarme las muñecas, atándomelas por delante de mí.

—No intentes soltarte o te rasgarás la piel.

Por supuesto, empecé a tirar como una posesa.

—Suéltame ahora mismo. ¡Ya es la segunda vez que me atas, joder!

—Esto es culpa tuya, mujer. No tendría por qué ser así. Con lo bien que nos estábamos llevando…

—Pues si esperas que nos sigamos llevando bien después de esto, ya puedes ir quitándotelo de la cabeza, imbécil.

—No me has dejado otra opción. Pero no te preocupes, mi reina, en cuanto nos sumerjamos en las aguas del lago, nos sentiremos mejor.

Me negué a caminar, así que tuvo que tirar del otro extremo de la cuerda para obligarme a hacerlo. Y así retomamos el sendero, con las cosas entre nosotros peor que cuando había comenzado la cacería. Una pena, considerando todo lo que había sentido estando con él. Pero ser un buen amante no lo convertía en un buen tío.

Ya cerca del lago, me crucé de nuevo con Emi, que seguía acompañada por su barog rubiales y ambos parecían muy a gusto. También con Callie, que me miró con preocupación y lástima. Apreté los dientes y mantuve la barbilla alta. No necesitaba su compasión, solo que, llegado el momento, nos ayudara a todas a escapar de esa pesadilla.

El lago de aguas esmeraldas era lo más hermoso que había visto en mi vida, distribuido en diversas piscinas naturales cristalinas, separadas por juncos. Pero yo estaba cabreada y dolorida, sobre todo cabreada, así que el paisaje me importaba una mierda.

Intenté no mirar demasiado a las otras mujeres, cuyos ojos sentía sobre mí. Pobrecillas, no sabían que su situación era bastante peor que la mía, por mucho que yo fuera atada como una mera esclava.

En cuanto empezaron a meterse en el agua, los sollozos se apagaron y fueron sustituidos por gemidos de placer, charlas cómplices o simplemente pesados silencios. Puede que fuera verdad que los barogs hijos de puta solo fuesen una minoría. Por mi experiencia, casi todos eran unos cabronazos. No iba a cambiar de opinión fácilmente después de todo lo que había presenciado hasta ahora en Nemea.

Cuando nos llegó el turno, Cyrus me desató con cuidado y examinó mis muñecas con una mueca de tristeza. Ni me molesté en dirigirle la palabra. Me pidió que me desnudara, pero no me moví. Así que él se encargó de hacerlo. Me despojó del vestido verde, roto y polvoriento, y lo lanzó sobre uno de los montones de ropa de la orilla.

En cuanto me sumergí, comprendí por qué de pronto todo el mundo se había relajado. Me senté en el lecho del lago, con el agua hasta los pechos, disfrutando de una sensación placentera. El calor sofocante se aplacó y el frescor envolvió mi cuerpo como un manto reparador. Me sentía bien, y mis heridas, causadas por las carreras a través de la selva, empezaron a sanar.

Me estremecí al notar las manos del rey sobre mi cuerpo. Estaba frotándome con algo que producía jabón, ni me preocupé por ello. Dejé que me lavara mientras me hablaba, pero yo no le escuchaba. Tras aclararme la espuma, se lavó él.

Su cuerpo era vigoroso y espléndido. Mientras lo hacía, me detuve a contemplar cada una de sus cicatrices, desperdigadas por su piel bronceada y curtida. Estaba de pie, ante mí, con el agua a la altura de medio muslo.

—¿No vas a decir nada? —preguntó con la voz de nuevo ronca, observando cómo mis pechos se mecían sobre la superficie del agua.

Estaba excitado. Otra vez.

Su polla se erguía ante mí y sus testículos colgaban grandes y redondeados como un racimo. Moví la mano por inercia y los sostuve en la palma. Los sentí llenos y suaves.

Él gimió tan fuerte que apreté los muslos. Ese rey no era fácil de moldear, pero yo lo conseguiría. Si no podía huir de Cyrus, y tal vez tampoco quería, y él se negaba a abandonar esas prácticas horribles, tendría que buscar otra manera de llegar hasta él. Haría todo lo posible para que no pudiera prescindir de mí, para que… me necesitara. Y cuando eso sucediera, intentaría convencerlo de lo que estaba bien.

Así que me arrodillé ante el rey y alcé la mirada para que comprendiera mis intenciones. Le recorrí el miembro con los dedos de arriba abajo y empecé a masturbarlo con fuerza con ambas manos. Él jadeaba, lanzando las caderas hacia delante. El agua chorreaba desde su cabello y se deslizaba por su cuerpo imponente, resbalando por los dibujos de las espirales que decoraban su piel y recorriendo los surcos de sus abultados músculos.

Mientras con una mano seguía dándole placer, con la otra le acaricié más abajo. Le estrujé los testículos con suavidad y descendí por la piel más sensible hacia su trasero. Seguí hasta su cola, sintiendo su tacto como terciopelo bajo las yemas de los dedos. Era… perturbadora. Tuve la sensación de que aquello lo volvía loco.

Después, me incorporé y me doblé hacia delante. Con la cara a la altura de su polla, me la metí en la boca. Era demasiado grande para engullirla entera, así que me ayudé con las manos. Lamí y succioné con fuerza mientras el poderoso rey de Nemea rugía como un león.

Más allá de los juncos y del lago, me pareció ver a Bazzeila merodeando por la orilla. Aquella odiosa pantera con la que jamás me llevaría bien y a la que Cyrus adoraba. Tendría que ganármela también. ¡Qué remedio!

Sentí el momento exacto en que daba la última sacudida dentro de mi boca. Sus músculos se tensaron y explotó en mi lengua, en mi garganta. Me aparté despacio, contemplando el espectáculo, mientras seguía derramándose en el agua, y ese aroma suyo tan atrayente se me metía en la nariz y en la boca. No hay nada más sexi en el universo que un hombre como Cyrus, barog o humano, corriéndose delante de ti, abandonado a las sensaciones de su cuerpo que tú le has provocado.

Cuando acabó, me miró buscando complicidad, pero yo estaba cansada de ese juego constante con él. Así que salí del lago y él me siguió. Una vez fuera, nos cubrimos con unos pareos coloridos y me condujo de la mano hacia una choza, donde caí rendida sobre un colchón en el suelo en cuanto me tumbé.

Me desperté un instante de madrugada. Cyrus dormía a mi lado, con un brazo sobre mi cintura y la cola rodeándome los hombros como una boa. Lo contemplé durante un buen rato, memorizando cada línea de su rostro barog y de sus músculos, hasta que, como si me presintiera, abrió los ojos.

Tras removerse y estirarse cuan largo era sobre el colchón, se colocó de lado, con un brazo bajo la almohada, y su mirada se clavó en la mía. Yo también estaba de lado, y apenas unos centímetros separaban nuestros rostros. Fuera de la choza reinaba el silencio más absoluto. A través de una pequeña abertura en un lateral podía ver aquella extraña pareja de lunas resplandeciendo en verde. Eran hermosas.

—¿Podéis cambiar a vuestra apariencia humana aquí, en Nemea? —solté sin preámbulos, a modo de saludo.

Apretó la mandíbula.

—Si me estás preguntando si me transformaré alguna vez porque te gusta mucho más mi aspecto humano, la respuesta es no.

—No es eso lo que te he preguntado. Estás un poco susceptible tan temprano, ¿eh, rey barog?

—Por si acaso.

—Y por si acaso te digo que no tengo ningún problema con tu aspecto de barog.

—Apuesto a que preferirías mi otra versión, ¿me equivoco?

—Es mucho menos temible, eso seguro. Pero es este el cuerpo que conozco, el cuerpo que deseo —dije con sinceridad, aunque no sé si me creyó.

Se movió para colocarse bocarriba y miró al techo mientras se le aceleraba la respiración. Aquello parecía muy importante para él.

—En la Tierra, solo podemos tener apariencia humana, aunque somos capaces de transformarnos en barog cuando estamos muy cerca del portal, eso es todo.

—¿Y aquí?

—Aquí podemos disfrutar de ambas formas indistintamente, aunque la mayoría prefiere el barog, nuestra forma primigenia, con la que nacimos.

—¿Y tú?

—Soy un barog, Tina, y no me avergüenzo de ello. Esta es la versión de mí que mejor lucha, la que mejor puede defender a su pueblo. La más fuerte y poderosa.

—No lo dudo, pero, en algunos momentos…

—Como humanos, somos mucho más débiles. Por eso todos mis barogs tienen prohibido cambiar, bajo pena de prisión. Al menos, mientras penda sobre nosotros la amenaza de nuestros enemigos.

Tras un silencio incómodo, le acaricié el estómago bajo la colcha. Todos esos abdominales esculpidos en piedra me volvían loca.

—Lo comprendo. No puedes permitir que os cojan desprevenidos.

Se dio la vuelta otra vez y me observó con incredulidad. Parecía sorprendido. Se inclinó sobre mí y me besó dulcemente. Después, volvió a tumbarse y tiró de mí para acurrucarme contra su pecho. Me estremecí entre sus brazos, embriagada por su calidez. ¿Cómo podía ser tan odioso y despiadado, y, al mismo tiempo, un macho dulce y considerado?

«No puedes enamorarte de él», me dije. Y cuando me di cuenta de lo que acababa de pensar, me estremecí de nuevo.

—Quiero contarte algo, Tina, algo terrible. Quiero hablarte de nuestros enemigos para que sepas a qué nos enfrentamos y estés

preparada. Y tal vez así, logre que comprendas de verdad por qué actúo como lo hago. Quizás así consiga… que me perdones.

Y empezó a hablar mientras yo le escuchaba atentamente.

Me habló de la Gran Guerra, y de la muerte de sus padres y sus hermanos mayores. Me contó todo acerca de los temibles hermanos perdidos, que vivían en los pantanos del sur con otros seres del planeta, las *aninfs*, y constituían la peor amenaza para su civilización. Me explicó también cómo esos barogs, de vez en cuando, hacían incursiones en la aldea o en la selva cercana, y se llevaban a alguna pobre descendiente; y cómo habían perdido el rumbo, tratando de crear una descendencia más fuerte apareándose con esas *aninfs*, fuesen lo que fuesen. Una descendencia que, al cabo de siglos, resultó ser mucho menos inteligente, degradada y dominada por sus instintos animales casi exclusivamente.

Después de oír todo cuanto quiso compartir conmigo, y pese a lo cruel que Cyrus pudiera parecer, ya no me cabía duda de que era un gran rey. No digo que le hubiera perdonado, porque hay cosas para las cuales no existe ninguna justificación, aunque tus fines sean honorables. La bondad no admite claroscuros ni medias tintas.

Pero sí que, en cierto modo, le comprendí mejor y me di cuenta de que, en realidad, todo lo que hacía era por el bien de su pueblo, o al menos eso era lo que él creía a ciegas.

Y un rey hace lo que considera mejor para los suyos… y no se doblega ante nadie.

14 MI REINA
TINA

Nemea, hace un día

Me desperté de nuevo al amanecer, con los rayos anaranjados de ese extraño sol bañando el interior de la choza y arrancando hermosos destellos al cabello castaño del rey.

Cyrus ya estaba despierto, tumbado bocarriba a mi lado, con sus ojos negros clavados en la techumbre de paja.

Nada más verlo y sentir su cuerpo caliente tan cerca del mío, me excité. En el acto, su aroma frutal se hizo más fuerte, y supe que estaba tan alterado como yo. Seguimos inmóviles, uno al lado del otro, apaciguando nuestra respiración acelerada. Ni siquiera era capaz de definir lo que había sentido el día anterior estando con él, o en el lago. Me desbordaba.

Sin embargo, algo más importante me vino de pronto a la mente.

—¿Es cierto lo que dicen los rumores?

—Hay tantos rumores sobre mí que, como no concretes un poco más, mujer…

—Que mataste al barog que permitió que Shauna se suicidara.

—Shauna, tu amiga. —No fue una pregunta. Él sabía bien quién era—. Lo destrocé con mis garras.

Un silencio pesado se abrió entre nosotros. Su cola, gruesa y suave, me acarició el tobillo bajo la colcha de lino. Aquel simple roce me electrificó entera. Era un toque demasiado íntimo y dulce para un rey monstruoso como él.

Empezaba a darme cuenta de que, debajo de todas esas capas de arrogancia autoritaria y peligrosa, latía un corazón cálido.

Sobre todo, después de haberle escuchado esa misma madrugada mientras me contaba tantas cosas.

—¿Por qué lo hiciste?

Ladeó la cabeza y me miró con sorpresa. El brillo de sus ojos captó mi atención de inmediato, y la pequeña mota verde me hipnotizó, como un diminuto resquicio de esperanza dentro de un abismo de oscuridad.

—Ese idiota permitió que la humana se quitara la vida —soltó como si fuera obvio.

—Creía que las humanas no te importábamos lo más mínimo, que no éramos más que ganado para ti.

Se incorporó sobre los antebrazos. La colcha resbaló por sus pectorales, descubriendo por completo su torso musculoso, surcado de cicatrices y tatuajes. El torso de un gran rey.

—Quizá no me expliqué con suficiente claridad. Las descendientes sois el bien más preciado del pueblo barog. Las humanas destinadas a convertiros en nuestras parejas para toda la eternidad mediante el vínculo sagrado. Las futuras madres de nuestros hijos.

Algo crujió en mi pecho.

—Lo que yo decía: ganado.

Se sentó de golpe en la cama.

—No has escuchado nada de lo que acabo de decirte ni de lo que te expliqué anoche.

Yo me senté también. Cuando mis pechos quedaron al descubierto, sus ojos se posaron sobre ellos. Noté cómo se le aceleraba el pulso mientras entreabría un poco los labios. El aroma a frutas tropicales se espesó en el interior de la choza. Tragué saliva.

—Escucho cada maldita palabra que sale de tus labios, esperando descubrir si eres realmente tan cabrón como pareces o si, por el contrario, hay algo más. Ese "algo" que mi instinto me dice que existe aquí dentro —le di un golpecito en el pecho sobre el corazón—, aunque te cueste tanto mostrarlo y apenas se pueda vislumbrar.

Resopló y se tumbó de nuevo. Se frotó los ojos con sus dedos enormes y volvió a mirarme.

—Sois muy importantes para Nemea, para los barogs…, para mí. Sin vosotras, mi pueblo se extinguiría. Tú… eres importante *para mí.*

Nos miramos, desafiantes.

—Así que te importo.

Asintió. Se colocó de lado y me acarició el brazo desde el hombro hasta la muñeca, donde sus dedos se enroscaron con fuerza. La cola trepó por mi pierna e hizo lo mismo en torno a mi muslo.

Pero yo no iba a tragarme todo aquello sin más. Antes de dejarme llevar por lo que empezaba a sentir, había que aclarar varios puntos. Cuanto me había contado esa madrugada me hacía comprender muchas cosas y me ablandaba… un poco. De todas maneras, quedaba un delicado asunto por tratar.

—¿Más que Callie?

Dio un respingo.

—No sé a qué viene esa pregunta, mujer.

—Lo sabes bien. ¿Te importo más que ella? Es una pregunta muy sencilla.

—No, no lo es.

—O sea, que soy importante para ti, pero no tanto como tu trono ni como esa maldita profecía que necesitas cumplir para mantenerte en el poder.

—Es complicado. Lo que siento por ti… —Suspiró. De repente parecía agotado, como si el peso de todo su mundo, el peso de ser rey, lo estuviera aplastando, drenándolo poco a poco—. Callie es hermosa y valiente, una humana perfecta a la que unirse.

Una punzada de celos me retorció el vientre.

—¿Entonces?

—No siento nada por ella, nada en absoluto, pero la necesito.

—Para cumplir la profecía y mantenerte en el trono.

Me miró enfadado, las manos crispadas, apoyadas sobre el colchón a ambos lados de su cuerpo.

—No, ¡maldita sea! Para hacer lo que debo hacer. Para liderar a mi pueblo en la nueva Gran Guerra que está por venir contra nuestros enemigos. Solo yo puedo hacerlo, Tina. ¿Es que no lo

comprendes? Te he contado cosas que… no le he contado a nadie. Y, aun así, no parece suficiente.

—Pero Callie es la mujer de tu hermano.

—Lo sé. Te lo dije, se vincularon ayer en la selva, yo mismo fui testigo con mis propios ojos. Así que no hace falta que me lo digas.

—¿Los… viste?

—No cabe duda de que ella es su *hoa uhane*, su alma gemela.

—Entonces, ya no puedes hacer nada. Es su pareja, Cyrus. ¡De tu hermano! ¿Acaso no le amas? ¿En serio no quieres lo mejor para él?

—¡Claro que le quiero! Pero el muy idiota me odia. No entiende nada. Se cree que todo esto no es más que un juego, como cuando éramos niños. Daryos nunca ha asumido sus responsabilidades.

—Eso no es cierto y lo sabes. Dirigió en tu nombre la misión de nuestro secuestro en la Tierra. Te ha servido fielmente siempre, te dijo repetidamente que no quería el trono y que te apoyaría, que estaría a tu lado contra esos enemigos de los que habláis. Que encontraríais la manera de hacer frente a los ancianos. Apuesto a que era sincero. Tu hermano no te odia, te aprecia tanto como tú a él, Cyrus. Y si os sentarais a hablar para aclarar las cosas y unir fuerzas…

—Ahora ya es tarde. Nuestra relación se ha estropeado demasiado. Y, por mucho que diga, estoy seguro de que, llegado el momento, me arrebataría el trono.

—¿Lo crees de verdad?

Se frotó el rostro y resopló sonoramente.

—Yo… ya no lo sé —dijo, inclinando un poco la cabeza y sujetándosela con ambas manos—. Ha pasado demasiado tiempo…

—Mira en tu corazón. Conoces a tu hermano, intenta recordar cómo eran las cosas antes entre vosotros.

—Todo eso da igual, porque Callie es imprescindible para que los ancianos me tomen en serio y apoyen mi reinado sin reservas. Los necesito a todos de mi parte cuando estalle la guerra.

—¿Y qué harás? ¿Le arrebatarás a su mujer? ¿La forzarás? ¿Lo matarás para quitarlo de en medio?

Se levantó de golpe como si la cama quemara y empezó a dar vueltas por la choza.

—¡Claro que no! ¿Crees que soy un monstruo? ¿Un asesino? ¡Jamás podría hacerle daño a mi hermano! ¡Daryos es pura bondad! ¡Siempre lo he protegido, aunque él no tenga ni idea!

—Pues, entonces, veo difícil que consigas a Callie. Creo que lo mejor sería que confiaras en él y en su palabra. No conozco a tu hermano, pero si la señorita Dawson está con él, es que es un buen hombre… barog.

—¡Por supuesto que lo es! Nunca he insinuado siquiera lo contrario. Es el mejor barog sobre Nemea. Por eso es tan difícil. Mi cabeza me dice una cosa, mi corazón otra.

—No sé en este planeta, pero, en el mío, se suele decir que hagamos caso de lo que nos dicta el corazón. O eso me repetía mi abuela constantemente.

Me miró de un modo que no supe descifrar.

—No sabes lo que dices. No puedo renunciar al trono ni arriesgarme a que D me lo arrebate o los ancianos le obliguen a ocuparlo. Aunque él lo rechazara, te aseguro que ellos pueden manipular a quien sea para conseguir sus propósitos. Su única guía son las profecías y las viejas costumbres, no atienden a razones. Si crees que mis barogs y yo somos primitivos, espera a conocerlos a ellos.

—Pues sí que son majos vuestros supuestos líderes espirituales —dije chasqueando la lengua con fastidio.

—Hablo en serio, Tina. Además, los hermanos perdidos son capaces de cualquier cosa. ¡Esos sí que son verdaderos monstruos! Si vieras las condiciones en las que viven, cómo tratan a sus parejas o crían a sus hijos… —Hizo una mueca de asco.

—Entonces, ¿son mucho peores que vosotros? —Mi pregunta fue un dardo afilado.

Me lanzó una mirada llena de dolor. Inspiró hondo un par de veces como si quisiera calmarse antes de volver a abrir la boca. Todo su cuerpo vibraba.

—Ni te lo imaginas. —Sus ojos se clavaron en los míos con dureza, pero enseguida se suavizaron un poco—. Daryos no está preparado para lo que viene. Lo creas o no, Tina, solo yo puedo liderar a mi pueblo contra ellos y dar las órdenes precisas. Solo yo sé lo que habrá que hacer, llegado el momento. Requeriremos de nuestro lado más salvaje para vencerlos, el más inhumano. Mi hermano, por mucho que sea tan barog como cualquier otro, en el fondo, tiene un corazón muy humano. Igual que el de nuestra maravillosa madre.

—Quizás tengas razón en algunas cosas, pero no en todas. Lo vi matar a dos de los tuyos en las mazmorras, los que descubrieron la marca de nacimiento de Callie. No dudó ni un instante en cargárselos. Si su gente se encuentra en peligro, si su pueblo es atacado, será tu mejor aliado. Puede que sea más bondadoso que cualquier otro barog, pero no te confundas: no es blando.

—¡Lo sé, maldita sea! ¿Quién te crees que lo entrenó? ¿Que le enseñó todo lo que sabe? Es valiente y un gran guerrero. ¡El mejor de todos! Después de mí, por supuesto.

—Por supuesto.

Sonreímos con tristeza.

—Escúchame bien, Tina. No es que crea que Daryos no pueda hacerlo. Es que… no quiero que *tenga que* hacerlo. No quiero que se vea obligado a tomar decisiones que sé que jamás superaría. Lo que va a venir es terrible. Y sé que él lucharía a mi lado si le dejara, y que sería el combatiente más feroz y aguerrido. Pero si los ancianos le hacen ocupar el trono, tendrá que asumir un papel que lo destrozará para siempre, tal como…

Enmudeció de golpe, e intuí como terminaba esa frase: «… me ha destrozado a mí».

Sentí una punzada en el pecho.

Al fin estábamos llegando al fondo del asunto. Realmente, amaba a su hermano y se preocupaba por él. Tal vez demasiado, pues, por lo que yo había visto, el príncipe podía cuidarse solito. Y cuando la guerra estallara, sería el mejor apoyo para Cyrus. Ahora solo tenía que hacérselo entender a ese rey cabezota y obstinado.

Se acercó de nuevo a la cama y se arrodilló ante mí sobre el colchón. Los músculos de sus poderosos muslos se abultaban bajo la piel bronceada.

—Tengo que encontrar la manera de unirme a Callie, aunque solo sea a efectos de mantenerme en el trono. Yo no llevo la marca, pero la suya tendrá que bastar. Y las espirales cubren buena parte de mi piel, así que…

—¿Otra vez con eso? Tienes que buscar otra forma.

—No la hay. Para consolidar mi poder y unir a todos los barogs contra los hermanos perdidos, necesito a esa humana a mi lado.

Resoplé. Era demasiado terco. Para mí estaba claro que tenía que encontrar otra solución. Quizá si yo lo ayudaba…

«Tienes alma de reina», recordé con un escalofrío.

—¿Y qué hay de nosotros?

Me miró a los ojos. La franqueza dominaba su mirada oscura.

—Te lo dije, nosotros estamos… unidos. Vinculados para toda la eternidad ante los sagrados dioses del manantial.

—Ya. ¿Y eso qué significa exactamente?

—¿Acaso no te ha quedado claro?

—No sé, me gustaría más que dijeras algo así como… que ahora nos amamos locamente.

Abrió mucho los ojos.

—¿Es eso lo que quieres, *mi reina*? ¿Que te ame locamente? ¿Tú… me amas?

Giré el rostro e hice un gesto de desprecio con la mano para quitarle importancia. El corazón me retumbaba con fuerza en el pecho. Me sentía abatida, herida, y eso era nuevo para mí. La dichosa unión sagrada no valía una mierda si no me amaba. Y estaba claro que no era eso lo que él sentía.

Por supuesto, todavía era pronto. Apenas nos conocíamos, y habíamos pasado la mayor parte del tiempo discutiendo, o el atándome y yo pateándolo. No tenía ningún sentido hablar de amor, ¡era absurdo! Aun así…

«¿Desde cuándo te importan a ti esas cursiladas?», me reprendí. Sin embargo, todo era distinto desde que había conocido a

Cyrus. Yo… era distinta.

—Déjalo, solo bromeaba.

—A mí no me ha parecido que bromearas. Si quieres que te diga lo que siento, tendrás que ser sincera conmigo. ¿Estás dispuesta?

Un nuevo silencio me asfixió un poco más. Cuando sentí su manaza en mi hombro, me giré de nuevo hacia él y me encontré con sus ojos. Su palma ardía sobre mi piel.

—El amor me trae sin cuidado. Lo que me preocupa es que parece que no te has dado cuenta de lo más importante.

—Que es…

—¿Cómo piensas unirte a Callie ante los ancianos si ya te has unido conmigo?

—Eso es algo en lo que estoy pensando.

—Podrías haberlo pensado antes de follarme como un loco, ¿no crees?

—Eso no he podido evitarlo. Tú y yo…

—Podría unirme a otro barog mucho menos complicado que tú, o simplemente vivir sola y tranquila en la selva. Cualquier rincón apartado y seguro me bastaría. Una choza como esta, a orillas de un pequeño lago…

Sus ojos se oscurecieron y un rugido retumbó en su pecho. Se abalanzó sobre mí como el gran depredador que era y me tumbó de nuevo de espaldas. Sus dedos se entrelazaron con los míos sobre el jergón por encima de mi cabeza para mantenerme bien sujeta. Sus caderas se encajaron entre mis piernas, y sentí su polla hirviendo contra mi centro.

—Jamás te tocará otro barog, ¿me oyes? Estamos unidos, y eres mi pareja hasta el fin de nuestros días.

Restregó la erección por mi sexo y gruñó. Su cola subió entre mis pechos, deslizándose sobre el esternón, y se enredó alrededor de mi cuello con suavidad.

—Pues tienes un problema.

—Mi problema son nuestros enemigos, en cuanto a lo demás…, ya se me ocurrirá algo para solucionarlo.

Movió las caderas y su pene buscó mi hendidura. Se detuvo ahí, mientras sus ojos seguían anclados en los míos y nuestros cuerpos empezaban a temblar de excitación. Su cola se ciñó un poco más a mi garganta, como un collar azabache. Su posesividad me abrumaba.

—Quiero que me cuentes más sobre esos hermanos perdidos. Si averiguamos sus debilidades… —Me temblaba la voz. Mi cerebro se estaba licuando.

—Te lo contaré todo, mi reina. Pero, antes, quiero disfrutarte de nuevo. —Bajó hasta mi clavícula y la rozó con los colmillos.

Me quedé muy quieta. Aunque la primera vez había sido intenso y salvaje, no me había hecho daño, y había gozado de mí tanto como yo de él. Era posesivo, apasionado e impetuoso, y su cuerpo imponía muchísimo. No solo por su tamaño, sino por todas esas cosas que tenía de más, a las que estaba empezando a acostumbrarme, poco a poco.

Los colmillos, las garras, la cola… Todo en él me aterrorizaba y a la vez me atraía. Mis sentimientos eran una maraña ininteligible. No había dejado de odiarle, ni hablar. Sin embargo, también le comprendía, al menos la mayor parte del tiempo. Quizá si me mantenía a su lado, si le apoyaba, si me dejaba ayudarle para buscar otra alternativa a esa barbaridad de apoderarse de la mujer de su hermano…

«Basta. Tú no eres su reina, ni siquiera eres su mujer. Solo eres su esclava. Él os trajo aquí. Por su culpa, Shauna está muerta. No sientas aprecio ni compasión por él. No lo merece ni un ápice», me reprendí con severidad.

Aun así, no podía evitar sentirme cada vez más cerca de él. Me importaba demasiado, y eso era un inconveniente de proporciones épicas.

—Haz lo que quieras. Eres el rey, ¿no? Y un rey siempre toma lo que le apetece, ¿me equivoco?

Un rugido reverberó en su pecho. Adelantó las caderas y empujó, solo un poco, lo justo para que el glande, grueso e hinchado, se abriera paso en mi interior. Recordé el instante en el

lago en el que me lo metí en la boca. Noté en el acto cómo me humedecía vergonzosamente.

—¿Me deseas, Tina? Sí, yo creo que sí.

Empujó un poco más. Mi mano se movió por instinto hacia su trasero. Sentí sus fuertes glúteos contrayéndose bajo mis dedos. Era una sensación deliciosa. Su aroma especiado me intoxicaba y su voz profunda provocaba en mí los efectos de un encantador de serpientes.

—Tanto como tú me deseas a mí, *mi rey* —dije con altivez, alzando la barbilla. Ningún hombre, por muy rey que fuera, iba a poder conmigo. Nunca.

Su risa oscura me erizó cada vértebra, despacio, como una tortura calculada al milímetro.

—Eso es cierto. Te deseo mucho, demasiado. Desde el instante mismo en que te vi caminando por la calle al salir de la universidad. Tu porte de reina me dejó fascinado, ya te lo dije. Tenías que ser mía. Necesitaba que estas largas piernas —dijo alzándome un muslo para que le rodeara la cadera. Hice lo mismo con el otro— se abrieran de par en par para mí.

Presionó de nuevo, y su polla se hundió un poco más en mi interior. Estuve a punto de clavarle las uñas en el trasero para que dejara ya de provocarme y se enterrara hasta la empuñadura. Pero el muy cabrón sabía bien lo que hacía… y conocía el poder del "arma" infalible que tenía ahí abajo.

—Pues yo en cuanto te vi pensé que eras un gilipollas arrogante que se creía el dueño del mundo. Y mira por dónde, lo eres. Al menos, de *tu* mundo.

Avanzó varios centímetros más dentro de mi cuerpo. Nuestra piel quemaba. El contacto de su miembro me estaba volviendo loca… literalmente.

—Supongo que los dos hemos confirmado nuestras primeras impresiones —dijo con la voz enronquecida, ahogando su risa gutural en el hueco de mi cuello.

—¿Me follas ya o quieres seguir charlando?

—Lo que yo decía: una reina preparada para mandar.

De un último empujón, fuerte y arrollador, alcanzó lo más hondo de mi cuerpo.

—Así me gusta, *mi rey* —ronroneé mientras su boca succionaba uno de mis pezones.

—¿Deseas algo más?

—Sí, que me hagas olvidar que te odio con todas mis fuerzas.

Otra risa, esta vez detrás de mi oreja, retumbó por mi cuerpo.

Ya no hubo más palabras durante un buen rato. Solo embestidas, jadeos y rugidos. Y el roce de nuestros cuerpos, el mío tan pequeño bajo el de mi rey barog, descomunal, musculoso y muy ardiente.

Su boca buscó la mía y sus labios me devoraron como si bebieran de mí. Nuestras lenguas se enroscaron y mi mente se desconectó de mi cuerpo.

Era enorme.

Era peligroso.

Era arrogante.

Era cruel y salvaje.

Pero también era un amante impresionante, un ser monstruoso lleno de traumas y dudas. Oscuro, temible y poderoso, así como, en el núcleo mismo de su alma, era valiente y leal a su pueblo.

¿Quería enamorarme de un ser así? Quería que me amara con locura y que se postrara a mis pies, suplicando por una gota de mi amor. Quería que olvidara a Callie y arreglara las cosas con su hermano. Y, ante todo, deseaba que me hiciera *su* reina, para toda la eternidad.

Acabábamos de hacer el amor y estaba acurrucada en su pecho, abandonada a las sensaciones sublimes que me había provocado por todo el cuerpo y que aún coleaban, resistiéndose a desvanecerse.

—No es solo lo de Callie, ¿sabes? —me soltó de pronto—. Mi hermano me ha traicionado, y eso es lo que más me duele. Ha montado un grupo de rebeldes que se ocultan lejos de la aldea.

—¿Estás seguro de eso? —dije sorprendida.

—Todavía no tengo toda la información, pero estoy a punto.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que buscan?

—Liberar a las descendientes que así lo deseen, infringir las leyes de nuestros ancestros, poner en peligro a mi pueblo, burlar las tradiciones que tanto tiempo llevamos respetando.

—¿Cómo la de marcarnos a fuego?

Me miró furibundo.

—Las tradiciones existen por algo, y esa en concreto les recuerda a los hermanos perdidos que no deben tocaros, que sois nuestras, y que, si lo hacen, habrá terribles consecuencias para ellos —dijo muy alterado. Hizo una pausa y continuó—: Mi padre, el antiguo rey, al principio las aplicaba a rajatabla. Con el tiempo, y por influencia de mi madre, se volvió laxo y las suavizó. Y ya te conté cómo acabaron las cosas para ellos… Algunas de las tradiciones, no todas, son imprescindibles para la supervivencia de mi pueblo, Tina. Sin ellas, posiblemente acabaríamos extinguiéndonos tarde o temprano.

—Quizás ha llegado el momento de modernizaros un poco y…

Torció el gesto.

—¿Tú también estás del lado de Daryos? Ha reclutado a todos sus amigos, que antes también lo eran míos. El grupo al completo se ha puesto de su parte. —Hizo una mueca de dolor. Sin duda, la traición de su hermano le afectaba, así como la de sus amigos—. Ha cogido buenos guerreros barog y los ha puesto en mi contra. Les ha llenado la cabeza de pájaros e ideas revolucionarias, y eso nos debilita. No es consciente de lo peligroso que es eso. Si nos atacan, si se desata una nueva guerra…

—Oye, yo no estoy del lado de nadie, al menos por el momento. Y en cuanto a tu hermano… Te lo dije, habla con él cara a cara e intentad resolver esto antes de que la verdadera amenaza aparezca y estemos bien jodidos. Le necesitas, no solo a él, sino a

todos sus rebeldes. Ahora mismo, no te sobra ni un solo barog. Si queremos vencer a los hermanos perdidos…

Me miró y, sin previo aviso, soltó una carcajada.

—¿Algo de lo que he dicho te parece gracioso? —dije, molesta —. Por si todavía no te has dado cuenta, y por muy cabrón que seas, estoy intentando ayudarte.

Se incorporó un poco y sentó en la cama, apoyando la espalda en la pared. Entonces, tiró de mí y me acomodó entre sus piernas, con la espalda sobre su pecho. Tras estrecharme con fuerza entre sus brazos, me dijo:

—Has hablado en plural. Ya sientes este pueblo como tuyo, Tina, y lo que acabas de decir es digno de un gran dirigente. —Se detuvo un instante antes de añadir—: ¡Qué reina tan grande le espera a Nemea!

Me dio un beso en la mejilla y continuó abrazándome, mientras sentía cómo su pecho se hinchaba de orgullo a mi espalda… y tal vez de algo más.

15 PULPOS
CALLIE

Nemea, en la actualidad

La noche había sido movidita y apenas pegué ojo, entre mi preocupación por Daryos y los gemidos de los barogs cachondos a mi alrededor.

A pocos pasos de donde dormíamos Jenny y yo, varias parejas habían estado haciendo el amor sin ningún pudor y como si no hubiera un mañana. Eso no me molestaba especialmente, pero sí me sorprendía.

«¡Una no se acostumbra así como así a esa naturalidad "nemeniana"!».

Y no es que hubiesen echado un polvo rapidito y discreto bajo la colcha, ¡no, señor! Habían sido actuaciones dignas de los mismísimos Lorna y Terry, los maestros de las prácticas sexuales más originales y enrevesadas.

Debo reconocer que, pese a ser medio animales, los barogs eran bastante… imaginativos. Vaya, que eran unos calentorros de mucho cuidado. Cogí un par de ideas que pintaban muy bien, aunque los que más me impactaron fueron, sin lugar a duda, Lansh y Xioh.

«¡Joder! ¡Vaya con la parejita!».

No es que los hubiera espiado. ¡Para nada! Simplemente, estaban ahí, cerca de la hoguera, a la vista de todo el mundo, poseyéndose el uno al otro como dos leones en celo desatados.

Contemplar esos cuerpazos imponentes sudando y jadeando, frotándose y penetrándose… ¡Por todos los dioses del manantial! Volvía a acalorarme con solo recordarlo. En concreto, sentía curiosidad por una cosilla que habían hecho, y sobre la que estaba

resuelta a indagar. Tal vez pudiera ponerla en práctica con mi barog…

A la luz del día, y tras refrescarme en el lago ese fosforescente, los calores de la noche se aplacaron, aunque no los de la humedad aplastante de la selva, que parecía estar empeorando de nuevo.

Tras el desayuno, caminaba al lado de Lansh de aquí para allá mientras llenábamos nuestros respectivos zurrones con agua, comida y otras provisiones necesarias para atravesar la jungla una vez más. Si todo iba bien y no surgían imprevistos, llegaríamos a la aldea al anochecer. Apenas podía contener la emoción… y el miedo.

Por mucho que ellos aseguraran que salvaríamos a Daryos y a Xerx sin problemas, yo no lo veía tan claro. El rey no era alguien a quien se pudiera burlar fácilmente, como tampoco a sus barogs más fieles. Además, para rescatar a Tina tendríamos que acercarnos demasiado a él.

A buen seguro, mi amiga se encontraba prisionera en casa de Cyrus, así que aquello no iba a ser tan sencillo como se empeñaban en hacerme creer. Es más, le veía lagunas al plan por todas partes, que me confirmaban sus ceños fruncidos y sus expresiones concentradas.

Pero ¿quién era yo para dudar de la estrategia de un grupo de barogs rebeldes, fornidos y bien preparados? Así pues, tras algunas preguntas, cerré la boca y los dejé en paz. Ya estaban lo suficiente nerviosos como para que anduviera yo tocándoles las narices.

Cualquiera que fuese el resultado de la misión de rescate, yo no abandonaría la aldea sin Daryos, Tina o Xerx.

Tenían intención de liberar también a otras descendientes, lo que, en mi opinión, suponía un riesgo todavía mayor. ¿Cómo íbamos a avisarlas de que estábamos ahí sin que sus barogs se enterasen y nos delataran?

Lansh me aseguró que había más barogs afines a los rebeldes de lo que yo pensaba y que, llegado el momento, todos se unirían a nosotros y seguirían a Daryos al fin del mundo. Yo, en cambio, tenía mis dudas.

Cuando intenté averiguar más sobre ese aspecto del plan, el rubiales me dijo que su hermano Axeh, el barog buenorro que rondaba a Emi, nos había preparado el terrero hablando en secreto con algunas de las mujeres vinculadas. Estas iban a correr la voz entre las demás, sobre todo, entre aquellas que tenían a los machos más temibles como parejas. Habían acordado encontrarse con ellas en un lugar a las afueras de la aldea, en el primer tramo de la selva, para conducirlas hasta las cuevas.

—Pero ¿tú crees que podrán abandonar sus casas sin más?

—Axeh ayudará a salir a las que tienen la situación más dura y complicada, Callie. Con las otras, se reunirá en el punto acordado y vendrán todos hacia las cuevas —dijo Lansh, rebuscando en una cesta enorme algunas flechas que pudieran funcionar en mi pequeño arco.

Había practicado unos minutos, pero no nos engañemos: tirarle a una palmera no tenía nada que ver con disparar a un barog inmenso que viniera corriendo hacia mí.

—Ya, pero nosotros también las ayudaremos, ¿no?

—Toma, guárdate estas en el carcaj y el cuchillo en el zurrón.

Acaté sus indicaciones sin rechistar. No quería convertirme en un estorbo para ellos nada más empezar.

De reojo, observé a Xioh dando órdenes a diestro y siniestro. El sanador estaba tenso, lo cual era comprensible considerando lo que estábamos a punto de llevar a cabo y la responsabilidad que recaía sobre sus hombros. Las vidas de todos nosotros estaban en juego.

—Tu hermano no podrá salvarlas a todas. ¿Y qué pasa con Emi? —pregunté.

—Emilia aguardará en la selva para recibir a las mujeres que vayan llegando hasta la medianoche. Después, ella y Axeh marcharán hacia aquí sin detenerse.

—¿Y si alguna de las mujeres no lo consigue?

Se dio la vuelta para mirarme y puso los brazos en jarras. Sus ojos color lima centellearon bajo los rayos del sol. Era un barog muy apuesto. Me encantaría verlo en su forma humana, debía de ser formidable. Aunque solía vestir una túnica corta y liviana, para esa

ocasión se había puesto el taparrabos como todos los demás. Su rostro estaba decorado con trazos de pintura negra, que le hubieran dado un aspecto terrorífico si no fuese porque ya se había convertido en mi amigo.

—A ver, Callie, ¿te ha quedado claro que nuestra prioridad es salvar a Daryos y Xerx? Sin ellos, no hay rebelión ni esperanza ni nada de nada. Una vez tengamos al príncipe, él sabrá lo que hay que hacer y podremos liberar a las mujeres que se hayan quedado atrás.

—No sé yo. Igual tenéis demasiada confianza en Daryos.

—¿Tú no? —preguntó, abriendo mucho los ojos.

—¡Por supuesto que sí! Pero olvidáis que le atravesaron el hombro con una flecha y que, tal vez, lo encontremos en peores condiciones. —De pronto se me había formado una pelota enorme en la boca del estómago. Solo pensar que pudieran haberlo torturado me ponía los pelos de punta—. Además, Daryos es un barog fiero y enorme, pero de muy buen corazón. Estoy segura de que tiene sus propios límites y que hay líneas que no cruzaría jamás. Cyrus, por el contrario…

—No te engañes, Calista, tu barog es el mejor guerrero que tiene nuestro pueblo, una combinación perfecta de valor, bondad extrema e inteligencia. Puede que Cyrus sea el más fuerte y salvaje, y esté dispuesto a cualquier cosa con tal de mantenerse en el trono y salirse con la suya. Pero Daryos no se queda a la zaga. Destrozará a quien sea si es necesario para proteger a un inocente, y su fuerza de voluntad podría mover montañas.

Recordé cómo había destripado en cuestión de segundos a esos dos barogs de las mazmorras que me marcaron sin piedad. La expresión feroz de su rostro, la sangre salpicándolo por todas partes…

«Puede que Lansh tenga razón».

—Estoy asustada —solté sin pensarlo.

—Todos lo estamos, Calista. —Avanzó hacia mí y colocó las manazas sobre mis hombros. Entonces, sonrió—. Pero puedes estar segura de que esta noche dormirás en brazos de tu barog —dijo guiñándome un ojo con picardía.

Era de admirar el sentido del humor de Lansh, que no decaía ni en los momentos más angustiosos.

Recogimos el resto del equipo en silencio y nos dirigimos de nuevo hacia la cueva para reunirnos con los demás antes de partir.

Tiré de su brazo para que se agachara un poco.

—Y hablando de dormir… Vosotros no dormisteis demasiado anoche, ¿eh? —le susurré, subiendo dos veces una ceja.

Soltó una risilla.

—¿Escandalizada, humana?

—Desde que estoy en Nemea, ya pocas cosas me escandalizan. No os cortáis ni un pelo, ¿eh? No pude pegar ojo.

—Como te dije, Calista, la vida está para disfrutarla aquí y ahora. Nunca se sabe lo que puede ocurrir mañana.

—Ya, ya, eso me tranquiliza mucho en este momento, a las puertas de un enfrentamiento con el rey de la selva más hijoputa que ha existido jamás.

—No vamos a enfrentarnos hoy a Cyrus, a menos que sea imprescindible. —Sus ojos relampaguearon.

—Lo que tú digas. A lo que íbamos, chaval. Hay un par de cosillas que me gustaría que me contaras.

—¿Quieres que comparta mi sabiduría contigo, mujer?

—Dijiste que tenías truquillos… Bueno, pues ayer me pareció ver algo que me vendría la mar de bien para sorprender a mi barog.

—Exactamente, ¿a qué truquillo te refieres? Porque mi repertorio es amplio.

«Tal vez no ha sido buena idea meterme en semejante jardín…», pensé, intentando no ruborizarme. Eso sería muy vergonzoso, sobre todo, ya que era yo la que había preguntado. ¡Ahora no podía echarme atrás!

—Ya sabes, eso que le hacías a Xioh por… ahí abajo. Cuando cogiste su… y empezaste a masajear…, y entonces estrujaste los… mientras con un dedo… y después con la lengua…

—Ya veo a qué te refieres. Te fijaste bastante bien, ¿eh? —Esbozó una sonrisa maliciosa—. Si le haces eso, vas a volverlo completamente loco, bueno, más todavía. Daryos es un volcán en plena erupción, ¿estás preparada para ir por ese camino?

Tragué saliva sonoramente.

—Me he dado cuenta de que me muero por complacerlo de mil formas. Estoy atontada perdida, ya ves. Con lo que me costó perdonarlo y declararle mi amor, y ahora voy perdiendo las bragas por él…, si las llevara, claro.

Soltó una carcajada. Xioh nos lanzó una mirada de advertencia, así que bajamos la voz de nuevo. El sanador siguió dando indicaciones.

Lansh se inclinó un poco y me susurró al oído:

—Verás, lo que tienes que hacer es…

Cuando acabó de contármelo, estaba tan excitada que casi me dio una lipotimia. Le di las gracias y me alejé de él en busca de Jenny. Mientras nosotros jugábamos a Indiana Jones, ella permanecería en las cuevas con las otras mujeres y un par de barogs que se quedarían con ellas para protegerlas si las cosas se ponían feas o algo salía mal.

Encontré a mi amiga acurrucada en una esquina, echándole un vistazo a un cuaderno de hojas similares al papiro. Me senté a su lado.

—¿Qué es todo esto?

—Mapas de Nemea.

—¿Los que ha hecho Xerx?

Asintió. Parecía incómoda.

—Puedo enseñártelos cuando volváis.

—Me encantaría, pero ¿estás segura de que a él no le molestará?

—Para nada. Los comparte con todo aquel a quien le interesen. Además, te está muy agradecido.

La miré sorprendida.

—¿Y eso por qué?

—Porque tú me salvaste, Callie. Si no hubiese sido por ti…

—No pienses en ello ahora, Jenny. Además, estoy segura de que tú habrías hecho lo mismo por mí.

—Yo no soy tan valiente como tú. —Me miró con sus hermosos ojos celestes muy abiertos. Su piel nacarada contrastaba

con la melena corta castaño oscuro. Al igual que yo, tenía algunas pequitas sobre la nariz.

—Te aseguro que, desde que llegué a Nemea, he pasado mucho miedo. Así que de valiente nada —le dije mostrándole una sonrisa, que pretendía ser tranquilizadora.

—Aun así, no dudaste en atacar a esa bestia, pese a que lo más previsible era que te atrapara a ti también. Te arriesgaste por mí, jamás lo olvidaré.

Nos quedamos en silencio unos segundos.

—Oye, ¿tú y Xerx…?

Giró el rostro hacia el otro lado.

—Xerx y yo nada. Él es un barog y yo una humana. Acabo de cumplir los diecinueve, Callie. No voy a emparejarme de por vida con él ni con nadie.

Temblaba.

—Lo entiendo. Solo preguntaba si… os habéis hecho amigos. Eso es todo. Apenas conozco a Xerx, pero Xioh es muy agradable. Diría que es un buen hombre, tenga el aspecto que tenga. Apuesto a que su hermano también lo es —dije, aunque, realmente, Xerx nunca había sido demasiado agradable conmigo.

—Eso parece, Callie, pero yo tampoco lo conozco demasiado.

—Bueno, pronto Daryos y él estarán de vuelta entre nosotros. Seguro que entonces podréis retomar las cosas y conoceros un poco mejor.

No contestó. Me miró a los ojos, como si tratara de leerme la mente, el alma o ambas cosas. A veces, lo escrutaba todo de un modo que me daba escalofríos. Tenía la sensación de que Jenny veía siempre mucho más allá que cualquiera de nosotros.

De hecho, ella había sido la única que empezó a atar cabos antes de que nos secuestraran a través del portal. Parecía que hiciera una eternidad de aquello. Me partía el corazón que esa chica compartiera conmigo un destino tan terrible. Era tan joven… Ojalá la pobre siguiera en la Tierra, con sus clases en la universidad y… su vida. No merecía algo así. Ninguna lo merecíamos.

—¿Ya os vais? —preguntó, sacándome de mis cavilaciones.

Lansh acababa de hacerme una señal con la cabeza.

—Eso parece.

—¿No puedes quedarte aquí? No entiendo por qué tienes que ir. Es muy peligroso. Tú no eres una guerrera. No eres… uno de ellos.

Suspiré.

—Es cierto… casi todo. Sí que soy uno de ellos, ahora sí. Y tú también. Todas lo somos. No nos queda otro remedio, Jenny. Estos son los barogs buenos, y si queremos que nuestra existencia en este planeta sea aceptable, debemos luchar a su lado y ayudarlos a conseguirlo.

—Quizá tengas razón.

—Además, me muero por reencontrarme con Daryos. No soporto ni un segundo más separada de él. Necesito saber que ese capullo tarado está bien. No puedo esperar a tenerlo delante para volver a meterme con él.

Logré arrancarle una sonrisa. Después, la abracé con fuerza, asegurándole que no me ocurriría nada y que regresaría de una pieza. En realidad, no tenía ni idea de si saldría viva de aquella aventura rocambolesca.

—¿Traerás a Tina y a Emi contigo?

—Emi se encuentra a salvo. Ese Axeh está coladito por ella y no permitirá que le ocurra nada malo. Apuesto a que esta madrugada la tendrás aquí. En cuanto a Tina…, te prometo que haré todo lo que esté en mi mano para traerla también. Ese rey es un monstruo, Jenny, y no creo que la pierda de vista ni un instante. No la dejará escapar tan fácilmente.

—Haz lo que puedas, Callie, pero no te arriesgues demasiado —dijo abrazándome más fuerte.

Cuando aflojó el abrazo, me separé y asentí.

—Nos vemos pronto.

Me puse en pie y me uní a Xioh y Lansh, que me aguardaban a la salida de la cueva. Descendimos entre los pequeños lagos y los manantiales, y nos unimos al resto del grupo en la linde de la jungla.

Enzo se colocó enseguida a mi lado. Intercambiamos una mirada de complicidad, lo cual no dejaba de ser del todo surrealista,

y empezamos a adentrarnos en la selva tras esa pareja de barogs a los que ya consideraba mis amigos.

Llevaba un machete, un arco a mi medida y un león nemeo gigantesco, fiero y protector a mi lado. Estaba preparada para salvar a mi *hoa uhane*, mi barog buenorro…, mi pareja de vida.

Caminaba despacio, pero sin detenerme, poniendo un pie delante del otro, concentrada en no pisar ninguno de esos bichos tan monos… y tan asesinos. Seguía sin creerme que los *llitops* fuesen una amenaza para nadie. Aun así, era mejor no tentar a la suerte.

Me había recogido el cabello en una coleta, pues la humedad hacía que llevarlo suelto fuese insoportable. Me lo había atado con una tira fina de cuero, a falta de coleteros.

Aunque empezaba a estar muy cansada, todavía no quería montar a lomos de Enzo. Prefería esperar a cuando las fuerzas me abandonaran por completo, y aún no había llegado a ese punto.

Enzo me había empujado varias veces con el hocico para que me subiera sobre él mientras Lansh insistía en que, para el león, yo era un peso pluma. Aun así, no quería arriesgarme. Enzo y su grupo de leones podrían marcar la diferencia si estallaba un enfrentamiento contra las fuerzas del rey, así que prefería que se mantuviera lo más fresco posible.

—¿Por qué demonios hace cada vez más calor? —dije, agitando el escote de mi ligero vestido para airearme un poco. Un reguero de sudor me caía entre las tetas. Jamás me había ocurrido nada igual.

El aire era caliente y espeso, casi líquido. ¡Inaguantable!

—Se acerca la estación de las lluvias. Cuando descarguen sobre la selva, mejorará un poco. No mucho, pero al menos no parecerá que andamos por el lecho de un lago —me explicó Lansh.

—Y yo que creía que me había librado de las lluvias torrenciales…

—Siento decirte que las tormentas de tu mundo son una broma comparadas con las de aquí.

—Tampoco te pases. Los aguaceros que provocó vuestro portal fueron tremendos. Estuve tentada de comprarme una barca.

—Pues espera a ver estas.

Se me desencajó la mandíbula mientras el tío seguía caminando como si nada.

«Si esto ya era complicado, ahora va y nos persigue el diluvio universal. Si es que tenemos una suerte…».

—¿Y cuándo se supone que van a empezar?

—Ya deberían estar aquí, pero el portal no solo desestabiliza el tiempo en vuestro lado, sino también en el nuestro. Así que es difícil saberlo con certeza. Por cómo huele el aire y por su densidad, diría que las tenemos prácticamente encima.

—"Maravilloso". Y yo que pensaba tomar un poco el sol al lado de los lagos esos brillantes cuando esta misión suicida hubiera acabado…

—¿Suicida? ¿No crees que lo consigamos?

—Claro que sí, machote, pero va a ser chungo de la hostia. He visto a Cyrus dos veces en toda mi vida, más que suficientes para darme cuenta de que esa bestia no va a dejar que nos llevemos a los prisioneros y nos marchemos de rositas. Por no mencionar a esa pantera, Bazzeila. —Varios escalofríos repentinos me agitaron de la cabeza a los pies.

Enzo se me acercó y se restregó un poco contra mí como si quisiera darme a entender que él se encargaría de ese felino gigante que nos la tenía jurada.

—Tú solo pégate a nosotros. Entraremos en las mazmorras y los sacaremos. Después, todo es posible.

Cogió una baya grandota y la lanzó hacia un grupo de *llitops* de colorines que permanecían muy quietos a un lado, observándonos como estatuas. En cuanto la baya cayó entre ellos, salieron corriendo en todas direcciones emitiendo unos ruiditos muy graciosos.

—¿Por qué has hecho eso? No deberías tocarles las narices.

—Espera y verás.

A los pocos segundos, dos de ellos asomaron la cabeza tras un arbusto, corrieron hacia la baya espachurrada y la arrastraron entre todos fuera de nuestra vista.

—No, si encima les has hecho un favor.

—Son sus preferidas y escasean. Ahora se darán un festín y recordarán que hemos sido buenos con ellos.

Lo miré de reojo.

—¿Me estás vacilando?

—Para nada.

—Sí, Callie, te está vacilando. Solo les ha tirado la baya para ver cómo salían despavoridos —dijo Xioh, de pronto junto a nosotros.

El sanador sacó la cantimplora del zurrón y bebió un par de largos tragos. Después, se echó un poco en la mano y se refrescó la cara. Lo imité para evitar deshidratarme… o desmayarme. ¡Qué calor!

Mientras Lansh y Xioh charlaban un rato, Enzo y yo avanzamos uno al lado del otro en silencio. Bueno, yo permanecía en silencio; él ronroneaba o rugía suavemente de vez en cuando. A saber por qué.

Alcé el rostro y mi mirada se perdió en los nubarrones que se iban acumulando en el cielo azul brillante, arremolinándose sobre nuestras cabezas, más allá de las copas de las palmeras. No eran nubes grises o negruzcas como las de la Tierra, sino densas y blancas, con destellos naranjas en su interior por efecto de ese sol tan extraño.

—Va a caer la del pulpo…—Enzo asintió como si me hubiera entendido.

«Lo que daría yo por hablar su idioma…».

—¿Has visto un pulpo, Callie? ¿¡Dónde!? —gritó Lansh mirando en todas direcciones, acojonado.

Xioh también parecía alerta.

«¿Pero qué demonios les pasa a estos?».

—No, hombre, es una expresión que significa que va a caer una buena, o sea, que va a llover.

Ambos soltaron un suspiro.

—No nos des estos sustos, mujer.

Los miré como si se hubieran vuelto locos.

—A ver —dije, apartando una hoja inmensa verde fluorescente que cruzaba ante mí—. ¿Cómo voy a haber visto un pulpo por aquí?

—No sería la primera vez, Callie. Con esas criaturas nunca se sabe, hay que ser precavidos.

—¿Me tomas el pelo? ¡¿Dónde ves tú el mar?! ¿Acaso hay uno cerca? ¡No hay agua por ninguna parte! Hemos cruzado un mísero riachuelo hace kilómetros, eso es todo. Y tampoco es que fuéramos a encontrar pulpos ahí.

Se miraron sin comprender. Aquello me daba muy mala espina.

—Puede que los pulpos de por aquí sean un poco diferentes a los que estás acostumbrada.

—No me digáis que se pasean por la tierra tranquilamente —dije con una mueca de burla.

—Por supuesto, Callie, y son casi tan rápidos como los rinos.

—¿¡Qué me estás contando!? Vamos a aclarar este asunto. Los pulpos son animales acuáticos invertebrados, como de esta medida —indiqué separando las manos—, aunque los hay más grandes y más pequeños, con un cuerpo blando, que viven en las rocas del fondo marino, tienen una cabeza redondeada voluminosa, ocho tentáculos llenos de ventosas…

Ambos negaron con la cabeza.

—La descripción coincide… más o menos. —Intercambiaron una mirada que no me gustó ni un pelo—. Pero los pulpos de por aquí son más altos y voluminosos que nosotros, y capaces de desplazarse tanto por agua como por tierra sin problemas. Pueden atrapar a cualquier criatura con sus ventosas y engullirla de un solo bocado. Su piel verdosa les permite camuflarse en la selva, y sus tentáculos acaban en unas pezuñas duras y letales. ¡Ah!, y algunos de ellos lanzan púas venenosas, así que hay que ir con mucho cuidado.

—¿Es que no podéis tener animales normalitos e inofensivos? ¿Es tanto pedir?

Los dos me miraron, después a Enzo, y luego de nuevo a mí.

—Enzo es inofensivo —dijo Xioh encogiéndose de hombros.

—¡Anda, no fastidies! Lo es para nosotros, que somos sus amigos. ¡Me gustaría verlo en acción con sus enemigos!

Resoplé un par de veces.

Además de todos los bichos que ya había conocido desde mi llegada, ahora se añadían a la lista los pulpos gigantes que correteaban por la selva. ¿Acaso todo tenía que ser enorme y amenazador? Por mucho que me dijeran que los *llitops* eran peligrosos, los prefería a cualquier otro animal salvaje de Nemea.

«Cada vez veo más claro que la voy a palmar un día de estos. Será un "lagarto", una boa azul, una pantera, un pulpo… o un *llitop* adorable. Pero de aquí no salgo viva».

—No te preocupes, Calista. Los pulpos no abundan, y rara vez se ve uno por esta parte de la selva. Suelen moverse por las zonas pantanosas del sur.

«Las zonas pantanosas…».

—¿No es allí donde viven los hermanos perdidos y las *aninfs*?

—Así es, veo que tu amorcito te puso al día sobre nuestros enemigos —dijo Lansh.

—Más o menos. Tampoco os creáis que el chaval fue enseguida un libro abierto conmigo.

—Por lo que nos contó, no es que le dejaras explicarse demasiado, al pobre.

—Tendrá huevos el tío… —murmuré, refiriéndome a mi barog.

Ambos me oyeron y soltaron una carcajada. Los jodidos barogs tenían un oído muy fino.

—Apuesto a que el príncipe y tú no os vais a aburrir nunca —dijo Lansh, todavía entre risas.

—Con ese te puedes cabrear un montón de veces al día, pero aburrirte… ¡Imposible! El tío no calla y siempre se le ocurre algo descabellado. —Sonreí al recordar lo raro que me parecía Daryos al principio.

«¡Y tan raro, joder! ¡Es un maldito alienígena!».

—Cuando éramos jóvenes, lo pasábamos genial todos juntos. Daryos siempre nos acababa metiendo en líos, aunque valía la pena.

¡La de experiencias inolvidables que atesoramos gracias a él! Admito que no sé cómo demonios salimos vivos de algunas de ellas —dijo Lansh soltando otra de sus carcajadas.

—Porque Daryos tiene una flor en el culo y nunca nos ocurría nada. Bueno…, y porque contábamos con Cyrus, que siempre acababa sacándonos de cualquier apuro. Formaban el tándem perfecto —añadió Xioh.

Me tensé. Por mucho que tuvieran recuerdos felices con el rey, se había convertido en un monstruo terrorífico. No quería saber nada de él.

—Pues sí que han cambiado las cosas —me limité a comentar.

—Quizás aún estemos a tiempo de revertirlas y volver a ser lo que éramos, aunque todavía nos queda mucho camino por recorrer para llegar a eso —dijo Xioh apenado.

Me mordí la lengua para no despotricar de nuevo sobre Cyrus. Sabía que, en otros tiempos, había sido el mejor amigo de Xioh, y tampoco quería seguir poniendo el dedo en la llaga. Debía de ser muy duro para él.

Lansh se aproximó a él y le rodeó los hombros con el brazo.

—Volviendo a los pulpos gigantes que tanto te han gustado, Callie… —dijo con media sonrisa. Yo refunfuñé—. Te diré que están riquísimos salteados a trocitos con salsa de higos y frambuesa.

—Si esperas que coma pulpo gigante, lo llevas claro.

—Ya has comido serpiente, ¿qué puede ser peor que eso? —bromeó, dándome un ligero codazo que me desestabilizó. Un poco más y me caigo de bruces.

—Ni hablar.

—Es el manjar favorito de las *aninfs*. Los cazan en grupo, porque no se dejan atrapar fácilmente. Lo primero que hacen es lanzarse a por sus ojos y abrirlos en canal con sus largas garras. Ellas se los zampan crudos, por supuesto. No son tan refinadas como los barogs —me explicó.

Me entraron ganas de vomitar.

—Claro, porque vosotros sois *tan* refinados… —bromeé. Se rieron.

Entonces, mi vista se desvió hacia las garras de mis amigos, luego, a los colmillos amenazantes y, por último, a sus colas, que ondeaban a media altura como gruesos látigos vivientes. No pude evitar estremecerme.

Puede que estuviera acostumbrándome a los barogs, pero no por ello dejaban de ser bestias enormes y peligrosas de un planeta primitivo recubierto de selva.

Seguimos avanzando, con la humedad creciente pesando sobre nosotros. Nos detuvimos varias veces para descansar un poco, comer y reponer fuerzas. Cada vez me costaba más continuar, y mis pies ya tenían llagas y rasguños que, a ese paso, jamás se curarían. Tal vez si me sumergiera un ratito en aquel hermoso lago esmeralda… Me sacudí el recuerdo, pues iba acompañado de muchas otras cosas en las que no quería volver a pensar.

Hice un par de tramos a lomos de Enzo, que, muy lejos de protestar, parecía feliz de cargar conmigo. Realmente, ese león era un animal muy noble.

Tras varias horas más, cuando los espectaculares colores de la puesta de sol empezaban ya a flotar entre las palmeras y el bambú como si se tratara del más bello de los espejismos, al fin llegamos a nuestro destino.

Durante un rato, nos mantuvimos ocultos tras los arbustos y los enormes troncos, a la espera de que apareciera Axeh para ponernos al corriente de la situación. Xioh rezaba a los dioses del manantial por que no lo hubieran descubierto ni seguido.

Ante nosotros se extendía la aldea, hermosa y vibrante de vida. A medida que el sol fue retirándose y la oscuridad le ganó terrero, la calma inundó las calles polvorientas, y los murmullos quedaron encerrados en la intimidad de los hogares.

Un poco más allá, al otro lado, se encontraban las mazmorras, donde mi barog aguardaba a ser rescatado.

«Aguanta, amor mío. Ya llegamos. Muy pronto te sacaremos de ahí», me dije con un nudo en la garganta… y el mango del machete bien sujeto entre mis dedos.

16 un engaño
TINA

Aposentos del rey, la aldea, Nemea, un día antes

Cyrus caminaba de un extremo a otro de la habitación, resoplando y maldiciendo mientras se mesaba el cabello, más revuelto que nunca.

—¿Los has visto? —pregunté con cautela.

—Vengo de las mazmorras. Los he dejado con el sanador —gruñó furibundo.

—¿Está bien tu hermano?

—Una flecha le ha atravesado el hombro, ¿tú que crees?

—¿Has hablado con él?

—Lo he intentado. No sé si me ha creído.

—Tus hombres han apaleado y torturado a su mejor amigo, y a él le han disparado una flecha. Es normal que esté cabreado.

—Eso es lo peor, que no está cabreado. Está… decepcionado, triste.

—Eres su hermano, algo así es difícil de digerir.

Se acercó a mí a grandes zancadas, se arrodilló entre mis piernas y me agarró los brazos.

—Yo no di esa orden, Tina. Dije que los apresaran y los trajeran ante mí, no que los hirieran. De hecho, ordené expresamente que nadie los tocara.

—¿Y esa sangre?

Señalé las salpicaduras en sus manos y su torso. Hasta tenía algunas en la cara. Se apartó de mí y se puso en pie, alejándose. Yo me levanté también.

Clavó sus pupilas oscuras en mi rostro y una mueca siniestra adornó su boca.

—Maté al desgraciado que lanzó la flecha. Se llamaba Cox. Al resto, los dejé atados a un árbol en la selva. La próxima vez se lo pensarán dos veces antes de desobedecerme tan a la ligera.

Me sacudió un escalofrío.

—Tienes un problema con tus hombres.

—¿Tú crees? —rio sarcástico.

—No te obedecen lo suficiente, se exceden.

—Sí que me obedecen, pero Daryos ha tensado demasiado la cuerda y ahora se ha ganado varios enemigos entre los nuestros. Muy pocos, pero los suficientes. Ha desafiado tradiciones que algunos respetan por encima de todo con devoción… e, incluso, fanatismo. No puede ir por ahí sacudiendo los cimientos de toda la maldita especie y creer que no le ocurrirá nunca nada.

Me crucé de brazos.

—Claro, a algunos de los tuyos les jode que él intente erradicar su supremacía sobre las mujeres, ¿no? Con lo bien que se lo pasaron en la cacería…

Resopló, ignorando mi pulla.

—Se lo dije, le advertí que se estaba arriesgando demasiado, pero mi hermano siempre ha sido un cabezota. Cuando algo se le mete entre ceja y ceja…

Carraspeé.

—No sé a quién me recuerda…

—¡Yo no soy un cabezota!

Enarqué una ceja. Quiso volver a protestar, pero lo corté.

—Aun así, te has cargado a ese barog que disparó.

—¡Por supuesto! Ha desobedecido una orden directa mía y ha atacado a su príncipe…, ¡a mi hermano! Lo que hizo es imperdonable.

—Bien, ¿y hay muchos de esos?

—No, y los pocos que odian a Daryos, lo meditarán mejor antes de volver a hacer algo similar. El problema es más bien el contrario: casi todo el mundo le adora y, probablemente, muchos más de los que pensamos se unirían a él llegado el momento. Tengo que darle la vuelta a la situación de inmediato o se me irá de las

manos. Debo hacerlo antes de que las noticias lleguen a los ancianos y decidan tomar cartas en el asunto.

—Estoy de acuerdo. Ya es hora de que hables con él y arregléis las cosas de una maldita vez. Solo así podréis seguir adelante y enfrentaros juntos a cualquier amenaza que venga.

—Te lo dije, ya es tarde.

—Sin embargo, solo querías capturarlo para hablar con él.

—¡Para ordenarle que disuelva su grupo de rebeldes! Para, como su rey, hacerlo entrar en razón y que deje de dividir a nuestro pueblo. Eso únicamente nos debilita y nos sitúa al borde del abismo.

—Ya, pues creo que vas a tener que cambiar de estrategia. Debes hablar con él de verdad, en lugar de soltarle la misma mierda de rey todopoderoso que tanto te gusta. Dale algo que le haga pensar que aún hay esperanzas de entenderos y arreglar la situación. Deja que él te diga lo que quiere.

—Te lo repito, mujer, el momento de charlar amistosamente y llegar a un acuerdo pasó hace mucho. Ahora…

—¿Y por qué lo tienes en las mazmorras? ¿Así es como querías recibirlo?

—Necesito reflexionar… y controlarlos. Puede que Daryos sea mi hermano, y un tipo bueno y conciliador, pero no tengo ni idea de lo que realmente piensa de mí ahora mismo. Nunca habían llegado tan lejos las cosas, y no está solo. Su mejor amigo, Xerx, me odia, y no es alguien con quien se pueda razonar fácilmente. Tiene unas fuertes convicciones, y mi hermano lo escucha como si fuera su maldito consejero.

Me aproximé a él muy despacio y le puse una mano en el brazo con suavidad. Cuando me miró al fin, sus facciones se suavizaron levemente.

—Es tu hermano, Cyrus, sangre de tu sangre, y en otro tiempo, era a ti a quien escuchaba.

—Eso quedó atrás —dijo con pesar.

—Dale un motivo para que vuelva a confiar en ti. Sácalo de esa mazmorra horrible y tráelo aquí. A él y a su amigo. Diles que todo ha sido un error y que lo lamentas. Les serviremos un poco de

vino. Convéncelo de que ha llegado el momento de solucionar las cosas y avanzar juntos de nuevo.

Negó con la cabeza mientras sus manos se aferraban a las mías.

—Nada me gustaría más, Tina, pero no puedo mostrarme débil, mucho menos ahora. No con esa profecía sobre nuestras cabezas y los hermanos perdidos rearmándose.

Me estremecí.

—Creía que no sabíais cuando atacarían los perdidos.

—Y no lo sabemos, pero tengo observadores cerca de los pantanos y, últimamente, han visto más movimiento del habitual. Hemos de estar alerta.

—¿Qué vas a hacer?

Se rascó la mandíbula, fuerte y cuadrada.

—Pedirle a Daryos que me entregue a Callie y que me jure lealtad.

—¡¿Qué?!

—Visitar a los ancianos en el templo junto a mi hermano y pedirles su bendición. Completar la profecía y consolidarme en el trono. Y entonces, prepararnos para la guerra.

Tragué saliva.

—Cyrus, él nunca te entregará a su mujer. ¡No puedes pedirle algo así!

—Lo sé. Por eso le juraré sobre la tumba de nuestros padres y hermanos que jamás la tocaré. Nunca profanaría su unión sagrada. Solo será…

—Una puesta en escena. Un… engaño.

—Algo así.

El corazón bombeaba muy rápido en mi pecho.

«¿Por qué narices te importa tanto lo que acaba de decir? No seas ingenua. Que desista de unirse a Callie de verdad no implica que sienta nada profundo por ti, ni tampoco es como si quisieras que fuera así».

—¿Para que los ancianos te apoyen?

Asintió.

—Es arriesgado, porque puede que sientan las energías que fluyen entre todos nosotros y perciban que Callie es la *hoa uhane* de Daryos, pero no nos quedaremos mucho tiempo en su presencia. Si logro que mi hermano se ciña al plan y confirme mis palabras ante ellos, creo que podría funcionar. Quizás conseguiríamos salir de esta sin…

—Sin que tú pierdas el trono ni Daryos a su pareja.

Asintió.

—¿Qué opinas? —Había un brillo de esperanza en sus hermosos ojos.

—Opino que no conozco ni a tu hermano ni a esos ancianos de los que tanto hablas, pero parece una buena alternativa. Desde luego, mucho mejor que perseguir a Callie como un animal por la selva hasta poseerla y obligarla a unirse a ti, destrozándola a ella y a tu hermano para siempre.

Su mandíbula se tensó y todos sus músculos se agitaron bajo la piel dorada.

—¿Se te ocurre algo mejor, mujer? Porque te aseguro que, por mucho que me he devanado los sesos, no he dado con otra posible solución.

—¿Y no se te ha pasado por la cabeza decir la verdad a los ancianos?

—Perdería el trono.

—No si tu hermano te apoya y renuncia a ocuparlo.

—Ya estamos con eso otra vez. ¡Los ancianos no son unos viejecitos adorables y maleables, Tina! Si crees que yo soy cruel, espera a conocerlos a ellos. Llevan millones de años vivos, liderando la espiritualidad de mi pueblo con mano de hierro. No van a hacer una excepción porque los pobres huerfanitos del antiguo rey se lo pidan. Las cosas no funcionan así.

—¿Y qué pueden hacer contra vosotros? Me refiero a… de verdad.

—Tienen su propia guardia de barogs, los guardianes del templo, bien preparados y temibles, casi tan antiguos y experimentados como ellos. Y más allá de eso, tienen a los dioses de su lado.

—Respecto a eso…, te queda mucho por aprender, mi rey. En mi mundo, también ha habido muchos proclamando que son poseedores del favor de Dios y guardianes de su palabra, entre otras cosas. Créeme, los dioses, sean cuales sean, y en el caso de que existan, no están de parte de nadie y tienen cosas mejores que hacer que inmiscuirse en las rencillas de los pobres mortales, ya sean terrestres o nemeos. Todos podemos dirigirnos a ellos cuando consideremos conveniente y escucharlos con atención. Vuestros ancianos no tienen la exclusiva.

—Cuidado, Tina. Eso que dices es blasfemia en Nemea.

Hice un gesto con la mano para quitarle importancia.

—La cuestión no es lo que digan los ancianos ni el poder que proclamen que tienen, sino lo que crea el pueblo —dije con firmeza.

—Por eso mismo. Los barogs creen ciegamente en ellos, lo demás no importa. Si aseguran que los dioses del manantial les han revelado algo, todos lo acatarán. No tenemos ninguna posibilidad contra ellos, así que no vayas por ese camino. Ni siquiera mi hermano, con lo revolucionario que dice ser, se ha puesto en su contra. No osaría desafiarlos, ni él ni nadie. Porque si desafías a los ancianos, estás desafiando a los dioses. Y, tanto unos como otros, te fulminarían.

Lo miré enarcando una ceja.

—Y, a pesar de todo, te propones engañarlos.

Apretó los puños a ambos lados de ese cuerpo suyo imponente. Las venas se le abultaron en los brazos y los tendones de sus manos se tensaron.

—Solo intento hacer lo mejor para mi pueblo. Espero que los dioses vean la buena voluntad que hay en mí y me perdonen algún día. —El dolor que titiló en sus pupilas me partió en dos.

Ese rey barog se sentía demasiado solo y perdido. Pero eso se había acabado. Ahora yo estaba allí. Yo llegaría donde él no podría. Yo manipularía a los ancianos si era necesario, no en vano me había convertido en una maestra en ese arte. Ser una Martins tenía sus ventajas. Y ahora iba a poner todas mis habilidades al servicio de ese ser bestial que, al igual que su hermano, en realidad, tenía un corazón humano. Uno que yo me moría por conquistar.

Nos quedamos en silencio mirándonos el uno al otro.

—Mañana, trae aquí a tu hermano. Habla con él y proponle el trato, el mejor que podrá conseguir de ti. Deja que esté presente mientras charláis. Yo te ayudaré.

Ladeó la cabeza como un cachorrillo de león.

—¿Me… ayudarás? ¿Harías eso por mí?

—Sí. —Logré que mi voz sonara firme, pese a que todo mi cuerpo temblaba, anticipando la siguiente pregunta. Una que no quería contestar.

—¿Por qué?

«Mierda».

Me retorcí una mano con otra. A él no le pasó por alto ese detalle, que traté de compensar alzando la barbilla.

—Porque, me guste o no, tú y yo ahora estamos unidos. Somos un… equipo, por así decirlo. Y yo nunca pierdo.

Abrió los ojos un poco más y una sonrisa afloró en sus labios, tan sincera que se me agarró al alma y ya no me soltó.

—Los dioses no se equivocaron al ponerte en mi camino.

—O a ti en el mío.

Inclinó levemente la cabeza.

—Mañana tengo muchas obligaciones, entre ellas, hablar con dos de mis barogs en la taberna. Traen información de los perdidos y esperan indicaciones mías. Cuando acabe, iré directo a las mazmorras y yo mismo sacaré de allí a Daryos y Xerx, y vendremos hacia aquí. Nos reuniremos en el salón y tú estarás presente.

Asentí.

Se pasó de nuevo las manos por la melena y ajustó la ligadura de una de las trenzas que le enmarcaban el rostro. Sentí una punzada en la boca del estómago. A pesar de estar frente a su temible forma barog, capté una expresión muy humana en su rostro. Mis ojos se perdieron en los suyos y, por un instante, deseé con todas mis fuerzas que se transformara para mí y me mostrase al hombre apuesto que una vez conocí.

Una emoción extraña y desconocida trepó como una zarza por mi pecho y se enredó en mi corazón, clavando sus púas bien hondo.

«Te juraste desde hace mucho que jamás te enamorarías de un monstruo. Y mírate ahora…».

Sacudí la cabeza para alejar no solo los pensamientos, sino, sobre todo, los sentimientos que se abrían paso a galope tendido a través de mi ser.

¿Tanto me despreciaban los dioses, suyos o míos, que me habían predestinado a semejante ser despiadado?

Caminó a paso lento hacia la puerta, dándome la espalda, como si le costara alejarse de mí. Yo sabía que solo iba a despejarse un poco y que volvería enseguida. Antes de alcanzar la manija, se detuvo un instante.

—Cuando todo esto acabe, me gustaría llevarte a… mi lugar especial.

Se me hizo un nudo en la garganta. Supe que a él también.

—¿Es este tu modo de darme las gracias?

—Quizás los dioses no me han abandonado del todo, al fin y al cabo.

Y tras estas palabras, salió de nuestro dormitorio.

Nuestro.

17 AL RESCATE
CALLIE

Nemea, en la actualidad

El corazón me retumbaba en el pecho tan fuerte que tenía la sensación de que despertaría a todas las fieras de la selva y a la aldea entera. Como si presintiera mi miedo, Enzo se acercó aún más a mí, su pelaje acariciándome el brazo. Sentí los dedos de Lansh cerrarse sobre mi hombro para infundirme ánimos.

—Salvaremos a tu barog, Calista —susurró.

Por primera vez desde que lo conocía, su semblante imponente estaba muy serio. Sus impresionantes ojos chispeaban mientras escrutaban la aldea.

Las hojas de varios arbustos cercanos se agitaron. Contuve la respiración unos segundos hasta que asomó la melena dorada de Axeh, seguida de los rizos alborotados de Emi. Mi amiga iba apartando las ramas y hojas que le obstaculizaban el paso con la gracia y dulzura que la caracterizaban. En cuanto me vio, una sonrisa se ensanchó en su rostro.

El barog guapetón fue directo hacia su hermano y lo abrazó en silencio. Un abrazo de aquellos cargados de sentimiento, muy parecido al que Emilia y yo nos dimos en cuanto nos encontramos.

Xioh se aproximó e hizo un gesto con la barbilla a Axeh para que hablara. Antes de hacerlo, este me miró y me saludó con la mano efusivamente como si me conociera de toda la vida mientras elevaba las comisuras de los labios, desnudando unos colmillos blancos y perfectos. Realmente, parecía hecho a la medida de mi estudiante.

«Otro motivado como Daryos», pensé, conteniendo una risilla. Desprendían tanto positivismo que me entraban ganas de abofetearlos.

—Daryos y Xerx siguen en las mazmorras. Pude colarme a hablar con D unos segundos. Aguardan vuestra llegada.

—¿Están en buenas condiciones? ¿Podrán huir sin problema? —preguntó Xioh. La preocupación se marcaba en su rostro.

—El rey envió a su sanador. Las heridas de ambos están curando bien. Cyrus mató a Cox. Él disparó la flecha al príncipe.

Me estremecí. Me llegaban demasiadas informaciones contradictorias sobre ese rey, al que odiaba con todas mis fuerzas.

—¿Y qué hay de los otros que formaban parte de la emboscada?

—Les dio un buen escarmiento a los que apalearon a Xerx. Los dejó un día entero en la selva, atados a una palmera sin agua ni comida.

La musculatura de Xioh vibró mientras el naranja de sus ojos refulgía.

—¿Y las mujeres?

—Se ha corrido la voz. No creo que vengan muchas, algunas están aterrorizadas, aunque otras las ayudarán. Emi las esperará aquí y las irá reuniendo. ¿Quieres que me quede con ella o vas a designar a otro?

—Lo he pensado mejor y te necesito con nosotros, Axeh, pero no puede quedarse sola. —Con un silbido suave, camuflado entre los sonidos de la jungla, el sanador le indicó a dos de los suyos que aguardaran junto a Emilia—. Ocurra lo que ocurra, vosotros tres —dijo mirando a mi amiga y a ese par de barogs enormes— emprenderéis el camino de regreso a las cuevas a medianoche junto con las descendientes que aparezcan.

Ellos asintieron. Un instante después, Emi y Axeh intercambiaron una mirada cargada de electricidad. Dudaba mucho que ninguno de los dos se marchara sin el otro, pero mantuve la boca cerrada. Imagino que Xioh percibió lo mismo que yo, puesto que añadió:

—Está bien. Axeh se unirá a vosotros en el camino de vuelta.

El rubiales soltó el aire de golpe y asintió, más tranquilo. A buen seguro, no quería que su… *lo que fuera Emi para él* anduviera por la selva sin su protección, ni siquiera aunque la acompañaran

dos de sus amigos. En cualquier caso, separarse no solía ser una buena idea.

—¿Qué hacemos si nos topamos con Cyrus? —preguntó uno de los rebeldes.

—Salís cagando leches. Hoy no vamos a enfrentarnos a él si podemos evitarlo, ya lo sabéis. Necesitamos a nuestro príncipe y su segundo al mando. Ellos decidirán el siguiente paso —dijo Xioh con firmeza. Antes de hablar de nuevo, inspiró hondo—. No os desviéis del plan. Y si algo sale mal, nos reencontraremos en las cuevas. Salvo que sea imprescindible y tengamos que luchar por nuestras vidas, la fuerza será el último recurso que usaremos, tal como siempre nos dice Daryos, ¿entendido? Echad mano de vuestro ingenio para que todo salga según lo previsto. Nos hemos preparado a conciencia, y confío plenamente en cada uno de vosotros. —Hizo una pequeña pausa y su mirada se endureció—. Y ahora, vamos allá.

Los barogs al completo asintieron, acompañando el movimiento de cabeza con un breve sonido gutural, que se perdió en las profundidades de la selva.

El sanador parecía un poco nervioso. Era comprensible, teniendo en cuenta que se había visto obligado a ejercer de líder. Si todo salía bien, el verdadero líder estaría pronto de vuelta.

«Dioses del manantial, no permitáis que le ocurra nada a Daryos ni a ningún otro».

Y sin más dilación, nos adentramos en la aldea.

Avanzamos en silencio, recorriendo las calles de la aldea uno detrás del otro, intentando hacer el menor ruido posible. Nos habíamos dividido en varios grupos para alcanzar la mazmorra desde diferentes rutas, por si alguno era interceptado. Además, uno de los grupos fue designado para ayudar a las mujeres a llegar hasta el punto acordado.

Xioh había sido muy claro: nada de pelea, salvo que fuese imprescindible. Por supuesto, todo dependía de que no nos topásemos de frente con alguno de los barogs afines al rey.

Por fortuna, a esas horas la mayoría estaban ya recogidos en sus casas, o en una especie de choza enorme que usaban como centro de reuniones y de ocio. Allí solían ir a compartir con sus amigos anécdotas y copas de ese licor tan fuerte que parecía alcohol puro.

Nos movíamos pegados a las fachadas de las casas, agazapados al máximo, y nuestro avance era lento para evitar ser descubiertos. Xioh iba en cabeza, junto con Axeh y Lansh. Yo iba justo tras ellos, con Enzo pegado a los talones, seguido por los cuatro barogs que también formaban parte de nuestro batallón.

Cada grupo iba acompañado de un león. El resto de los grandes felinos aguardaban a las afueras de la aldea, repartidos tras la primera línea de vegetación para entrar como refuerzos de los rebeldes si fuese necesario, o sea, si el plan se torcía.

Contuve el aliento cuando un par de barogs pasaron muy cerca de nosotros. Caminaban por en medio de la calzada polvorienta, sosteniendo uno de esos vasos rudimentarios de madera. Ambos se tambaleaban un poco. Sin duda, esa noche habían vaciado unas cuantas botellas.

Iban riendo y charlando, alterando el silencio casi absoluto de la noche. Alguien los mandó callar desde una ventana, a lo que ellos respondieron con varios insultos y sonoras carcajadas. Unos postigos chirriaron al cerrarse.

Fue un milagro que no se fijaran en nosotros. La penumbra cubría nuestros pasos, aunque la luna nos dejaba al descubierto cada vez que abandonábamos la protección de una casa para cruzar hasta la siguiente.

Con cada metro que recorríamos, la angustia crecía en mi interior. Ya no aguantaba más. Apenas comprendía cómo tan solo unas semanas atrás odiaba a Daryos y ese planeta con todas mis fuerzas…, y ahora, en cambio, vivir sin él me parecía el peor de los tormentos.

Por supuesto, el muy capullo me había encandilado desde el principio. Por mucho que me hubiera engañado a mí misma e intentado resistir a sus encantos con uñas y dientes, lo cierto es que nuestra historia ya estaba escrita desde mucho antes. ¡Me había enamorado como una idiota! Al menos, había aguantado sin lanzarme a sus brazos hasta que me demostró que, realmente, podía confiar en él. Y, día tras día, confirmaba que no me había equivocado.

Daryos era un barog noble al que todos adoraban y que se esforzaba por mejorar las condiciones de vida de las mujeres en Nemea. Obviando la traición inicial, después no había vuelto a mentirme ni a defraudarme. Así que había decidido que no iba a perder ni un minuto más de mi vida dudando de él o cabreada como una mona. Iba a dejarme llevar.

Puesto que mi existencia había cambiado radicalmente y no había forma de regresar a mi mundo, aprovecharía mi estancia en Nemea el máximo posible.

El último trecho hasta las mazmorras se me hizo eterno. Cuando al fin apareció ante nosotros la puerta de hierro roñoso que daba al pasadizo de acceso, los recuerdos de mi estancia en ese infierno se agolparon en mi mente. Los aparté de un plumazo.

«No es momento de tener miedo. No eres una cobarde, ¿verdad?».

Un barog inmenso con cara de malas pulgas y unas garras larguísimas custodiaba la entrada.

Xioh y Axeh intercambiaron una mirada y gesticularon varios signos que no comprendí. El rubiales asintió y desapareció de nuestra vista, retrocediendo por donde habíamos venido.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —le susurré a Lansh al oído.

—Espera y verás —me dijo con una de sus sonrisas traviesas.

«¿Cómo narices puede sonreír en un momento así?», pensé, sacudiendo la cabeza.

Esos segundos de espera se me hicieron eternos, apuesto que a Enzo también. Levantó una pata y me rascó el brazo un poco con las pezuñas, como haría un perrito o un gatito reclamando atención.

—Shhh, todo saldrá bien —le dije muy bajito, acariciándolo.

Los barogs alzaron el rostro hacia el techo de hojas de palma de la mazmorra. Seguí la trayectoria de sus miradas y ahogué un gritito.

Axeh estaba agachado ahí arriba, desplazándose muy despacio hacia el borde. La techumbre debía de estar reforzada con vigas de madera, o se habría hundido bajo el peso de su enorme cuerpo. En cuanto estuvo sobre la zona de la puerta, se lanzó encima del vigilante. Cayó sobre él con una agilidad asombrosa y se colgó de su espalda, mientras le rodeaba el robusto cuello con ambos brazos.

El vigilante llevó las manazas hacia los brazos de Axeh para tratar de apartarlos de su garganta. Intentó gritar, pero su boca tan solo emitió un sonido ahogado como si le faltara el aire. Por mucho que tiró y que clavó las garras en la carne del rubiales, este no lo soltó. Al contrario, intensificó el agarre hasta que su contrincante perdió el conocimiento.

Dos de los rebeldes de mi grupo corrieron hacia allí y arrastraron su cuerpo hasta dejarlo en una pequeña choza de cañas de bambú que albergaba herramientas. Lo maniataron y amordazaron. Aunque estaba inconsciente, no podíamos arriesgarnos a que despertara en cualquier momento y delatara nuestra posición. Habría sido terrible que nos sorprendieran a todos dentro de las mazmorras, sin posibilidad de escapar.

—Ahora —ordenó Xioh al grupo—. No te separes de nosotros, Callie.

Aunque no me miraba, asentí de todos modos. Avanzamos despacio, pero sin detenernos, hasta el acceso. Dos de los barogs se apostaron a cada lado de la puerta, que era una reja de hierro, escrutando las sombras en todas direcciones, mientras Lansh buscaba la llave por todas partes. Tras unos segundos sin dar con ella, Xioh sacó su cuchillo y rompió la cerradura oxidada de un solo golpe.

Aguardamos unos segundos por si se acercaba alguien, alertado por el sonido. Entonces, abrió la puerta despacio para evitar que los goznes chirriaran, y entramos uno detrás de otro, excepto

los dos que se quedaron fuera vigilando. ¡Aquello podía ser una trampa mortal!

Nada más poner un pie dentro, el calor sofocante y el olor nauseabundo me golpearon con saña. No quería pensar en la primera vez que había recorrido ese pasillo. Así que meneé la cabeza y me concentré.

«Nadie va a hacerte daño. Nadie va a encerrarte aquí de nuevo. Daryos no lo permitiría, ni ninguno de sus amigos tampoco», me dije para darme ánimos.

Los efluvios de tormenta hacían todavía más difícil respirar ahí dentro. Cada bocanada de aire era toda una hazaña para mí, mientras que los barogs iban como si nada. Estaban acostumbrados al clima extremo de Nemea, yo no.

Avanzábamos guiados por la escasa luz de las antorchas. De repente, algo correteó por encima de mi pie y di un respingo. Fuera un *llitop* o una asquerosa rata, me arrancó varios escalofríos. Lansh me miró de reojo. El verde amarillento de sus ojos centelló a la luz de las llamas.

Cuando al fin entramos en la zona de las celdas cochambrosas, se me cayó el alma a los pies. Aparte del terror visceral que sentí instantáneamente…, estaban vacías.

—¿Dónde están? —pregunté desesperada, escrutando como una idiota cada una de las celdas.

—Por aquí —dijo Axeh, abriendo una portezuela enana en la que no había reparado.

Los barogs tuvieron que agacharse para pasar por el hueco. Otro pasillo, esta vez más corto y todavía más asfixiante, se abría ante nosotros. Tras recorrerlo, bajamos unos escalones desgastados hasta que alcanzamos el piso inferior.

¡Y ahí sí que había ratas!, si es que a esas cosas de pesadilla se las podía considerar como tales. Eran lilas y tenían unos ojos rojos espeluznantes. Al menos, los barogs les infundían el suficiente temor como para que se quedaran quietecitas en su rincón. Enzo apartó de un zarpazo una que se me había acercado demasiado. Casi se me para el corazón.

—Roedores asesinos —me susurró Lansh, como si esa información fuera de vital importancia en ese momento.

«Esto parece el pasaje del terror…».

—"Maravilloso" —murmuré, intentando que el pánico no me dominara, lo cual empezaba a ser muy difícil.

Xioh partió la cerradura de la puerta de barrotes de hierro que se alzaba entre nosotros y la otra zona de celdas, y entramos en tropel.

Y al fin dimos con ellos.

En cuanto lo vi, ahogué un grito y me tapé la boca con ambas manos. Él alzó el rostro y nuestras miradas se encontraron como un choque de energía intergaláctica. Sus hermosos ojos disparejos se clavaron en los míos mientras los abría de par en par.

Se puso en pie de un salto y corrió hacia los barrotes, agarrándose con fuerza.

—Has venido a por mí, amor —dijo con esa sonrisa de bobo enamorado que me alcanzaba de lleno en el corazón.

Corrí hacia él y posé las manos sobre las suyas. En cuanto nos tocamos, sentí una descarga eléctrica en la marca de nacimiento.

—¿Acaso lo dudabas? —Yo también sonreía como una tonta. Al fin nos habíamos reencontrado.

No podíamos dejar de contemplarnos el uno al otro mientras los demás buscaban las llaves. Las encontraron colgadas de un gancho roñoso en la pared y abrieron la celda.

Cuando la puerta de barrotes se abrió, no esperé a que saliera. Me colé dentro y salté sobre él, agarrándome a su cuerpo con piernas y brazos como una garrapata. Ahora que lo había encontrado, no iba a soltarlo jamás.

Sus manos me sostuvieron con fuerza por el trasero, apretándome contra él. Su olor a chocolate caliente, café y coco me embriagó por completo. Me plantó un beso en los labios que casi me hace perder la cabeza.

Sentir de nuevo su lengua caliente y juguetona sobre la mía me excitó al instante. Lo que me recordaba que no llevaba bragas… y que no estábamos solos. Me removí para que me bajara al suelo y

lo hizo, pero no nos soltamos. Sus manos rodeaban mi cintura y las mías su cuello, ancho y fuerte.

—Te he echado de menos, capullo.

—Yo a ti también, preciosa.

El brillo verde y azul de sus ojos me fundió todas las neuronas de golpe. El amor que sentía por él desbordó mi corazón para fusionarse con el suyo.

Sentí que había regresado a mi hogar. *Él* era mi hogar. Había tardado mucho en comprenderlo, pero todas mis dudas se habían disipado.

Por extraño y surrealista que pudiera parecer, al fin había encontrado mi lugar en el mundo… al lado de mi barog.

18 no PIENSO IRME sin ella
CALLIE

Nemea, en la actualidad

Cuando al fin salimos del trance, se giró hacia Enzo y le rodeó el cuello con los brazos musculosos. El león entornó los ojos y ronroneó. Me hubiera gustado tener mi móvil a mano. ¡Qué foto tan hermosa habría hecho!

Al soltarlo, mi barog tenía en el rostro la sonrisa más bonita y sincera del mundo. Algo se removió en mi interior. Ese hombre me provocaba fuertes emociones. De esas que jamás había sentido antes y con las que debería aprender a lidiar, a menos que quisiera ir babeando tras él todo el día.

Sus ojos se encontraron con los míos de nuevo y me estremecí. Me cogió de la mano, entrelazando nuestros dedos, y ya no me soltó. Seguía teniendo esa mirada de bobo enamorado, pero habíamos vuelto a la realidad.

Xioh abrazaba a Xerx a nuestro lado, y Lansh le alborotaba el cabello rojizo. Después de examinar a su hermano de arriba abajo, el sanador se acercó a Daryos e hizo lo mismo con él.

—Estamos bien, amigo mío, solo aburridos. ¿Por qué habéis tardado tanto? ¿Os pesaba el culo o qué?

Me reí. Daryos era la luz en medio de la oscuridad. Desprendía tanta alegría y positivismo que, aunque a veces el tipo era un fastidio, no podías evitar contagiarte de su energía y cogerle cariño. Y por lo que veía, yo no era la única que se sentía así. Era como un imán para todos sus amigos.

—¿Seguro que estás bien, D? Porque tengo entendido que esa flecha te atravesó el hombro.

—Cyrus nos envió a su sanador. No es tan bueno como tú, ya lo sabes, pero las heridas eran limpias, sin astillas dentro. Así que no

le fue difícil curarlas. Hizo un buen trabajo con ambos —dijo señalando a Xerx.

—¿Las desinfectó antes de coserlas? —Xioh parecía preocupado.

Daryos asintió.

—No sufras, amigo mío. No nos moriremos de esta.

—Cuando lleguemos a las cuevas, os examinaré a fondo. No quiero sorpresas.

—Tú siempre tan concienzudo… —dijo mi barog sonriendo.

—Con vosotros dos hay que tener mucho cuidado. No sería la primera vez que se os infecta una herida por irresponsables. Sois un par de salvajes.

Iba a decir que, en mi opinión, todos ellos sin excepción eran unos salvajes, al menos en apariencia, pero no quería contradecir al sanador. Supongo que algunos no eran tan descerebrados y aventureros como mi amorcito. Ciertamente, Xioh era el más centrado de todos con diferencia.

Daryos se hizo el ofendido. Intercambió con Xerx una mirada cómplice y se rieron.

—Pero si somos unos angelitos.

—Vamos, D, que os conocemos todos bien —intervino Lansh rodeándole los hombros. Cuando lo soltó, Axeh se abalanzó sobre él y lo abrazó también.

Me quedé observando a ese grupo de barogs variopintos, rebeldes y de buen corazón. Se apreciaban y respetaban, no había que ser muy inteligente para darse cuenta de ello. Daryos, Xerx, Xioh, Lansh y Axeh eran como hermanos. Se notaba que se conocían desde niños y que habían vivido muchas aventuras juntos.

Ahora tenían que afrontar horribles peligros y desafiar a un rey primitivo y cruel. Y no un rey cualquiera, sino uno que, en otro tiempo, había sido uno de sus mejores amigos, parte de su círculo de confianza. Un barog al que temían, pero a quien también amaban. Y eso complicaba mucho las cosas.

Daryos me había contado que Cyrus cambió el día en que encontró a sus padres asesinados por los hermanos perdidos. Para ser justos, algo así cambiaría a cualquiera. La tristeza y el dolor

debían de haber sido terribles. Si alguien podía entenderlo, era yo. Sin embargo, en mi opinión, el dolor no justifica cualquier cosa ni actúa sobre todas las personas de la misma manera. Pese a que Daryos también había perdido a sus padres y, sin duda, había quedado destrozado, había mantenido su buen corazón intacto.

Así pues, no había excusas. Cyrus era un monstruo, y sus acciones hablaban por sí mismas.

Tras esos minutos de reencuentros y abrazos, los rebeldes se pusieron de nuevo manos a la obra. Mientras cruzaban unas pocas palabras para organizarse, Xerx clavó sus ojos oscuros en los míos. Sin decir nada, inclinó levemente la cabeza para saludarme. Lo imité. Sus ojos tenían el mismo cerco anaranjado que los de Xioh, aunque los de este eran más cercanos y afables. A Xerx, en cambio…, aún no sabía por dónde pillarlo. Eso sí: ambos barogs eran impresionantes.

—¿Quién se encarga de las descendientes? —preguntó Daryos, adquiriendo de golpe un tono y una pose muy profesionales mientras cogía el cuchillo que le tendía Axeh.

—Emilia y dos de los nuestros aguardan en el punto convenido. Además, he asignado un grupo para ayudarlas a llegar hasta allí. A medianoche se pondrán en marcha hacia las cuevas con las que hayan logrado huir de la aldea.

—Bien. Cuando estemos a salvo, organizaremos el rescate masivo. Ahora, salgamos de aquí antes de que aparezca el siguiente turno y tengamos problemas —ordenó el príncipe mirando a Xioh.

Se me hizo un nudo en la garganta.

El sanador asintió y se colocó junto a Lansh. Los rostros de todos ellos se tensaron de golpe, concentrados de nuevo en la situación peligrosa en la que nos encontrábamos.

Atravesamos ambas zonas de celdas y llegamos al pasillo que conducía al exterior. Daryos, Xerx y yo íbamos a la cabeza, seguidos por Enzo. Después, Xioh, Lansh y Axeh, y por último, los otros dos barogs que nos acompañaban, que también parecían muy contentos de haber salvado a su líder y su segundo al mando.

—Eh, ¿en serio no vamos a rescatar a las demás mujeres? ¿Y si alguna quiere salir, pero su barog se lo impide o está tan asustada

que no se atreve? —le susurré a Daryos.

—Lo sé, amor. Pero hoy no podemos enfrentarnos a mi hermano y los suyos. Si nos ponemos a entrar en las casas, alertaremos a toda la aldea. Debemos regresar a las cuevas y organizarnos. Además, antes de luchar contra mi hermano, necesito hablar con él.

—Ya hablaste con él, ¿recuerdas? No sirvió para nada. Desengáñate, no vas a solucionarlo con una charla entre hermanitos. Lo que ha hecho es muy grave. Es un tirano de mierda, Daryos. Y cuanto antes lo asimiles, mejor para todos.

Su cuerpo entero se tensó. Seguimos avanzando en medio del calor insoportable, levantando polvareda con cada paso. Necesitaba salir de allí cuanto antes.

Otra de esas ratas lilas asquerosas cruzó el pasillo ante nosotros. Me encogí contra mi amorcito; él ni se inmutó.

«¡Cómo me gustaría ser una barog enorme y poderosa en este momento! Me pintaría las garras de un esmalte chillón bien bonito y yo misma destriparía a Cyrus de arriba abajo. ¡Me sentaría de maravilla!».

—Las cosas no son tan sencillas, *hoa uhane*. Sé que le odias, y lo comprendo. Pero antes de romper la relación con él para siempre y que la situación de mi pueblo empeore, debo hacer un último intento.

Su mano buscó la mía, pero yo la aparté. La ira empezaba a hervir dentro de mí.

—Eres demasiado bueno, Daryos. Y de tan bueno, eres tonto.

Soltó una risilla. El tío era exasperante.

—¡Cómo he echado de menos todas esas cosas preciosas que siempre me dices!

Puse los ojos en blanco. Aprovechó mi despiste para agarrarme la mano.

—Entiendo que quieras intentar arreglar las cosas con él, ¿vale? ¡Es tu hermano! Por muy cabrón que sea, está claro que tanto tú como tu panda de amigotes todavía le queréis. Pero él no tendrá una pizca de piedad contigo. Ordenó capturarte, Daryos. ¡Te

dispararon una flecha! Por no hablar de lo que le hicieron al pobre Xerx.

Este me miró de reojo, pero no abrió la boca. Empezaba a pensar que Xerx era medio mudo o un completo antisocial. Puede que simplemente yo no le cayera bien, a saber.

—Él jamás ordenaría que nos hirieran. Aunque te cueste creerlo, también nos quiere. Ordenó expresamente que, cuando nos capturasen, no nos hicieran daño. Pero algunos de los suyos van por libre y me odian, siempre ha sido así. Creen que Cyrus es demasiado blando conmigo y que me consiente más insolencias que al resto. ¡Mató al barog que me disparó la flecha, Callie!

Ya apenas nos quedaban un par de metros para alcanzar la salida de las mazmorras. Veía las siluetas de los dos rebeldes que Xioh había dejado fuera como vigilancia.

—Como tampoco ordenó que nos marcaran, ¿verdad? Como tampoco me persiguió por la jungla para cazarme y violarme como un animal, ¿cierto?

—Callie…

—Y como tampoco tenía a Tina atada en sus aposentos con el pómulo amoratado ni la retiene ahí ahora en contra de su voluntad.

Se detuvo abruptamente justo antes de salir. Choqué con su espalda y Enzo conmigo. Su morro me humedeció el cabello.

—Él no la golpeó, ya lo sabes. Y ¿cómo puedes estar tan segura de que tu amiga no quiere estar con él?

—¿Me lo estás diciendo en serio? Porque, si es así, te devuelvo a esa mierda de celda y lanzo la llave al lago para que se la zampe el cocodrilo.

—Solo digo que, a veces, las cosas no son exactamente lo que parecen y que… no son tan simples.

—¿Me estás llamando idiota? —Echaba humo.

Mi barog se pasó la mano por el pelo.

—Eh, parejita, siento interrumpiros, pero hay que irse cagando leches de aquí —intervino Xerx.

«¡Aleluya! El chaval ha hablado».

—Vamos, amor. Acabamos de reencontrarnos, y no estoy en mi mejor momento. ¿Te importaría que dejáramos la discusión para

cuando nuestra vida no penda de un hilo?

Resoplé y asentí con la cabeza.

Esbozó una de sus sonrisas deslumbrantes, que brilló a la luz de la antorcha que sostenía su mejor amigo, y me tendió la mano. Me apetecía lanzarle un escupitajo, pero recapacité. El pobre había pasado un infiero, y yo me dedicaba a patearle las pelotas como siempre. Así que le sonreí y agarré su mano. Cyrus era el hijo de puta, no mi barog, y no debía cargar mi rabia contra él.

Al fin salí y pude aspirar una buena bocanada de aire. No es que fuera mejor que el de las mazmorras, pero al menos no olía a rayos, sino a lluvia y selva.

Sin pronunciar palabra, emprendimos el camino inverso al que nos había llevado hasta allí.

—Emi y los otros aguardan cerca de la salida norte de la aldea, Daryos. Al menos Axeh debería reunirse con ellos enseguida y emprender el regreso —dijo Xioh. Hizo una pausa tensa y preguntó en un susurro—: ¿Vamos todos directos hacia allí?

—¿Cómo que directos? —protesté—. Hay que ir a por Tina, ¿lo habéis olvidado?

—Es muy arriesgado, D. Si entramos en casa de Cyrus, difícilmente podremos salir de ahí sin pelear.

—Daryos… —murmuré, como una súplica. Y con voz más firme añadí—: No pienso irme sin ella.

Si me obligaba a salir de la aldea dejando a Tina atrás, no estaba segura de poder perdonarlo nunca.

Sus ojos disparejos se encontraron con los míos. Tenía la mandíbula apretada.

—Xioh, Lansh y Xerx, conmigo. Los demás reuníos con Emi y regresad todos a las cuevas con las descendientes, ¿entendido? —Entonces, miró a Axeh—. Pero, antes de marcharte, mándame tres leones más. Que se encuentren con nosotros detrás de la posada.

—¿Estás seguro, D? —dijo Xioh. Parecía muy preocupado—. Podemos venir a por Tina cuando rescatemos a todas las demás. Vas a meterte directo en la boca del lobo, y si tu hermano nos descubre…

—Si no queréis venir conmigo, lo entiendo. El que quiera marcharse es libre de hacerlo. Pero yo hice una promesa —dijo con esa voz cavernosa que me volvía loca.

«¡Qué orgullosa estoy de mi barog!».

—Ya sabes que te seguiríamos al fin del mundo, principito —bromeó Lansh.

Los demás asintieron.

—¿Estás seguro de que no necesitarás refuerzos, D? Si os descubren, os encarcelarán a todos, y esto no habrá servido para nada.

—Sí que habrá servido, Axeh. Habremos liberado a unas cuantas mujeres, y solo por eso ya valdrá la pena.

—Yo podría acompañaros junto con algunos más. Los otros pueden avanzar sin mí hacia las cuevas —propuso Axeh.

—Te lo agradezco, pero no, amigo mío. Si las cosas se tuercen y nos capturan, necesito que cuides de ellos y los guíes en nuestra ausencia. Además, no voy a separarte de tu *hoa uhane* —dijo con una sonrisa cómplice—. Créeme, un amigo jamás te haría eso. Por desgracia, lo he sufrido en mis propias carnes… y es la peor tortura del mundo. —Me miró con tanta intensidad que, si hubiese llevado bragas, se me habrían caído al suelo.

—De acuerdo, Daryos. Los guiaré a todos sanos y salvos hacia el norte. Tendrás a tus leones. Voy a mandarte por lo menos cinco, y eso no es discutible.

Mi barog asintió.

—Enzo los comandará, ¿verdad, amigo? —Le rascó la cabeza —. Es hora de separarnos. Pase lo que pase, no os detengáis, Axeh, es una orden.

Nos dividimos en dos grupos. Por un lado, el rubiales guapetón y los otros barogs, directos hacia la selva. Por el otro, Daryos, Enzo, Xioh, Xerx, Lansh y yo misma, una humana en un mundo de bestias, a rescatar a Tina.

Un barog cruzó la calle un poco más allá. Miró a su alrededor como si hubiera escuchado algo, pero, afortunadamente, siguió su camino. Era un maldito milagro que no nos hubieran descubierto ya. No es que un grupo de monstruos gigantescos y un león cavernario

pasaran muy desapercibidos. Eso sí, cuando la situación lo requería, se movían como si fueran ninjas.

De pronto, se abrió una ventana justo sobre nuestras cabezas y una hermosa humana se asomó. Cuando nos vio a todos allí agazapados, ahogó un grito. Miró hacia dentro de la vivienda como si comprobara que su barog no anduviera cerca y se asomó de nuevo.

—El rey está en la taberna —susurró—, daos prisa.

—¿Tú no vienes? —le pregunté antes de que volviera a cerrar.

Ella sonrió con ternura mientras negaba con la cabeza.

—Mi barog es de los buenos. Se unirá a vosotros llegado el momento. Solo necesita… un poco más de tiempo —dijo mirando a Daryos. Él asintió.

—Cuando decida unirse, será bienvenido. Ambos lo seréis. Gracias.

Después de todo, todavía había barogs decentes. Aunque en general no me fiaba de ellos, empezaba a ver por mí misma que Daryos tenía razón y, en realidad, la mayoría eran buenos tipos. El problema era que el que cortaba el bacalao era un cabrón de mucho cuidado y se había rodeado de bestias peores que él.

Apagamos la última antorcha para no llamar la atención y logramos sortear el resto del camino sin incidentes hasta que llegamos a la parte trasera de la posada. Poco después de llegar, cinco sombras negras enormes se unieron a nosotros.

Leones.

Se colocaron junto a Enzo, resoplando con suavidad para comunicarse entre ellos, o esa fue la impresión que me dio. No es que me entusiasmara estar rodeada de depredadores, pero, si eran amigos de Enzo y leales a él, eran bienvenidos.

Aguardamos unos instantes pegados al muro esperando a que un par de luces que se habían encendido en chozas cercanas se apagaran de nuevo.

—Gracias —le susurré a mi barog poniéndole ojitos, aunque no sé si los vio, porque la oscuridad ahora era casi total.

Solo las lunas nos alumbraban ligeramente, además de algunos puntos de luz diseminados por la aldea. Eran antorchas y

pequeñas hogueras encendidas. Eso de que no hubiera electricidad era un fastidio…, ni agua corriente, ni móviles, ni coches, ni Netflix ni nada de nada.

«No es momento de ponerte histérica».

Como si intuyera mi nerviosismo, Daryos deslizó su enorme mano hasta la mía. Me apretó los dedos un instante y después me recorrió el brazo. Una descarga eléctrica me sacudió el cuerpo entero.

—Te lo debo, amor. Jamás volveré a dejar atrás a una de tus amigas. Ojalá pudiera llevármelas a todas esta noche, pero solo conseguiría que nos encerraran de nuevo o algo peor. Y no quiero ser el responsable de un enfrentamiento sangriento dentro de mi propio pueblo. Todavía tengo esperanza de arreglar las cosas por las buenas.

—Lo sé y te agradezco de veras lo que vamos a hacer por Tina. Para mí significa mucho.

Se agachó un poco y me besó suavemente en los labios.

—Mmmm… Qué ganas tengo de salir de aquí y llegar a las cuevas.

—Yo también, tarado.

Su cuerpo caliente se apretó un instante contra el mío. Suspiramos.

—Si esto sale mal…

—No pienses en ello, *hoa uhane*. Saldrá bien. —Entonces, añadió—: Pero si mi hermano aparece y vuelve a capturarme, quiero que montes a lomos de Enzo y regreses directa a las cuevas sin mirar atrás, ¿me oyes?

Asentí, no muy convencida, pero pareció tranquilizarse.

—A la de tres, corremos hacia casa del rey. Entraremos por detrás. Recemos para que siga en la taberna.

Todos asintieron.

Daryos me agarró de la mano y empezó a contar. Y cuando llegó al tres, tiró de mí para que lo siguiera.

La suerte estaba echada. Ahora solo quedaba encontrar a Tina… y rezar a los dioses del manantial.

19 yo me quedo
TINA

Nemea, en la actualidad

La espera se me estaba haciendo eterna. Cyrus llevaba casi toda la tarde fuera, el mismo tiempo que yo llevaba mordiéndome las uñas sin parar. Sabía que tenía muchos temas que solucionar y que, antes de las mazmorras, había ido a la taberna. Aun así, me sentía nerviosa. La próxima vez, le pediría que me dejara acompañarle. Ya podía ir acostumbrándose a que yo no iba a ser una mujer florero. ¡Ni hablar! Si quería que fuera *su reina*, lo sería con todas las consecuencias.

Hacía rato que me había levantado a preparar la bebida, los vasos e incluso una bandeja de esos panecillos de colores. Obviamente, no los había horneado yo. Los había ido a buscar a la despensa, que rebosaba comida.

Aunque llevaba muy poco tiempo en la casa del rey, y no siempre había sido una estancia agradable, de algún modo empezaba a percibirla como mi hogar. Cosas más raras se habían visto…

Caminaba inquieta de un lado para otro, hasta que decidí que no iba a quedarme allí encerrada esperando ni un segundo más.

Dispuesta a dirigirme hacia las mazmorras, abandoné el salón y salí al pasillo, que conectaba con las diversas estancias y con la casa posada.

Tras avanzar varios pasos, con los pies enfundados en esas suaves sandalias, una puerta chirrió en alguna parte de la casa. Pensé que solo eran imaginaciones mías, fruto de la tensión. Nadie osaría profanar la vivienda de su rey.

Recorrí un par de pasos más, pero un nuevo sonido, esta vez más cercano, me detuvo en seco. Los tablones de madera del suelo

habían crujido levemente. Con cautela, me asomé a uno de los arcos del pasillo que daban al exterior. Parapetada tras una columna, escruté la oscuridad. Varias antorchas alumbraban la fachada, y la pareja de lunas me permitía captar un atisbo de la posada, así como de la calle. Eso era todo.

Desanduve los pocos metros que había avanzado, aguzando el oído.

Entonces lo sentí.

Una leve corriente de aire me rozó la mejilla un instante antes de notar su presencia. Cuando me di la vuelta en redondo, apenas podía creer lo que veían mis ojos.

Daryos, Callie, Xerx, a quien había visto fugazmente cuando lo apresaron y trajeron a la aldea, y otros dos barogs enormes a los que no conocía estaban en medio del pasillo en el extremo opuesto a mí. Uno de ellos tenía una melena oscura y rojiza, y se parecía a Xerx. El otro, el cabello dorado, y unos ojos verde lima brillantes y audaces. Tras ellos, un león colosal les guardaba las espaldas.

Me estremecí.

—¡Tina! —gritó Callie con una sonrisa de oreja a oreja.

Corrió hacia mí como una cabra loca y se lanzó a abrazarme. Estupefacta e incapaz de devolverle la muestra de cariño, apreté los labios en una fina línea y esperé a que acabara. Cuando al fin se separó de mí, retrocedí varios pasos y alcé la mano.

—No podéis estar aquí, Callie. Si él os encuentra…

—No nos quedaremos mucho —dijo Daryos mirando a derecha e izquierda. Su león permaneció a la entrada del pasadizo, observando el exterior con sus ojos como oro líquido.

Callie me agarró de la mano.

—Vamos, Tina —dijo tirando—. Hemos venido a por ti. Te sacaremos de aquí ahora mismo.

—Los habéis liberado… —Miré al príncipe y a Xerx.

—¡Pues claro! Y no tenemos demasiado tiempo. Venga, arreando, que Jenny y Emi nos esperan. —Volvió a tirar de mí, pero yo me solté de su mano.

Escuchar los nombres de mis amigas me reconfortó, pero solo fue un instante.

—¿Ellas están bien?

—¡Más que bien! ¡Y deseando verte! Somos duras de pelar, ¿eh?

Algo se removió en mi interior, como si comenzara una lucha interna.

Los barogs se distribuyeron por el corredor, ocupando posiciones defensivas por si irrumpía alguna amenaza. Yo sabía muy bien la clase de amenaza que podía aparecer de un momento a otro. Y si eso ocurría, las cosas se pondrían muy feas.

—Amor, debemos irnos cuantos antes o nos descubrirán —dijo Daryos mirando a Callie. Ella puso los ojos en blanco.

—Eh, tranquilito, ¿no ves que la pobre está en *shock*?

—Yo no… —empecé.

—Vámonos ya, Tina. Mi *amorcito* tiene razón —dijo ella con retintín, interrumpiéndome.

Ahora fue él quien puso los ojos en blanco. Aquel par era todo un espectáculo.

—Yo… no puedo irme, Callie, lo siento. —La voz me temblaba.

«Y ahí tienes la respuesta a todas tus preguntas: no eres capaz de dejarle».

La señorita Dawson intercambió una mirada con su barog sin comprender. ¡Si ni siquiera yo lo entendía!

—¡¿Te has vuelto loca?! ¡Si Cyrus vuelve, estamos jodidos! ¿Te ha amenazado? ¿Te ha hecho algo? ¡Suéltalo ya, Martins! —Se lanzó a inspeccionarme. Me dio la vuelta a un lado y a otro para examinarme de arriba abajo. La aparté de un manotazo.

—Cyrus ha ido a la taberna y después a buscarte a las mazmorras —dije mirando al príncipe a los ojos. Unos ojos de distinto color muy impactantes, mucho más amables que los de su hermano.

—¿Para torturarme? —preguntó. Me sorprendió la aparente calma con la que afrontaba aquella terrible situación.

Negué con la cabeza enérgicamente.

—¿Acaso le crees capaz de eso? Él jamás te haría daño, Daryos.

—Eso pensaba yo, Tina, pero ya ves. —Esbozó una sonrisa triste mientras se señalaba el hombro cubierto por un vendaje rudimentario.

—Él te quiere y no pretendía que eso ocurriera. Mató al tipo que te disparó. No dio la orden de que os hicieran daño, todo lo contrario —expliqué, mirándolo primero a él y luego al tal Xerx.

Los ojos de este, a diferencia de los del príncipe, brillaban de furia con destellos anaranjados. No me cabía duda de que tenía más mala leche que su líder.

—Ya, pero eso no cambia todo lo que ha sucedido —escupió Xerx con rabia.

Avancé hacia el príncipe, manteniendo el contacto visual con él. Necesitaba desesperadamente que me creyera.

—Escúchame, Daryos. No te conozco ni tú a mí, pero él habla muy bien de ti, y eres la pareja de Callie… Así que apuesto a que eres tan buen tipo como todos se empeñan en asegurar.

—Ve al grano —dijo Xerx.

Daryos me miraba con un destello de interés.

—Regresad a las mazmorras. Tenéis que estar ahí cuando él vaya a liberaros. Que Callie y los demás se oculten en la selva y os esperen allí hasta que el rey os suelte.

—¡¿Qué?! ¿Te has vuelto loca? —Callie tenía los ojos desorbitados.

Su novio, en cambio, no perdió la compostura.

—¿Qué te hace pensar que, después de hablar con nosotros, nos liberará? —preguntó sin alterarse.

—Lo hará. Yo me aseguraré de ello. —Daryos me miró con suspicacia—. Escúchame, si él va allí y descubre que las celdas están vacías, que te has escapado… —La garganta se me cerró durante un segundo. Me la aclaré y proseguí—: Quiere proponerte un trato, un acuerdo que os beneficiará a ambos.

Avanzó un paso hacia mí. Su expresión era de cautela, pero también de curiosidad. Aquello le interesaba.

«Todavía hay esperanza», pensé.

—Traté de hablar con mi hermano, Tina. Muchas veces. Ninguna de ellas quiso escucharme.

—¡Lo sé, maldita sea! Pero esta vez es diferente.

—No voy a permitir que se lleve a Callie. Está obsesionado con el trono, los ancianos, la guerra…

—¡Tú le conoces mejor que nadie! Sabes que cree estar haciendo lo correcto. ¿No lo ves? ¡Solo quiere proteger a vuestro pueblo! No quiere que tú tengas que asumir el terrible papel que hará falta para vencer.

De pronto parecía sorprendido.

—Él solo busca cumplir la profecía y mantenerse en el trono a toda costa. No parará hasta conseguirlo. Y para ello, necesita a mi *hoa uhane*, y eso no puedo permitirlo. Yo no deseo el poder, Tina. Ni lo quiero ni jamás se lo usurparía. Pero Callie es mi pareja de vida, y no voy a consentir que me la arrebate. Es lo que más quiero en el mundo.

—¡Lo sabe! Y ha encontrado una posible solución para mantenerse en el trono sin robarte a tu amor. Por favor, dale una última oportunidad, es todo cuanto te pido. Te prometo que valdrá la pena. Confía en mí —dije.

Percibí la duda en él. Deseaba creer con todas sus fuerzas en mis palabras, en que todavía existía una posibilidad de arreglar las cosas con su hermano.

—Tenemos que irnos, D. Si nos capturan, estaremos bien jodidos —dijo el que se parecía a Xerx, mirando a este, que estaba todavía bastante magullado.

Tragué saliva y, por un momento, mi determinación flaqueó. ¿Y si Cyrus me estaba engañando también a mí? Quizá era una estúpida por creerle. Sin embargo, había visto la verdad en sus ojos. Los ojos rara vez pueden engañar.

Daryos vaciló, pero acabó asintiendo.

—Nos hemos arriesgado mucho viniendo a por ti, Tina, y no estoy seguro de que sea verdad lo que dices. —Iba a interrumpirle, pero Daryos prosiguió—: No dudo de ti, sino de él. Así pues, decide ahora. ¿Vienes con nosotros o no? —dijo tendiéndome la mano, una mano enorme y llena de cicatrices, como la de su hermano.

—¡¿Tú flipas?! ¡¡Claro que viene!! Vamos, Tina, déjate ya de tonterías y larguémonos antes de que sea tarde.

Me alejé de ella un poco más.

Callie me miró con los ojos muy abiertos. Había sorpresa y algo más en su expresión. ¿Decepción? ¿Cabreo?

—No lo entiendo… Él nos marcó a todas… Te ató… Te obligó a… —dijo, aturdida.

Estar bajo la mirada censuradora de mi profesora me llenó de vergüenza. Ella tenía razón, solo que yo no podía marcharme y abandonar al rey.

Así que hice lo que se me daba mejor. Me erguí todo lo que pude, estiré los brazos a ambos lados del cuerpo y alcé la barbilla.

—Me encantaría ir con vosotros y sé que es lo que debería hacer, pero no puedo. Cyrus es… mi *hoa uhane*.

Un murmullo se extendió por el pasillo. Se habían quedado petrificados, como si no pudieran creer lo que acababa de decir.

Entonces, un rugido espeluznante procedente del exterior sacudió la casa entera mientras se acercaba a toda velocidad.

Bazzeila irrumpió de un salto en el pasillo atravesando uno de los arcos y aterrizó en el espacio entre Callie y yo. Tenía el lomo erizado y mostraba los largos colmillos. Sus ojos dorados refulgían feroces. Un segundo después, otro rugido, incluso más fuerte y temible que el anterior, hizo eco por todas partes. Los cimientos mismos de la casa crujieron.

Y Cyrus entró.

Callie aprovechó el momento de confusión para agarrarme del brazo y alejarme hacia la pared. No hizo falta que me dijera nada. Nos pegamos de espaldas al muro, quietas y calladas. Desconocíamos lo que podría ocurrir a partir de ese momento, pero teníamos claro que debíamos quitarnos de en medio.

«Por favor, que esto no se convierta en un baño de sangre», pensé con el corazón en un puño.

Quise pedirle perdón a Callie por haberlos entretenido. Si me hubiera limitado a irme con ellos a la selva, ahora no nos encontraríamos en esa situación límite que podía hacerlo volar todo por los aires.

Lo que sucedió a continuación, fue un caos de rugidos ensordecedores, zarpazos, entrechocar de machetes…, todo ello

mezclado con los gritos de Callie y míos.

De repente, irrumpieron varios leones más, que se lanzaron a por Bazzeila mientras Daryos y Xerx empujaban a Cyrus, obligándolo a retroceder. El rey era más fuerte que ninguno de ellos, pero eran dos contra uno. Los otros dos barogs peleaban contra los guardias personales del rey, que habían aparecido en el pasillo poco después.

Cyrus no había desenfundado su cuchillo. Se defendía de su hermano y Xerx a golpe de garras, puñetazos y empujones mientras trataba de explicarse. Pero el príncipe no parecía muy inclinado a escucharlo. Miraba de vez en cuando hacia Callie con los ojos llenos de angustia. No cabía duda de que su prioridad era sacarla de allí enseguida y ponerla a salvo, alejándola de su hermano lo máximo posible.

Supongo que era consciente de que, cuanto más permanecieran allí dentro, más probabilidades había de que perdieran. Los refuerzos llegarían enseguida, y ahí acabaría todo. No podían enfrentarse a todas las fuerzas del rey y salir vencedores.

—¡Maldita sea, D! ¿Vas a escucharme? —gritó Cyrus con su tono cavernoso, entre rugidos que me ponían los pelos de punta.

—Un poco tarde para eso, no, ¿hermano? —atronó la voz de Daryos.

—¡Tengo la solución, maldita sea!

—¿Mejor que la cacería? ¿Mejor que intentar robarme a mi *hoa uhane*? ¿Mejor que torturar a Xerx y meterme en la mazmorra? Permíteme desconfiar de tus soluciones.

—¡No tenía por qué ocurrir así, y lo sabes! Si me dejas hablar, te aseguro que nuestra enemistad acabará hoy mismo.

—¡Ese es el problema, C! ¡Que yo nunca he sido tu enemigo! ¡Tú te empeñaste en convertirme en ello! Ahora…

—¡Detén a tus leones y hablemos! ¡Solos tú, yo y nuestras parejas de vida! —Me estremecí—. ¡Ordena a todos que esperen fuera!

Daryos había soltado su machete, y ahora los hermanos se habían enzarzado en una pelea sucia e infantil de golpes y patadas descomunales. Cualquier humano habría muerto de uno solo de esos mazazos. Sin embargo, ellos no eran simples humanos…, al menos

no por completo. La casa entera temblaba cuando uno u otro acababa estampado contra la pared o embestía como un animal contra su hermano.

Los demás estaban inmersos en una lucha mucho más encarnizada y peligrosa. Bazzeila lanzaba las fauces a diestro y siniestro, intentando mantener a raya a varios leones, mientras Enzo los contenía para que no la despedazaran, lo que, teniendo en cuenta el odio que se profesaban, era bastante chocante. El león era tan noble como su amo.

Algunos barogs, de uno y otro bando, tenían heridas por todas partes mientras seguían luchando con ferocidad. Una pelea muy distinta a la del rey y el príncipe, en la que ninguno de los dos tenía intención de lastimarse de verdad. Solo había que observarlos con detenimiento para darse cuenta.

Callie gritaba de horror y apretaba mi mano mientras la pelea se recrudecía ante nosotras. Había palidecido, y no era de extrañar. Era un espectáculo sobrecogedor. En nuestro mundo también ocurrían cosas horribles, pero nunca habíamos sido testigos directos de ellas… ni, por su puesto, protagonistas. Ahora sí.

—¿¡Y por qué debería creerte!? ¿¡Por qué narices debería confiar en ti!?

—¡Porque soy tu hermano mayor, maldita sea! ¡Porque te quiero, D!

Daryos detuvo su puño en alto, justo antes de que impactara de nuevo sobre la mandíbula de Cyrus, que empezaba a estar amoratada. Sus miradas se encontraron y, por un segundo, ambas se suavizaron.

Vi el parecido entre ellos más nítido que nunca… y también el amor que todavía se profesaban el uno al otro. Apuesto a que Callie lo captó igual que yo. Se llevó las manos a la boca y ahogó un grito.

Aprovechando el desconcierto momentáneo, uno de los barogs del rey se zafó de su oponente de melena rubia y saltó hacia la espalda de Daryos, machete en mano. Un salto de guepardo, asombroso y terrorífico. El tiempo se detuvo y contemplé la escena como si fuera a cámara lenta, consciente del drama que se podría desencadenar.

Callie se lanzó hacia allí con una mueca de espanto, pero yo la retuve por la cintura con todas mis fuerzas. No iba a perderla en esa refriega, ¡de ningún modo! Antes de llegar a Nemea, jamás habría imaginado que la señorita Dawson fuera tan valiente. La gente siempre nos sorprende en las situaciones límite.

Enzo, el impresionante león negro que lideraba a los demás, se impulsó sobre sus patas traseras y voló hacia ese barog traicionero. Pero no iba a llegar a tiempo. Estaba demasiado lejos, y el cuchillo, apenas a unos centímetros del cuello de Daryos, que seguía mirando a su hermano.

Yo me di cuenta…, y también Cyrus.

Sin dudarlo un instante, el rey agarró a su hermano y, con un giró veloz, intercambió sus posiciones y protegió a Daryos con su propio cuerpo.

El cuchillo se hundió en el pectoral del rey hasta un tercio de la hoja, segando la carne. Fue un corte limpio pero profundo. Por fortuna, en ese instante, Enzo empujó al barog de un zarpazo y lo lanzó al suelo, donde acabó el trabajo y lo remató. No sé qué hubiera ocurrido si no lo hubiera apartado…

El rey se tambaleó, pero no cayó. Grité hasta destrozarme la garganta mientras corría hacia él.

—¡Cyrus! —gritó su hermano con una mueca de terror en el rostro, intentando socorrerlo—. ¡Ayúdalo, Xioh!

Este dio un par de pasos hacia allí, pero Xerx lo detuvo.

Rugidos espeluznantes provenían del exterior, lejanos aún, pero aproximándose deprisa.

—¡Debemos irnos! ¡No hay tiempo! —ordenó Xerx.

—¡Vamos! —gritó el barog rubio.

Enzo, con el morro y las zarpas ensangrentadas, rugió, y sus leones empezaron a retirarse. Los intestinos del pobre infeliz que había osado usar el cuchillo estaban desparramados en medio del pasillo. Contuve una arcada ácida.

Entre Xerx y el otro barog que se le parecía, agarraron a Daryos y lo arrancaron a la fuerza del lado de su hermano para arrastrarlo fuera de allí.

—¡No! ¡Esperad! —gritaba el príncipe desesperado, forcejeando. Se debatía como un animal enjaulado.

Logró zafarse un instante, pero volvieron a sujetarlo por los brazos y la cintura.

La pantera se había acercado al rey y gruñía a su lado para protegerlo. Cyrus volvió a tambalearse y resbaló hasta el suelo. Me lancé de rodillas tras él y lo sostuve como pude entre mis brazos. El cuchillo seguía clavado y la sangre manaba, aunque no copiosamente. La herida quedaba lejos del corazón y no parecía mortal. Aun así, qué sabía yo. Igual le había perforado un pulmón o algo peor.

«Necesitamos un médico con urgencia, ¡maldita sea!».

—Vete, D. Estoy bien. Lárgate antes de que lleguen los míos. No convirtamos esto en una batalla campal.

—Las cosas no tendrían que haber sido así, C. Si me hubieras escuchado antes…

—Lo sé. Pero ¿mejor tarde que nunca, no?

—Puede… No lo sé…

—Estoy dispuesto a escucharte, hermano. ¿Lo estás tú? —dijo el rey.

Daryos empezó a alejarse. No cabía duda de que estaba muy preocupado por su hermano. Pero debían marcharse de inmediato si querían evitar una masacre. Al final caerían, pero con esos leones de su parte, matarían a muchos antes de que acabara el enfrentamiento. Ninguno de los dos deseaba algo así, podía leerlo en sus rostros angustiados. Si eso sucediera, sería un desastre para todo el pueblo barog. Y si algo me había quedado claro era que ambos hermanos amaban a su gente.

—Has hecho cosas terribles, Cyrus —el príncipe me miró de reojo—, pero eres mi hermano, y supongo que todavía conservo esperanzas, ya ves. Si quieres hablar, ven a nuestro lugar favorito a mediodía del segundo día. Ya sabes, junto a la roca grande.

El rey asintió. Yo todavía lo sostenía contra mi cuerpo. Su piel empezaba a arder.

—Tú, llama a vuestro sanador. Rápido —le ordenó el príncipe a uno de los barogs de Cyrus. Este asintió y desapareció en el acto

en busca de ayuda.

—Maldita sea, Tina Martins, ¡ven con nosotros! —insistió Callie por última vez. Había una súplica sincera en sus palabras.

—Lo siento, profesora Dawson. Ojalá pudiera, pero no puedo. Yo me quedo.

—¿Hablas en serio? ¡Olvida a ese cabrón! ¡Es un monstruo!

—Última oportunidad, Tina. Si no vienes, no volveré a arriesgar a los míos por ti. Si te quedas con mi hermano, ahora estás con ellos.

Bajé un momento la vista para descubrir que Cyrus me miraba fijamente. Volví a alzarla y la clavé en el rostro del príncipe.

—No hay un *ellos* ni un *nosotros*. Y por el bien de todos, espero que ambos pronto os deis cuenta y lo arregléis. Solo vosotros dos podéis hacerlo.

Tras un breve silencio, Daryos asintió. Cogió a Callie de la mano y empezaron a alejarse por el pasillo, seguidos por los otros tres barogs y los leones. Nadie los detuvo, al menos ahí dentro. Solo esperaba que llegasen sanos y salvos a la jungla. Si algo les sucediera por mi culpa, no me lo perdonaría jamás.

—Tina…, gracias por quedarte —murmuró el rey. Alzó una mano y me acarició el rostro. Yo apreté los dientes.

—¡Dónde está ese sanador! —chillé, empezando a perder los nervios. Entonces, miré de nuevo al barog que descansaba recostado en mi regazo—. Debes recuperarte enseguida. Tienes una cita a la que acudir.

Él asintió mientras el barog sanador se apresuraba hacia nosotros… y yo rezaba para que ese cuchillo no se hubiera hundido en ningún órgano vital.

20 TRAVESÍA NOCTURNA
CALLIE

Daryos no había abierto la boca desde que salimos de casa de su hermano y nos adentramos en la jungla. La pareja de lunas alumbraba débilmente nuestros pasos, arrancando a la oscuridad pequeños destellos verdosos aquí y allá. Las sombras ondulaban sobre el hermoso rostro de mi barog, afilando sus rasgos. Un pómulo marcado, la línea poderosa de la mandíbula, la nariz perfecta, los labios carnosos…

Sus ojos, extrañamente apagados, se clavaban en el tramo de sendero que se abría ante nosotros a medida que avanzábamos. Su mano seguía aferrada a la mía. Sus dedos se enroscaban en los míos con fuerza y posesividad.

Verlo tan preocupado era algo nuevo. Se me anudaba el estómago y me entraban unas ganas irrefrenables de abrazarlo y cubrirlo de besos por todas partes, pero no tenía ni idea de si era eso lo que necesitaba en un momento así o si, por el contrario, prefería que lo dejara en paz.

Aunque no hacía demasiado que nos conocíamos, habíamos pasado por muchas cosas y, a veces, me daba la sensación de que llevábamos toda una vida juntos. Pero no era así, y no tenía ni idea de cómo abordar la situación actual con su hermano.

«¿Aparecerá ese rey cabrón para hablar con mi barog?», pensé. No me apetecía en absoluto volver a verlo, pero algo me decía que aquello no había acabado ni por asomo. ¿Qué lugar sería ese de la gran roca?

Intenté no incordiarlo y mantenerme en silencio a su lado, lo cual era la hostia de difícil, porque, si algo nos definía era que siempre charlábamos, nos chinchábamos el uno al otro… o discutíamos. Ese silencio aplastante me ponía los pelos de punta.

Al menos nuestras manos seguían unidas, y de vez en cuando me daba un apretón, como si quisiera transmitirme que, pese a que su mente vagaba muy lejos de ahí, me necesitaba a su lado.

El horror se había dibujado en su rostro cuando aquel cuchillo se hundió en el pecho de su hermano. Y aunque Cyrus seguía siendo para mí el peor de los monstruos del universo, no negaba que había visto una pequeña chispa de algo distinto en él. No obstante, una chispa de… lo que fuera no podía borrar tanta crueldad. ¡Imposible!

«Hay cosas que no debemos perdonar».

Seguimos desplazándonos entre la espesura, acompañados por el murmullo sordo de la jungla, una mezcla del zumbido de insectos gordos y, a buen seguro, venenosos, rugidos espeluznantes de grandes animales… y otros sonidos en los que prefería no pensar. Estaba cagada de miedo, lo confieso.

Las sombras espoleaban mi imaginación, ya de por sí desmadrada. La imagen del pulpo gigante del que me habían hablado cruzó mi mente y me estremecí. Daryos se giró un instante a mirarme. Su ojo verde brilló, iluminado por el haz de la luna más pequeña. Tras comprobar que yo estaba bien, siguió andando. Que estuviera siempre tan pendiente de mí me enternecía. Ahora que ya había asimilado que me amaba y que podía confiar en él, era una sensación extraña y muy placentera. Porque estar cabreada con él y pelearnos a todas horas era agotador.

¡Qué maravilla que hubiéramos resuelto las cosas entre nosotros!

La venda que rodeaba su hombro tenía una mancha de sangre. La herida aún estaba abierta. Al parecer, la habían cosido y, probablemente, le aplicaron alguno de esos ungüentos milagrosos. Pero una flecha clavada, rasgando el músculo, no era una tontería. Y tampoco es que le hubieran atendido en un hospital, con instrumental esterilizado y todo eso.

«Es un barog, está acostumbrado a estas condiciones de vida», me dije para tranquilizarme. Lo conseguí a medias.

Pesqué a Xioh observando lo mismo que yo con inquietud, lo que no me hizo ni puta gracia. Teníamos que llegar cuanto antes a

las cuevas para que ese sanador, curandero o lo que fuese le echase un vistazo a la herida.

Lansh caminaba al lado de su novio, sus ojillos barriendo la penumbra a nuestro alrededor. Xerx, a la cabeza de la columna, alzaba su antorcha para facilitarnos el avance. No podíamos encender las demás porque llamaríamos demasiado la atención, y no teníamos ni idea de si los barogs del rey habían salido tras nosotros. En cualquier caso, no había antorcha que pudiera quebrar la negrura profunda que nos rodeaba.

La oscuridad de la selva se tragaba la luminosidad de las llamas como si se tratara de un agujero negro. La bóveda que formaban las hojas de las palmeras ocultaba las lunas la mayor parte del tiempo, y el único respiro lo teníamos cuando su claridad se colaba entre ellas, deslizándose débilmente sobre nosotros.

Enzo se mantenía a mi lado, como un muro infranqueable entre los peligros ocultos tras los arbustos y yo. Era un alivio tenerlo ahí, alerta y vigilante. Los demás leones nos cubrían la retaguardia. Sabía que se encontraban ahí, aunque apenas los veía. Sus cuerpos se camuflaban entre las sombras.

«Con lo enormes que son, ¿cómo pueden ser tan sigilosos?».

No logramos alcanzar a Emi, Axeh y las descendientes. Tal como había dicho Lansh, seguramente nos sacaban una buena ventaja. Mejor así. Cuanto antes llegaran a las cuevas, antes estarían a salvo. Me preguntaba cuántas mujeres habrían llegado a medianoche, escapando de su infierno particular.

Daryos se movía como si el hombro no le doliera en absoluto y no fuera más que un rasguño, pero yo sentía una angustia creciente en la garganta. Por él… y por Tina. La muy idiota había decidido quedarse con el rey. ¡Había que estar loca para hacer algo así!

«¿Por qué demonios lo ha hecho? Y eso de que es su alma gemela… ¡Y una mierda! Ese monstruo no se merece a una mujer como mi Tina». Estaba sorprendida por ese desenlace imprevisible… y muy furiosa.

Le eché una miradita a mi barog.

—¿Estás bien? —La pregunta salió de mis labios, incapaz de contenerla. Ya me había hartado de tanto silencio angustioso.

Escuché su risa suave y cálida. Se me estremecieron todos los huesos, incluso los más pequeñitos.

«Mira que eres tonta. Está herido y acaban de clavarle un chuchillo a su hermano. Y tú aquí suspirando porque él te clave a ti otra cosa…».

—He estado mejor, *hoa uhane*, no te mentiré.

«Esa voz… Te has enamorado perdidamente de una bestia alienígena. Hay que ver lo bajo que has caído», bromeé conmigo misma.

—¿Estás preocupado por tu hermano?

—Mucho, ¿se me nota? —Sonrió otra vez y, en esta ocasión, se giró a mirarme. Y yo me deshice en un charco.

—Hombre, pues claro. Acostumbrada a que no callas ni debajo del agua y que rebosas arcoíris, algodón de azúcar y positivismo a todas horas, se me hace raro que estés tan calladito y cabizbajo.

—¿Es esa tu manera de decirme que te preocupas por mí?

Lo miré sorprendida.

—¿Acaso no lo ves?

—Mujer, cuando me hablas no tengo claro si me estás haciendo un cumplido o insultando. Entre que no entiendo la mitad de las veces la mitad de lo que dices y que te encanta partirme las pelotas, es difícil de saber —dijo con una sonrisita burlona.

El tío se estaba cachondeando, lo cual era todo un alivio. Mi Daryos seguía ahí. Abatido, pero entero.

Le saqué la lengua como respuesta y él contuvo una carcajada. Se tapó la boca con la manaza y el sonido reverberó en su enorme pecho.

—A ver, vosotros dos, os dais cuenta de que estamos en medio de la selva en plena noche, ¿verdad? —gruñó Xerx.

—¡Milagro! ¡"Míster Gruñón" me ha hablado!

—Claro que te hablo, pero no es aconsejable partirse de risa mientras los depredadores más temibles se afilan garras y dientes a nuestro alrededor. Ya sé que llevas poco en Nemea, pero haz un

esfuerzo. No es tanto pedir, Callie —resopló, acelerando el ritmo ante nosotros. La antorcha se alejó y las sombras que danzaban a nuestro alrededor se multiplicaron.

Miré a Daryos estupefacta mientras señalaba a Xerx.

—¿Y a este qué le pasa?

—Está nervioso, quiere llegar cuanto antes a las cuevas. No le des importancia.

—Ya, como todos, pero ¿yo qué le he hecho? ¿Por qué es tan borde conmigo? Ni siquiera me conoce —insistí molesta.

—No se lo tengas en cuenta, mujer. Lo ha pasado mal y todavía no se ha recuperado del todo —dijo Daryos, pacientemente.

—Yo flipo contigo. Tanto *hoa uhane* por aquí y *amor* por allá, y dejas que ese capullo me hable así.

Mi barog resopló.

—Callie, ha sido un día muy largo para todos y…

—Sí, para mí también, ¿eh?

—Amor mío…

Le ignoré por completo y apreté el paso hasta colocarme a la altura de Xerx.

—Eh, barog —dije para llamar su atención, pinchándole en el brazo con el dedo índice, lo que quizás no era muy buena idea… Daryos me llamó, pero pasé de él—. Sé que te torturaron y lanzaron a una mazmorra. Ese rey es un hijoputa, en eso estamos de acuerdo. Pero esta humana —dije señalándome— ha arriesgado el culo junto a los demás para sacarte de ese lío. Así que, como mínimo, podrías estar un poco agradecido.

Sentí cómo todos los barogs detrás de mí se estremecían. Hasta Enzo emitió un gemido estrangulado.

«Que se jodan».

Xerx me miró desde sus más de dos metros. Sus ojos oscuros refulgían con un círculo de fuego a la luz de la antorcha.

«Ahora es cuando este imbécil antisocial me arranca la cabeza, y aquí se acabó todo». Tragué saliva.

En el pómulo tenía un feo moretón y otro en la mandíbula, por no mencionar los cortes en el torso. Parecía cansado.

«Es cierto que lo han dejado hecho unos zorros, al pobre». Me apiadé un poco de él.

Aguardó unos segundos antes de contestar. Tuve la sensación de que hacía esfuerzos para no soltarme un bufido.

«Así me gusta, que se controlen. Tan rebeldes que se supone que son y saltan a la primera de cambio».

—Lo siento, Callie. Solo quiero llegar a las cuevas y ponernos a todos a salvo. Por si no te has dado cuenta, los últimos días no han sido un paseíto por el campo. —Tras soltar eso, apretó la mandíbula.

Lo llevaba claro ese barog guapetón, pero con muy malas pulgas, si quería tener la más mínima oportunidad con Jenny.

—Vale, oye, lo entiendo. Pero no es que mis días hayan sido un "paseíto" tampoco, ¿de acuerdo? Llevo unas semanas muy jodidas, por si *tú* no te has dado cuenta, y lo que más me apetecería ahora mismo sería enviarte a la mierda. —De nuevo una exclamación contenida tras de mí—. Sin embargo, eres el mejor amigo de mi *amorcito* —la risa de Lansh se agitó en la oscuridad—, así que vamos a dejarnos de gilipolleces y a intentar llevarnos bien, ¿no te parece?

Se detuvo de golpe y acercó la antorcha. Nuestros ojos se encontraron bruscamente.

—Me parece bien. Siento haberte ofendido.

—No, hombre, tampoco ha sido para tanto.

Cuando miró de nuevo al frente y continuó la marcha, puse los ojos en blanco. Aquel tipo era duro de pelar. Jenny iba a tener trabajo con él, aunque, bien pensado, tampoco es que ella fuera un derroche de verborrea y entusiasmo. Todo lo contrario a mi barog, que, por lo habitual, más bien había que amenazarlo para que se callara.

—¿Ya estás contenta, amor? —dijo Daryos al alcanzarme.

—¿Contenta? Para nada. Me va a costar sangre, sudor y lágrimas ganarme a ese gruñón.

—Pues yo creo que lo estás haciendo muy bien. Te lo vas a ganar en tiempo récord.

—¿Te pitorreas de mí?

—¡En absoluto! Lo digo muy en serio. Solo ten un poco de paciencia con él. Se preocupa mucho por todos.

—Ya, pero no por ello tiene que ser antipático, hombre.

—Lo golpearon con ganas, Callie. Lo dejaron hecho polvo.

—Vale, lo pillo. Le daré otra oportunidad. Bueno, las que hagan falta. Si me gané a Enzo, podré con Xerx —dije mirando al león, que caminaba a mi derecha. Le acaricié el lomo y él ronroneó.

Sentí el brazo de Daryos alrededor de mi cintura. Me atrajo hacia él y me besó la coronilla.

—Gracias, preciosa. No sabes lo que eso significa para mí.

—Sí, ya, ya. Qué cansada estoy de tanto barog cargadito de testosterona…

Su risa picante me envolvió de arriba abajo y me agitó la respiración. ¡Cómo lo había echado de menos! Realmente, el mundo sin él sería un lugar soso de cojones. Jamás lo reconocería ante él, por supuesto, pero…, ya no podía imaginar mi vida sin Daryos pululando por todas partes.

«El efecto que tiene este hombre-bestia sobre mí no es ni medio normal».

Entonces, me apretó un poco más, acercándome a su costado, y se inclinó para susurrarme al oído.

—Qué ganas tengo de estar a solas contigo. Cuando te pille, vas a saber lo que es bueno.

Esbocé una sonrisa que, pese a la oscuridad, apuesto a que el muy idiota intuyó.

Su mano se deslizó hacia abajo y me rozó el trasero. Fue una caricia deliberadamente perezosa… y ardiente. Su cola trepó por mi espalda despacio y se aventuró entre mi cabello hasta frotarse contra mi nuca. Di un respingo y me aparté un poco. Él me soltó.

Mis pulsaciones repiqueteaban a mil por segundo.

—Vale, vale, barog calentorro. Me hago una idea.

—¿Tú no tienes ganas de mí? Porque yo estoy a punto de explotar, amor.

—Oye, ¿no eras tú el que estaba muy preocupado hace unos segundos?

—Puedo estar preocupado y cachondo al mismo tiempo.

La luna se filtró entre el bambú y alumbró su rostro justo cuando él subía dos veces las cejas. Sus colmillos brillaron dándole un toque de malote travieso… hasta que sonrió como un bobo. Ese era mi hombre: un barog enamorado.

—Ya veo. Bueno, habrá que hacer algo al respecto.

Ahora fui yo la que me acerqué y le acaricié el trasero, duro como una piedra, por debajo del taparrabos. Antes de apartar la mano, le pellizqué un glúteo de acero. Tenía unas ganas de hincarle el diente…

—Si haces eso, no respondo de mí, amor. Igual te llevo detrás de cualquier arbusto y te empotro a base de bien.

—Mira que eres bruto.

—Soy sincero.

Solté una risilla. Si es que el chaval era tierno y gracioso, eso había que reconocerlo. Y luego estaba ese cuerpazo… Las ganas que tenía yo de arrancarle el taparrabos y comérmelo enterito.

«Me he vuelto de un soez… ¡Lo orgullosa que estaría Lorna de mí!». Sentí una punzada de nostalgia al recordar a mi mejor amiga. ¿Qué haría la pobre sin mí? Al menos, tenía a Terry. Con él, el ejercicio no le faltaría nunca.

Solté otra risilla.

Xerx se giró a mirarnos y se quejó por lo bajo.

—Gruñón —murmuré. Apuesto a que me oyó.

Alguien se me acercó y posó la mano en mi hombro.

—No te preocupes, Callie. Mi hermano va a adorarte. Es solo que le cuesta un poco hacer amigos —dijo Xioh con esa voz grave, serena y reconfortante—. A veces es un capullo integral, eso es todo.

—¿Solo a veces? —intervino Lansh detrás de nosotros.

—Te he oído, imbécil —dijo Xerx desde su posición de avanzadilla. Su tono no era de cabreo, sino de guasa. ¡Aleluya!

Lansh continuó.

—Con lo encantador que es Xioh y le tenía que tocar un hermano gilipollas… Oye, que yo quiero mucho a Xerx, ¿eh?

Y así seguimos avanzando por la jungla, con esos barogs gigantescos y terroríficos metiéndose los unos con los otros como

niños. ¿No se suponía que era peligroso hacer ruido y teníamos que estar calladitos?

Daryos recuperó su alegría habitual, al menos en parte, y las horas que siguieron hasta el amanecer fueron bastante amenas. Ahogué unas cuantas carcajadas. La travesía nocturna, rodeados de depredadores, se me hizo más llevadera.

Daryos me ofreció que subiera a lomos de Enzo para descansar un poco, pero yo quería caminar junto a él, cogiditos de la mano como dos tortolitos. Insistió un par de veces, hasta que nos detuvimos un rato a descansar y comer algo de lo que llevábamos en los zurrones.

Nos sentamos en una roca uno al lado del otro, muy pegaditos. Y mientras los demás hablaban en voz baja, él me recorría la columna con los dedos o los enredaba en mi cabello. Cada célula de mi cuerpo agotado se encendía con un simple roce suyo.

«Este tío tiene un gran poder sobre mí».

Cuando el calor que me escalaba desde el bajo vientre era ya insoportable, nos pusimos en marcha de nuevo. Un hermoso amanecer empezó a despuntar sobre nuestras cabezas, más allá de los árboles altos como edificios, que arañaban el cielo pintado de rosas y naranjas.

La naturaleza de Nemea ofrecía los espectáculos más impresionantes que había visto jamás.

Bajo la tímida luz del nuevo día, nos refrescamos un poco en un arroyo de aguas cristalinas. Recé para no encontrarme ninguna de esas pirañas "arrancadedos". Lo que sí vi fue bastantes *llitops* con aspecto de recién levantados, o sea, un poco despeinados y con sus grandes ojos somnolientos. Aunque ya sabía que eran mucho más peligrosos de lo que parecían, seguían siendo monísimos para mí.

Bebimos agua de coco, comimos panecillos de colores con frutos secos y seguimos adelante. Habíamos dado un rodeo más amplio para volver por si alguien nos estaba siguiendo, y por eso estábamos tardando bastante más que en el trayecto de ida a la aldea. Aun así, ya nos acercábamos.

Pronto abrazaría a Jenny y Emilia de nuevo. El recuerdo de Tina era una espina en mi corazón, pero no iba a tirar la toalla con ella. Algún día la haría entrar en razón y se uniría a nosotras.

«Salvo que ese rey cabrón sea, realmente, su *hoa uhane*. Entonces, a tomar por culo el plan».

Daryos se había quedado un poco rezagado. Cuando sentí su mirada sobre mí, le observé por encima del hombro. Tenía los ojos fijos en mi trasero y una expresión de bobo, y caminaba un poco inclinado hacia delante, como si estuviera preso de un encantamiento.

Su aroma, dulce y picante al mismo tiempo, me golpeó en lo más hondo. Y supe que no tardaría en buscarme.

«Aquí te espero, barog».

Sonreí, anticipando lo que estaba a punto de ocurrir.

21 MI BAROG
CALLIE

Xerx, Lansh y Xioh charlaban delante de nosotros. La antorcha ya estaba apagada y los incipientes rayos de ese sol anaranjado empezaban a caldear la hierba que pisábamos, rociada de humedad. El calor era pegajoso, y espesas nubes blancas como algodón parecían a punto de reventar sobre la selva.

—¿Puedes dejar de mirarme el culo, barog? —le solté. Me contoneé un poco para él, lo admito.

—No puedo evitarlo. Tienes un culo precioso.

—Ya —dije agitando la mano como si espantara una mosca.

—Pensar que es todo mío…

—¡Eh, no te vengas arriba, machote! Que quizás tú estés en la Edad de Piedra, pero yo vengo del siglo XXI.

—Y tan arriba estoy, que casi no puedo ni caminar.

—No seas animal, hombre. ¿Te gustaría a ti que te estuviera mirando el paquete todo el día con cara de zumbada?

Daryos enarcó una ceja. Su musculatura empezaba a temblar y *algo* empujaba la tela del taparrabos.

—¿En serio me lo estás preguntando?

Miró a derecha e izquierda y, con un movimiento rápido, se abrió el taparrabos. ¡Aquello casi me saca un ojo!

Se me desencajó la mandíbula. No podía apartar la vista de semejante espectáculo.

—Como ves, a mí no me importa en absoluto que me mires. Es más, me encanta que lo hagas.

—Engreído...

No, en serio, estaba tan excitado... Se me hizo la boca agua, y el muy capullo se dio cuenta, por supuesto. Fue vergonzoso.

Ensanchó las aletas de la nariz y su enorme cuerpo bestial vibró con más intensidad. Cada uno de sus músculos estaba

cincelado para volverme loca. Y esas espirales surcando su piel bronceada le daban aquel aire salvaje y, al mismo tiempo, místico que tanto me gustaba.

—¡Diez minutos de descanso! —gritó sin más.

—Pero si casi hemos llegado y hace nada que paramos —protestó Xioh.

Xerx se giró y nos echó un vistazo.

—¿En serio, D? ¿No puedes esperar media hora? —refunfuñó Xerx.

—Ya llevo esperando muchas horas. Vosotros a lo vuestro, ¿eh? No me seáis aguafiestas.

Lansh soltó una carcajada. A la luz del sol, la selva seguía pareciendo enigmática y peligrosa, pero no inhóspita y siniestra como durante la noche. Los colores lo teñían todo de tonalidades vívidas a nuestro alrededor. Ni siquiera tenía un nombre para algunos de esos colores.

Seguíamos esperando a que rompiera a llover, pero la tromba de agua parecía demorarse. Mucho mejor. No es que me ilusionara demasiado que comenzara la estación de tormentas a la que, según decían, estábamos irremediablemente abocados. ¡Menudo fastidio! Ya había tenido más que suficiente de ellas en Nueva York.

Cuando nuestros amigos se detuvieron, dispuestos a esperar a regañadientes, Daryos me agarró de la mano y tiró de mí hacia la espesura. No protesté.

Anduvimos un trecho entre arbustos hasta que llegamos a un pequeño claro rodeado de bayas suculentas y hierba que se alzaba hasta mis rodillas. A saber lo que corría a ras de suelo… La boa azul ocupó mi mente una fracción de segundo.

—Hemos de ser rápidos, preciosa.

Se desató el taparrabos con dedos apresurados y lo colgó en una rama. Su polla borró a la dichosa serpiente de un plumazo. ¡Madre del amor hermoso! Aquello sí que habría que venerarlo. Mi barog era un dios primitivo de la selva.

—Me parece bien —dije casi babeando.

Me agarró la cara y me besó con fiereza, devorándome la boca como si estuviéramos al borde del fin del mundo. Pegó su

cuerpo enorme al mío y empezó a mecer las caderas con suavidad.

Con cada vaivén, su erección chocaba conmigo, irradiando un calor ardiente que se me colaba por todos los rincones. Su piel quemaba, y sus labios me bebían entera, como si jamás pudiera saciarse. Yo tampoco me saciaría nunca de él. Tras cada beso, necesitaba otro más y otro y otro.

Mis dedos acudieron a su trasero y se clavaron en sus nalgas con fuerza. Con la otra mano le acaricié la punta del pene, para después agarrarlo con firmeza.

Su polla se sacudió entre mis dedos mientras él gemía, azotado por estremecimientos. Apreté un poco más y deslicé la mano desde la base hasta la punta, recorriendo su impresionante largura, repitiendo el movimiento varias veces, enloqueciéndolo. El ritmo que le imprimía a sus caderas acompañaba a mi mano, cada vez más ansioso y frenético.

Sus besos se hicieron tan anhelantes que me dejaban sin aliento. Su lengua me poseía la boca con ímpetu y devoción. Sentía un cosquilleo intenso en la marca de nacimiento.

Me dio la vuelta y me colocó mirando al tronco de la palmera.

—Apoya las manos, amor.

—Eh, espera, espera, no pensarás embestirme con *eso* sin seducirme un poco más, ¿no?

—Pues eso mismo iba a hacer. No tenemos mucho tiempo. Como nos demoremos demasiado, cualquiera de esos tres es capaz de venir a buscarnos.

—¿Qué somos? ¿Animales?

Me miró abriendo los ojos como platos y ladeó la cabeza.

—¿Tú me has visto bien, amor? Pues eso mismo soy, sí.

—Ya, pero yo no.

—¿Olvidas que puedo olerte? Estás tan excitada como yo.

—Vete a la mierda.

Empecé a caminar, haciéndome la ofendida. En realidad, tenía toda la razón: estaba deseando que me follara sin contemplaciones, pero me costaba reconocerlo. Soy un poco orgullosa…

—Eh, lo siento, ven aquí, preciosa —dijo tirando de mí y acurrucándome contra su pecho. Su calor me envolvió y se me fue la

cabeza—. Tienes razón. Lo dejaremos para luego, cuando lleguemos a la guarida. Allí podré dedicarte todo el tiempo y atenciones que mereces, y...

—Anda, déjate de chorradas. Aprovechemos estos minutos. Y en la cueva, repetimos.

—Pero has dicho que...

—Olvídate de lo que dije, me lo he pensado mejor. Limítate a follarme contra la palmera esta, ¿quieres?

—Sabes, a veces me confundes mucho.

—Acostúmbrate, chaval.

Sonrió.

Planté las manos sobre la corteza y me doblé por la cintura, alzando el trasero lo máximo que pude.

«Qué bien me vendrían ahora unos zapatitos de tacón…».

—Joder... —murmuró tras subirme la falda del vestido. Lo arrugó en torno a mi cintura y se quedó muy quieto.

—¿Te vas a hacer de rogar, barog?

—Estoy admirando las vistas... Tal vez sí que te seduzca un poco. Total, por unos minutos más...

—Tu amigo el gruñón se va a poner de los nervios.

—Pues que se aguante.

—En cualquier momento, el tío empieza a hacerme vudú…

No pude seguir hablando.

Daryos cayó de rodillas frente a mi trasero y hundió la lengua en mi intimidad desde atrás. Así, tal cual. Sin avisar.

«¡Joder, joder!».

Las rodillas me flaquearon y casi me caí al suelo, pero sus manazas me tenían bien sujeta. Agarraban mis caderas para que no me moviera mientras él lamía mis pliegues y hundía la lengua entre ellos, con un arte que a punto estuve de correrme en cuestión de segundos.

—Hace tanto que deseo hacer esto...

El siguiente lametón convirtió mis piernas en gelatina.

Xerx nos llamó a voz en grito desde el otro lado de los arbustos.

—Deja eso para luego, amorcito. Embísteme ya, que se nos acaba el tiempo.

Sentí cómo se incorporaba detrás de mí. Su erección acariciaba mi hendidura en círculos lentos y provocadores, jugando conmigo. Estaba a un tris de arder.

—De acuerdo, pero prométeme que luego podré acabar lo que he empezado. Quiero lamerte hasta que te corras en mi boca. —Su voz fue apenas un murmullo ronco.

«Este barog acabará conmigo…».

Empujó un poco y se hundió unos centímetros en mí.

—¿Sabes que estás muy *sexy* cuando me dices esas guarradas? —murmuré con voz entrecortada.

Su risa, cargada de excitación y deseo, me hizo cosquillas en la piel desnuda del trasero.

Meció las caderas de nuevo, esta vez haciéndolas chocar con mi culo, y se hundió hasta el fondo de un solo movimiento. Chillé. El grito emergió de mi garganta sin poder contenerlo. Lo notaba entero dentro, tan grueso y caliente que solo lo sentía a él. Era más grande incluso de lo que recordaba. Por suerte, ya sabía que encajábamos a la perfección y que, aunque pareciera imposible, no acabaría muerta por empalamiento.

«Para de pensar en bobadas…».

Lo sacó entero hasta el abultado glande y, tras demorarse un poco sobre mi centro de placer, embistió de nuevo. Esta vez gritamos los dos. Me pasó el brazo alrededor de la cintura y me sostuvo con fuerza mientras salía y entraba, cada vez más deprisa, cada vez más exigente. Sus gemidos se ahogaban en el hueco de mi cuello, mientras nuestros cuerpos chocaban, delirantes de placer.

Sus testículos me golpeaban cuando su ariete atacaba de nuevo, hinchados y listos para vaciarse.

Nuestros aromas, exacerbados por la cópula desenfrenada, se intensificaron y mezclaron, arrastrándonos al paraíso.

Cuando se ancló en mí, listo para su orgasmo descomunal, me dejé llevar y liberé también el mío. Sus caderas se movían espasmódicamente mientras sus testículos se apretaban y su polla se derramaba en mí con su calidez deliciosa. Tiré un poco, dispuesta

a probar si podía soltarme de aquel anclaje, pero no logré aflojarlo ni un ápice. Su pene estaba encajado en mí, incapaz de separarse hasta que toda su semilla rebosara en mi interior.

Entre gemidos y jadeos, me besó el hombro y el cuello, hasta que se extinguieron las últimas sacudidas de su miembro. Sin embargo, pese a que Xerx y Xioh nos llamaban ya con insistencia, permaneció dentro unos segundos más, abrazado a mi cintura y aspirando mi aroma, así como yo me bebía el suyo.

Después, salió con cuidado y me bajó el vestido como si fueran los pétalos de una delicada flor. Me dio la vuelta y me apoyó en el tronco. Se pegó a mí, todavía desnudo y húmedo, y me acarició la mejilla. Me besó la barbilla, el pómulo, la nariz, la clavícula… y, finalmente, los labios, demorándose un poco más, mientras yo mordisqueaba los suyos y disfrutaba de la sensación de abandono de mi cuerpo tras el sexo apoteósico.

—¿Te ha gustado, *hoa uhane*?

—Muchísimo. ¿Y a ti?

Sonrió. Y esa sonrisa le iluminó los hermosos ojos. Me quedé embobada mirándolo.

—Tanto, que ahora mismo repetiría una y otra vez. Esto es… Jamás me había sentido…

Le sonreí con ternura y le acaricié la mejilla.

—Lo sé. Es increíble. ¡Juntos somos la leche, barog!

Su pecho se hinchó de felicidad.

—Te amo, Callie. No creo que puedas hacerte una idea de cuánto. El sentimiento me… desborda. Es una emoción aquí —dijo señalándose la zona del corazón— que no puedo contener.

—Yo diría que la emoción que no puedes contener la tienes un poco más abajo —bromeé.

Aplastó su cuerpo contra el mío y sus ojos me miraron con tanta profundidad que el corazón me dio una voltereta… o varias.

—En cuanto lleguemos a las cuevas, pienso hacerte el amor durante horas. No podrás librarte de mí.

—Me parece un buen plan, aunque vas a tener que encontrar un rinconcito que nos dé un poco de privacidad. Todos esos

amigotes tuyos follan como salvajes delante de los demás sin pudor ninguno.

—¿Has visto follar a alguien, amor? —Enarcó una ceja oscura y sus pupilas llamearon.

Estaba excitadísimo. Otra vez.

—¡Uf! Si yo te contara… Incluso he aprendido un par de truquillos que me encantaría poner en práctica contigo, ya ves.

—Te refieres a que has aprendido solo la teoría, ¿verdad?

—¡Por supuesto, amorcito! La puesta en escena es solo para ti.

Soltó una carcajada gutural, cargada de sensualidad y, tras plantarme un último beso, se apartó. Antes de reunirnos con nuestros amigos, corrimos a lavarnos al riachuelo. De esa guisa no podía pasearme por ahí. A él parecía traerle sin cuidado. Decía que las marcas de nuestro amor había que llevarlas con orgullo. El tipo era romántico, eso no podía negárselo. Rarito, pero romántico. Una especie de… poeta cavernario. Me reí para mis adentros.

Tras refrescarnos y adecentarnos, reaparecimos en el sendero junto a los demás. Aunque nos lanzaron muchas miraditas, una de Daryos les bastó para saber que debían mantener la boca cerrada. Poco después, Lansh, que no era de los que se quedaban callados, hizo algunas insinuaciones, pero la cosa no fue a más y recorrimos el resto del camino en calma.

Y al fin, tras lo que parecía haber sido una eternidad, llegamos a las cuevas.

Nuestro nuevo hogar.

22 un nuevo hogar
CALLIE

Emi y Jenny salieron corriendo de la cueva, bajaron las rocas entre los pequeños lagos y se abalanzaron sobre mí. Nos dimos un abrazo a tres y me estrujaron con fuerza.

—¿Estás bien, Callie? Estábamos muy preocupadas —dijo Emilia apartándose un poco y examinándome de arriba abajo.

Sus rizos rubios se alborotaban alrededor de su rostro perfecto y tenía las mejillas arreboladas.

—Ha sido muy intenso, pero todos estamos bien. Bueno, salvo el rey, pero ese es otro tema.

—¿Qué le ha ocurrido? —preguntó Jenny, sus ojos azules abiertos de par en par, atravesándome el cerebro.

—Uno de los suyos le clavó un cuchillo enorme en el pecho por error. Iba dirigido a Daryos, pero Cyrus se interpuso y lo protegió.

Emi se llevó las manos a la boca.

—¡¿Qué?!

—Luego os lo cuento con todos los detalles.

Las dos asintieron.

A nuestro lado, Axeh acababa de saltar sobre el príncipe entre risas. Capté un leve rictus de dolor en el rostro de mi barog cuando le rozó el hombro, pero se repuso enseguida. En cuanto acabáramos con los saludos, iba a arrastrarlo a la cueva para que Xioh le examinara la herida. Hasta que no lo hiciera, no me quedaría tranquila. Ese idiota podría tener una infección de caballo y no se daría cuenta.

Rodeé los hombros de mis amigas con los brazos, una por cada lado, y empezamos a subir hacia la cueva grande. Necesitaba comer, un bañito en esos lagos fosforitos y descansar un rato. Un

trueno escandaloso resonó en la lejanía. Las tres nos giramos hacia allí y aguzamos el oído.

—¿En serio vamos a tener tormenta? —preguntó Emilia, frunciendo los labios.

—*Estación* de tormentas. Cuando empiecen, la cosa irá para largo —dije. Entonces, observé el rostro de mi amiga—. Oye, Emi, ¿y esos colores tan saludables que me traes en las mejillas? Te veo un poco acalorada.

—Shhh… —dijo señalando con el mentón hacia Axeh, que ahora abrazaba a Xerx.

Todos los rebeldes habían salido a dar la bienvenida a sus amigos recién llegados y se arremolinaban a su alrededor. No cabía duda de que se sentían contentos con el regreso de su líder, el príncipe de Nemea, y su segundo al mando. Xioh y Lansh también estaban pletóricos. Teniendo en cuenta la misión tan peligrosa que acabábamos de llevar a cabo, las cosas habían resultado bastante bien para todos…, excepto para Cyrus, por supuesto.

—¿Has estado haciendo "ejercicio" con el barog guapetón? —dije elevando dos veces las cejas.

—Qué mala eres, Callie. Baja la voz que te va a oír.

—Pues desembucha ya, ricitos de oro.

Ella miró a derecha e izquierda, como para cerciorarse de que nadie más nos escuchaba. Sus ojos se encontraron un instante con los de Axeh, que seguía riendo y charlando con los demás. En cuanto la vio, su expresión se dulcificó hasta convertirlo en un *atontao* enamorado.

—No ha ocurrido nada, Callie. No te alteres. Tan solo me ha… besado.

—¡Esto es un escándalo, Emilia! —bromeé. Jenny se rio.

—No digas tonterías. Si exageras así, no te contaré nada más.

—Eso no te lo crees ni tú. Anda, dime, ¿solo un besito inocente… o algo más? —pregunté. Me mataba la curiosidad.

De pronto, tuve la sensación de que me estaba convirtiendo en una alcahueta, como si fuera la nueva Lorna del grupo. Ella siempre me aplicaba un tercer grado para sonsacarme información sobre mis amoríos, que, en el pasado, habían sido muy pocos y

esporádicos. ¡Lo que disfrutaría ahora interrogándome acerca de mi barog!

Axeh volvió a mirar en nuestra dirección, ensanchando las fosas nasales. Se atusó la melena dorada y le guiñó un ojo. Ella le sonrió tímidamente y se sonrojó aún más.

—Solo un beso…, aunque no muy inocente.

Me persigné y miré hacia el cielo. Ella me dio un manotazo.

—Sigue hablando. Llevo un día entero rodeada de animales y necesito unos cuantos cotilleos de chicas o me va a dar algo.

—Luego te lo cuento. Ten paciencia.

—¿Paciencia? A ver, aquí no hay móviles, ni Netflix, ni libros, ni TikTok… ¡Ten piedad! Necesito un poco de diversión.

—No seas pesada, Callie.

—Vale, vale. No te cabrees.

—Y yo que pensaba que eras una profesora seria… —bromeó Emi por lo bajo.

Jenny volvió a reírse.

—Al parecer estábamos muy equivocadas —dijo.

—Qué engañadas os tenía a todas, ¿eh? —Solté una carcajada.

«Lo cierto es que *era* una profesora bastante seria. Cercana pero seria. ¡La jungla cambia a cualquiera!», pensé con nostalgia.

Daryos me miró con una sonrisa tan grande que casi me deshice. Entonces, Emi se detuvo en seco y se llevó la mano al pecho. Comprendí en el acto lo que vendría a continuación. Y no iba a gustarle.

Suspiré.

—¿Dónde está Tina? —Estiró el cuello, blanco y delicado, y escrutó la zona entera.

Allí había barogs rebeldes y algunas mujeres vinculadas, pero ni rastro de nuestra amiga insolente y decidida.

—¿No ha venido con vosotros? —preguntó Jenny, consciente de que Emi era incapaz de formular la pregunta.

Negué con la cabeza.

—Tina se quedó con el rey.

—¡Oh, Dios mío!

Las lágrimas se acumularon en los preciosos ojos aguamarinos de Emi. Había empezado a temblar.

—Fuimos a por ella. Entramos en casa de Cyrus, pero…

—¡Maldito monstruo! ¿La retuvo para que no pudierais liberarla? ¿Os atacaron y tuvisteis que huir antes de rescatarla? Dime, Callie, ¡dime!

Estaba histérica. Tina era su mejor amiga, así que su reacción era normal. Jenny, mucho más racional y calmada que todas nosotras juntas, le puso la mano en el brazo para transmitirle su apoyo. Tina también era buena amiga suya, pese a lo diferentes que eran, pues sus familias se conocían, o algo así. Tenían una de esas amistades extrañas y, sin embargo, sólidas.

Mientras que Tina y Emi eran esa clase de mejores amigas que van juntas a todas partes y comparten confidencias y chismes, la amistad entre Jenny y Tina era de esas en las que solo se acude a la otra persona cuando hay un problema grave o uno necesita ayuda de verdad.

—No, Emi. No sucedió de ese modo.

Me miró sin comprender.

—¿Entonces? ¿Por qué no está aquí?

—Ella decidió quedarse… con el rey.

Ambas tardaron unos segundos en procesar lo que acababa de revelarles. Tina siempre era sorprendente, y a menudo tomaba decisiones impopulares e imprevisibles. Pero aquello… superaba cualquier cosa que hubiera hecho en el pasado. Era grave y peligroso y una maldita locura.

Nos detuvimos de nuevo a la altura de uno de los hermosos manantiales, que surgían de la tierra misma y caían en un lago tras varios pequeños saltos de agua. Unas flores moradas enormes y olorosas decoraban la superficie, tan clara como el más pulido de los espejos.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Jenny.

—Entramos en la casa, Tina estaba allí. Traté de razonar con ella, pero no pude convencerla. Me dijo que debía quedarse con él, que era su *hoa uhane*.

—¿Su qué?

—Su alma gemela.

—¡¿Se ha vuelto loca?! ¿Cómo va a ser esa bestia su alma gemela? Quizás ese animal la había drogado o amenazado. ¿Y si la obligó a decir eso? ¿Y si la estaba intimidando? —dijo Emi, agarrándome de la pechera del vestido y zarandeándome un poco.

Solté sus manos de la tela con suavidad.

—Tú sabes que nadie puede intimidar a Tina ni obligarla a hacer nada que no quiera. En el momento en que lo dijo, él no estaba presente. Entramos y la encontramos sola. Cyrus llegó un poco después. Y cuando lo hirieron por error, repitió que permanecería con él. No vaciló ni un instante.

—¿Estás segura de que fue su decisión? No me entra en la cabeza, Callie —insistió Emi, abrazándome.

—Te prometo que está bien. No le había hecho ningún daño. Desconozco lo que ha pasado entre ellos, pero os digo una cosa: presiento que, con Tina al lado del rey, tal vez tengamos una remota posibilidad de que él y el príncipe hagan las paces algún día, aunque solo sea por el bien del pueblo barog.

—Eso es cierto —intervino Jenny—. Si alguien puede conseguir algo así, es ella.

—Es verdad, pero sigo sin entenderlo. Ese monstruo envió a los barogs a secuestrarnos, nos encerró en las mazmorras y ordenó que nos marcaran. ¡Sus hombres golpearon varias veces a Tina! Ella jamás perdonaría algo así.

Emi tenía razón. Ahí debía de haber algo más que se nos escapaba, porque era imposible que la gran Tina Martins se doblegara ante alguien causante de tanto horror. Quizás las cosas no eran exactamente como parecían y Cyrus no era tan malo. De hecho, Daryos y sus amigos seguían teniéndole cariño y, a veces, trataban de disculparlo. ¿Y si…?

«No. Ni hablar. Ese monstruo no merece el perdón. Puede que no siempre fuera malvado y tal vez tenga un motivo honorable para hacer las cosas horribles que hace. Me trae sin cuidado. El fin nunca justifica los medios. Tarde o temprano, Tina tendrá que abandonarle. No le quedará otra opción».

—¿Cuántas descendientes acudieron al punto de encuentro? —pregunté, cambiando de tema.

Emi agachó la cabeza.

—Solo cuatro.

Apreté la mandíbula.

—Bueno, mejor cuatro que ninguna.

—Dicen que la mayoría de las otras están bien con sus barogs. Y las pocas que no lo están, no se atrevieron a escaparse, temiendo las represalias si las capturaban.

Se me revolvió el estómago.

—¿Se encuentran bien?

—Más o menos Callie. Están dentro, descansando. El camino de regreso a través de la selva fue agotador. Tuvimos que detenernos varias veces porque dos de ellas estaban tan aterrorizadas y exhaustas que no seguían el ritmo. Creo que, de todos modos, tomamos una ruta más corta y directa que la vuestra. Axeh y los otros barogs se portaron muy bien con ellas. —Hizo una pausa y añadió—. No todos ellos son malvados, Callie. Ninguno de los rebeldes lo es, ni tampoco muchos de los que permanecen en la aldea. Creo que la mayoría son… buenos. Salvajes y muy distintos a nosotras, pero de buen corazón.

Observé a mi barog, que jugaba por el suelo con Enzo como si fueran dos cachorros alborotados. Daryos se reía mientras Enzo, tendido sobre él, le lamía la cara desde la barbilla hasta la frente. Rugían y forcejeaban. Se lo estaban pasando bomba. Pese al aspecto inmenso y amenazante de ambos, la escena me pareció muy tierna. Rebosaban amistad, amor y complicidad.

—Lo sé, Emi. Algunos son buenos de verdad.

Y tras estas palabras, entramos en la cueva.

Lo primero que hizo Daryos cuando entró en la cueva fue ir a saludar a las cuatro descendientes rescatadas de la aldea. Ellas,

todavía temerosas, no hablaron demasiado. Se mostraban asustadas frente a cualquier barog, así que mi amorcito no las presionó y las dejó en paz enseguida. Eso sí, se ofreció a ayudarlas en lo que necesitasen y les garantizó que allí estaban completamente a salvo. Nadie volvería a hacerles daño ni a tocarlas en contra de su voluntad.

Era un tema delicado, puesto que, a ojos de las tradiciones y de los dioses del manantial, cada una se había unido a su barog tras la cacería. Daryos no entró en ese tema y se limitó a insistir en que nadie las obligaría a regresar junto a su pareja. Escuché cómo le susurraba a Xerx que los ancianos pondrían problemas con eso. Parecía preocupado.

Tras hablar con las mujeres, varios barogs se acercaron a él con una petición u otra. Él los escuchó con atención y les prometió que buscarían una solución a esto o aquello. En general, todos se preguntaban cuál sería el siguiente paso, cuándo se arreglarían las cosas y podrían regresar a sus hogares en la aldea, y si creía que Cyrus al fin entraría en razón y suavizaría las normas.

Harta ya de que se preocupara de todo el mundo menos de él mismo, lo agarré del brazo y tiré de él hacia una pequeña cueva contigua, en la que Xioh lo esperaba para examinarle el hombro.

Como ahora éramos más numerosos, el sanador había trasladado todos sus utensilios y plantas medicinales a ese otro espacio, mucho más pequeño, pero donde podría atender con calma a los heridos y situar un par de camastros en el suelo de roca en caso de que fuese necesario.

Daryos protestó un poco, tratando de convencernos de que se encontraba perfectamente y no necesitaba de más cuidados. Antes de él, Xerx había pasado por las manos de su hermano. Aunque sus heridas tenían buen aspecto, las había desinfectado y vendado de nuevo para prevenir posibles complicaciones. Me gustaba Xioh, y me tranquilizaba tener a alguien así, responsable y precavido, entre nosotros.

Los barogs eran fuertes y longevos, pero no inmortales. Las esporádicas muertes prematuras entre los de su especie solían producirse por heridas mal curadas o por algún encontronazo con los

hermanos perdidos. Eran tan salvajes que apenas daban importancia a las lesiones, que podían acabar siendo fatales si no se las trataba a tiempo. Por lo demás, no acostumbraban a contraer enfermedades y estaban sanos como toros, mostrando una salud de hierro envidiable.

Xioh llevaba ya unos minutos examinando el hombro de mi amorcito, tanto el agujero de entrada como el de salida, en busca de indicios de infección o restos de veneno. Pululaba alrededor suyo, apretando aquí e inspeccionando allá, mientras Daryos, sentado en un taburete de madera ancho y robusto, protestaba y resoplaba. No era un buen paciente, eso seguro.

El sanador de Cyrus había limpiado la herida a conciencia, y los puntos de sutura, que según Xioh tendrían que haber sido algunos más, cerraban bastante bien el desgarro de la piel y el músculo. Aun así, le aplicó una cataplasma de hierbas, ni idea de cuáles, mezcladas con grasa y miel, y se la cubrió con un vendaje de lino, nuevo y limpio.

Estaba ya acabando cuando Daryos, que llevaba un rato inquieto y un poco pesadito, empezó a mirarme con esa intensidad que me desarmaba por completo.

—¿Ves, Callie? El vendaje debe quedar así de ajustado. De ese modo, el preparado de hierbas no se moverá y penetrará profundamente en la herida.

Me acerqué a mirar, mientras escuchaba atentamente las indicaciones de Xioh.

—¿Cuándo hay que cambiar el vendaje?

—Con cualquier otro, te diría que cada tres días, pero como este no se está quieto —Daryos soltó una carcajada—, probablemente en unas horas ya estará hecho una mierda. Así que tráemelo mañana al mediodía para que le eche un último vistazo y cambie las vendas.

Asentí.

—No seas pelmazo, sanador. Con lo bien que me porto siempre. Creo que me confundes con otro.

—Claro, D, porque a ti se te confunde fácilmente con otro. No me hagas reír.

Me encantaba ver la amistad tan sana y hermosa que tenían esos barogs. Formaban un grupo variopinto, pero muy entrañable. Me gustaba pensar que los suyos lo querían y se preocupaban por él… tanto como yo.

Xioh siguió hablando mientras anudaba las vendas y cortaba el trozo sobrante. Solo que Daryos y yo ya no le prestábamos atención.

Desde que me había aproximado a él, el aroma especiado e intenso de mi barog había empezado a inundar la pequeña cueva, intoxicándome hasta el tuétano. Cuando estábamos juntos, era imposible resistirse al embrujo que cada uno ejercía sobre el otro.

Daryos me deseaba con fiereza. Yo a él también.

Su cola osciló, gruesa e imponente, y se movió sinuosamente hacia mí. Contuve el aliento cuando la sentí alrededor de mi tobillo, tan suave que ahogué un gemido. Se coló despacio bajo mi vestido, provocándome, y fue ascendiendo por mi piel hasta que deslizó ardientes caricias entre mis piernas. Di un respingo, tratando de mantener a raya la excitación que crecía en mí. Entonces, su manaza me rodeó uno de los muslos y me acercó un poco más a él.

Xioh ensanchó las fosas nasales, un gesto tan típico en los de su especie. No estábamos siendo muy discretos, que digamos, y esos malditos barogs podían olerlo todo. Bueno, mi amorcito no estaba siendo discreto, yo todavía no había movido ficha…, aunque me moría por hacerlo.

El sanador guardó su material y se irguió, esgrimiendo una sonrisa.

—Vale, la buena noticia es que conservarás el hombro.

—Muy gracioso. ¿Algo más?

—Nada, *mi príncipe* —dijo con sorna—. Hora de marcharme.

—Ya estás tardando. Anda, lárgate ya y déjanos a solas. Mi *hoa uhane* y yo tenemos… asuntos importantes que tratar.

«Lo que tenemos es un calentón de mucho cuidado, *atontao*», pensé entre risas.

—Ya, lo imagino. Yo también tengo "asuntos" que tratar. Así que me largo —se despidió Xioh.

Mientras me sonrojaba, puse los ojos en blanco. Ahí no había quien tuviera algo de intimidad.

«No le des demasiadas vueltas. Vas a tener que adaptarte a ello. ¡Qué remedio!», pensé, aunque no creía que pudiera acostumbrarme nunca a lo de follar en público. Llamadme anticuada.

Daryos, que seguía sentado, me rodeó la cintura con su abrazo y me movió hasta colocarme de pie entre sus piernas. Bajó un poco el rostro y restregó los labios por mi vestido, justo en el lugar donde mis pezones se endurecían. Y ronroneó.

23 HAMBRIENTOS
CALLIE

Me estremecí entre sus brazos.

—Te he echado mucho de menos, amor.

—Pero si han sido apenas un par de días… ¡Ni que hubieran sido años! ¿No puedes estar ni dos días sin mí, *amorcito*?

—Pues no. De hecho, no puedo estar ni un segundo sin ti. No sé qué hechizo me has lanzado, preciosa, pero me tienes a tus pies.

—¡Sí que te ha dado fuerte! Lo que he de aguantar… No me seas un barog obsesivo, ¿eh? Bastante tengo ya con haberme enamorado de un tarado.

Soltó una carcajada.

—Qué cosas tan bonitas me dices siempre. Si es que eres una dulzura de mujer —dijo con tonito de guasa, conteniendo a duras penas otra carcajada—. Por cierto, me encanta que me llames *amorcito*. Cada vez que pronuncias esa palabra, me sube un no sé qué por las pelotas…

—Qué fino eres, cariño.

—Te uniste a un barog, ¿qué esperabas? ¿Un apuesto príncipe azul montado en un caballo blanco? Porque nada más lejos de la realidad.

—Al menos, príncipe sí que eres, algo es algo. No se puede tener todo en la vida.

Otra de sus carcajadas, más sonora incluso que la anterior, hizo eco por la cueva entera.

—Ven aquí, amor.

Me estrechó entre sus brazos robustos, que tenían más músculos de lo normal, seguro. Tras restregar la nariz por la piel de mi cuello, inspirando mi aroma, y recorrerme la columna desde la nuca hasta el trasero, alzó las manos. Despacio, pero sin detenerse, desató el nudo que me sujetaba el vaporoso vestido sobre un

hombro. Lo dejó caer con suavidad, deslizándolo por mi piel, hasta descubrir mis pechos, que quedaron expuestos ante él, a la altura de su boca.

—Pienso darme un buen festín con estas dos. —Sus manos, fuertes y callosas, rodearon mis tetas con posesividad—. Por los dioses, ¡qué hermosa eres!

Inclinó el rostro hacia mi delantera y cumplió su promesa, o sea, empezó a devorar mis pezones con la lengua, los labios, los dientes… Cada roce me arrancaba una descarga eléctrica allí donde chupaba, besaba o mordía. Una de sus manos se cerraba bajo mi pecho, alzándolo hacia su boca, mientras la otra, con la palma abierta sobre mi espalda, me presionaba hacia él. Mi seno se aplastaba contra su boca ansiosa, que me disfrutaba con voracidad.

«Dioses, esto es demasiado bueno para ser verdad… No me alejéis jamás de este barog, ¿eh?».

Veía su hambre de mí dibujada en sus facciones salvajes, hermosas y varoniles.

Ambos estábamos hambrientos.

—Ala, no te cortes, tú a lo tuyo. Como no tenemos cosas más importantes de las que hablar… —bromeé, hundiendo los dedos en su cabello espeso y atrayéndolo aún más hacia mis pechos, como si eso fuera posible. No había ni un solo milímetro entre nuestros cuerpos anhelantes.

—Voy a devorarte entera. ¿Recuerdas cuando te dije que, en cuanto fueses mía, te daría muchos besos por todas partes? —Paseó el filo de los colmillos por uno de mis pezones y contuve el aliento. Después, le dio un lametón—. Pues hoy es el día, amor.

Succionó con fuerza y a punto estuve de correrme.

Metió las manos bajo mi vestido y empezó a acariciarme las nalgas. Sus dedos se desviaron, y uno se hundió en mi intimidad desde atrás mientras el extremo de su cola me frotaba el clítoris y su boca me chupaba un pezón. Las sensaciones eran abrumadoras. Gemí.

—Ya veo… Pues va a ser que tus besos me gustan *bastante* —dije con un hilo de voz. En el estado en el que me encontraba, era un maldito milagro que hubiese dicho algo con sentido.

—Eso está bien… —Sacó el dedo y lo metió de nuevo hasta el fondo—. Aunque, cuando acabe contigo, espero que me digas que te gustan *mucho*… y que soy tu dios del sexo.

En la nebulosa de placer, logré sonreír.

Con un par de movimientos rápidos, me arrancó el vestido, se desprendió del taparrabos y me sentó sobre su regazo. Meció un poco las caderas para restregarme la polla y demostrarme lo excitado que estaba para mí. ¡Como si no me hubiera dado cuenta ya! Era un maldito obelisco. Me mareé.

«Bienvenida al placer en estado puro, señorita Dawson».

Le eché los brazos alrededor del cuello y le acaricié la melena a la altura de la nuca. Jadeó, y yo me removí encima de él, restregando el trasero sobre su erección.

Daryos gimió, entornando los ojos completamente extasiado. Lo contemplé embelesada, fascinada por ese ser inmenso y de aspecto fiero del que me había enamorado locamente. Entonces, los abrió de nuevo y los fijó en los míos.

—Joder, qué bien sienta que me mires así.

—¿Así cómo, tarado?

—Con deseo y… amor. Es como estar en casa. Tú eres mi hogar, Callie. Y esto es lo mejor que me ha pasado en la vida. Estar contigo es todo cuanto deseo.

—Bueno, puede que te quiera un poco… y que te desee bastante. —Le guiñé un ojo.

Él se rio. Acercó el rostro y me mordisqueó los labios.

—Me gusta esa manera de hablar que tienes. Parece que siempre tenga que esforzarme por conquistarte de nuevo.

—Y eso te gusta porque…

—Me apasionan los retos, *hoa uhane*, y tú eres el más difícil de todos. Y cada vez que te consigo, me siento el puto amo del universo.

—Malhablado.

—Preciosa.

Nos besamos como dos descerebrados hambrientos. Deslicé una mano entre sus gruesos muslos para estrujarle los huevos y el pene. Él gimió tan alto que creí que le estaba dando un ataque, pero

enseguida me cogió la mano para detenerme y me la apartó con suavidad.

—Quiero tocarte —pedí.

Tembló.

—Hoy será a mi manera —dijo levantando dos veces ambas cejas.

Reprimí las ganas de reír.

—¿Y cuál es esa manera?

—Te lo he dicho, amor. Muchos besos… por todas partes. Todas. Partes.

—¡Ah! ¡Que era literal!

—Pues claro, amor. ¿Pensabas qué era solo una manera de hablar?

—Contigo nunca se sabe.

Me cogió en volandas y me llevó hacia una plataforma de piedra en la que habían instalado un jergón, quizá para los posibles heridos a los que Xioh tuviese que tratar, o tal vez para él y Lansh. Poco importaba.

Me sentó en el borde y me pidió que me tumbara. Cuando él se arrodilló en el suelo con la cara a la altura de la plataforma supe de qué iba aquello. Me abrió los muslos con las manos y me observó un instante, relamiéndose los colmillos.

—Veamos, ¿por dónde empiezo? —dijo con la voz ronca y el cuerpo febril.

Me incorporé sobre los codos y lo observé mientras contemplaba embobado mi intimidad. La marca de nacimiento me hormigueaba.

—¿Admirando las vistas?

Asintió. Y antes de que pudiera hablar de nuevo, sentí sus labios directamente sobre mi centro de placer. Lo atrapó con suavidad mientras me acariciaba. Después empezó a lamerme. Lametones lentos y profundos que seguían un ritmo desquiciante. En cualquier momento me pondría a levitar.

Me retorcí, gemí, grité… Él no se detuvo. Siguió torturándome, ahora chupando, ahora recorriéndome de arriba

abajo, ahora metiéndome la lengua y curvándola en mi interior para provocarme las sensaciones más sublimes.

—¿Te gusta, amor?

—Ajá —murmuré entre jadeos.

—Tu sabor es… embriagador.

Siguió a lo suyo hasta que empecé a palpitar como una posesa y un orgasmo descomunal irradió desde mi intimidad por todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo hasta fundirme el cerebro, neurona a neurona. Sin duda, ya no me quedaba ninguna. Fue el clímax más prolongado e intenso que había experimentado nunca. Como tocar el mismísimo cielo con los dedos y flotar entre las estrellas más brillantes. ¡Así de increíble!

Cuando mis músculos internos empezaron a calmarse, húmedos y complacidos, y me abandoné desmadejada sobre el colchón, Daryos se puso en pie, me alzó los muslos, flexionándome un poco las rodillas, y, sin previo aviso, empujó dentro de mí.

La sorpresa me hizo abrir los ojos de golpe. Sentirlo dentro, tan tieso e hinchado, cuando yo estaba tan sensible en los últimos coletazos de mi orgasmo fue como un nuevo subidón. Iba en la montaña rusa más bestia del mundo, sin arnés y con los brazos levantados. ¡Y gritando! Estaba envuelta en el vértigo más placentero que existe. ¡Una caída libre de aúpa!

Cada una de sus embestidas fue fuerte, poderosa. Me llenaba entera, hasta el fondo. Y con cada vaivén impetuoso de sus caderas, el calor se hacía más y más insoportable entre mis piernas.

Miré hacia abajo, a la unión de nuestros cuerpos. Contemplar cómo entraba en mí de ese modo era la visión más erótica del mundo. Todos sus músculos estaban en tensión y temblaban por el esfuerzo. Sus rugidos primitivos reverberaban dentro de mí, sumiéndome en el éxtasis.

Acabamos juntos, gritando, abrazados y con las bocas unidas, su polla anclada en mí bien adentro, de ese modo tan extraño y excitante, y mis uñas clavándose en su trasero. ¡Y menudo culo tenía el tío!

Se sacudía violentamente mientras descargaba su semilla en mi interior. No me moví, dejé que él decidiese cuándo salir. Se

demoró lo suyo y, cuando al fin se deslizó fuera, lo hizo con suavidad, disfrutando de ese roce también. Cada segundo con ese hombre era un maldito tsunami.

Se dejó caer a mi lado y me acurrucó contra su pecho. Nuestras respiraciones, tan agitadas apenas unos segundos antes, fueron normalizándose hasta convertirse en un susurro, acompañado del sube y baja de nuestros pechos.

—¿Somos muy afortunados, verdad?

—Eso creo, grandote. Sobre todo yo, que tengo un novio la mar de *sexy* que tiene dos colas. ¡Cómo me pone eso!

Se rio con ganas.

—Sabía que mi cola trasera acabaría gustándote.

—Creo que ya le estoy pillando el tranquillo, ya ves.

Entornó los párpados, intensificando el abrazo.

—Oye, ¿y esos truquillos de los que me hablaste?

—Me los guardo para la próxima vez. Hoy me tenías absorbida con todos esos *besos*.

—¿No me puedes adelantar nada?

—Mmmm… Veamos… Uno de ellos está relacionado con ese trasero tuyo tan bien puesto.

—Me tienes muy intrigado.

—Pues te aguantas. Aprende a ser un poco paciente, hombre, que ya es hora.

—Seguro que es algo muy pervertido…

—Eso querrías tú.

Su risa provocó que la emoción me subiera por la garganta. Su cuerpo ardía junto al mío. Nuestras piernas estaban enredadas y su cola me acariciaba la espalda. Observé su rostro con detenimiento. Pocas semanas atrás, me había infundido un terror visceral. Ahora, sin embargo, era para mí un rostro amable, del ser al que amaba con toda mi alma.

«Qué extraña es a veces la vida…».

Las yemas de mis dedos se pasearon por sus facciones, recorriendo cada línea, cada ángulo, como si quisieran aprendérselos de memoria. Él parecía relajado y muy a gusto. Tras el recorrido, se

detuvieron sobre esa pequeña cicatriz que decoraba el puente de su nariz, pero que apenas se veía.

—¿Cómo te la hiciste? —De pronto sentía la acuciante necesidad de saberlo todo sobre él, hasta el detalle más insignificante. Me interesaba todo de mi príncipe.

—Fue en la pendiente de las rocas.

—¡Ah, ya veo! O sea, que lo de que te gustaban los deportes de aventura iba en serio.

Su risa, clara como el arroyo más cristalino, llenó el espacio.

—Fue en una de las carreras que hacíamos de niños, la más peligrosa. Calculé mal el salto de una roca a otra y me estampé contra el suelo. Por poco no me reviento un ojo.

—¿El verde o el azul?

—Que yo recuerde el…

—Vale, no hace falta que seas tan gráfico.

—¿Acaso no me querrías si fuera tuerto, amor?

—Te querría de todas formas, pero no tentemos a la suerte, ¿de acuerdo?

Volvió a reírse.

—Cyrus me socorrió. Sabía que no podía detenerse; que eso lo descalificaría de inmediato. Había estado soñando toda su vida con ganar esa carrera. Aun así, vino a ayudarme.

—Ya veo que era un buen hermano.

—El mejor.

Tras un breve silencio, me miró.

—Quizás aún estemos a tiempo de que vuelva a serlo —dijo.

—No sé yo. El rey se ha pasado tres pueblos.

—Todos merecemos una segunda oportunidad, Callie.

—Algunos, no. Siento discrepar contigo, pero es lo que pienso. Ciertas cosas no se pueden olvidar, mucho menos perdonar. Sin embargo…, si hicierais las paces, me alegraría por ti. Sé lo importante que es tu hermano para ti y lo que supondría eso para tu pueblo.

—Te lo agradezco, amor, pero me temo que muchas cosas tienen que cambiar para que eso ocurra y todo pueda volver a ser como antes.

Asentí.

—¿Crees que mañana se presentará en la gran roca esa que mencionaste?

—Sinceramente, no lo sé, aunque tengo esperanzas.

Ya no hablamos más sobre el tema. La incógnita se desvelaría al día siguiente. Si Cyrus aparecía, sería una muestra de buena voluntad. Aun así, ponerse de acuerdo no iba a ser tan sencillo.

Y si no aparecía…

Daryos me besó con delicadeza y yo le acaricié el pecho, justo encima de una de las espirales. Permanecimos abrazados un rato más hasta que alguien nos llamó desde la entrada de la cueva y tuvimos que regresar al mundo real.

24 LA PENDIENTE DE las ROCAS

Nemea, hace quince años

A esas alturas, habían competido ya muchas veces en carreras por toda la jungla. Sin embargo, esa era diferente. Porque la carrera por la pendiente de las rocas era, sin lugar a dudas, la más peligrosa de cuantas se celebraban en Nemea.

Hacía ya miles de años que los jóvenes medían su resistencia y su pericia compitiendo en esa prueba, en la que más de uno acababa rompiéndose un brazo o una pierna. Por supuesto, tras la carrera, todos lucirían nuevas cicatrices de las que presumir ante sus amigos… y ante su hoa uhane cuando fueran machos adultos. Podrían hinchar el pecho y pavonearse de su bravura.

La edad de corte para participar eran quince años, pero Daryos había dado tanto la lata durante semanas que, al final, su padre, harto de escucharlo, y pese a las reticencias de su madre, accedió a que participara. A fin de cuentas, iba a correr junto a su hermano, que acababa de cumplir los diecisiete y no permitiría que le sucediera nada malo.

El rey sabía que sus hijos menores eran unos cabezotas y que, cuando se les metía algo entre ceja y ceja, rara vez daban su brazo a torcer. No en vano ambos se parecían en eso a él.

Mientras Cyrus y Daryos se alejaban para reunirse con sus amigos, los reyes los contemplaron con orgullo en sus corazones. Algún día, ellos gobernarían Nemea junto a sus hermanos mayores con mano firme pero justa. Al rey no le cabía ninguna duda de que sus hijos eran los barogs más bondadosos, fieros, honorables y valientes de todo el planeta. Iban camino de ser los mejores guerreros de todos los tiempos. Él los guiaría y apoyaría para que así fuera.

Cuando los príncipes alcanzaron la salida de la aldea, sus mejores amigos ya estaban allí. Sus primos, Xioh y Xerx, y también los barogs rubiales, Lansh y Axeh. Los hermanos pequeños, Xerx y Axeh, no cumplían tampoco la edad requerida para participar, pero, al igual que Daryos, habían logrado obtener el permiso, bajo la promesa de que no se arriesgarían a descender por la zona más empinada, a la que todos llamaban "rompehuesos".

Daryos también lo había prometido, pero Cyrus sabía bien que sería un milagro si lo cumplía. Su hermano tenía la habilidad de meterse siempre en los mayores peligros posibles en cada situación que se presentase.

Se adentraron en la selva entre bromas y juegos, en dirección a la pendiente de las rocas, a un par de horas de caminata.

—Oye, D, ¿crees que todos los mayores bajarán por la "rompehuesos"? —preguntó Axeh mientras mordía una baya morada y se manchaba todo el pecho de jugo.

—Mi hermano seguro. Es el más valiente y va a ganar —dijo mirando a Cyrus. La admiración que sentía por él se reflejaba en sus hermosos ojos de distinto color.

—En eso estamos todos de acuerdo —dijo Xioh, el más cerebral y prudente de los seis—, aunque Lansh y yo no se lo vamos a poner fácil. —Esbozó una sonrisa retadora a su mejor amigo.

—Yo me lo voy a tomar con calma. No tengo ningunas ganas de acabar el día en manos del sanador. Bajaré por el camino cercano a la cascada y me aseguraré de cruzar la línea de meta. Y tú, Axeh, vendrás conmigo. No pienso perderte de vista, hermanito. Maa me molerá a palos si su niño guapo llega a la aldea lisiado —bromeó.

—Yo iré con Daryos. No necesito que me vigiles, ya soy mayorcito. En un año como máximo seré más alto que tú —dijo lanzándole a Lansh lo que le quedaba de baya.

El fruto voló por los aires directo hacia Lansh, pero este lo esquivó sin problemas, así que fue a estamparse contra el pobre Xerx, que caminaba en silencio, escuchando la conversación de sus amigos. Le dio de lleno en la mejilla.

Lansh y Daryos soltaron una carcajada. Cyrus y Xioh rieron también.

—¡No fastidies, Axeh! ¡Qué asco! —dijo Xerx, retirando con los dedos los restos de la fruta madura, que también le habían salpicado un poco el pelo—. ¡Ahora verás!

A partir de ese instante, gruesas bayas de distintos colores empezaron a volar en todas direcciones, impactando en las palmeras, la piel de los barogs e, incluso, el lomo de Enzo y Bazzeila, que caminaban uno al lado del otro cubriendo la retaguardia. Ese par de felinos eran grandes amigos y siempre los acompañaban a todas partes. De hecho, ellos dos y sus amos formaban una pequeña familia.

—Vale, ya basta. Estaos quietos —pidió Cyrus, jadeando y manchado de jugo de frutas por todas partes. Tenía un mechón tintado de amarillo y otro de rojo—. No podemos llegar así a la carrera, seríamos el hazmerreír de todo el mundo.

—Tampoco es para tanto, hermano, que ya nos conocen —dijo Daryos, chupándose un dedo lleno de pulpa de mora—. Esto está delicioso.

—Como sigas engullendo bayas a este ritmo, te va a pesar el barrigón y no podrás correr —le dijo su hermano.

—¿Barrigón yo? ¡Pero si soy todo músculo! ¡Mira! —Daryos empezó a pavonearse haciendo el idiota mientras sus amigos lo imitaban.

Cyrus le dio un manotazo y los obligó uno a uno a pasar por el riachuelo a lavarse enteros. Tras eso, recorrieron el resto del trayecto charlando y sin demasiados incidentes. Todos estaban muy impacientes. Que les hubieran permitido competir con los mayores era muy emocionante.

Cyrus sabía que su hermano no estaba preparado aún para un reto semejante. No porque no fuera lo suficiente rápido o fuerte, que lo era y mucho, sino porque todavía era un crío imprudente que lo veía todo como un juego. Y aquella carrera poco tenía de juego.

Estaba feliz por Daryos porque sabía lo importante que era para su hermano participar en la carrera junto a él. Lo habían estado hablando y planeando desde niños. Pero la carrera se había adelantado un par de años, y ahora había que afrontarla lo mejor posible.

Y él debía ganarla como fuese, tal como habían hecho en su momento sus hermanos mayores.

Tras dos horas atravesando la selva, correteando, saltando y bromeando, al fin llegaron a su destino. En cuanto aparecieron, el resto de los concursantes se acercaron a saludarlos con cariño, entre palmaditas y risas. El grupo de los seis era famoso entre los jóvenes de Nemea, y todos los apreciaban sin excepción, sobre todo a los príncipes.

Varios barogs de la aldea estaban ahí para controlar el desarrollo de la prueba y socorrer a quien fuese necesario. Cada vez que se había celebrado, alguien había resultado herido. Era inevitable.

Mientras se colocaban en la línea de salida, Cyrus se aproximó a su hermano, que estaba hablando animadamente con Axeh y Xerx, a buen seguro, ideando alguna de sus estrategias locas y arriesgadas.

«Lo que no se le ocurra a él…», pensó con ternura, esbozando una sonrisa. Adoraba a su hermano pequeño más que a cualquier otra persona en el mundo. A veces creía que su misión principal en la vida era protegerlo. Y era una misión agotadora. En realidad, Daryos se las apañaba muy bien solito… casi todo el tiempo. Y a Cyrus le encantaban las aventuras que compartían juntos, ya fuera solos o en compañía de sus cuatro amigos inseparables.

—Oye, D, yo bajaré por la parte más empinada de la pendiente, ¿de acuerdo? Pero ni se te ocurra seguirme. Quiero que vayas por donde irán Lansh y Axeh. Es mucho más seguro.

—Ni hablar, C, yo iré contigo por la "rompehuesos". Es lo que siempre habíamos dicho que haríamos, ¿acaso lo has olvidado?

—¡Claro que no! Pero tienes catorce, todavía no es el momento.

—No puedes impedirme que te siga, ya lo sabes —dijo esbozando una sonrisa traviesa.

—La carrera no es para tomársela a broma, D. Es muy peligrosa. ¡Podrías despeñarte!

—Correré el riesgo.

—Ya, pero si haces eso, tendré que vigilarte y mantenerme cerca de ti, y no podré ganar.

—¡Sí que ganarás! ¡Eres el mejor!

—No si, en lugar de concentrarme en la carrera, tengo que hacer de tu niñera, mocoso.

Cyrus le alborotó el cabello y su hermano lo apartó de un manotazo. Fanfarronearon y rieron, mientras sus amigos se les acercaban.

—¿Qué ocurre, C? —preguntó Xioh, rodeándole los hombros con el brazo.

—Lo de siempre, el enano este que me va a dar problemas —dijo resignado.

—Eh, D, ve con Xerx por la zona central de la pendiente. Acabo de echar un vistazo y tiene muy buena pinta. Os divertiréis sin necesidad de abriros la cabeza como un melón —dijo Xioh. Este y Cyrus se rieron.

—Muy graciosos —dijo Daryos esbozando una de sus hermosas sonrisas. Jamás se enfadaba con su hermano o sus amigos, y siempre se lo tomaba todo con buen humor…, aunque solía hacer lo que le daba la gana—. Ven, Xerx, vamos a ponernos de acuerdo tú y yo, porque estos dos van de listos sabelotodo.

Su amigo y él juntaron las frentes y empezaron a susurrar para que los mayores no los oyeran. En unos segundos, Axeh se unió a ellos.

—¿Qué hacen los peques? —preguntó Lansh, acercándose a Xioh y Cyrus.

—Tocarnos los huevos todo lo que pueden —soltó Cyrus sonriendo también—. Vaya, nada nuevo. Lo de siempre.

Los barogs mayores que organizaban la carrera los llamaron a todos para que tomasen posiciones. Los seis amigos se miraron entre ellos y se desearon buena suerte, así como también al resto de los participantes.

El brillo en los ojos de su hermano le dejó claro a Cyrus que iba a seguirlo hacia la zona más peligrosa de la pendiente, aquella que bajaba casi en vertical, plagada de grandes rocas. Para llegar

hasta abajo, había que saltar de una a la otra sin detenerse, evitando tropezarse. Una caída implicaría una seria lesión.

Cyrus suspiró. Quería ganar aquella carrera con todas sus fuerzas…, pero sabía bien que, si su hermano lo necesitaba, correría a su lado.

Así es como siempre habían sido las cosas entre ellos… y jamás pensaba cambiar.

En cuanto dieron el pistoletazo de salida, Cyrus se lanzó "rompehuesos" abajo, saltando sobre la primera roca.

Daryos lo seguía de cerca.

25 UNA CHARLA INTERESANTE
CALLIE

Tras nuestra gratificante sesión de sexo, nos unimos de nuevo a nuestros amigos. Nos aseamos en uno de los manantiales y después, con la ayuda de Lansh, le mostré a Daryos mi buena puntería con el arco. Me propuso que disparara a un *llitop*, a lo que, por supuesto, me negué rotundamente. ¿Qué demonios tenían contra esos animalillos adorables? ¡Con la de bichos asquerosos que corrían por esa selva!

—Tarde o temprano, tendrás que practicar con objetivos en movimiento —me dijo mi barog.

—¿Qué tal si intento darle a tu culo?

—Mujer, harías un buen estropicio. ¿Estás segura de que es eso lo que quieres?

Lansh se desternillaba mientras meneaba la cabeza de un lado a otro.

—Todavía no sé cómo demonios te aguanto. Es la gran incógnita de mi vida. —Resoplé.

—¿Sabes, D? Jamás imaginé a qué tipo de mujer te unirías. Pero nada más conocer a Callie, supe que era perfecta para ti —dijo Lansh.

—Claro que lo es, ¿verdad, amor?

Puse los ojos en blanco.

—Te da la proporción exacta de amor y hostias que necesitas.

Ahora fui yo la que solté una carcajada.

—Sinceramente, no le veo la gracia, Lansh —dijo Daryos.

Entre risas, regresamos a las cuevas, donde la comida ya estaba lista. Un estofado humeaba en la cazuela, desprendiendo un aroma que me hacía la boca agua.

Mientras saboreábamos la deliciosa carne, pasaron bandejas con panecillos y algunas verduras crudas para acompañar. El estofado tenía un color peculiar, pero me abstuve de preguntar. Prefería no saber lo que era. ¡Si estaba bueno, para dentro! Había perdido ya los remilgos que tenía al llegar a Nemea. ¡En tiempo récord! No quería ni pensar en qué sería capaz de hacer cuando llevara varios años viviendo ahí.

«Varios años», me repetí mentalmente.

Mi existencia entera se desarrollaría en Nemea, hasta que mi vida en la Tierra no fuera más que un puntito lejano que apenas recordaría.

Me aguijoneó una leve punzada de nostalgia, pero no dejé que ganara terreno. Las cosas eran así, punto. Recordar, lamentarse y autocompadecerse no se encontraban entre mis opciones… y no me servían para nada.

Así que me llevé una nueva cucharada de estofado riquísimo a la boca y sonreí cuando mi barog dijo una de sus tonterías. Xioh, Lansh, Axeh y Emi estaban junto a nosotros, mientras que Xerx y Jenny se habían sentado al otro lado del fuego. Les eché un vistacillo a esos dos, que comían en silencio lanzándose miraditas de reojo de vez en cuando. Yo sabía bien cómo acabarían las cosas entre ellos…. ¡Juntos y revueltos! Con esos pedazos de barogs buenorros e insistentes era imposible acabar de otro modo.

Axeh y Emilia hacían más avances que la otra parejita. Él le acariciaba la mejilla de vez en cuando o enroscaba un dedo en sus rizos, y ella se sonrojaba. Estaban muy pegaditos y daba la sensación de que, en cualquier momento, él se la cargaría al hombro y se la llevaría a algún rincón un poco íntimo para darle tantos besos como Daryos me había dado a mí.

Tenía que hablar con las dos. Que yo supiera, ninguna se había acostado nunca con nadie, y por mucho que les gustaran esos barogs, que la primera vez fuese con semejantes portentos de la naturaleza podría traumatizarlas para siempre. Lo que tenían esos animales entre las piernas no era ninguna broma y al principio impresionaba un poco. Me había propuesto prevenirlas para que no

salieran corriendo en cuanto Axeh o Xerx se despojaran del taparrabos.

El barog de melena dorada parecía un cielo, respecto a Xerx… De vez en cuando nos lanzaba alguna miradita a Daryos y a mí que no comprendía del todo. Ese día se mostraba amable conmigo, pero todavía no sabía de qué palo iba.

Tras la comida, hablamos un rato con las descendientes rescatadas de la aldea. Una de ellas había sido alumna de la universidad. Uno de los peores barogs la había atrapado durante la cacería. Se me partía el alma al escucharlas. Solo esperaba que el tiempo sanara sus heridas y les permitiera recuperarse y avanzar.

No tenía ni idea de si algún día se unirían a otro barog, uno amable que las respetara. Como tampoco sabía qué ocurriría con los barogs de su unión previa. ¿Las buscarían sin descanso? ¿Intentarían recuperarlas a toda costa? Según Daryos, toda unión sellada en Nemea era sagrada…

No quería seguir pensando en eso, era demasiado espeluznante.

Por la tarde, Daryos se enfrascó en una reunión interminable con todos sus rebeldes para organizarse en caso de que Cyrus acudiera a la cita. Tras unos minutos escuchándolos, decidí que ya tenía más que suficiente. Daban vueltas a lo mismo una y otra vez, se despistaban con cualquier cosa y, de pronto, uno u otro se ponía a jugar con alguno de los leones. Reían y bromeaban la mitad del tiempo. Así eran los barogs.

Aproveché que mi amorcito estaba ocupado para sentarme con Emi y Jenny a charlar un rato cerca de la hoguera. Tras hablar de vestidos, ropa interior, o más bien la falta de ella, serpientes, *llitops* y arcos, abordé el tema que realmente me interesaba.

—Y ahora que estamos solas…

Emi se envaró.

—Si vas a sacar el temita de Axeh, ahórratelo. Desde ya te digo que no quiero hablar de ello.

La miré con expresión inocente. Jenny se reía.

—Mujer, si todavía no he dicho nada.

—Te conozco, Callie Dawson.

—Era vuestra profesora. ¡Qué poco queda del respeto que me teníais! —dije sonriendo.

Aunque reconozco que me estaba comportando un poco como una cotilla, no pretendía incomodarlas, tan solo ayudarlas. Esas chicas tan jóvenes no tenían a sus madres ni hermanas, o lo que fuese. Yo también era joven y apenas sabía nada del mundo, mucho menos de Nemea. Sin embargo, era todo cuanto tenían.

Intercambiaron una mirada.

—Te seguimos respetando, es solo que… me da vergüenza hablar de ello, ¿vale?

—A ver, creo que, con todo lo que nos ha ocurrido desde que llegamos aquí, a estas alturas ya deberíamos haber perdido la vergüenza por completo.

—¿Tú la has perdido?

Reflexioné unos segundos.

—Bastante, sí. ¡Qué remedio! Con esos barogs que se despelotan a todas horas… Por no hablar de las parejas que están dale que te pego en la cueva durante toda la noche sin importarles que los demás podamos verlos y escucharlos.

—No sé de qué estás hablando —dijo Jenny mirando hacia otro lado.

—Claro, claro, seguro que tú no les has echado ni un vistacillo por mera curiosidad.

—¡Por supuesto que no! —dijo Jenny sonriendo mientras se sonrojaba.

Emi se llevó la mano a la boca.

—¿Y eso pasa todas las noches? —preguntó en voz baja.

—Pues no lo sé, pero la última noche que dormí aquí, vi a Lansh y Xioh mientras…

—Calla, Callie, no nos lo cuentes. ¡Cómo te gusta escandalizarnos! —dijo Emilia, removiéndose inquieta mientras mordisqueaba un panecillo. Al parecer, yo no era la única adicta a ese manjar.

—¡Para nada! A ver, hay algo que quiero contaros y ahora va en serio, ¿de acuerdo? —Las dos asintieron—. Pero antes necesito saber una cosa. No es por cotilleo, bueno, no del todo.

—Anda, suéltalo ya —dijo Emi.

—¿Tienes intención de unirte a Axeh? Ya sabes, convertirte en su pareja de vida, su *hoa uhane* y todo ese rollo barog.

Ella dudó.

—No lo sé, Callie. Todavía no me lo he planteado.

—Pues te aseguro que él sí, así que ve pensando en ello para que, cuando llegue el momento en que ese barog buenorro te seduzca, no te pille por sorpresa.

Se ruborizó un poco más.

—A ver, tengo solo veinte años, no es que algo así entrara en mis planes. Lo de unirme a un hombre para toda mi existencia me impresiona un poco, la verdad. Pensaba acabar mis estudios de enfermería, viajar al extranjero para hacer prácticas, empezar a trabajar…

—Pues mira, ya has viajado al extranjero, y estoy segura de que Xioh estará encantado de contar con tu ayuda.

—Pero ¡si todavía no he acabado los estudios!

—Aprenderás con la práctica. ¿No os decíamos en la universidad que esa era la mejor manera? Ya te digo yo que la biología se te daba de maravilla y, por lo que tengo entendido, el resto de las asignaturas también.

—Estoy asustada. Todo parece ir demasiado rápido.

—Dímelo a mí, que en cuestión de unos pocos meses he pasado de ser una joven profesora, soltera y sin compromiso, con una prometedora carrera por delante, a convertirme en una mujer descendiente en el paro, unida de por vida a un príncipe barog macizo y tarado en un planeta que no sé ni donde situar.

—¿Cómo ha ocurrido algo así, señorita... Callie? —dijo Jenny con un hilo de voz—. Se suponía que nuestras vidas iban a transcurrir de otro modo. Esto parece… irreal. No me hago a la idea de que vayamos a pasar aquí el resto de nuestra existencia.

—Lo sé. —Moví las manos y les apreté un poco el brazo a cada una para reconfortarlas—. Lo mejor es no pensar a largo plazo. Preocupémonos solo del aquí y ahora. Aprendamos de ellos el máximo de cosas útiles posible y ayudémonos las unas a las otras.

Confiemos en que, poco a poco, nos iremos adaptando a nuestra nueva vida. Estoy segura de que lo conseguiremos.

Las dos asintieron.

—Es un sabio consejo —dijo Jenny.

—Por algo era profesora —dije guiñándoles un ojo—. Y retomando el tema anterior…

—¿Es necesario? —protestó Emilia.

—Mucho. No quiero que os dé un infarto cuando veáis… Ejem… Me refiero a que siempre va bien algún consejito.

—¿Cuándo veamos qué?

Suspiré.

—A ver, bonitas, vamos a hablar claro, ¿de acuerdo? ¿A ti te gusta Axeh de verdad, Emi, o solo te halaga que esté tan pendiente de ti y estás jugando a ponerlo cachondo?

Dio un respingo.

—¡Qué cosas me dices! ¡Claro que me gusta! Pero quiero ir despacio, y él lo respeta. Solo nos hemos besado un par de veces. Apenas lo conozco, y es un…, bueno, un barog.

—Exacto. ¿Y qué hay de ti, Jenny? ¿Te gusta Xerx? Porque el tipo ya te miraba embobado cuando todavía estábamos en la uni. Lo pillé más de una vez.

Esperé pacientemente a que contestara, rezando para que no se negase a hablar de ello como en las anteriores ocasiones. Jenny era mucho más reservada que Emilia. En realidad, que cualquiera de las otras chicas.

—Eso me ha dicho. Que, en cuanto me vio la primera vez, no pudo dejar de observarme.

—Otro tarado acosador… —murmuré.

—¿Qué?

—Nada, mujer. ¿Te gusta o no?

—Es agradable charlar con él. Es inteligente, y me siento cómoda a su lado. Parece… distinto a los demás.

«Rarito y antipático, pero al menos no es un monstruo violador como algunos de sus congéneres. Eso tendrá que bastar. Y es muy apuesto en sus dos formas».

—¿Ha habido tema entre vosotros?

Tardó unos segundos en responder.

—No, no. Ni siquiera nos hemos besado. No sé si podría. Esos colmillos, y las garras, y… Aunque debo reconocer que, de un modo extraño, me atrae. Recuerdo su versión humana. Me gustaba.

—Bueno, por lo que veo, tarde o temprano, os uniréis a ellos. Que serán vuestros novios, vaya. Según tengo entendido, vosotras dos nunca…

Negaron con la cabeza.

—Habréis hecho algo, ¿no?

—Yo he salido con dos chicos, pero no avanzamos demasiado, la verdad. No me gustaban lo suficiente, supongo —dijo Emi, avergonzada.

—Yo solo fui en serio con uno, pero no pasamos de los besos y poco más.

—Ah, y una vez se la chupé al primo de Tina —soltó Emi de pronto—. Sentía curiosidad. ¿Eso cuenta?

Jenny y yo la miramos perplejas. ¡Vaya con la dulce Emi! Aunque todo lo que habían hecho hasta ahora era un paseíto comparado con lo que se encontrarían cuando se unieran a esos barogs enormes. ¡Aquello era jugar en otra liga!

—Todo cuenta, Emi. A ver, ya habéis visto a algunos barogs desnudos, así que no hace falta que os diga que lo que tienen colgando es… muy grande.

—¿Y cómo…? Ya sabes. Porque parece imposible que…

—*Parece* imposible, pero no lo es. De hecho, encajamos a la perfección. Es una sensación extraña, porque a veces da la impresión de que vayas a morir empalada, pero no es así en absoluto. De hecho, el sexo con un barog es maravilloso, siempre que sea consentido y él os atraiga, por supuesto.

—Pues me dejas más tranquila —dijo Emi—. Algunas de las mujeres vinculadas nos explicaron eso mismo, pero oírtelo decir a ti es mucho más tranquilizador.

—¿Y os hablaron también del… anclaje?

—Lo mencionaron, pero no nos dieron detalles, y reconozco que no entendí demasiado cómo funcionaba —contestó Emi con sinceridad.

—Yo tampoco —dijo Jenny.

—¿Recordáis los videos esos que os ponía en clase de biología sobre la cópula de los lobos y de algunos grandes felinos?

El temor asomó a sus expresiones.

—Vale, olvidad eso. No sé cómo funciona. Solo sé que, de algún modo, cuando alcanzan el orgasmo, se hinchan un poco más y quedan anclados en nuestro cuerpo durante unos minutos. Su liberación es prolongada, mucho más que la de un humano, y cuando acaban, se desenganchan, por decirlo de forma sencilla.

—¿Es doloroso?

Sus caras de espanto eran todo un poema.

—No, para nada. A ver, vosotras sois vírgenes, así que la primera vez será algo molesto, pero eso es normal, ya lo sabéis. Por lo demás, no os preocupéis y disfrutad. Pero no dejéis que os pongan la mano encima hasta que estéis preparadas y decidáis libremente que queréis hacerlo. Si tienen que esperar un poco, tampoco se morirán por ello.

Soltaron risillas.

—Gracias por la información, Callie. Aunque creo que, en mi caso, falta mucho para eso —dijo Jenny.

A Emilia le brillaban los ojos.

Seguimos charlando un poco más sobre el tema hasta que los barogs regresaron a la cueva. Tras darme un beso, Daryos se lio a hablar con Lansh y Xioh sobre no sé qué de las cuevas de las panteras. Prefería no saberlo.

Axeh se llevó a Emi a dar un paseo y Xerx vino directo hacia donde estábamos Jenny y yo. En cuanto lo vi, me dispuse a levantarme, pero me pidió que me quedara, lo cual me extrañó mucho. Se sentó en el suelo al lado de Jenny.

—Quería hablar un momento contigo, Callie, si te parece bien.

Sus ojos negros rodeados de un círculo anaranjado se clavaron en los míos un instante. Después, miró a Jenny y le dedicó una suave sonrisa. Ella se la devolvió.

—Verás… —dijo mirándome de nuevo—. Quería darte las gracias.

—¿Y eso por qué? —dije sorprendida. No me apetecía mucho hablar con ese barog, pero me esforzaría por Jenny y por Daryos.

Mi alumna lo miraba en silencio con sus ojazos azules muy abiertos.

—Por salvar a Jenny —soltó, apretando la mandíbula.

«¿De qué narices me está hablando este?». Me costó unos segundos procesar lo que estaba ocurriendo.

—¿Te refieres a…?

—La liberaste de aquel barog que quería poseerla por la fuerza y unirse a ella. Arriesgaste tu vida por Jenny, y eso jamás lo olvidaré.

—Cualquiera de nosotras hubiera hecho algo así. Yo solo pasaba por allí.

—No le quites importancia, Callie —susurró Jenny, visiblemente incómoda.

—Eres mi alumna. Mi… amiga. No iba a dejar que esa bestia te hiciera algo así. No podía salvarlas a todas, pero sí a ti. Y volvería a hacerlo una y mil veces.

—Estoy en deuda contigo. Para siempre —dijo Xerx. Los destellos de sus ojos oscuros daban fe de que estaba hablando en serio.

Sentí un escalofrío y apuesto a que Jenny también. Se removió inquieta.

—Eso me parece maravilloso, pero no lo hice por ti. Lo hice por ella y por todas las mujeres de este planeta.

—Lo sé. Aun así, te estoy muy agradecido. No es un secreto que Jenny… —inspiró despacio— me gusta mucho. Y algún día, me encantaría unirme a ella.

Las dos dimos un respingo e intercambiamos una mirada.

«¡Menuda intensidad tienen estos tipos!».

—Eso está muy bien, siempre que sea lo que quiere Jenny, claro.

Él se giró para contemplarla. En su rostro vi con absoluta nitidez la devoción que sentía por ella.

—Por supuesto, Callie. Jamás me impondría por la fuerza. Yo no soy… de esa clase de barogs.

—Lo sé. Conozco bien a Daryos y me consta que nunca tendría por su mejor amigo a alguien que no fuera bondadoso. Al fin y al cabo, eres el segundo al mando de los rebeldes. Solo por eso ya tienes mi respeto y mi voto de confianza.

Inclinó la cabeza a modo de asentimiento. Las vetas rojizas de su melena oscura brillaron como cobre recién pulido.

—Escucha, Callie. Sé que las pocas veces en que hemos coincidido no he sido demasiado amable contigo. Me preocupaba por D, eso es todo. No quería que cometiera un error ni que sufriera. Pero ahora sé que, a tu lado, es muy feliz. Eso es lo más importante para mí.

—Fuiste un capullo, es cierto —solté sin más. Jenny me reprendió con la mirada—. Pero te perdono.

—¿Empezamos de cero?

Sonrió tímidamente.

—Trato hecho. —Le tendí la mano sin vacilar y él me la estrechó con su manaza. Tuvo la gentileza de esconder las garras—. En cuanto a mi amiga… —dije rodeándole a Jenny los hombros con el brazo y achuchándola un poco—, sé que la rondas desde hace mucho. Solo espero que la respetes y la trates bien. Porque como me entere yo de que vas de cabrón con ella, nuestro trato se irá a la mierda, y me desviviré día y noche para que mi amorcito te lance a ese lago del cocodrilo azul que le gusta tanto.

Xerx amplió la sonrisa mientras Jenny se ponía de todos los colores.

De pronto, el barog desenfundó su cuchillo y lo alzó ante su rostro. Me encogí por instinto.

Lo que siguió me dejó boquiabierta. Abrió la palma de la mano y se practicó un corte largo, aunque poco profundo. Entonces, cerró el puño con fuerza y se levantó. Se aproximó más a las llamas de la pequeña hoguera y dejó caer sobre ellas unas gotas de sangre mientras murmuraba unas palabras que no comprendimos. Capté la mirada de Daryos desde el otro extremo de la cueva.

Xerx regresó junto a nosotras y se sentó de nuevo.

—¿Y eso qué ha sido? —pregunté.

—Mi juramento de sangre hacia ti. Te lo dije, estoy en deuda contigo.

—Vale, lo que tú digas. Un poco extremo, ¿no?

—Así hacemos las cosas por aquí.

«Y así nos va a todos…», pensé. Pero no dije nada.

—Creo que con tu amistad me valdrá.

Xioh apareció en escena y se sentó con nosotros. Me dio un leve apretón en el hombro.

—No te preocupes, Callie, mi hermano es un poco intenso y dado a la teatralidad.

—Ya veo.

—Y le gusta darme trabajo. Anda, hermanito, pásate luego por la otra cueva que te vendaré la mano.

Xerx sonrió y se rascó la cabeza con la mano sana. Cuando bajó el brazo, lo dejó caer discretamente sobre los hombros de Jenny. Ella no dijo nada. Se recostó un poco hacia su pecho. Él suspiró.

En cuestión de segundos, se nos unieron Lansh, Emilia y Axeh. El último en llegar fue mi barog guapetón. Se sentó detrás de mí en el suelo, me rodeó la cintura y me acomodó entre sus piernas.

Y así pasamos el resto de la tarde hasta que las lunas brillaron en el cielo, semiocultas por los nubarrones, y se sirvió la cena. Después, nos distribuimos en los múltiples jergones para pasar la noche, y yo me acurruqué en el mío junto a mi barog.

Por supuesto, tuve que amenazarlo seriamente para que me dejara en paz. Ni loca iba a dejar que me hiciera el amor delante de todo el mundo. El pobre se contentó con meterme mano bajo la colcha de lino y besarme hasta que se me hincharon los labios.

Poco después, el silencio se extendió por todos los recovecos de la cueva y se apagaron los últimos rescoldos de la hoguera. Daryos y yo nos quedamos dormidos enseguida, abrazados y con las piernas enredadas. Ajenos por completo a que algo nos observaba.

26 el rey y yo
tina

Uno de los guardias irrumpió en la habitación tras llamar a la puerta. En cuanto entró, Cyrus se incorporó un poco en la cama. Cada vez que se movía, se me encogía el estómago. Según el sanador, el cuchillo solo había segado el músculo, no había dañado ningún órgano vital, lo cual era un maldito milagro.

Tras desinfectarle la herida y cosérsela, le administraron unas hiervas que combatirían las posibles infecciones. Pero esa gente no tenía radiografías ni escáneres ni unos simples antibióticos, así que yo estaba muy preocupada.

Me lanzó una mirada exasperada como si me hubiera leído la mente. Le había preguntado unas veinte veces si estaba bien, y eso solo en la última hora.

—El informador está aquí, mi rey. Tiene algo importante que contarte.

—Hazlo pasar.

El barog salió un instante, que aproveché para comprobar que el vendaje de Cyrus seguía en su sitio.

—Estoy seguro de que no se ha movido desde la última vez que lo has mirado… hace cinco minutos.

—No seas borde conmigo. Estoy cuidando de ti.

—Ya oíste al sanador. No hay de qué preocuparse.

—Por supuesto, pero ¿sabes? Esta es la primera vez que soy testigo de un apuñalamiento, así que discúlpame si me ha impresionado un poco.

—Todavía no entiendo por qué sigues aquí. Te dije que podías irte en cualquier momento y reunirte con tus amigas y los rebeldes.

—¿Eso es lo que quieres? ¿Qué me largue y te abandone con tu malhumor?

—Yo no he dicho eso.

—Pues cállate ya. Me he quedado contigo porque me da la gana. Alguien tiene que cuidar de ti, está claro que tú no vas a hacerlo.

—Ni que fuera un lisiado.

—No, solo te hundieron la hoja de un cuchillo en el pecho, nada del otro mundo.

—¿No ves las cicatrices en mi piel, mujer? ¿Acaso estás ciega? He sufrido cientos de heridas mucho peores que esta.

—Ya, pero, por entonces, yo no estaba aquí.

Resopló.

—Eres una pésima enfermera, ¿sabes?

—¿Ah, sí? Y yo que pensaba que no te habías desangrado unas diez veces gracias a mí. ¡No te estás quieto!

—Un rey no puede estar postrado en una cama, Tina. Tú no lo entiendes.

—¡Oh, lo comprendo perfectamente! Pero te aseguro que un rey muerto no vale para nada. Así que pórtate bien.

Soltó una carcajada. Aunque disimuló, vi el rictus de dolor cuando la piel del pectoral se le agitó por el movimiento.

—Una cuchillada superficial no va a dejarme fuera de combate, mi reina. Haría falta bastante más para aniquilarme.

—Mira, Cyrus, lo enfocaré de otro modo. ¿Tú quieres ir al encuentro con tu hermano mañana?

—Todavía no lo he decidido.

—Ya decido yo por ti: vas a ir.

—Tina…

—Y para presentarte en esa gran roca o lo que sea ese sitio, tienes que estar en forma. Esos rebeldes no pueden verte débil, sino fuerte y poderoso. El mejor rey que Nemea puede tener, ¿lo entiendes?

—La decisión es mía, no tuya. La tomaré cuando sea el momento.

—Pues no es que te quede mucho tiempo para decidirte. Por lo que me has dicho, para llegar mañana a mediodía, tendríamos que salir al alba. En este estado, puede que te desplaces más lento y…

—¿*Tendríamos*? Tú no vas a venir, es demasiado peligroso.

—Peligroso para ti, el rey cabrón todopoderoso al que odian. No para mí, la pobre humana cazada por semejante monstruo y obligada a unirse a él.

Me miró cabreado. Yo a él desafiante.

Dos barogs entraron por la puerta, el que había venido antes y otro al que no había visto nunca. Hizo una reverencia y esperó una indicación de Cyrus para aproximarse a la cama.

—Traigo noticias, mi rey.

—Habla.

—Los hermanos perdidos han enviado varios grupos de expedición.

Cyrus se incorporó un poco más.

—¿Cuántos?

—Por el momento, hemos detectado tres grupos de unos diez o doce cada uno, enviados en distintas direcciones. El grueso de su gente sigue en los pantanos del sur.

—¿Alguno de ellos se dirige hacia aquí?

—Todavía están muy lejos, y desconocemos sus intenciones. Pero, desde la Gran Guerra, esta es la primera vez que los suyos se alejan tanto de su territorio.

El rey se rascó el mentón. Sus ojos se oscurecieron un poco más.

—¿Y las *aninfs*?

—Solo unas pocas *aninfs* hembra viajan con ellos, supongo que para… —me miró de reojo— satisfacerlos. Las demás siguen en los pantanos. No creo que sean un problema. Como bien sabes, a lo largo de nuestra historia jamás han tomado partido por uno u otro bando, salvo unas pocas que los perdidos usaron de apoyo, como nosotros hacemos con los leones y las panteras. Las *aninfs* solo atacan cuando se las hostiga, como cualquier otro animal de la jungla.

—No olvidemos su destreza y velocidad. En el fondo, son depredadores. Si no, que se lo pregunten a los pobres *llitops, los* pulpos o los linces de los peñascos. Estos casi se extinguieron por su culpa. Pero es cierto que no suelen ser hostiles con los barogs,

aunque, por algún motivo, nunca me he fiado demasiado de ellas. No sé lo que esconden detrás de sus ojos plateados.

Los escuchaba fascinada. Cyrus me había comentado algo sobre esos seres estilizados y cubiertos de suave pelaje, con apariencia humanoide y melenas kilométricas, equipados con las garras más largas y afiladas de todo Nemea. Hermosas y letales, así las había descrito. Al parecer, los barogs aún no apareados se tiraban a las hembras en la selva cuando les venía en gana, y ellas accedían encantadas. Prefería no indagar sobre ese punto.

Me recorrió un escalofrío al imaginar a esas bestias. ¿Vería alguna? Sentía curiosidad y, al mismo tiempo, un temor visceral.

—Quiero a dos de los nuestros controlando cada uno de esos grupos de hermanos perdidos. Si alguno se desvía hacia aquí, aunque sea solo unos centímetros, necesito saberlo de inmediato.

—Han pasado ya diez años desde la Gran Guerra, Cyrus, y jamás han hecho otro movimiento. ¿Crees que están pensando en atacar de nuevo?

Una chispa de dolor cruzó el rostro del rey. Se deslizó fuera de la cama y se puso en pie, pese a mi mirada reprobatoria, como una queja silenciosa.

—Su sangre se deteriora. Necesitan a nuestras mujeres para revitalizar su descendencia. Por lo que los informadores han detectado durante estos años, los nacimientos cada vez son más complicados. Sus hijos son traídos a este mundo sin apenas un destello de inteligencia en la mirada y con unos rasgos más cercanos a las *aninfs* que a nuestra raza. Los genes humanos se han diluido tanto que pronto se verán reducidos a meros animales, y entonces estarán perdidos de verdad. Sus antiguos lo saben bien. Han crecido en número gracias a los cruces con las *aninfs*, pero quedan muy pocos similares a nosotros.

—Dispondré la vigilancia, mi rey. Te informaremos de cualquier viraje en su trayectoria.

—Tarde o temprano, vendrán a por las descendientes, no les queda otra alternativa. Es cuestión de supervivencia. Si alguien puede comprender eso, somos nosotros. Por eso mismo cruzamos el

portal cada dos siglos y nos arriesgamos en un mundo que podría destruirnos con solo apretar un botón.

Se estaba refiriendo a la Tierra. Me estremecí. Ellos habían ido a raptarnos para asegurarse la supervivencia de su especie, y ahora esa subespecie, esa desviación de los barogs originales, nos necesitaba también a nosotras para no condenarse a una existencia simple y con un bajo coeficiente intelectual. Los barogs eran mitad humano, mitad barog. Esos seres que nacían de barog y *aninf*, solo tenían un cuarto de sangre humana en su organismo, y eso los primeros, porque los que nacían ahora tenían mucho menos.

—Avisa a los demás. Mañana me llevaré a cinco de vosotros a la gran roca para el encuentro con el príncipe.

«¡Bien! ¡Va a ir a hablar con su hermano!».

El barog palideció.

—¿Solo cinco, Cyrus? Los rebeldes son muchos más.

—Bazzeila vendrá también con nosotros, y quiero a otras dos panteras. Deja que ella las elija.

Bazzeila, que dormitaba pegada a la cama de su amo, alzó la cabeza y sus orejas puntiagudas se agitaron. Si no hubiera sido imposible, habría jurado que acababa de sonreír. Sus ojos llamearon como oro recién derretido en la forja.

—Aun así, mi rey…

—Daryos nunca me atacaría a traición.

—Con todos los respetos, discrepo. Lo apresaste, heriste y encarcelaste en las mazmorras. A él y a su segundo al mando, al que torturamos.

—Sabes bien que yo no di esa orden. No hagas que me cabree, Zhorix. Mi hermano no me traicionaría jamás.

—Ha creado un grupo de rebeldes. ¿No es eso traición suficiente?

—Él quiere hablar conmigo tanto como yo con él. Es la última oportunidad para arreglar las cosas. Y créeme, ya podéis rezar a todos a los dioses del manantial para que esto salga bien. Porque si los perdidos se lanzan sobre nosotros, necesitaremos a mi hermano y los suyos.

—Podrías llevarte a algunos más…

—He dicho cinco. Los mejores, ya sabes quiénes son. Que se reúnan conmigo aquí al amanecer. Saldremos enseguida.

—Mi rey, no dudo de que Daryos tenga buenas intenciones, toda la aldea le conoce bien. Es Xerx quien más me preocupa. Siempre ha sido un revolucionario hasta la médula, y desde que ocurrió aquello con su hermano y Lansh, se ha radicalizado aún más.

—Daryos lo mantiene a raya, no me preocupa. Haz lo que te he ordenado.

El barog asintió, no muy convencido, inclinó la cabeza ante su rey y se marchó junto con el otro.

Cyrus regresó a la cama y se sentó. No se quejó de dolor, pero no se me pasaron por alto las gotas de sudor que le perlaban las sienes. Aquella cuchillada dolía más de lo que estaba dispuesto a admitir. Era un maldito cabezota.

Lo ayudé a tumbarse de nuevo. Protestó un poco, pero me dejó hacer. Me tumbé a su lado y empecé a acariciarle el cabello. Había descubierto que eso lo aplacaba un poco. Cyrus no era una bestia fácil de domar, pero yo no era una humana cualquiera, y ya no le tenía ningún miedo. Con esfuerzo, aprendería el modo de serenarlo y moldearlo… un poco. A fin de cuentas, ¿qué otra cosa tenía que hacer en ese planeta?

Su cola trepó por mi pierna y se me enroscó en la rodilla. Me gustaba su tacto y el calor que desprendía. Se movió, y su pie enorme acarició el mío. El contraste era impresionante. Mi treinta y ocho frente a su… ¡Qué sé yo! ¿Sesenta? ¿Setenta?

—¿Crees de verdad que los perdidos nos atacarán en breve?

Reflexionó.

—Es lo que haría yo. Están desesperados, no tienen otra opción. Y ya lo hicieron una vez…

Lo sabía, él me lo había contado. Fue en esa guerra de diez años atrás. Esa guerra que se llevó a sus padres y hermanos mayores de un modo horrible y lo convirtió en el rey temible que era ahora.

—Entonces, hay que estar preparados. La prioridad es que hagas las paces con Daryos y enterréis el hacha de guerra entre vosotros de una vez por todas.

Apretó la mandíbula.

—Lo sé. Si los perdidos están avanzando posiciones… Puede que su descendencia reciente no les sirva, pero los antiguos son barogs como nosotros. Conocen nuestras costumbres, la aldea, la selva que nos rodea… tan bien como los míos. Y saben que acabamos de traer una nueva remesa de descendientes de la Tierra. No pueden acceder al portal, pero sienten su energía cuando se abre, al igual que cada uno de mis barogs.

—Irán a por nosotras.

—Con todo lo que tienen.

—No solo vas a reunirte con Daryos para plantearle el engaño que quieres llevar a cabo con los ancianos. Quieres advertirle sobre los hermanos perdidos. Quieres avisarle de que están en peligro, todos lo estamos.

Asintió.

—Si algo les ocurriera a él, a su *hoa uhane* o a cualquiera de los otros por esta estúpida rencilla entre mi hermano y yo, jamás me lo perdonaría. Debemos reagruparnos y protegernos. Y, por supuesto, prepararnos para defendernos y para una posible nueva guerra.

—Sabes, tu corazón alberga mucha más bondad de lo que todos creen.

Tembló.

—Cuidado, no pongas tantas esperanzas en mí, mi reina. No quiero defraudarte cuando veas que sigo siendo el mismo rey cabrón y cruel que al principio pensaste que era.

—A mí ya no me engañas. Amas a tu pueblo y a tu hermano. Y vas a hacer todo lo posible para protegernos a todos, aunque eso implique mentir a vuestros ancianos, profanar las tradiciones más sagradas y granjearte el odio de tus dioses del manantial.

Clavó sus pupilas insondables en las mías.

—Mi familia y mi pueblo están por encima de todo lo demás.

—¿Y dónde me ubicas a mí?

Movió la mano y sus dedos me acariciaron la curva de la cadera y bajaron por el muslo.

—Tú eres mi reina, mi pareja de vida, mi amor y… parte de mi familia.

—Ya veo —dije con un nudo en la garganta.

—¿Te parece bien?

—Creo que sí.

Su mano subió hasta mi cuello y se deslizó a mi nuca, enredando los dedos en mi cabello.

—Te quedaste conmigo cuando podrías haber huido. Veo tu preocupación por mí en tus hermosos ojos, y estás cuidando de mí como si sintieras realmente algo por este rey.

—Puede que me importes… un poco.

Sonreímos.

—Los dioses te pusieron en mi camino y no podría estar más agradecido. Ahora lo entiendo todo, Tina. Lo sentí la primera vez que nuestras miradas se encontraron. Tú y yo…, pase lo que pase…

—Estaremos juntos.

Asintió.

—Intentaré hacer las paces con Daryos y visitar a los ancianos para mantener el trono. Me esforzaré por liderar a los míos contra los perdidos, con mi hermano a mi lado… o como mi rey, si no hay más remedio. Pero espero con toda mi alma poder evitárselo. Hay cosas que lo destrozarían.

—Lo dicho: tu corazón tiene más bondad de lo que nadie imagina.

—Mi hermano me conoce bien —dijo esbozando una mueca que, por una vez, lo mostró joven y mucho más humano—. Lo que quiero decir es que, si todo falla, si todo se va a la mierda, tú y yo seguiremos juntos y afrontaremos lo que sea que venga.

Escruté su rostro con detenimiento, en busca de mentira o manipulación. No había ni pizca de nada de eso. Y si alguien detectaba esas cosas, esa era yo.

—Me parece un buen plan.

Se inclinó sobre mí y me besó. Y ese beso me arrebató las pocas reticencias que me quedaban respecto a mi rey.

Su mano se deslizó entre mis muslos mientras seguía devorándome la boca. Empezó a mecer las caderas, excitado y

tembloroso, buscándome. La habitación se caldeó como un horno y su aroma a frutas se coló en mi nariz, conquistando todo mi ser.

Mis dedos se movieron solos hacia la erección que el taparrabos apenas podía contener. La recorrí con las uñas suavemente y después presioné la punta con las yemas de los dedos. Él jadeó en mi boca y empujó en mi mano. Estaba tan caliente…

—Quiero follarte. Ahora.

—Ni hablar, estás convaleciente.

—Me encuentro de maravilla.

—Por supuesto, mi rey, porque ahora mismo toda la sangre de tu cerebro acaba de bajar hasta esto que tengo entre las manos. —Lo masturbé con fuerza un par de veces, arriba y abajo.

Gimió. Bazzeila se levantó y, con elegante parsimonia, se marchó del dormitorio.

«Buena chica».

Con suavidad, lo empujé para que se tendiera bocarriba en la cama. Le desabroché el taparrabos y lo lancé al suelo. Después, me deshice de mi vestido a la misma velocidad y me situé de rodillas entre sus muslos.

—¿Qué tienes pensado, mi reina?

—Tú solo relájate… y no te muevas.

Sus manos me aferraron las nalgas y me atrajo hacia él. Sabía exactamente dónde me quería, pero iba a torturarlo un rato. Así que me resistí.

—Vamos, siéntate aquí encima —dijo señalándose el pene, duro como una roca, alzándose entre nosotros—. ¿No decías que querías cuidar de mí? —dijo con la voz enronquecida.

—¡Oh, sí! ¡Ya lo creo que voy a cuidar muy bien de ti! Pero antes de sentarme sobre… eso —simulé sorpresa y temor, abriendo la boca y tapándomela con la mano—, voy a mimarte un poco, ¿te parece bien?

—Mientras tus *mimos* se centren en el mismo sitio, me parece una idea maravillosa.

—Veamos lo que puedo hacer.

Me incliné hacia delante y, sin dejar de mirarlo a los ojos, saqué del todo la lengua y le lamí el glande. Despacio, saboreando.

Él rugió y elevó las caderas para venir al encuentro de mi boca. No me hice de rogar.

Engullí lo que pude y el resto lo abarqué con las manos. Su otra cola se deslizó entre mis nalgas mientras yo lamía y succionaba sin detenerme. Presionaba con los dedos para proporcionarle el máximo placer, recorriéndolo de arriba abajo mientras mis labios y mi lengua hacían el resto.

Flexionó los brazos bajo la almohada y se contorsionó con mis atenciones. Ver a aquel ser enorme y peligroso gemir de placer debajo de mí me provocaba unas sensaciones sublimes. Sus caderas poderosas subían y bajaban para profundizar en mi boca mientras yo tomaba cuanto podía. Era imposible engullirlo entero, pero tenía mucha imaginación.

Cuando sus testículos se endurecieron y apretaron, y su polla empezó a sacudirse, me erguí sobre él y lo monté a horcajadas. Me dejé caer sobre su pene, al tiempo que él empujaba hacia arriba con las caderas. El choque fue escandaloso y tan placentero que el mundo se emborronó. Todos mis sentidos estaban centrados en mi gran rey barog. Su aroma, su sabor en mi lengua, su tacto, sus rugidos eróticos, su manera *sexy* y ardiente de moverse…

Tenía la melena desparramada sobre la almohada y sus ojos oscuros fijos en los míos. La pequeña mota verde danzaba resplandeciente. Sus dedos, gruesos y largos, se me clavaban ahora en las nalgas, y su cola en otro lugar… más recóndito.

Subía y bajaba sobre él como una surfista cabalgando las olas más grandes, las más peligrosas.

Alcanzamos juntos el orgasmo, entre gemidos. Él rugiendo como la bestia de la selva que era, yo gritando a pleno pulmón, al límite del colapso. Sentí cómo se enganchaba en mi interior de ese modo tan extraño como excitante, grueso e hinchado. Se ancló con fuerza durante varios minutos, mientras nuestras humedades se mezclaban y el placer me trepaba sin piedad.

Cuando al fin me soltó, me desplomé a su lado, evitando apoyarme sobre la herida, con el brazo atravesado encima de su

estómago, duro y bien moldeado por los dioses. Ese barog tenía más abdominales de los que existían. Reseguí una de sus espirales con la yema del dedo, mientras sentía como su respiración se iba calmando y los jadeos se espaciaban. Después, continué por los surcos entre los músculos, uno a uno.

Cuando me tomó de la barbilla y me besó con suavidad en los labios, supe que le amaba con toda mi alma.

Y que él me amaba también.

27 UNA SORPRESA NOCTURNA
callie

Estaba profundamente dormida cuando unos ruiditos extraños se colaron en mis sueños. Todavía con los ojos cerrados, esos gruñidos secos y mucho más agudos que los de los barogs perturbaron la calma. Algo se movía a mi lado. Un olor empalagoso se me pegó al paladar.

La cola de Daryos se enredaba perezosamente en mi cintura, y una de sus manos en mi muslo. Había algo peludo y áspero rozándome el brazo. La colcha se tensaba como si alguien tirara de ella. Mi amorcito solía dormir bocarriba a pierna suelta y se destapaba por la noche. Mi mejilla descansaba sobre su hombro, amplio y cálido.

Me agarré a su brazo y le acaricié instintivamente el pecho para tranquilizarlo. Quizás estaba teniendo una pesadilla y por eso se agitaba. Solo que no parecía que se estuviera moviendo. Su cuerpo permanecía quieto y su respiración pausada… hasta que empezó a acelerarse.

Los ruiditos no cesaban, la colcha iba de aquí para allá y algo peludo correteaba por encima de mí. ¿Sería Enzo? No, el pelaje del león era más suave, tanto como la melena y la cola de Daryos. Entonces…, ¿un *llitop*?

Traté de relajarme de nuevo, todavía medio adormilada. Cuando mi barog empezó a gemir y los dedos de la mano que me rodeaba el muslo se me clavaron con fuerza, supe que algo no iba bien.

Entreabrí los párpados con esfuerzo, pues me sentía muy cansada. Las aventuras de los últimos días, más todo el folleteo con mi barog, me habían dejado agotada. La cueva se encontraba sumida en la penumbra, salvo por la débil luz de las lunas, que se colaba por una rendija en la piedra, la pálida luminosidad anaranjada

de una antorcha… y los ojos plateados que me miraban desde lo alto.

Me despejé de golpe, y la escena que contemplé me dejó perpleja.

Un ser de melena larguísima, forma de hembra humanoide estilizada y recubierta de pelaje, y unos ojos como plata líquida estaba sentada a horcajadas sobre mi barog. Le manoseaba el pene y los testículos, a punto de montarlo. Sus manos y pies, de dedos largos y huesudos, acababan en garras como cuchillos. Sus facciones, también con una ligera capa de pelo, recordaban vagamente a las de un lince o una pantera, aunque tenían cierto aire humano.

Daryos gemía entre sueños y mecía las caderas mientras ella, porque era una "ella", se elevaba sobre él para engullirlo en su interior.

—¿¡¡Pero qué coño es esto!!? —grité, despertando a la cueva entera, justo en el instante en que esa cosa encajaba la punta de Daryos entre sus muslos, dispuesta a follárselo.

«¡Ah, no! ¡Ni hablar!».

Y el muy capullo seguía durmiendo...

Aunque estaba aterrorizada, no me lo pensé dos veces y empujé a esa cosa con todas mis fuerzas. Apenas se movió y ni siquiera me miró, como si estuviera tan concentrada en la tarea que lo demás le importara una mierda.

Así que le di un mamporrazo a Daryos y retrocedí de un salto fuera del jergón.

—Callie, ¿estás bien, amor? —musitó.

Cuando sus ojos somnolientos se abrieron al fin y comprendió lo que estaba ocurriendo, apartó a esa cosa de un manotazo y se puso en pie de golpe.

—¡Maldita sea! ¿Qué narices está pasando? —dijo, sacudiéndose con las manos un polvo imaginario de todas partes. ¡Polvo era el que habían estado a punto de echarle!

Esa hembra de… lo que fuese nos miraba ahora desde el suelo con sus ojos inexpresivos, como si nos evaluara con detenimiento. Aunque permanecía muy quieta, había extendido aún

más las garras y tenía el pelaje erizado. Una idea empezó a tomar forma en mi cabeza… y no me gustaba lo más mínimo. Sentí un escalofrío.

—¡Estabas a punto de tirarte a esa cosa, joder! —le grité, fuera de mí.

—¿Yo? ¡Pero si estaba dormido! Y, por cierto, soñando contigo. ¡Creía que eras tú!

—No sé si sentirme halagada u ofendida. ¿¡Cómo demonios la has confundido conmigo!? ¡¿Acaso me parezco yo en algo a esa cosa?!

—¡Claro que no! Te repito que estaba dormido hasta que me has atizado.

—¡Es que si no te hubiera atizado, esa te folla!

Todo el mundo nos miraba a través de las sombras, conteniendo el aliento.

—¡Te has excitado!

—¡Ya lo estaba! ¡Siempre estoy excitado durmiendo a tu lado! Estaba soñando que tú y yo…, ¡ya sabes!

—Vale, puede que sí —admití, bajando el tono y esforzándome por tranquilizarme, sin mucho éxito, la verdad. Estábamos dando un buen espectáculo.

—¿"Puede"? ¿Acaso no me crees? ¡Por todos los rinos, Callie! ¡Es imposible que dudes de mí! ¡Eres mi pareja de vida y estoy loco por ti!

Estábamos muy alterados, sobre todo yo.

Agitó un poco los brazos a ambos lados del cuerpo como si tratara de serenarse para reconducir la situación. No sé quién de los dos estaba más nervioso. Se me revolvían las tripas. Jamás me había sentido tan mal.

—Vale, no saquemos las cosas de quicio —dijo con esa voz suya tan profunda y hermosa, pasándose las manos por el pelo.

—¡¿Que qué?! ¡Ese animal te estaba toqueteando como si fueras suyo! ¡Como si lo hubiera hecho otras veces!

Daryos alzó la vista y, cuando nuestras miradas se encontraron, lo comprendí de inmediato. Había vergüenza en sus ojos.

—No me digas que eso es…

—Una *aninf*.

Me tapé la boca con las manos.

«Esto es peor de lo que pensaba». El estómago empezaba a dolerme.

Xerx y Xioh se habían levantado y se acercaban a nosotros.

—¿Eso es una *aninf*? —La miré anonadada.

El bicho se había sentado en el suelo con las piernas cruzadas y parecía muy relajada.

Lansh se aproximó a ella y, tras susurrarle algunas palabras amables, logró que se levantara.

—Callie, lo siento de veras. No sé qué más puedo decir —dijo Daryos con voz apesadumbrada.

—Pues te aseguro que eso no es suficiente.

—¿No creerás que es culpa mía? ¡Yo no he hecho nada! ¿Cómo puedes pensar que…?

Entonces, lo miré con suspicacia.

—Nuestro jergón es uno de los más alejados de la entrada.

Noté como su rostro se contraía.

—¿Y?

—Pues que esa *aninf* podría haber montado a cualquiera de los barogs dormidos que había antes que tú. Y, sin embargo, ha venido hasta aquí, aunque yo estuviera a tu lado. Ni siquiera eso la ha detenido.

—Ellas no comprenden esas cosas, amor.

—Ya. Pero tú sabes bien por qué te ha buscado a ti precisamente, ¿verdad? —pregunté. Bajó el rostro y apretó la mandíbula—. Porque no es una *aninf* cualquiera, sino *tu aninf.*

—Yo no tengo ninguna *aninf*, nunca la he tenido. Que me acostara algunas veces con ella no significa nada. Ya te hablé de ello, Callie, así que no lo menciones como si te lo hubiera ocultado o acabara de engañarte con ella, porque no ha sido así. —Había dolor en su tono, más duro de lo habitual. Parecía ofendido.

Nos quedamos en silencio. Daryos estiró el brazo y trató de acariciar el mío, pero yo me aparté en un acto reflejo. En ese momento no podía soportar ni un mero roce suyo. Me sentía muy

asqueada. Lo que acababa de ver me repugnaba. No podía evitar sentirme así.

—Llévala fuera y que se marche —le pidió Xerx a Lansh.

Pero cuando este trató de tirar de ella en dirección a la salida, la *aninf* se soltó bruscamente y se aproximó varios pasos a mi barog. Xerx la detuvo antes de que llegara hasta nosotros.

Entonces, la aninf levantó un dedo y, mirando primero a Daryos y luego a mí, lo señaló a la altura del pecho.

—Mío —dijo con una voz rasposa y arrastrada, con un extraño acento.

La sangre se heló en mis venas.

—Pues parece que ella opina de modo muy diferente a ti —le recriminé, furibunda. Había empezado a temblar y estaba mareada.

Emi y Jenny aparecieron de repente, seguidas de Axeh, con los cabellos alborotados y las facciones hinchadas de recién despiertas. Me flanquearon y ya no se separaron de mí.

—No, Antara. No soy tuyo, lo sabes bien —dijo Daryos con firmeza, mirándola a los ojos.

—¡Ah, que encima tiene nombre! Y yo que creía que las *aninfs* solo eran animales…

—Tranquila, Callie. Eso no significa nada. Fíjate, Enzo es un león y también tiene nombre —dijo Emi acariciándome el brazo, como si esa obviedad fuera suficiente para calmarme.

—Mío, *Der-yus* —repitió ella, pronunciando mal su nombre.

La situación empeoraba por momentos. No me apetecía lo más mínimo que aquella *aninf* me odiara por haberle robado a su barog.

«Pero ¿qué narices estoy pensando? ¡Daryos es mi pareja, no la suya! Ella no es más que un animal».

—No, Antara. Tú y yo nos somos nada. Compartimos algunos momentos, pero aquello se acabó hace mucho y nunca fue nada.

—Esto es muy extraño, D. Las *aninfs* se encaprichan de vez en cuando, pero no de este modo. Que haya entrado en la cueva no me gusta nada —dijo Xerx. Había alarma en su rostro.

—¿Podéis sacar a esa cosa de aquí de una vez? —rogué mirando a Lansh y Xioh. Ambos asintieron sin rechistar.

—Llevadla a la linde de la selva y esperadme ahí con ella. Saldré enseguida para dejar las cosas claras —ordenó Daryos. Su rostro estaba descompuesto, aunque se esforzaba por mantener la calma.

La pareja de barogs la cogieron uno por cada brazo, evitando ponerse en el camino de sus garras, y consiguieron que ella saliera por su propio pie. Antes de alejarse, se giró una sola vez y me miró. Sus ojos llamearon como mercurio fundido. Me estremecí y supe que los problemas no habían hecho más que empezar.

«Como si yo no hubiera tenido ya suficientes sobresaltos para toda una vida…».

—¿Nos dejáis un momento a solas, chicas? —les pidió a mis amigas.

Emi y Jenny no se movieron ni un milímetro. Yo me aferré a sus brazos.

—No se van a ninguna parte. En este momento, las necesito.

—Callie, vamos. No te enfades conmigo, amor. Yo no he hecho nada malo. No es culpa mía que esa *aninf* chiflada pretendiera abusar de mí mientras dormía.

—Quizá lo ha hecho porque pensaba ¡¡que eras suyo!! —grité.

Daryos arrugó el ceño.

—Pues está muy confundida. Te lo dije, nos buscamos algunas veces para…

—Sí, sí, aliviar tus necesidades. No hace falta que lo repitas.

—Eso. Pero no había ido a su encuentro desde mucho antes de que se abriera el portal. Fueron unas pocas veces y jamás le prometí nada. Nunca hay sentimientos de por medio entre *aninfs* y barogs, ni tampoco ningún vínculo duradero. Fue solo un desahogo para mí, y yo para ella.

—Pues está claro que tú significaste algo más para esa *aninf.* ¿Antara, no?

—Deja que te lleve a un lugar tranquilo para hablar. No quiero que estés enfadada conmigo, amor. No es justo y no puedo soportarlo.

Vi cómo Emi se ablandaba y le di un ligero codazo. Jenny, por el contrario, se mantuvo firme.

—Ahora mismo no quiero ir contigo a ningún sitio. De hecho, ni te me acerques.

Él trató de cogerme de la mano, pero volví a apartarme.

—¿Qué acabo de decirte? No me toques, Daryos. Lo digo muy en serio. Necesito que me dejes tranquila un rato, ¿lo entiendes? Tengo ganas de vomitar.

Resopló. Parecía perdido y desesperado. Me dio pena, el pobre, pero no podía estar con él en ese momento. Era algo visceral.

—No comprendo por qué te pones así, amor. Sabes que yo no he hecho nada malo. Ni te he engañado ni jamás lo haría.

—Lo sé y puede que esté siendo injusta. Pero otra hembra te ha tocado de un modo muy íntimo y ha estado a punto de follarte ante mis narices. De hecho, creo que se la has metido un poco. Pero lo peor de todo es que… has gemido.

Mis amigas contenían el aliento.

—Te lo he dicho, soñaba contigo. No tenía ni idea de que estaba encima de mí hasta que me has despertado.

Su tono era lastimero. El muy idiota lo estaba pasando realmente mal. Yo también.

—Vale, te creo, Daryos. Aun así, necesito un poco de espacio. Ve a hablar con ella y a dejarle las cosas claras para que no vuelva a acercarse. Cuando me tranquilice, ya… veremos.

Me miró horrorizado.

—¿"Ya veremos"? ¡¿Cómo que "ya veremos"?! ¿A qué te refieres?

—Tú solo déjame en paz un ratito, porque, como te me pongas en plan pelmazo otra vez, te voy a enviar a la mierda. ¿Lo pillas?

—Eres muy dura conmigo. Lo que ha pasado no significa nada. ¿Es que no lo ves?

Solté un bufido, furiosa. En el fondo tenía razón, pero yo necesitaba que me dejara sola hasta que se me pasara. Apenas podía respirar. Si se me pegaba como una lapa e insistía hasta la saciedad como solía hacer, las cosas acabarían muy mal.

Intenté rebajar la tensión, buscando las palabras adecuadas.

—Sé que esa *aninf* y tú no sois nada, que me amas y que yo soy tu alma gemela y todo ese rollo. Sin embargo, lo que he visto no se puede borrar. Y como sé que, en el pasado, estuvisteis retozando por la selva como dos animales en celo, ahora no puedo quitarme esa imagen de la cabeza. Ahora sé que fue con *ella*. Así que tú solo deja que me airee y me calme, ¿vale? Es lo único que necesito.

Me miró dolido.

—Todos tenemos un pasado, Callie. Yo jamás te he preguntado por los hombres con los que has estado ni le he dado importancia a que antes de mí hubiera otros. No es algo en lo que me guste pensar, pero jamás te pediría explicaciones por ello.

—Ya, pero no es lo mismo, porque tú no has tenido que verlos. Ponte un momentito en mi lugar, chaval. Imagina que eres tú el que se despierta en plena noche y ve a un tipo, quien sea, encima de mí y a punto de metérmela y montarme como un animal. ¿A que no te haría ni puta gracia?

Sus ojos llamearon.

—Lo destriparía de arriba abajo. Con solo imaginarlo, me entran ganas de matar a alguien.

—Veo que lo has pillado. Y apuesto a que no te apetecería en absoluto hacerme el amor después de presenciar eso.

—Al contrario, *hoa uhane*. Te follaría enseguida para borrar cualquier rastro de ese otro macho en ti. Eso… justo después de destrozarlo.

Cerré los ojos y me masajeé el puente de la nariz.

—Voy a hablar con ella y a echarla de aquí —dijo con un tono derrotado, como si al fin comprendiera que debía alejarse de mí, al menos por un rato.

—Déjale las cosas cristalinas. Que no se le ocurra volver a aparecer.

—Cuando regrese, ¿ya podremos hablar?

«Y yo que pensaba que lo había entendido…».

—No, Daryos. Necesito un tiempo.

—¿Cuánto tiempo?

—No lo sé, hasta que se me pase.

—¿Pero serán un par de horas, cinco, un día, dos…? —Ahí estaba de nuevo mi Daryos insistente.

—¡Los que me dé la gana! Y ahora déjame en paz y ve a cascártela si quieres.

—Eres muy injusta, Callie…

—Lo que tú digas. Y tienes suerte de que no me interese saber cuántas veces te tiraste a esa *aninf*…, porque, según tú, teníais encuentros esporádicos, pero ella parece creer que le perteneces. Así que ya me dirás.

—Con ella, diecisiete veces. Eso es todo.

—Voy a vomitar.

—¿Y ahora qué he hecho?

—Nada, hombre. Anda, vete ya. Te avisaré cuando se me pasen las náuseas. —Hice una pausa y suspiré, conteniendo las lágrimas—. La verdad es que no hay nada más que hablar. Ha sido muy desagradable, pero no es culpa tuya. Aun así, me preocupa que ese bicho nos traiga problemas.

—Entonces, ¿ya no estás enfadada? —La ternura e inocencia de esa pregunta me dieron de lleno en el corazón. Lo quería demasiado para estar cabreada mucho tiempo con él.

Emi y Jenny lo miraron abriendo los ojos de par en par. Supongo que empezaban a apiadarse de mí.

«Lo que tengo que aguantar con este barog…».

—Estoy enfadada y un poco triste. Ahora mismo lo único que puedes hacer es alejarte de mí y dejar que se me pase. ¿Podrás hacerlo?

Miró hacia el suelo y dio un par de golpecitos con el pie. Su cola se arrastraba, tan cabizbaja como todo él. Entonces, fui consciente de que estaba totalmente desnudo frente a mis amigas… y toda la cueva. Aunque no era el único, me sentí incómoda. Acababa de darme cuenta de que mis dos estudiantes favoritas se habían esforzado mucho por no mirar hacia abajo.

—Sabes que no me gusta alejarme de ti ni que estés enfadada. Son cosas que no llevo bien. Pero lo intentaré.

Asentí, debatiéndome entre las ganas de abrazarlo y cubrirlo de besos para consolarlo, y las de darle una patada en el culo y

enviarlo a la mierda.

Se dio media vuelta, recogió su taparrabos y se lo anudó. Acto seguido, empezó a caminar hacia la salida. Podía sentir su dolor como el mío propio.

De golpe, caí en la cuenta de algo mucho peor que lo que me había pasado a mí.

«Eres una estúpida insensible», me recriminé con severidad.

Me solté de mis amigas y corrí hacia él. Antes de que se marchara, le sujeté el brazo y lo detuve. Él se dio la vuelta y me miró esperanzado.

—Siento mucho lo que te ha hecho esa *aninf*. Ha abusado de ti mientras dormías y sin tu consentimiento. Es terrible…, amor. Y lo siento de veras.

—Gracias por darte cuenta de eso.

Hizo el gesto de abrazarme, pero se detuvo al ver que yo daba un paso atrás.

Había algo que me mosqueaba bastante.

—¿Por qué no te veo muy cabreado con ella?

—Porque no ganaría nada con eso. Es como un animal, no sabe que lo que ha hecho está mal.

—¡Oh, yo creo que sabe muy bien lo que ha hecho! Tiene muy claro que te quiere para ella.

Nos quedamos en silencio mirándonos. Yo echaba chispas.

—Voy a hablar con ella. No te preocupes, no volverá a ocurrir.

Me acerqué un poco a él y me alcé de puntillas cerca de su oído.

—Ya que sales, aprovecha para…, ya sabes, lavarte en el lago. Porque si pretendes tocarme con eso algún día, primero vas a tener que desinfectarte —dije señalando hacia el taparrabos.

Su miembro había rozado la intimidad de esa cosa. Ni loca iba a acostarme con él hasta que se desprendiera de la más mínima partícula de olor… o de lo que fuera de ella. ¡A saber lo que podíamos pillar!

Resopló de nuevo, visiblemente frustrado, y se largó, más abatido que enfadado. Mi último comentario seguro que le había herido, pero así eran las cosas.

Volví junto a Jenny y Emi, y nos tumbamos las tres en dos jergones unidos. El resto de los barogs regresaron también a sus camastros para intentar dormir lo que quedaba de noche, aunque, en realidad, ya estuviera casi amaneciendo.

Ese iba a ser un día crucial para el destino de su pueblo, y debían estar preparados para la aparición de Cyrus. El asunto de la *aninf* ya nos había robado demasiado tiempo y energías. Debíamos apartarlo a un lado y centrarnos en lo más importante: que el rey y el príncipe resolvieran sus diferencias de una vez por todas y Cyrus se comprometiera a dejar de aplicar las tradiciones más cruentas.

Así pues, intentaría ponerle las cosas lo más fáciles posible a mi barog. No quería que se preocupara por mí cuando debía estar concentrado en su encuentro con el rey.

Cerré los ojos, tratando de convencerme de que lo de Antara no había sido más que un malentendido. La *aninf* saldría de nuestras vidas tan rápido como había entrado y ya no volvería a molestarnos.

Entonces, ¿por qué tenía esa sensación tan rara de mal presagio?

Mi mente evocó la última mirada que me había lanzado. Animal o no, una mujer sabía cuándo otra deseaba a su macho. Así era entre los humanos y en buena parte del reino animal.

Me dormí rezando a los dioses del manantial para que nos protegieran.

28 LA gran roca
CALLIE

La *aninf* se marchó sin más incidentes. Lansh me comentó que parecía haber entendido lo que Daryos le dijo y que, después de eso, se adentró en la selva, perdiéndose en sus profundidades. Me aseguró que no volveríamos a verla, sin embargo, yo no las tenía todas conmigo, aunque tampoco es que pudiera hacer nada al respecto. Debía confiar en que se había solucionado y no se repetiría.

Las cosas entre Daryos y yo todavía estaban tensas. Intentaba actuar con normalidad, lo juro, pero seguía con el estómago revuelto. Emi y Jenny no se habían separado de mi lado ni un segundo, y se lo agradecía muchísimo. Los problemas se llevan mucho mejor cuando se tiene a las amigas cerca. Me habría venido divinamente mi Lorna…, pero la vida tenía otros planes para nosotras. Me costaba asimilar que jamás volvería a verla.

Mi barog estaba preocupado, tanto por nuestra fea discusión como por la salud de su hermano y el inminente encuentro con él. Llevaba muchas cosas encima, y yo no quería añadirle una más, por muy cabreada y dolida que me sintiera. Así que, cuando se acercó a mí por cuarta vez desde el desayuno, justo antes de emprender la marcha hacia la gran roca, no me aparté de él.

—Lo siento mucho, amor —dijo, volviendo a intentar cogerme de la mano. Esta vez dejé que lo hiciera, aunque todavía no me apeteciese en absoluto.

Entrelazó nuestros dedos con fuerza y tiró de mí para acercarme a su cuerpo, grande y cálido. La imagen de él jadeando bajo la *aninf* me hizo retroceder. No dijo nada, la mueca de tristeza de su rostro habló por él.

—No tienes que repetírmelo cada vez que me ves, Daryos.

—Es que no sé qué más puedo hacer para arreglarlo. Para que vuelvas a mirarme como antes, en vez de… con asco.

Sentí una punzada en el pecho.

—No te miro con asco, de eso nada. No te preocupes, ¿vale? Solo necesito un poco de tiempo para olvidarlo, eso es todo.

—¿Lo prometes?

Asentí. Se aproximó de nuevo, demasiado. En esta ocasión, no me moví. No quería empeorar las cosas. Por experiencia sabía que si no se quedaba tranquilo, seguiría insistiendo hasta sacarme de mis casillas.

—Mira, hoy tienes un asunto muy importante entre manos, Daryos. Hay muchas cosas que dependen de esa reunión con tu hermano, y tu gente te necesita. Así que olvídate de mí y de lo que ha sucedido. Yo pronto estaré bien.

La tensión de sus hombros se aligeró un poco. Se llevó mi mano a los labios y me besó en la palma y en la muñeca. Sentí un escalofrío.

—Dime que me quieres, amor. Porque esto me está matando.

Suspiré.

—Por supuesto que te quiero. Esto no tiene nada que ver con el amor.

—¿Ah, no? —preguntó sorprendido. El pobre no entendía nada—. Pero estás enfadada.

—Seguramente nos enfadaremos y discutiremos muchas veces a lo largo de nuestras vidas, Daryos, pero no por ello dejaremos de amarnos. Es lo que les pasa a las parejas.

—Pues eso no me gusta nada. No hay que enfadarse con la persona a la que se ama.

—Ya, esas palabras son preciosas y ojalá todo el mundo funcionara así, pero no son realistas. Al contrario, solemos discutir con las personas a las que más amamos, las que más nos importan. Porque es con esas con las que vale la pena esforzarse para arreglar las cosas.

Me miró, pensativo.

—Qué sabia eres, amor. ¡Qué haría yo sin ti! —dijo con media sonrisa.

No pude evitar sonreír también.

—No tengo ni idea. Es un milagro que hayas sobrevivido hasta ahora tú solito —dije. Él soltó una carcajada y me abrazó en un arranque de pasión—. Vale, vale, te quiero mucho, pero ahora mismo aún no tengo ganas de que me sobes. Así que suéltame, hombre.

—Solo si me das un beso.

—No tientes a la suerte, barog. Hoy has estado a un tris de que te mandara a tomar por culo.

—Tú siempre tan drástica.

Tiré para liberarme de su abrazo de oso. Supongo que comprendió que, pese a que lo estábamos solucionando, todavía estaba disgustada.

Lo miré a los ojos y me puse seria.

—Te quiero Daryos, y voy a estar a tu lado y a ayudarte en todo lo que pueda. Sé que hoy no va a ser fácil, pero espero que las cosas se arreglen con Cyrus. Odio al monstruo que tienes por hermano, no te lo negaré, pero lo más inteligente es que lleguéis a un acuerdo. Es la única manera de acabar con esta división de tu pueblo e intentar sanar las heridas. Ese trato nos beneficiaría a todos. Aunque no sé yo si él está muy dispuesto a transigir. Si no se compromete a tratar bien a las mujeres, lo mandas a la mierda y que se apañe solo con los hermanos perdidos esos.

—Cuando estuvimos en su casa, dijo que quería hablar. En sus ojos vi algo diferente, que no veía desde hacía mucho tiempo. Creo que algo ha cambiado en él. Quizá tu amiga haya influido en ello. Si realmente es su *hoa uhane*, puede hacerle mucho bien. No la conozco, pero parece fuerte y valiente. Tal vez el futuro de todos esté ahora en sus manos.

—Me cuesta aceptar que tu hermano sea su alma gemela, no es eso lo que desearía para ella —dije con pesar—. Tina es una buena persona y se merece a alguien que la trate con respeto. Sin embargo, también es dura de pelar, insolente y luchadora, y está acostumbrada a lidiar con gente muy poderosa. Sinceramente, puede que, al fin y al cabo, Cyrus haya dado con la única mujer que podría pararle los pies. Si alguien puede domar a ese rey, es ella,

aunque me duela que tenga que lidiar con tu hermano. No estoy segura de que tanto sufrimiento valga la pena.

—¿Ni siquiera por amor, Callie?

Sus ojos buscaron los míos.

—No lo sé, Daryos. El amor es lo más hermoso del mundo, de cualquier mundo, pero si conlleva tanto dolor…

Se tensó.

—Tú también sufriste mucho cuando llegaste aquí. Y míranos ahora, Callie. Lo tenemos todo. El amor más grande que se puede tener —dijo con la voz un poquito más apagada, como si dudara de lo que yo pensaba al respecto. Aparté la mirada. Él me agarró la barbilla con suavidad y me obligó a mirarlo de nuevo—. Si pudieras volver atrás y estuviera en tus manos decidir entre cruzar el portal conmigo o quedarte en la Tierra…, ¿qué harías?

—No creo que esa sea la pregunta indicada para hacerme hoy.

«Este tío es tonto… y demasiado bueno para ser verdad».

—Antes has dicho que me quieres y que no importa que discutamos, porque siempre lo arreglaremos y jamás nos separaremos.

Por supuesto, él había hecho su interpretación libre de mis palabras, aunque, en esa ocasión, no distara mucho de la realidad.

Suspiré.

—Cruzaría el portal una y mil veces para estar contigo, Daryos.

Su rostro se iluminó como el día más soleado.

—¡Uf, amor! Por un momento, me había asustado y…

—Pero eso no significa que no sufriera mucho al llegar y que no haya cosas que todavía se me hacen muy difíciles de tu mundo.

—Lo sé, pero para eso estoy yo, preciosa. Para darte tanto amor que se te olviden todas esas cosas malas. Borraré todo rastro de sufrimiento y te haré tan feliz que nunca más echarás de menos tu antiguo hogar —dijo con esa sonrisa hermosa y sincera. La mía fue amarga.

Me acerqué a él y posé la mano en su mejilla. Su pecho ancho vibró con esa caricia.

—Tú eres un amor, Daryos. Una persona luminosa capaz de hacer feliz a cualquiera. Mi hogar está contigo, de eso no me cabe la menor duda. Pero eso no significa que las heridas puedan desaparecer así como así, por mucho que te esfuerces. Sin embargo, eso no tiene por qué ser malo, pues todas nuestras experiencias, desde las más hermosas a las más horribles, nos convierten en lo que somos y nos fortalecen.

Cogió mi mano y la mantuvo contra su mejilla mientras asentía.

La bajé y retrocedí unos pasos.

—Voy con las chicas a preparar lo que nos hemos de llevar.

—¿Ya puedo darte ese beso, amor?

Negué con la cabeza.

—Esta noche, ¿de acuerdo? Ahora… no me apetece. Intento olvidar lo que ha ocurrido con Antara —pronunciar su nombre nos golpeó a los dos—, pero me está costando un poco.

Se desinfló.

—Esperaré con muchas ganas, amor.

—Veamos primero cómo van las cosas con tu hermano, ¿de acuerdo? Estaré a tu lado, Daryos. Y todos tus amigos también.

Suspiró. Le di una palmadita en el hombro que no llevaba la venda y empecé a alejarme.

—Oye, cuando dices que esta noche podré darte un beso, ¿te refieres solo a un beso o a, ya sabes, todo lo demás? —dijo ladeando un poco la cabeza. El gesto me recordó al que a veces hacía Enzo.

—Yo alucino contigo, chaval —dije sin detenerme.

—Es que no sé si voy a poder aguantar demasiado sin hacerte el amor.

—Pues ve haciéndote a la idea. —No pude evitar reírme. Ese tío era, realmente, de otro planeta.

—Fui al lago, preciosa. Me enjaboné tres veces. ¿No es suficiente? —¡Lo dijo muy serio, el muy zumbado!

Varias risillas resonaron a nuestro alrededor. Algunos barogs nos observaban con discreción.

—Así me gusta. Es un buen comienzo.

—No me has contestado…

Pasé de él. Me reuní con Emi y Jenny, y entre las tres preparamos el morral de cada una. Tuve la sensación de que querían decirme algo sobre Daryos, pero, si era así, se lo guardaron para ellas solitas. Supongo que se daban cuenta de que yo echaba humo.

Lansh me había regalado una funda para mi cuchillo, así que lo metí también en la bolsa y me colgué a la espalda mi pequeño arco. No sabía si lo usaría ni si algún día sería capaz de disparar con eso a un ser vivo, pero me quedaba más tranquila llevándolo. Siempre podría usarlo simplemente para atizar a alguien o a algo... si se presentaba la ocasión.

Estuvimos charlando con algunas de las otras mujeres y nos reímos un rato criticando a este o aquel barog. Las descendientes recién huidas de la aldea seguían muy traumatizadas, lo cual era comprensible. Al menos, parecían un poco más tranquilas.

El príncipe decidió que todos los rebeldes al completo marcharíamos hacia la gran roca. Temía que, si dejaba a algunos atrás, Cyrus pudiera llevar a cabo una emboscada. Por ese motivo prefería no dividir sus fuerzas.

Cuando mis amigas y yo descendimos las rocas, sorteando los lagos y manantiales, Daryos y los demás ya estaban abajo.

Emi se colocó al lado de Axeh y le sonrió cándidamente. Apuesto a que ni se enteró de que el barog rubiales se había empalmado nada más verla. Su mirada pasaba del rostro perfecto de Emilia a sus tetas, para volver a clavarse en sus labios carnosos en forma de corazón. El barog se había recogido la larga melena rubia en una especie de moño, y lo cierto es que estaba bastante atractivo… para ser un barog.

Xerx saludó a Jenny y se situó junto a ella. Lansh y Xioh no andaban lejos, y yo me acerqué a mi barog. Nos miramos a los ojos, dispuestos a afrontar juntos todo lo que nos depararía ese día.

Y empezamos a adentrarnos en la selva.

Muchos otros caminaban ya hacia el mismo lugar.

Las nubarrones llevaban apelmazándose durante todo el camino sobre nuestras cabezas. Los truenos como terremotos, que habían empezado a retumbar en la lejanía, se acercaban más a nuestra posición con cada minuto que transcurría. El calor aplastante se acumulaba entre la vegetación, creando una capa de humedad brumosa que dificultaba nuestro avance. Todos parecíamos más cansados de lo habitual y sudábamos a mares.

El vestido se me pegaba al cuerpo y tenía que echar mano de la cantimplora cada dos por tres para no deshidratarme, tal como hacían los demás. Hacía rato que me había recogido el cabello en una trenza, harta de que la humedad me lo crespara y que se me vinieran los mechones a la cara.

Avanzaba entre Daryos y Enzo, a la cabeza de la columna. Nuestros amigos estaban justo tras nosotros, y después el grueso de los rebeldes. Barogs, mujeres y leones nos desplazábamos a través de una jungla que parecía reticente a recibirnos.

La inminente tormenta también alteraba a los animales. Serpientes escurridizas, linces de largos colmillos y pelajes extraños, *llitops* de todos los colores… y muchos otros corrían o reptaban a nuestro alrededor, incluso cruzando el sendero que seguíamos.

Enormes insectos brillantes zumbaban a poca distancia del suelo, y las hojas, de todas las tonalidades imaginables de verde, lucían alicaídas a la espera de la tromba de agua.

Miré hacia atrás para comprobar que mis amigas estaban bien. Axeh cargaba a Emi a su espalda, a caballito, desde hacía un buen trecho. Ella se había recogido el cabello en un moño en lo alto de la coronilla. Algunos rizos se escapaban, arremolinándose alrededor de su rostro, sonrojado por la caminata. Se sujetaba al robusto cuello de su barog con ambos brazos. Iban charlando y riendo mientras él le señalaba esto o aquello como si estuvieran de excursión en clase de Ciencias Naturales.

Jenny seguía el ritmo, cansada, pero sin desfallecer. Xerx y ella iban hablando de sus cosas extrañas, de las que nadie tenía ni idea. Daba la impresión de que se entendían a las mil maravillas.

Daryos me había ofrecido varias veces que montara sobre Enzo, pero yo me había negado. Si los demás caminaban, yo también. Además, nuestro león debía estar alerta y preparado para cualquier eventualidad que pudiera producirse.

—¿Falta mucho para llegar? —pregunté por enésima vez.

—Ya casi estamos, amor. ¿Ves aquella roca afilada? Pues es justo detrás.

—¿Justo detrás a unos metros… o a varios kilómetros? Creo que tú y yo no vemos las distancias del mismo modo, amorcito.

—No sé por qué dices eso.

Me miró de reojo, sonriendo. Me entraron ganas de estamparle la mano en la cara.

—Llevas asegurándome que ya llegamos desde hace más de una hora.

—Bebe un poco, preciosa. —Me tendió su cantimplora.

—Acabo de beber, ¿no me has visto? En lo que llevamos de camino, me he bebido un río entero.

—Qué exagerada eres, *hoa uhane*. Bebe de la mía, es agua de coco. Te sentará mejor. Aporta mucha más energía e hidrata…

—Cuando te pones en plan sabiondo, no te aguanto. Anda, trae eso.

Le arranqué la cantimplora de la mano. ¡Con tal de dejar de oírlo!

—¿Mejor? —me preguntó con una sonrisa de oreja a oreja.

Me mordí la lengua.

—Sí, amorcito mío, mucho mejor. ¡Qué haría yo sin ti! —Aleteé las pestañas exageradamente.

Me contempló embobado.

—Qué guapa eres. ¡Es que tengo una suerte! —Se acercó a traición y me plantó un sonoro beso en la mejilla—. La de cosas que te haría yo en este momento.

—Estoy sudada, despeinada y, en resumen, hecha una mierda.

—¿Eh? Estás preciosa. ¡Uf! Lo que daría yo por empotrarte ahora mismo en cualquier lugar de por aquí.

Escuché risitas.

—No sé cómo lo aguantas, Callie —bromeó Lansh detrás de nosotros.

—Pues a veces yo tampoco, la verdad. Y hoy me tiene especialmente contenta.

Daryos puso cara de asombro.

—¿Se puede saber qué he hecho yo ahora?

—¿A ti te borran la memoria cada varios minutos o algo así? —le dije, medio en broma medio en serio. ¿Acaso pensaba que iba a olvidarme tan fácilmente de lo de esa misma mañana?

—Qué simpática eres cuando quieres, amor —dijo haciéndose el ofendido, mientras se le escapaba una risilla traviesa.

—Suerte que ya te tengo bien calado, barog. Así que no te hagas el *atontao* conmigo, que ya te he pillado el truco.

Lansh soltó otra carcajada.

—No sé dé que me hablas, mujer.

—Claro, claro. Tú solo te enteras de las cosas cuando quieres.

Ahora fueron Xioh y Xerx los que se rieron.

—Está claro, amigo mío, que Callie te conoce bien —dijo este último, mirando a Daryos.

—Cuánta razón tienes. Mi *hoa uhane* me tiene bien pillado por las pelotas.

Di un respingo mientras todos reían.

—Desde luego, los dioses te han vinculado con la descendiente perfecta para ti. Callie nos ha quitado mucho trabajo a los demás —dijo el sanador entre más risas y un coro de aprobación.

—No sé por qué todos os quejáis siempre tanto de mí. ¡Soy un santo!

—San Daryos de Nemea —murmuré. Las carcajadas estallaron todavía más fuerte mientras un par de *llitops* muy chiquititos cruzaban ante mí. Juraría que me miraron un instante. Después aceleraron el paso.

Esos animalillos me fascinaban. Ojalá pudiera tener uno de mascota, pero no me apetecía perder un dedo. Todavía me costaba

creer que fuesen tan peligrosos como decían. ¡Si eran adorables!

Axeh y Emi se unieron a la fiesta, y así seguimos avanzando hasta la piedra afilada que había señalado Daryos. En esa ocasión no me había engañado, y un pequeño claro con una roca en medio se abrió ante nosotros.

—Hemos llegado —proclamó el príncipe, rascándole la cabeza a Enzo, que llevaba rato empujándolo con el morro para que le prestara atención—. Aquí está la gran roca.

Mientras nos adentrábamos en el claro y ocupábamos posiciones, dispuestos a esperar a Cyrus, me fijé en esa roca. Parecía hecha de cuarzo negro, pulido y brillante, y tenía pequeñas inscripciones por todas partes. Jenny la estaba mirando también, como si hubiera llamado poderosamente su atención.

—¿Qué pone en la superficie? —pregunté.

—Nadie lo sabe, amor. Ya estaba aquí cuando los primeros barogs llegaron. Algunos dicen que tal vez fueron los antepasados de las *aninfs*, cuando su civilización era más próspera y evolucionada, pero no lo sabemos con exactitud.

Lo miré sin comprender.

—Las civilizaciones evolucionan hacia delante, Daryos, hacia el progreso. Pueden estancarse, pero rara vez retroceden, aunque a veces podría suceder.

—Según cuentan los ancianos, vivieron una época muy oscura en la que cometieron canibalismo y cosas que mejor no mencionar. Por entonces, habitaban en Nemea también otras especies mucho más avanzadas, que acabaron por extinguirse.

—Pues quizá fueron estas las que escribieron en la roca, y no las *aninfs*.

—Lo desconozco, amor. El caso es que nadie lo sabe con exactitud. Lo único que los ancianos pudieron averiguar por algunos de los símbolos fue que esta roca era utilizada a menudo para sacrificios escalofriantes, como una especie de altar. Eso es todo.

Se me desencajó la mandíbula.

—¿Y por qué demonios venimos aquí?

—Porque este siempre ha sido un lugar neutral para mi pueblo, un sitio de encuentro para llegar a acuerdos. Es algo…

simbólico.

Después de escuchar a Daryos, sentía escalofríos. ¡Con la de sitios maravillosos que había en el planeta y tenían que escoger un viejo altar de sacrificios! Al menos, no había pertenecido a los barogs… ¿Y eso de que las *aninfs* habían vivido una época de esplendor y otra de canibalismo? Por cómo había hablado, parecía que eso hubiese sucedido hacía muchísimo tiempo, pero quién podía saberlo. Cada vez me gustaban menos esas *aninfs*, por mucho que los barogs siempre insistieran en que eran inofensivas y que tenían pocas luces.

Respecto a esas otras especies más avanzadas que habitaron Nemea tiempo atrás y se extinguieron… ¿Qué aspecto tendrían esos seres? ¿Por qué desaparecieron? ¡Lo que darían muchos científicos en la Tierra por estar ahí! ¡Cuántos misterios del universo quedaban por descubrir!

Daryos, Xerx, Xioh, Lansh y Axeh se colocaron en el centro, justo a un lado de la piedra, mientras que Emi, Jenny y yo lo hicimos unos cuantos pasos por detrás de ellos. El resto de las fuerzas rebeldes formaron un semicírculo tras nosotros, resguardados por los leones.

De pronto, un relámpago rosado destelló en el cielo, muy cerca del claro, iluminándolo y resplandeciendo. El trueno que le siguió bien podría haber partido el planeta por la mitad. Retumbó como un tambor celestial, señalando el inicio del diluvio.

En ese instante, rompió a llover. Una cortina de agua parecida a una cascada cayó de las nubes sobre la selva, caliente y pesada.

Y así, a las puertas del mediodía, nos dispusimos a esperar a que llegara el rey de Nemea.

29 juntos de nuevo
CALLIE

En cuanto el rostro de Cyrus asomó entre los arbustos, un murmullo generalizado se extendió por el claro. Daryos dio un paso al frente y se tensó, preparado para lo que fuera a ocurrir.

Tras el rey llegó Tina, seguida de cinco barogs enormes y amenazantes a los que no conocía. Esperamos por si aparecían más de los suyos, pero no fue así. Completaban su grupo Bazzeila y otras tres panteras. Bien, nosotros contábamos con los leones; esa parte estaba bastante igualada.

«Son pocos. Buena señal», pensé.

Sin embargo, no teníamos ni idea de si había otros ocultos en la selva, aguardando la indicación de su rey para entrar en acción. La tromba de agua que caía sobre la jungla enmascaraba los sonidos, incluidos los de las pisadas, así como los olores. Por lo tanto, no podíamos saberlo.

Inspiré hondo, tratando de tranquilizarme. Daryos debió de percibir mi inquietud, porque se giró y me dedicó una de sus sonrisas. Cabreada o no, mi barog era el mejor del mundo.

Los recién llegados estaban tan empapados de la cabeza a los pies como nosotros. La melena del rey chorreaba agua sobre sus inmensos pectorales tatuados y le pegaba el taparrabos a sus descomunales atributos. Sus ojos oscuros se pasearon por cada uno de nuestros rostros, deteniéndose en especial en el mío, para acabar en el de su hermano. Esos ojos me provocaban escalofríos.

En cuanto Tina y Emi se vieron, corrieron la una hacia la otra sin reparar en la seriedad de ese encuentro, ni en los dos bandos que las observaban atónitos. Se abrazaron con fuerza a la altura de la roca negra, mientras la cortina de agua las vapuleaba y se deslizaba por sus cuerpos, enfundados en los finos vestidos. Verde el de Tina, rosa pálido el de Emi.

Cuando se separaron, se miraron a los ojos con una sonrisa. Las lágrimas se confundían con las gotas de agua en sus mejillas. ¡Qué orgullosa estaba de mis alumnas, joder!

—¿Estás bien, Emi? —dijo Tina, apartándole de la frente un rizo aplastado por el agua.

Ella asintió.

—¿Y tú, Tina? ¿Te ha hecho daño? —Lanzó una miradita a Cyrus, que acababa de colocarse frente a Daryos, al otro lado de la roca.

Por toda respuesta, Tina volvió a abrazarla.

—Todo va a salir bien, Emi. Ya lo verás. —Mientras se lo decía, era a mí a quien miraba.

Tina saludó a Jenny, que ahora permanecía al lado de Xerx, con una sonrisa y un beso lanzado al aire. A Jenny le brillaron los ojos y moduló un "hola" silencioso con los labios. También rezumaba emoción. Xerx tenía los dedos alrededor del brazo de mi amiga, quizá para evitar que se lanzara hacia Tina, tal como había hecho Emi.

«Otro barog capullo sobreprotector», pensé, poniendo los ojos en blanco.

El segundo al mando de Daryos estaba tenso y concentrado. El odio que sentía por el rey era palpable. Xerx parecía, sin duda, el más revolucionario entre todos los rebeldes. Según me había contado Daryos, las cosas se habían complicado tiempo atrás cuando defendió a capa y espada la relación de Xioh y Lansh, y desobedeció a Cyrus. O sea, la enemistad venía de lejos.

Cuando al fin las dos amigas regresaron a sus puestos, cada una junto a su bando, el rey y el príncipe centraron toda su atención el uno en el otro.

—Has venido, hermano. Me alegro de verte —dijo Daryos, y yo sabía que sus palabras eran sinceras.

—Lo mismo digo, D.

—¿Cómo va tu herida? ¿Te duele? —Mi barog señaló el pectoral de Cyrus, cubierto por un vendaje rudimentario parecido al que él mismo llevaba.

—Fue un buen tajo, pero mi *hoa uhane* ha cuidado bien de mí. —Tina y él intercambiaron una mirada cargada de complicidad. Me gustase o no, ahí había algo auténtico. «Mierda»—. ¿Y tu hombro, D?

—Como nuevo. —Esbozó una sonrisa tensa.

«Mira que es fanfarrón…», pensé.

El agua seguía cayendo, obligándolos a elevar la voz bajo su rugido incesante.

—Como ves, vengo con buenas intenciones —dijo el rey mirando a su alrededor, señalando a sus escasos acompañantes.

—Eso aún está por ver.

La risa oscura de Cyrus me estremeció vértebra a vértebra. ¿Cómo podían ser tan distintos? Por fuera, se parecían, al menos en su versión barog, puesto que jamás había visto al Cyrus humano. Por dentro, en cambio…

Daryos era sol y luz y bondad. Cyrus transmitía todo lo contrario. Y, sin embargo, ahí estaba Tina, a su lado, completamente pendiente de lo que él hacía, y Daryos, dispuesto a arriesgarse por recuperar la relación con él. Porque eso no iba solo de llegar a un acuerdo sobre cómo gobernar a su pueblo. ¡Qué va! También iba de dos hermanos que se amaban y se habían convertido tristemente en enemigos.

—¿No te fías de mí, D? Porque ese no es un buen comienzo.

—No es que me hayas dado últimamente demasiados motivos para confiar en ti, hermano. Pero te aseguro que me estoy esforzando.

«Punto para mi amorcito».

Tina dio un paso adelante y miró a Daryos a los ojos.

—Tu hermano ha venido aquí de buena voluntad, pese a estar herido, y con tan solo cinco de sus barogs y las panteras.

—¿Eso es así, Tina? ¿Solo cinco? ¿O ha escondido a todas sus fuerzas en la jungla? Sabe de sobra que con esta tormenta no nos sería fácil detectarlos.

Cyrus apretó la mandíbula. Iba a contestar, pero Tina se le adelantó.

—Tú no me conoces, príncipe, pero Callie, tu pareja, sí. —Tina clavó sus ojos negros en los míos con esa determinación tan suya—. El rey dice la verdad, señorita Dawson. Los que veis aquí son los únicos que han venido con nosotros. Las intenciones de Cyrus son buenas.

Contuve el aliento un instante, hasta que fui capaz de hablar.

—Si Tina lo dice, entones es verdad.

Ella asintió, agradecida. Quizá nuestro papel ahí fuera más importante del que parecía, ya que jamás desconfiaríamos la una de la otra. Tina Martins podía ser muchas cosas, pero tenía buen corazón y nunca haría nada que pudiera poner en peligro a Emi, a Jenny o a mí. Eso era indiscutible.

Nuestra intervención había suavizado un poco la tensión… por el momento.

—Vayamos al grano, Cyrus. ¿Estás dispuesto a dejar en paz a Callie para siempre y a reconocer públicamente que es mi pareja de vida? ¿Vas a tratar con respeto y bondad a todas las descendientes a partir de ahora? ¿Vas a poner fin a la práctica de las costumbres más cruentas de nuestra especie? ¿Y vas a aceptarnos de nuevo a todos en la aldea sin rencores ni castigos?

Tras esas preguntas, que dejaban clara la posición del príncipe y de todos los rebeldes, mi barog apretó los puños a ambos lados del cuerpo y soltó de golpe el aire de sus pulmones. Yo sabía que no iba a transigir en ninguno de esos puntos. Si Cyrus no los aceptaba, no habría trato.

El rey se apartó los mechones empapados de la frente y esbozó de nuevo esa sonrisa siniestra, aunque esta vez tenía un toque de tristeza que me desconcertó.

—Estoy dispuesto a hablar de todo eso e intentar llegar a un acuerdo. Es más, tengo una propuesta que creo que puede poner fin a todos nuestros problemas de golpe, siempre que te avengas a seguir mi plan.

Vi cómo Tina elevaba ligeramente una ceja y negaba de un modo imperceptible. Ese plan no le convencía.

—¿Tu plan? ¿Acabas de llegar y ya vas con exigencias, C?

—No, hermano, nada más lejos de mis intenciones. Pero antes de entrar en todas esas cuestiones que has planteado y de que yo te exponga la única solución que se me ha ocurrido para resolver las cosas, primero hay algo de suma importancia que debo decirte. He venido hoy aquí para advertirte de un peligro inminente.

Mi barog estaba sorprendido, como todos los demás. El aguacero rugía con fuerza, así que me acerqué un poco más a él para escuchar mejor lo que Cyrus iba a decir. Xerx hizo lo mismo.

El rostro del rey se ensombreció y empezó a caminar, bordeando su lado de la roca.

—Los hermanos perdidos se mueven.

Daryos abrió los ojos como platos.

—¿Qué quieres decir?

—Como sabes, llevo mucho tiempo vigilándolos, desde... —Se calló en seco y sus facciones se contrajeron. Daryos asintió y el rey prosiguió—: Ayer, uno de mis rastreadores me informó de que hay varios grupos, de una decena de ellos cada uno, en expedición por la selva.

Daryos se inclinó un poco hacia adelante, apoyando las manos sobre el altar.

—¿Hacia la aldea?

—No lo sabemos. Por el momento, cada uno ha tomado una dirección distinta y ninguno hacia nosotros. Desconozco si hay otros grupos o si están dando un rodeo. El grueso de su gente sigue en los pantanos del sur, pero que empiecen a movilizarse no es una buena señal. Su descendencia se degrada, D, y ya sabes lo que quieren. Vendrán a por nuestras mujeres, no les queda otra opción.

Daryos se irguió de nuevo y, rascándose el mentón, empezó a caminar también. Ambos se desplazaron hasta salir de la distancia que la piedra ponía entre ellos y quedaron cara a cara a tan solo un par de pasos el uno del otro. El encuentro acababa de dar un giro inesperado.

—¿Crees que atacarán? ¿Que tenemos otra guerra en ciernes? —preguntó mi barog.

—No lo sé, hermano, pero debemos estar preparados… y unidos. Debía avisarte por si uno de esos grupos se acercara a

vuestro refugio, donde sea que esté. Sabes que padre no sopesó bien la amenaza… y, cuando se dio cuenta de lo que tramaban esos bastardos, fue demasiado tarde.

Hasta yo escuché el sonido de sus dientes chirriando.

—Paa hizo lo que pudo, C —dijo Daryos, apretando la mandíbula. Tras unos segundos en silencio, añadió—: Entonces, necesitamos más que nunca llegar a un acuerdo. ¿Te comprometerás a todo lo que te he pedido?

La mirada de mi barog era clara y esperanzadora. El agua surcaba las líneas entre sus poderosos músculos y se le acumulaba en la melena.

—Escucha, D. Ahora no tenemos tiempo para eso. Dejemos nuestras diferencias a un lado y unamos fuerzas. Mis barogs y tus rebeldes. Un único pueblo de nuevo. Afrontemos juntos esta amenaza y luchemos codo con codo, como hermanos. Yo tu rey y tú mi príncipe.

Daryos reflexionó.

—Lo que dices me parece bien, pero no puedo perdonar todo lo que has hecho sin más, Cyrus. Necesito algún compromiso por tu parte, o mi gente no aceptará unirse a ti.

—Tu gente es también la mía. Yo soy el único rey de Nemea, y os pido a todos que dejéis a un lado vuestro odio hacia mí y regreséis a la aldea con vuestro príncipe y conmigo. Os aseguro que la única posibilidad de vencer a esa escoria es juntos. Separados, seremos arrasados sin piedad.

—Lo entiendo, C, y ya te he dicho que estoy de acuerdo. Pero no es suficiente. Organizaste la cacería, marcaste a las descendientes, intentaste arrebatarme a mi alma gemela… Por no mencionar el maltrato que varios de los tuyos llevan aplicando a las mujeres vinculadas desde hace tiempo. Expulsaste a algunos de mis amigos de la aldea y degradaste a Xerx, además de que, hace apenas unos días, los tuyos lo torturaron. Como te he dicho, no es suficiente.

Cyrus resopló. Antes de que contestase, Tina se acercó a él y le puso la mano en el brazo. Él asintió.

—Jamás tocaré a Callie, nunca, lo juro por los dioses del manantial y sobre la tumba de nuestros padres, como tampoco se celebrarán más cacerías en el futuro ni se marcará a las descendientes, al menos durante mi reinado. En cuanto a lo demás, lo hablaremos punto por punto tú y yo cuando todo esto acabe y reine de nuevo la paz en nuestra aldea. Seguiré siendo rey y no intentarás arrebatarme el trono. Escucharás el plan que he orquestado para convencer a los ancianos de que me apoyen y me ayudarás a llevarlo a cabo. ¿Es eso suficiente?

Daryos me miró y luego a Xerx. Ambos asentimos, aunque a su amigo le costó bastante más que a mí.

—De acuerdo. En cuanto a ese plan tuyo, antes de prometerte nada tengo que escuchar de qué se trata, y solo lo seguiré si me convence. Todo lo demás…, lo acepto. Jamás te usurparé el trono. Como te repetí mil veces, no quiero el poder. Solo quiero regresar a tu lado como príncipe de Nemea… y como tu hermano.

Durante unos segundos, lo único que se escuchó fue la lluvia cayendo con fuerza, como el peor de los monzones, borrando huellas y silenciando a las fieras. Los goterones repiqueteaban en la superficie de esa roca que tanto misterio y oscuridad escondía.

Entonces, el rey le tendió el brazo a su hermano, tan musculoso y lleno de cicatrices como el del príncipe.

Tras vacilar un instante más, Daryos agarró el brazo de su hermano mientras una sonrisa inmensa se formaba en su rostro. Estaba muy contento.

Yo seguía sin fiarme del todo de ese rey despiadado. A fin de cuentas, apenas unos días atrás me había perseguido como una bestia demente por la selva, dispuesto a forzarme para que me uniera a él, aun sabiendo que su hermano me amaba. Y todo por esa maldita marca de nacimiento en mi espalda a la que nunca le había dado demasiada importancia… hasta que conocí a Daryos.

—Ahora, hermano, háblame de tu plan —dijo mi barog.

—¿No prefieres esperar a llegar a la aldea y sentarnos con tranquilidad en mi casa con un vaso de licor en la mano?

—Nos lo tomaremos para brindar cuando lleguemos. Prefiero poner todas las cartas sobre la mesa antes de seguirte hasta allí.

Tina y yo intercambiamos una mirada. La suya me dijo que ahora venían los problemas.

Los hermanos se apartaron un poco de la roca para hablar en privado. Los barogs de Cyrus se acercaron a saludar a algunos de los rebeldes y todo el mundo se relajó mientras se resguardaban bajo la primera línea de palmeras. El aguacero seguía siendo insoportable e impedía que viéramos nada más allá del claro.

Daryos me indicó que me acercara a ellos, y Cyrus hizo lo mismo con Tina. Xerx y Xioh se aproximaron también a la pequeña reunión. Lansh y Axeh, los hermanos rubiales, aguardaban un poco más alejados.

Observé a un grupito de *llitops* atrincherados bajo un arbusto. De pronto, algo se agitó tras ellos y huyeron despavoridos. Capté un destello plateado entre las hojas verdes.

«Es solo la lluvia, que no te deja ver tres en un burro», me dije. Acto seguido, presté atención a lo que Cyrus estaba diciendo.

—Antes que nada, prométeme que me escucharás hasta el final.

—Ya veo que no va a gustarme.

—Promételo, D.

—Lo prometo. Como esto sea otra de tus encerronas…

—Deja hablar a tu hermano, anda —le susurré para que se callara. Cuanto antes acabáramos, antes regresaríamos a la aldea.

Estaba hasta las narices de tanta lluvia. ¡Y eso que no había hecho más que empezar! Me moría de ganas de entrar en casa de Daryos y meterme en su cómoda cama. *Nuestra* cama.

«Mmmm».

—Gracias, Callie —me dijo el rey, mirándome a los ojos.

Me estremecí.

—No me las des. No lo hago por ti. A mí ni me hables. Apoyaré el acuerdo al que llegues con Daryos por el bien de todos, pero no esperes mi perdón ni mi amistad. Nunca los tendrás.

El segundo que siguió a mis palabras fue tenso. Tina me miró alzando la barbilla. Por muy alma gemela suya que fuera, sabía que

ella me entendía.

—Lo comprendo —dijo el rey sin más, inclinando un poco la cabeza en mi dirección. Y empezó a contarnos el plan.

Cuando acabó, Daryos se paseaba nerviosamente de aquí para allá.

La tormenta se había intensificado aún más y apenas nos oíamos.

—¡Tú estás loco! ¿Pretendes que engañemos a los ancianos? ¿Quieres que nos maten a todos?

—Nadie va a matar a nadie. Es la única manera, D, y lo sabes.

—¡Ni hablar! No voy a mentir para evitar que te enfrentes a ellos.

—Si les decimos la verdad, que Callie tiene la marca y se ha unido a ti, te obligarán a ocupar el trono. Tendrás que ejercer de rey en esta mierda de guerra que se avecina, cosa que tú no quieres y yo tampoco.

—No voy a fingir ante los ancianos que mi *hoa uhane* y tú os habéis unido solo para que tú mantengas el poder. Además, olvidas una cosa: por mucho que les aseguremos que sois pareja de vida, unidos en tierra sagrada, yo sigo teniendo la marca de la espiral, no tú. ¿Qué te hace pensar que aceptarán esa unión como si nada y te dejarán seguir en el trono?

—Es la única manera, D. Solo si estoy vinculado a la descendiente que lleva la marca de nacimiento tendré alguna posibilidad de seguir gobernando. ¿Quieres ser tú quien nos lidere cuando aparezcan los hermanos perdidos? ¿Quieres ser tú quien ordene las torturas y las ejecuciones? ¿Quien tome las decisiones difíciles?

Daryos negaba con la cabeza, esparciendo gruesas gotas de agua por todas partes.

—Hay otra manera, C. Les diremos la verdad, que Callie y yo nos hemos unido y nos amamos, pero que tú eres el mejor rey posible y que yo no quiero asumir el trono. Tendrán que acabar aceptándolo. Si yo me niego, no podrán obligarme.

Mi barog tenía el pelo empapado y su voz había descendido varias notas. Estaba un poco afónico de tanto hablar bajo la tormenta.

—Si hacemos eso, me quitarán de en medio. Problema resuelto.

—¿Pueden hacer eso? —preguntó Tina.

—¡Oh, claro que pueden, mi reina! ¡Pueden hacer lo que les dé la gana! Son unos absolutos fanáticos de esa profecía. Siguen las leyendas y las tradiciones a pies juntillas, y no van a transigir por nada del mundo. Si Daryos se niega a cumplir con su obligación y honrar la profecía, me matarán.

—Los ancianos no han hecho algo así nunca. ¡Ellos protegen a nuestro pueblo! Quizá no comparta sus métodos, pero hablan por los dioses y jamás matarían al rey de Nemea.

—¡No seas ingenuo! Según ellos, yo no sería su rey. Ya intentaron evitar que subiera al trono, ¿lo recuerdas, D?

—Iremos al templo y hablaremos con ellos. Les confesaremos la verdad. Les haremos entender que solo tú puedes conducirnos a la victoria y la paz. Si formamos un frente unido, si les mostramos que estamos juntos en esto y no damos nuestro brazo a torcer, acabarán cediendo. La profecía ya se ha cumplido. Las dos marcas de la espiral sagrada se han unido, y yo comandaré a nuestros guerreros bajo tu mando. Ahí lo tienen. No necesitan nada más.

Varios relámpagos amarillentos y rosados cayeron demasiado cerca. Un trueno nos sacudió a todos e hizo temblar la tierra misma como si fuese el fin del mundo. Nos tambaleamos.

—¡¡Tú no lo entiendes, hermano! ¡Me apartarán del trono y estaremos perdidos!! —gritó el rey, exaltado, elevando la voz por encima de la tormenta y acercándose tanto a Daryos que apenas había unos centímetros entre sus poderosos pectorales.

Eran los dos barogs más imponentes que existían. Sus colas azabaches se elevaban hacia el cielo cargado de nubes, aportándoles majestuosidad. Sus garras en manos y pies, así como sus colmillos, les otorgaban el aspecto de bestias peligrosas de la jungla. Pero sus ojos —brillantes, de diferente color, intensos— les conferían humanidad.

La situación se nos estaba yendo de las manos.

—¡Déjalo ya, Cyrus! ¡No voy a mentir! ¡No voy a enfurecer a los ancianos ni a los dioses! ¡Sabrán que es una farsa! ¡Notarán nuestras energías, nuestros vínculos! ¿Acaso no has pensado en ello?

—¡No si los dos les decimos lo mismo! ¡No si Callie colabora!

—¡No voy a meter a mi *hoa uhane* en esto! ¡Pretendías cazarla, Cyrus! ¡No voy a obligarla a que finja ser tu pareja! ¡Ni lo sueñes!

Y el rey estalló, con una rabia que rivalizaba con la de los truenos de esa tormenta apocalíptica. Tenía ese extraño presentimiento de cataclismo que a veces nos invade sin motivo alguno. Solo que ahora había muchos motivos.

—¡¡Me lo debes, Daryos!! —gritó fuera de sí, con tanto dolor que Tina y yo nos sobresaltamos—. ¡Tú no los encontraste! ¡No tuviste que ver a nuestros padres sobre un charco de su propia sangre! No contemplaste a nuestros hermanos despedazados sobre la hoguera ni te viste reflejado en sus cuencas vacías. ¡Yo los encontré! ¡Yo los enterré mientras Xerx y tú jugabais a ir de aventuras!

El dolor se dibujó también en el rostro de mi barog. Intentó acercarse a él, pero Cyrus lo apartó de un fuerte empujón. Daryos resbaló un instante en el barro que se formaba bajo nuestros pies, pero aguantó el equilibrio.

Miré a Tina. Su cabello, negro como el ónice, relucía de humedad. Tenía los labios apretados en una fina línea y se retorcía una mano con la otra. Al igual que yo, no sabía qué hacer.

Les lancé una mirada a Xerx y a Xioh como una súplica silenciosa de socorro. Pero ambos negaron con la cabeza. Lansh avanzó hasta mí, me pasó el brazo por los hombros y me susurró al oído:

—No intervengas. Tienen que arreglar las cosas a su manera. Esta conversación la tenían pendiente desde hacía mucho tiempo. Después, todo se calmará.

—Si tú lo dices… —No estaba muy convencida. Aquello no hacía más que empeorar.

Daryos, obviando el empujón que su hermano acababa de darle, volvió a acercarse a él.

—No sabes cuánto siento que tuvieras que enfrentarte a eso solo. Daría lo que fuese por haber estado ahí a tu lado, contigo. Pero no podemos retroceder en el tiempo, hermano. Lo único que podemos hacer es reconstruir nuestra relación a partir de ahora y no dejar que algo así se repita de nuevo. De nosotros depende que nuestro pueblo no tenga que padecer jamás otra desgracia como esa.

—¡¿Reconstruir, dices?! Por lo que veo, no se puede reconstruir lo que ya no existe. ¡Solo te he pedido una cosa y me la niegas!

—Olvida las peleas y las discusiones, Cyrus. Olvidemos el pasado. Empecemos de nuevo, aquí y ahora. Los dos hemos acudido hoy a este lugar porque deseamos arreglarlo. Hemos llegado muy lejos para estropearlo ahora. Te quiero y sé que tú también me quieres a mí, hermano.

—Me temo que eres demasiado optimista. Siempre lo has sido. Pero el mundo no son juegos, bromas y risas. ¡Hay mucho más! Peligro, responsabilidad… Y, a veces, la situación requiere que nos ensuciemos las manos, que tomemos decisiones difíciles. Alguien tiene que hacer lo que hay que hacer para proteger a nuestra especie. Y parece que, como siempre, el único dispuesto a ello soy yo.

—¡Eso no es cierto! Que no quiera urdir un engaño contra los ancianos no significa que no esté dispuesto a hacer lo que sea necesario para salvar a los nuestros. Pero el fin no justifica los medios, C. Deja que te ayude. Hagamos bien las cosas. No cargues con todo el peso tú solo.

—No voy a cederte la corona sin luchar, ni lo sueñes. —Cyrus no estaba escuchando y volvía a ese tema una y otra vez.

—¡¿Es que no lo entiendes?! Yo ya no sé cómo metértelo en la cabeza. ¡No quiero la corona, Cyrus! Tú eres el rey y sé que podrías ser un rey cojonudo.

—¿*Podría*? —Soltó una carcajada oscura que la lluvia también se tragó.

—¡Sí, podrías, C! Es una carga demasiado grande y ya has sufrido demasiado. No tienes por qué hacerlo solo. Deja que te ayude a llevarla. ¡No quiero el poder, no quiero ser rey, solo quiero estar a tu lado! ¡Tendrás mi lealtad, hermano! Pero lo haremos a mi manera, con la verdad por delante… o no cuentes conmigo.

—Los ancianos jamás lo permitirán. ¡Eres tú el que no entiendes nada! ¡Esto es muy grave, D! ¡Se acerca la peor amenaza de todas! ¡Y tú vas a arriesgarlo todo por tus jodidos escrúpulos infantiles!

—Cyrus, si me escuchas…

El rey lo empujó de nuevo, esta vez más fuerte. Mi barog ancló los pies en el suelo, hundiéndolos en el barro, y aguantó el embate inclinándose un poco y flexionando las rodillas.

—¡Los ancianos jamás lo permitirán! —gritó el rey.

Entonces, Daryos le devolvió el empujón con la misma fuerza.

—¡Me tiene sin cuidado lo que ellos quieran! Tú seguirás siendo rey y yo tu mano derecha, si así me lo permites. Juntos, venceremos a los hermanos perdidos. Haremos justicia y protegeremos a nuestro pueblo.

—¡Vas a condenarnos a todos, idiota! —vociferó Cyrus.

Cuando se enzarzaban de nuevo a base de empujones, y Xerx y los demás, al fin, parecían dispuestos a intervenir, una flecha atravesó el claro y rebotó en la roca.

Extraños rugidos espeluznantes se alzaron a través de la tormenta desde todas partes, mezclándose con los truenos.

Y en cuestión de segundos, bestias enormes emergieron de la jungla y se lanzaron sobre nosotros.

30 EMBOSCADA
CALLIE

Eran tan grandes y musculosos como los barogs, e incluso más temibles. Empuñaban lanzas largas o cortas, extraños arcos y grandes machetes. Algunos tenían facciones propias de los barogs, mientras que los rostros de los demás eran aún más terroríficos y no tenían ni pizca de humanos. Recordaban más a animales de fantasía que a nada que hubiera visto antes.

En sus ojos, de colores brillantes, no había apenas distinción entre el iris y la pupila. Su cuerpo entero estaba recubierto de bello, muy corto y tupido, parecido al terciopelo. Las garras eran más largas y afiladas, pero menos robustas, y las colas más gruesas y cortas.

«Los hermanos perdidos», me dije, petrificada. Su visión era sobrecogedora.

Si los barogs eran aterradores, aquellos seres con sangre de *aninf* en las venas eran espantosos. Sus miradas, lejos de la inteligencia humana, estaban vacías y desprovistas de cualquier otra emoción que no fuera el deseo de matarnos a todos.

Me di cuenta en el acto de que los barogs no eran, ni de lejos, los peores monstruos de Nemea.

Saltaron al claro profiriendo rugidos pavorosos, mientras las flechas con punta de hierro volaban por todas partes, sajando la cortina de agua, que no tenía visos de amainar. Sus enormes pies chapotearon en el barro haciendo temblar los cimientos de Nemea.

Daryos y Cyrus, como si de un movimiento ensayado se tratara, se colocaron de inmediato entre esa masa furibunda de monstruos y Tina y yo, que nos habíamos quedado heladas. Como si, en lugar de un tifón tropical, nos azotara una corriente gélida. Sus anchos hombros se rozaban, formando un muro protector de músculo frente a nosotras.

Observé cómo nuestros amigos, a tan solo unos pasos de distancia, hacían lo mismo para cubrir a Jenny y Emi.

—¡¡Tras la roca, Callie!! —vociferó Daryos para hacerse oír por encima del estruendo.

Antes de que pudiera procesar lo que me decía, Tina me agarró de la mano y tiró de mí. Nos acurrucamos la una contra la otra, con la espalda pegada a la piedra fría y el pequeño alerón de cuarzo del altar sobre nuestras cabezas. Aquello no impediría que los monstruos nos encontraran, pero al menos nos quitábamos de en medio mientras nuestras parejas luchaban a vida o muerte.

«A vida… o muerte». Tirité.

Emi y Jenny corrieron agachadas hacia nosotras, protegidas en todo momento por los demás, mientras el resto de los rebeldes avanzaban por el claro rugiendo y gritando, dispuestos a luchar junto a sus líderes.

Dos silbidos estridentes hicieron que me asomara a mirar. El rey y el príncipe acababan de llamar a sus mascotas. Enzo y Bazzeila se situaron ante nosotras en cuestión de segundos.

—¡Pase lo que pase, protegedlas! —gritó Cyrus.

Los dientes me castañeaban. A Tina también.

Daryos no se había recuperado por completo de su herida en el hombro, y su hermano apenas había salido de la convalecencia. Ninguno de los dos estaba en su mejor momento para librar una batalla de ese calibre. Miré a Tina. Cuando nuestros ojos se encontraron, tuve la sensación de que ella estaba pensando exactamente lo mismo.

—Saldremos de esta —dijo con los ojos más oscuros que nunca, surcados por un rictus de angustia. Asentí, cagada de miedo.

Jenny y Emi se acurrucaron a nuestro lado y nos apretujamos las cuatro tanto como pudimos. Delante, las patas robustas de la pantera y el león se movían sin parar. Entre los huecos, atisbábamos lo que iba sucediendo en aquella cruenta lucha.

Daryos y Cyrus se habían situado espalda contra espalda, y peleaban como dos fieros leones a zarpazo limpio contra cualquiera que osara acercarse a ellos. Sus dentelladas y sus garras destrozaban a diestro y siniestro, esparciendo sangre y vísceras por

todas partes. De vez en cuando, empuñaban sus machetes y remataban el trabajo. Eran todo un espectáculo.

Parecía que protagonizaran una coreografía, pues sus movimientos estaban perfectamente combinados y se guardaban las espaldas el uno al otro. Golpeaban con sus puños, inmensos como rocas, desgarraban y abrían en canal con los filos de sus garras, y saltaban implacables sobre el enemigo una y otra vez y otra y otra… hasta machacar al oponente.

Tanto ellos como los guardias de Cyrus y todos los rebeldes estaban embarrados de la cabeza a los pies, empapados y chorreando sangre del enemigo o de sus propias heridas. Los rugidos horripilantes de unos y otros se confundían en el fragor de aquella batalla sangrienta, velados por la tormenta incombustible.

Las demás mujeres se habían ocultado en la selva, a la espera de que el enfrentamiento terminase. Nosotras cuatro no podríamos haber llegado hasta allí sin que nos interceptaran, y por eso estábamos ahora mismo en medio de aquella refriega, enfangadas por todas partes.

La fiereza de los hermanos perdidos era apabullante. Los que no tenían nada de humano aguantaban los golpes como si no les afectaran lo más mínimo y luchaban sin detenerse hasta que alguno de nuestros barogs lo mataba. Parecían máquinas sin cerebro programadas para continuar peleando hasta que su corazón dejara de latir.

La sangre corría en surcos por el barro, llegando hasta nuestros pies. Emi vomitó un par de veces y Jenny ocultó la cara entre las rodillas. Me sentía como en una de esas películas de Arnold Schwarzenegger… ¿Cómo se llamaba?

«*Depredador*», recordé, conteniendo una risa histérica.

Unos meses atrás, yo estaba tomándome tranquilamente un cafetito en mi lugar favorito, saboreando una suculenta tarta de chocolate mientras corregía exámenes de biología. Definitivamente, mi vida se había ido al garete. Eso sí, no me faltaban emociones ni montones de especies "fascinantes". «El sueño de toda bióloga…».

Tina y yo no apartamos la vista ni un instante de aquel despliegue de salvajismo. Nuestros barogs continuaban ahí, dando lo

mejor de sí mismos para vencer a un enemigo que iba perdiendo terreno.

La principal ventaja de los nuestros era que los triplicaban en número, entre todos los rebeldes y los barogs de Cyrus, puesto que los perdidos eran apenas una docena. Debían de ser uno de esos grupos que había mencionado el rey. Esos que se habían adentrado de expedición en la selva. Acabábamos de comprobar que se encontraban mucho más cerca de lo que creíamos.

El cansancio se marcaba en las facciones de mi barog y en sus movimientos más lentos. Lo mismo ocurría con los demás.

Todos tenían tajos sanguinolentos aquí y allá. Daryos en el torso y en un muslo; Cyrus en un brazo y en la mejilla; Xerx en el abdomen; y Xioh, Axeh y Lansh tampoco se habían librado. Sin duda, después de aquello todos lucirían una nueva colección de cicatrices para añadir a las que ya tenían.

Yo empuñaba mi pequeño machete por si alguno de esos hijos de puta lograba llegar hasta nosotras. Le había dado el arco a una de mis amigas también por si acaso, con el que, en caso de necesidad, podría golpear. Pero Enzo y Bazzeila no iban a permitir que nadie se nos acercara. Cuando alguno lo intentaba, se lanzaban a por él con las fauces por delante y lo partían por la mitad sin piedad. Arrancaban piernas y brazos, y pisoteaban los cadáveres hasta dejarlos irreconocibles. Parecía que no fuese la primera vez que luchaban codo con codo. Ese par de felinos se compenetraba a la perfección.

Aquello era barbarie en estado puro.

Ver de lo que eran capaces nuestros barogs me llenó de orgullo… y de un terror visceral. Era una escena difícil de asimilar. Las arcadas se apretaron en la boca de mi estómago, pero las contuve. Aquel era nuestro mundo ahora, y no nos quedaba más remedio que acostumbrarnos, por muy horrible que fuera.

No me había dado ni cuenta de que estábamos todas cogidas de la mano. La respiración de Tina sonaba acelerada y entrecortada, al igual que la mía.

«¡Y cómo demonios va a sonar! ¡Si lo raro es que todavía no nos hayamos meado encima!».

El rey y el príncipe seguían luchando como dos bestias aguerridas, dando órdenes a diestro y siniestro con sus voces cavernosas. Sin duda, eran los mejores guerreros barog.

Cuando quedaban apenas tres enemigos, estos, conscientes de que estaban siendo masacrados y ya no tenían ninguna posibilidad, echaron a correr hacia la selva para escapar.

Varios silbidos segaron el eco del siguiente trueno, y Enzo y Bazzeila se irguieron. Daryos corrió y saltó sobre el lomo de su león, mientras que Cyrus hacía lo mismo con su pantera. Otros barogs los imitaron, y los grandes felinos, con sus amos encima, trotaron hacia la jungla.

Me arrastré fuera de la roca y contemplé fascinada como mi barog cabalgaba a galope tendido, empuñando una lanza con una mano y agarrándose a la melena de Enzo con la otra. Por delante de Daryos cabalgaba Cyrus, igual de imponente, y, tras él, los demás barogs sobre sus leones y panteras. La imagen era realmente impactante.

Axeh y algunos otros se quedaron con nosotras por si a alguno de esos monstruos se le ocurría dar media vuelta y regresar al claro… o por si había otros hermanos perdidos por la zona. Afortunadamente, no sucedió nada de eso.

Me agaché y ayudé a Jenny y Emi a levantarse. Tina ya estaba en pie y contemplaba con los ojos muy abiertos los cuerpos que yacían a nuestro alrededor.

Aunque el calor era asfixiante, la lluvia limpiaba el olor de los restos y se llevaba parte de la sangre y las vísceras. Pero nada impedía que viéramos el horror y la brutalidad que se habían desatado ahí mismo.

—Emi, no mires —le dijo Tina.

—No puedo evitarlo. Están por todas partes. —La pobre se dobló por la mitad y vomitó otra vez.

—Esto ha sido… —empezó Jenny, incapaz de terminar la frase. Se apartó un mechón oscuro de la frente mientras contemplaba con repugnancia la sangre que impregnaba las tiras de sus sandalias.

Los barogs se felicitaban entre sí, con golpecitos de reconocimiento en los hombros o el pecho, y estrechándose los brazos, celebrando la victoria.

Nosotras no podíamos.

Nos alegrábamos de que nuestro bando hubiese vencido y de que el rey y el príncipe hubieran superado al fin sus diferencias, o buena parte de ellas, luchando juntos frente a ese temible enemigo. Pero ninguna podía sonreír después de algo así.

De pronto, fuimos conscientes de la clase de seres con los que convivíamos y compartíamos nuestras vidas. Nuestras parejas y amigos eran las bestias que habían destripado vientres, mutilado miembros y triturado costillas. Los monstruos que habían sembrado el claro de cuerpos inertes destrozados.

«Mejor ellos que nosotros», me dije. Sin embargo, no por ello era menos abominable.

La realidad nos golpeó otra vez, del mismo modo en que lo había hecho cuando cada una llegamos a Nemea. Esa era la clase de seres que nos protegían… y a los que amábamos.

Sin necesidad de palabras, las cuatro intercambiamos miradas que expresaban todo eso y mucho más. Esa era nuestra vida ahora… y la guerra no había hecho más que empezar.

—¿Estáis todas bien? —gritó Daryos cabalgando de vuelta.

De un salto, bajó de Enzo y corrió a abrazarme. Contuve las ganas de apartarlo. La sangre que lo cubría me revolvía el estómago, pero nos habían protegido y salvado. Así que me centré en su hermosa mirada, que resplandecía de preocupación por mí, y le devolví el abrazo.

—Sí, todas estamos bien. Ha sido… terrible. ¿Tú estás herido? ¿Toda esa sangre es…?

—Estoy lleno de cortes y rasguños, amor, y puede que tenga algún hueso roto, pero nada grave —dijo, esforzándose por sonreír.

El estómago se me encogió. Nuestros amigos y el resto de los barogs se fueron acercando. Había un murmullo generalizado que ponía de manifiesto la excitación por la victoria, así como la preocupación por lo que acababa de ocurrir.

Cyrus fue el último en llegar. Cabalgó sobre Bazzeila, salpicando agua a su paso, hasta casi el centro del claro y, cuando bajó, lanzó un fardo pesado contra la gran roca. Eran las cabezas de los tres hermanos perdidos que habían tratado de huir.

Tina le tapó los ojos a Emi, a la que ya le estaban dando arcadas otra vez. Aquello era tan surrealista que mi cerebro simplemente se desconectó del horror para poder sobrevivir.

El rey caminó hacia su hermano y lo agarró del brazo. Tiró de él y juntó su frente con la suya. Se susurraron palabras el uno al otro que se llevó la tormenta y que ninguno de los demás alcanzamos a escuchar. Sus espirales, recubiertas de goterones, se estiraban sobre los músculos. Después, se abrazaron con fuerza.

Sus pieles, mojadas y llenas de barro y sangre, resbalaron una sobre la otra en ese abrazo que sellaba muchas cosas. Una alianza, pero también la renovación de algo mucho más importante: el amor fraternal.

Y pese al odio profundo que le tenía a Cyrus, y que no iba a desaparecer, no pude evitar emocionarme.

Cuando se soltaron, el rey se aproximó a su pareja.

—Mi reina, ya ha acabado —dijo, envolviendo a Tina en un gran abrazo. Le agarró el rostro entre las manos y la besó con ansia. Ella recibió el beso sin apartarse.

Si le molestó que la tocara con toda esa mugre de la batalla encima, no lo dijo ni lo mostró. Tras separarse, él le cogió la mano, tal como mi barog sostenía la mía.

—Barogs, este ha sido el primer enfrentamiento de muchos que vendrán. Algunos todavía recordamos con nitidez de lo que son capaces nuestros hermanos perdidos, pues vivimos la Gran Guerra. Como aquella, esta será terrible también. Pero no olvidéis que, pese a que fue mucho lo que entonces nos arrebataron, vencimos nosotros —dijo el rey barog.

Los vítores se elevaron al cielo encapotado como un solo pueblo. Daryos dio un paso hacia su hermano y miró alrededor.

—Amigos, el rey nos ha conducido a la primera victoria. Ahora, estamos todos juntos de nuevo. Ya no hay diferencias entre la aldea y los rebeldes. Volvemos a ser un pueblo único, el pueblo

barog de Nemea. Como tal, protegeremos lo que es nuestro y lucharemos unidos cuando sea necesario.

Más vítores y gestos de asentimiento. El rostro de Xerx permanecía serio, sin una pizca del entusiasmo de los demás, pero asintió.

—Enterrad a los caídos de ambos bandos y preparaos para partir —dijo Cyrus. Entonces, habló solo para el príncipe—: Todos regresarán a la aldea, menos unos pocos que nos dirigiremos hacia vuestro refugio. ¿Te parece bien?

—Nuestro refugio está algo más al norte, en las cuevas —dijo Daryos sin titubear. Ahora que habían hecho las paces, ya no tenía sentido seguir ocultándole el paradero de su escondite.

Aun así, Xerx apretó la mandíbula en silencio. Tal vez seguía desconfiando de Cyrus… o simplemente le caía mal. Lo entendía. Yo misma seguía odiándole. Cuando lo miraba, no podía evitar recordar la cacería y lo cerca que había estado de atraparme como un animal.

—Bien. Descansaremos unos días allí para reponernos e iremos a ver a los ancianos.

—¿Pretendes seguir con el engaño?

—Les contaremos lo que ha ocurrido hoy y solicitaremos su bendición para la guerra que se avecina. Les solicitaremos que nos cedan parte de la aguerrida guardia del templo y les pediremos consejo. —Hizo una pausa y me miró un instante—. Les diremos la verdad sobre Callie y tú. Y que los dioses del manantial nos ayuden a convencerlos.

Los ojos de Daryos brillaron de emoción.

—Y yo me negaré a ocupar el trono y te apoyaré hasta el final, hermano. A partir de ahora, vuelvo a ser tu mano derecha.

Cyrus asintió. Los rostros de ambos se iluminaron con una sonrisa verdadera.

—¿Quién quieres que venga con nosotros al templo, D? De mis barogs vendrán dos, Ciench y Toruch. Los otros tres guiarán a tus rebeldes hacia la aldea y organizarán las defensas en nuestra ausencia, que no será larga. Debemos volver del templo antes de que a los perdidos se les ocurra asaltar nuestro hogar. Si lo hacen, al menos la aldea estará preparada.

—De acuerdo. De los míos, Xerx, Xioh, Lansh y Axeh. Con vosotros hacemos un total de ocho barogs, más Bazzeila y Enzo, por supuesto. Y nuestras mujeres. No sé lo que opinas tú, pero allá donde yo vaya, viene Callie.

Se me hizo un nudo en la garganta y me quedé mirándolo embobada.

«Mira que está bueno el jodido, incluso sucio y herido como un salvaje». Definitivamente, me había vuelto loca. Poco me importaba. Tenía traumas de sobra para justificar mi locura.

—Por supuesto. Tal como están las cosas, no nos separaremos de ellas en ningún momento.

Tina y yo intercambiamos una mirada que decía claramente que, quisieran o no, nosotras los acompañaríamos. ¡Como si necesitáramos su permiso! Esos capullos todavía no se habían enterado bien de la clase de mujeres con las que se habían vinculado.

—Siento deciros que os hubiésemos seguido de todos modos, amor —solté, agarrándome a su brazo musculoso y dándole un golpecito en el pecho—. Ni borracha me separo yo de ti con la que está cayendo. Y no me refiero a la lluvia.

—Secundo sus palabras al cien por cien —dijo Tina con firmeza. Jenny y Emi asintieron con la cabeza.

Daryos me sonrió como un bobo y, estrujándome con suavidad las mejillas con una sola mano, me besó, saboreando y mordisqueando mis labios. Me había robado ese beso, y apuesto a que él lo sabía. Pero, francamente, después de todo lo que acababa de suceder, no me quedaban energías para seguir cabreada con él por lo de Antara, o como narices se llamara aquel bicho.

—Sabes a sangre.

—Uno de esos cabrones me ha golpeado la mejilla. Me he clavado los dientes por dentro.

—"Maravilloso" —murmuré, medio mareada—. Estáis todos hechos una mierda.

—Bueno, los otros han quedado mucho peor, Calista —dijo Lansh con media sonrisa, señalando el amasijo de cuerpos.

Tras enterrar a los muertos, o lo que quedaba de ellos, nos dividimos en dos grupos. Uno, formado por todos los rebeldes y las otras mujeres, más los tres barogs de Cyrus, se dirigiría a la aldea de inmediato. Alertarían a la gente sobre lo sucedido y organizarían las defensas, a la espera de que el rey y el príncipe regresaran del templo.

El otro, formado por Daryos, Cyrus, nosotras cuatro, nuestros amigos y dos de los barogs del rey, más Enzo y Bazzeila, marcharía hacia las cuevas. Los demás leones y panteras acompañarían al primer grupo.

Antes de separarnos, y todavía bajo la lluvia torrencial, el rey dio orden expresa a sus hombres de que se alojara en la posada a las cuatro mujeres descendientes que habían huido con los rebeldes días atrás. Designarían a barogs de confianza para montar guardia a todas horas y no se permitiría la entrada a los barogs que se habían vinculado a ellas por la fuerza.

Aquella había sido una de las exigencias de Daryos, y el rey le aseguró que sus barogs las protegerían y que, cuando ellos regresaran, resolverían esa cuestión de una vez por todas…, aunque todavía desconocía cómo.

Tras comentar algunos detalles más, los dos grupos tomaron caminos en direcciones opuestas. Nosotras seguimos a nuestros barogs de regreso a las cuevas, donde podríamos descansar y reponer fuerzas. Después de eso, nos encaminaríamos hacia el templo de los ancianos, que me daban un poco de grima, la verdad. No tenía ni idea de lo que nos íbamos a encontrar ahí ni de lo que opinarían de las uniones. En resumen: no me hacía ni puta gracia conocerlos.

En algunos momentos tuve la sensación de que alguien nos seguía, pero supuse que serían *llitops* o cualquier otro animalillo de esa selva tan llena de vida… y de peligro. Porque si alguien nos hubiese seguido de verdad, a buen seguro, los barogs se hubieran dado cuenta antes que yo, ¿no?

Pesqué un par de veces a Xerx mirando hacia atrás, pero no dijo nada, y yo tampoco.

El aguacero continuaba repiqueteando en todo su esplendor cuando al fin alcanzamos nuestro destino. La ventaja era que se había llevado la mayor parte de la sangre y suciedad de los cuerpos de los barogs. Vaya, que había arrastrado toda esa mierda que tenían adherida a la piel a resultas del enfrentamiento. Aun así, nada más llegar, nos metimos todos en los lagos y nos frotamos bajo la lluvia con las raíces jabonosas.

Sentirme limpia me devolvió parte de mi cordura.

Después, entramos en la cueva y nos cambiamos de ropa. Lansh encendió el fuego y Axeh asó varias serpientes y pirañas, mientras Xioh suturaba heridas y cortes, o colocaba algún hueso en su sitio con una paciencia asombrosa.

Emi se ofreció a ayudarlo, y el sanador aceptó encantado. Sinceramente, no tenía ni idea cómo alguien tan impresionable como Emilia, que vomitaba cada dos por tres, había querido ser enfermera. Pero ahí estaba, desinfectando cortes y vendando mientras contenía las arcadas. Supongo que esa no era exactamente la clase de enfermera que esperaba ser…

Tras ese día infernal, que ya llegaba a su fin, cenamos sentados alrededor del fuego como si fuésemos una gran familia..., aunque el rey de Nemea y sus barogs se encontrasen entre nosotros. Lo cierto es que, en ese momento, él también formaba parte de nuestro pequeño grupo. La cara de felicidad de mi barog y la mirada que le dedicaba Tina a su pareja tendrían que bastarme para soportar la presencia de Cyrus.

De la noche a la mañana, el rey había dejado de ser el enemigo, por más que algunos de nosotros todavía le detestásemos profundamente.

Y es que ahora había un enemigo mucho peor.

Tras la cena, alargamos un rato charlando. Los barogs recordaban entre risas algunas anécdotas del pasado, cuando eran un grupo de amigos, jóvenes e imprudentes, que no tenían que preocuparse por guerras ni otros asuntos desagradables, sino solo por excursiones a las rocas o cosas así. En un instante, Cyrus volvió a formar parte de lo que una vez habían sido. Algo muy especial

brillaba en los ojos de todos ellos. Incluso Xerx sonrió y se sumó a esa conversación cargada de nostalgia.

Nosotras cuatro los escuchábamos fascinadas, intentando imaginar cómo habían sido sus vidas hasta que se cruzaron con las nuestras.

Mis alumnas y yo no hablamos de nuestro pasado en la Tierra. Era pronto para eso. Si queríamos sobrevivir y salir adelante, no podíamos pensar en ello. Aún no estábamos preparadas para hacerlo sin sufrir. Habíamos dejado atrás mucho más que ellos. Familias, amigos, estudios, futuro…, todo. Habíamos dejado atrás nuestro hogar y ahora debíamos crear uno nuevo con esos monstruos que nos lo habían arrebatado todo, pero a los que amábamos. Ironías del destino.

Agotados, nos fuimos todos a dormir, distribuyéndonos entre los jergones desperdigados por el suelo. En realidad, eran mucho más cómodos de lo que parecían. No tenía ni idea de lo que los hacía tan mullidos, pero funcionaba.

Ya tumbados, Daryos me susurraba palabras de amor al oído mientras me acariciaba el vientre, los pechos, los muslos… El incidente de la noche anterior con la *aninf* apenas tenía ya relevancia. Había palidecido a la luz de la batalla espeluznante que había sucedido escasas horas atrás. Así que dejé que me toqueteara y me besara, aunque no que me hiciera el amor.

Era una cuestión de principios.

Todavía me quedaba algo de dignidad, si bien muy poca. Estaba agotada… y, además, aún no me apetecía acostarme con él. No insistió cuando le dije que no y se limitó a abrazarme más fuerte. Sabía que eso lo disgustaba y que él no tenía la culpa de lo sucedido, pero tampoco iba a morirse por no follar una noche.

«El tío tiene que aprender a ser paciente», pensé, riendo para mis adentros.

Además, ese rato charlando con nuestros amigos alrededor del fuego después de una jornada tan dura me había dejado un regusto nostálgico. Había tratado de no pensar en nada, pero allí tendida, con el calor y el aroma de Daryos envolviéndome por completo, mi mente me traicionó y empezó a evocar retazos de mi

antigua vida. Supongo que era mejor eso que evocar los cuerpos desmembrados, esparcidos por el claro de la gran roca.

Me estremecí.

—¿Estás bien, amor? De pronto pareces triste.

—Sí, estoy bien. No es nada. Hoy ha sido un día terrible, eso es todo. Entre la *aninf* y los hermanos perdidos… ¡Uf! No sé ni cómo me siento ahora mismo. Creo que todavía estoy en *shock*. Ha sido demasiado intenso y desagradable.

—¿Has pasado miedo, preciosa?

—Muchísimo. Sobre todo por si te ocurría algo.

Me estrujó un poquito más y sus dedos dibujaron círculos en mi estómago.

—Soy muy duro de pelar, amor. No sufras por mí.

Puse los ojos en blanco y bromeé un poco. Pero él me conocía a la perfección y sabía que había algo más.

—¿Seguro que estás bien? Sabes que puedes contarme cualquier cosa, ¿verdad?

—Es solo que… estar aquí todos juntos, charlando entre risas, en confianza, me ha hecho pensar en las tardes que pasaba con mis primas y mi tía en el porche de su casa, hablando sin parar.

—¿Las echas mucho de menos?

—Lo cierto es que, hasta ahora, no me había dado demasiado tiempo a pensar en lo que dejé atrás. La vida en Nemea es tan movidita que apenas queda espacio para nada más. Pero sí, las echo de menos. Estos momentos agradables, rodeados de amigos, me hacen pensar en ellas y también en Lorna. ¡Lo que daría por poder charlar con ella y contarle lo sucedido! Imagino la cara que pondría. ¡Fliparía! Supongo que, después de un día tan duro, ha aflorado todo.

—Lo siento mucho, Callie. De veras. Ojalá no hubiese tenido que suceder así.

Hice un gesto con la mano para quitarle importancia.

—No te estoy recriminando nada.

—Lo sé. De todos modos, no puedo evitar sentirme culpable. Te he arrancado de tu hogar para traerte a una selva peligrosa.

—Ya hablamos de todo eso. Me pediste perdón y seguimos adelante. Es solo que…, bueno, supongo que me ha venido un bajón.

—Acércate más, *hoa uhane.* —Me acurrucó en su pecho, lleno de heridas, pero ya limpio y oliendo a él—. Espero que algún día seas aquí tan feliz como lo fuiste en la Tierra. Bueno, mucho más. Espero hacerte muy feliz.

Su abrazo me reconfortó y aparté la tristeza y el miedo a un lado. Ahora tenía a mi barog, a mis amigas y a esos otros barogs que también se habían convertido en mis amigos.

«Eso tendría que bastar, ¿no?», pensé, justo antes de quedarme profundamente dormida en brazos de mi barog.

31 EL MAPA
CALLIE

Sentí sus dedos en mi cadera y su erección contra mis nalgas mucho antes de abrir los ojos. Su brazo se cerraba sobre mi estómago y permanecía muy quieto. Sabía bien lo que quería de mí. Lo notaba en su respiración acelerada, en su aroma intenso, en el roce de las yemas de los dedos sobre mi piel, en el beso suave que depositó en mi nuca.

«¿Vas a ceder tan pronto?», me recriminé. Apenas un día atrás había visto a esa cosa sobre él. «Sabes que no fue culpa suya», dije para zanjar la cuestión.

Así que abrí los ojos y me giré un poco para ver los suyos. El amanecer asomaba tímidamente al otro lado de la abertura de la cueva, que todavía estaba medio en penumbra.

—Buenos días, preciosa —me susurró con una sonrisa. Sus ojos brillaban excitados—. ¿Has dormido bien?

—Muy bien. A tu lado es imposible no hacerlo.

Su sonrisa se ensanchó aún más mientras mecía suavemente las caderas y su polla me acariciaba entre las nalgas como una invitación.

Atrapé su labio inferior con los míos y succioné un poco. Mi lengua se abrió paso y lo besé con ganas. Lo tenía detrás, pegado a mi cuerpo, empalmado y tan caliente como una maldita estufa.

—Mmmm… —ronroneó, saboreando mi boca. Sus dedos subieron hasta mi garganta y la rodeó con suavidad mientras seguíamos besándonos. La otra mano se aferró a mi cadera y me presionó contra él.

—Qué voy a hacer contigo, barog… —dije meneando la cabeza un poco.

—Se me ocurren unas cuantas cosas ahora mismo.

—A mí también.

Sus caderas se mecieron de nuevo contra mí.

—Ya me has perdonado del todo, ¿a qué sí?

—Es que es muy difícil estar enfadada contigo con esa gran… alegría que tienes siempre.

Su risa traviesa y grave me hizo cosquillas en el oído. Me besó el lóbulo y el hueco tras la oreja. El tío sabía cómo conquistarme.

—¿A esta "alegría", te refieres? —Su erección se deslizó entre mis nalgas mientras me besaba el cuello y gemía sobre mi piel.

—Qué malo eres, barog.

—¿Eso es que puedo follarte?

Abrí un poco las piernas y eché una hacia atrás, enroscándola en su cuerpo. Bajé una mano entre mis muslos, le agarré el pene y lo llevé a mi hendidura. Cuando empezó a frotarme en círculos, tuve que ahogar un grito.

—Estamos rodeados de gente —susurré.

—Todo el mundo sigue durmiendo, y estamos bajo la colcha. Nadie verá nada.

—No sé yo si me convences…

Empujó fuerte con las caderas y se hundió un poco en mí. Así desde atrás, con sus pectorales contra mi espalda, sus caderas pegadas a mi culo y yo medio de lado medio encima de él, era muy excitante. Cuando regresáramos a casa, tendríamos que probar esta posición delante del espejo…

«Te estás convirtiendo en una pervertida por culpa de este animal».

—¿Y qué tal ahora? ¿Ya te he convencido?

Empujó de nuevo y su polla entró hasta el fondo. Gemí. Bajito, pero gemí. Él también.

—Joder, barog.

—Joder, preciosa.

Eché la cabeza hacia atrás para apoyarla sobre su pecho y me dejé llevar. Su miembro entraba y salía de mí con fuerza, a su antojo, mientras él apretaba las caderas y gruñía suavemente. Todavía no me había acostumbrado a su tamaño, que siempre me sorprendía, pero al menos sabía que no me partiría en dos.

Sus vaivenes eran poderosos y profundos, y sus manos me recorrían entera. Tuve la impresión de que la cueva empezaba a despertar, pero ya no podía detenerme. Cerré los ojos y me abandoné a las sensaciones tan placenteras que mi barog me provocaba por todas partes.

Cuando empezó a acelerar el ritmo de las embestidas, supe que se acercaba el momento álgido. Me metió el pulgar en la boca y yo se lo chupé y mordí, mientras él seguía bombeando en mi interior. En algún momento sentí su cola pasearse por mis muslos. Ya me había acostumbrado a ese extraño apéndice, así que le dejé hacer.

El último empujón nos hizo jadear a ambos. Su pene se enganchó en mi interior y, con cada sacudida, me regó con su semilla hasta desbordarme. Fue incluso más prolongado que las otras veces. Mientras su polla era presa de espasmos y se vaciaba en mí, me abrazó con fuerza como si jamás fuera a soltarme.

Cuando acabamos, me di la vuelta y lo besé con ganas. Nos fundimos en un lío de dientes, lenguas y labios, saboreando sin reservas.

—Ha sido increíble —le dije. Sus ojos se iluminaron.

—Entonces, repetiremos muchas veces. —Elevó las cejas en un gesto muy típico suyo que me volvía loca y me enternecía. Todo al mismo tiempo.

—Acabas de follarme y ya estás pensando en repetir.

—Siempre estoy pensando en ello, amor. Mi estado natural es estar dentro de ti.

Puse los ojos en blanco.

—Anda, casanova, vamos a uno de los lagos.

Se enfundó el taparrabos y yo el vestido, y nos fuimos de puntillas hacia la salida. Bueno, yo de puntillas y él intentando no hacer ruido ni pisar a nadie con sus enormes pies. Al poco de llegar al lago, se nos unieron Lansh y Xioh.

Por fortuna, había dejado de llover, aunque ya me dijeron que no me hiciera ilusiones porque en cualquier momento se reanudaría la tromba de agua.

Nos metimos en uno de los lagos que no nos iban a hacer brillar como un anuncio de neón y empezamos a lavarnos. Los tres barogs se sumergieron en pelotas sin pudor ninguno, mientras yo me metía con vestido incluido. Supongo que algún día me acostumbraría…

Mientras Xioh y Daryos charlaban, Lansh se me acercó con una miradita de complicidad.

—Menuda juerga habéis montado ahí dentro, ¿eh, Calista?

—¿Nos has oído? —pregunté, sonrojándome.

—Me he despertado pronto y no tenía nada más que hacer.

—Mirón… —murmuré con una risita.

—Mirar poco, esa maldita colcha no me dejaba ver nada. ¡Con la ilusión que me hacía contemplaros en acción! —dijo con teatralidad.

Le di un manotazo en el pecho. Él se rio.

—No sabes las ganas que tengo de regresar a la aldea para tener un poco de intimidad.

—Pero, Calista, ¡si es mucho más excitante cuando hay público! —me provocó.

—Tú flipas, chaval.

—Oye, ¿y ya le has hecho…? Ya sabes, el truquito que te conté —dijo haciendo un gesto obsceno.

Cogí su mano y la bajé de golpe. Daryos nos miró de reojo.

—Todavía no, hombre. ¿Estás loco? ¿Cómo voy a hacer eso en una cueva llena de gente?

—Tampoco es tan difícil…

—¿Tú estás seguro de que eso va a gustarle?

Me miró enarcando una ceja.

—¿Quieres que te lo cuente de nuevo?

Negué con la cabeza enérgicamente.

—No, gracias. Ya lo entendí la primera vez.

—Tú confía en mí. Va a… ¿Cómo es eso que dices tú? ¡Ah, sí! Va a *flipar*.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó Daryos acercándose. Estaba imponente, mojado y con restos de espuma aquí y allá…, sobre todo en cierto sitio.

Tuve que controlarme para no excitarme de nuevo y lanzarme a por él.

—De nada importante, solo…

—Unos truquillos que le enseñé a tu amorcito el otro día —soltó Lansh. ¡Y el tío se quedó tan ancho!

Daryos me miró con curiosidad, a punto de hablar.

—No preguntes —le dije, poniéndole un dedo en los labios. El muy capullo me lo chupó—. Lo sabrás a su debido tiempo.

Me giré a mirar a Lansh y le susurré una sola palabra: «Traidor». Él se rio y salió del agua para reunirse en la orilla con Xioh.

Salimos tras él.

—¿No vas a contármelo?

—Ahora no.

—¿Cuándo?

Resoplé.

—Cuando lleguemos a casa.

Sonrió como un bobo. Creo que le gustó que dijera «a casa».

—¿Puedes darme una pista?

Me giré en redondo y lo amenacé con un dedo.

—Es algo excitante que creo que nos va a gustar mucho. Si te portas bien, no te lo contaré, sino que te lo mostraré directamente. Pero como sigas insistiendo y me des la lata, nunca sabrás lo que era y te quedarás con las ganas.

Me miró con la boca abierta.

—Me la has puesto dura, amor.

Resoplé de nuevo. Me di la vuelta y seguí caminando.

—Y por cierto, ¿puedes taparte el rabo delantero, por favor? Preferiría que mis estudiantes no te vieran otra vez en pelotas si podemos evitarlo.

Soltó una carcajada y me pellizcó el culo. Yo le di un manotazo que solo avivó su risa.

Cuando pasé junto a Lansh de regreso a la cueva, le lancé una miradita de odio.

—La que has liado, imbécil. A ver ahora cómo lo aguanto.

Mientras me alejaba para cambiarme de vestido, seguía escuchando sus carcajadas.

Tras el desayuno, que me sentó de maravilla, nos pusimos en marcha. Abandonar la cueva me produjo un cierto runrún en el estómago. No es que hubiera pasado allí mucho tiempo, pero la mayor parte había sido agradable. Después del templo, regresaríamos a la aldea, así que era poco probable que volviéramos ahí. Además, los rebeldes habían hecho las paces con el rey, por lo que ese lugar dejaba de ser necesario.

Daryos me dijo que había unas cuatro horas hasta el templo, así que teníamos una larga caminata por delante. Como desconocía por dónde avanzaríamos, y mi barog no se explicaba como un libro abierto precisamente, se me ocurrió una idea. Era arriesgada, pero en algún momento tenía que empezar a ganarme la confianza de Xerx, ¿no?

Así pues, me acerqué a él y a Jenny. Caminaban uno al lado del otro, sin tocarse, pero charlando sin parar. Por lo que escuché, él le contaba todos los detalles de la flora y la fauna que iban observando a su paso, algo que me pareció realmente útil. Tras ellos caminaban Emi y Axeh, cogiditos de la mano como dos adolescentes tortolitos. Él había recogido una pequeña florecilla lila y se la había puesto en el pelo. ¡Más empalagosos no podían ser! El día que ese hombretón rubiales le hiciera el amor, Emi iba a flipar.

Busqué a Tina y la vi al final de la columna, caminando entre Cyrus y Bazzeila. Ella iba agarrada de su brazo y él hablaba. Las facciones de ambos estaban serenas. Apenas podía creer que aquel rey cabrón fuera realmente su alma gemela. Pero viéndolos así de acaramelados... Cyrus alzó la vista y me pilló mirándolos. Me sonrió, de aquel modo un poco siniestro que me ponía el bello de punta, y me saludó con la mano. No le devolví el saludo. ¡Ni loca! Me limité a darme la vuelta y acelerar el paso para alcanzar a Xerx y Jenny de nuevo.

—Oye, Xerx, ¿podría ver uno de esos mapas impresionantes que haces de Nemea?

Él se giró hacia mí, sorprendido.

—Más que impresionantes, yo los describiría solo como… útiles —dijo con humildad.

—Eso, eso. A ver, no tengo buena orientación, más bien pésima. Y vamos de aquí para allá dando tumbos todo el día por la selva. Me encantaría hacerme una idea de dónde están las cosas importantes.

—Sus mapas son geniales, Callie. Es un dibujante magnífico. A mí me han ido muy bien para situarme —dijo Jenny con una sonrisa tímida.

Él, tras contemplarla embelesado, se detuvo un instante, se agachó y sacó un rollo de papel grueso y amarillento de esa especie de mochila que llevaba colgada siempre al hombro. Era rudimentaria y de piel girada. Me lo tendió y yo lo cogí.

—Este te irá bien. Es sencillo, de los primeros que hice. Sitúa la aldea, las cuevas, el templo… y algunas cosas más. —Se incorporó de nuevo y reanudamos la marcha.

Lo cogí ilusionada y lo desplegué ante mí mientras seguía caminando.

—Aquí está la aldea —dijo, señalando el dibujo de un grupo de casas. Estaba hecho con tinta marrón oscuro—. Esto de aquí, más al norte, son las cuevas. Y ahora estamos en este sendero yendo hacia el templo. —Lo indicó en el mapa. Jenny lo miraba también.

—¿Y esto es el sur?

Asintió.

—Todo esto es la zona pantanosa de la jungla, donde habitan los hermanos perdidos. Es muy extensa, y solo ellos la conocen a fondo. Por lo que tengo entendido, es muy fácil perderse en los pantanos, y ni siquiera sabemos hasta dónde llegan.

Sentí una leve presión en el pecho.

—También hay indicados algunos lugares importantes como la gran roca, el lago esmeralda, *Wailele*, la cascada junto al lago del lagarto gigante…

—Esas las conozco bien —dije echando una ojeadita a mi barog, que avanzaba al frente de la fila charlando con uno de los barogs de Cyrus.

Enzo caminaba a su lado y, de vez en cuando, reclamaba su atención.

—Aquí están las pendientes de las rocas, El Acantilado de la Muerte Abismal, las cuevas de las panteras… —dijo señalando diferentes puntos con el dedo.

—¿Y esto qué es?

—El tiempo aproximado que se tarda de uno a otro sitio y la distancia. El mapa no está hecho a escala, pero si te guías por estas anotaciones, sabrás cuánto te tomará ir de un lugar a otro.

—¿Esto es una medida? ¿Pone… "lanzada"?

—Los barogs solemos medir las distancias en lanzadas, el trecho que recorre una lanza larga cuando la disparas en línea recta con la mano.

Me quedé atónita.

—Pero no todos los barogs lanzáis a la misma distancia, ¿no?

Él se rio.

—Claro que no, mujer. Es similar a vuestra medida esa de "pies". Tampoco todos los pies humanos miden lo mismo, pero todos sabéis cuánto es.

—Tienes razón. Visto así…

—Pero tranquila, aquí abajo se encuentra la equivalencia con vuestras millas y kilómetros. Así es más fácil para vosotras.

—Eres un tipo listo, Xerx.

—Eso le digo yo, pero no me cree —dijo Jenny sonriente.

Se sonrojó un poco, lo cual fue muy gracioso. Un barog de dos metros veinte ruborizándose. ¡Ver para creer! Empezaba a caerme bien.

Jenny también era muy lista. De esas personas inteligentes de verdad que se dan cuenta de cosas que a los demás se nos pasan por alto por completo. En la universidad, era mi mejor alumna. Sacaba todo sobresalientes y a veces contestaba las preguntas mejor de lo que lo habría hecho yo misma.

«Dios los cría y ellos se juntan».

—¿Me lo prestas un ratito? Me gustaría aprendérmelo bien. Nunca se sabe cuándo puedo necesitar esta información.

—Puedes quedártelo para siempre, Callie. Tengo dos más muy parecidos.

Lo miré a esos ojos oscuros veteados de naranja.

—¿En serio?

—Por supuesto. Me alegra que lo tengas.

—Muchas gracias, de verdad.

Tras intercambiar algunas palabras más, aceleré el paso para unirme a mi barog, que seguía charlando con ese otro al que no conocía. Solo sabía que se llamaba Ciench.

Me coloqué entre Enzo y Daryos, y guardé el mapa en mi zurrón. Mientras lo hacía, tuve esa extraña sensación de nuevo de que alguien nos seguía. Miré hacia todas partes, pero no vi nada sospechoso, aparte de selva frondosa y algunos *llitops* correteando nerviosos y haciendo ruiditos. Xerx y Xioh también miraron alrededor. Nada.

—Ciench me estaba hablando de su *hoa uhane* —me dijo Daryos de pronto.

Por las expresiones de sus rostros, intuí que algo había ocurrido.

—¿Está en la aldea?

—Se la llevaron los hermanos perdidos durante la Gran Guerra.

Me quedé helada.

—¿Hace diez años? ¡Eso tiene que ser horrible! —me salió del alma.

Ciench asintió.

—La recuperaremos, amigo mío —le dijo Daryos, dándole un apretón en el hombro.

—No lo sé, D. Ya lo intentamos muchas veces, y todas las expediciones fracasaron. Y ya sabemos cómo las tratan esos bestias…

Giró el rostro hacia un lado. Tuve la sensación de que contenía las lágrimas.

—Esta vez será diferente. Estamos unidos y nos enfrentaremos a ellos con toda la fuerza de nuestro pueblo. Daremos con ella, amigo mío. La traeremos a casa, te lo prometo.

—Han pasado muchos años y sigo echándola tremendamente de menos. Es como… si me hubieran arrancado el corazón, D.

—Créeme, te entiendo. No sabes cuánto. Si algo le pasara a Callie, me volvería loco. Te juro que haré todo lo que esté en mi mano para traerla de vuelta.

—Ni siquiera sabemos si sigue viva…

—¿Tú qué sientes aquí dentro? —dijo Daryos señalándole el pecho.

—Que sigue en este mundo, aunque no sé qué es peor. Si la recuperamos, ¿en qué estado será, D? Diez años con esos salvajes… —Las palabras se quedaron suspendidas en el aire.

No dejaba de sorprenderme que los barogs, enormes, fieros y sanguinarios, consideraran salvajes a los hermanos perdidos. Sentí un escalofrío. En el fondo, estaba de acuerdo en que eran muy diferentes.

El pobre barog caminaba cabizbajo. No lo conocía ni sabía si era de los buenos o uno de esos barogs cabrones. Por cómo echaba de menos a su mujer y hablaba de ella, tuve la sensación de que era de los primeros. Daryos se mostraba muy amable y cercano con él, así que, aunque hubiera venido con Cyrus, sospechaba que no era un mal tipo.

—¿Cómo se llama tu *hoa uhane*? —le pregunté, tratando de imitar la pronunciación que le daban ellos.

—Susanna. Mi Susi.

Me estremecí. Una Susi de Nueva York, Boston, Seattle, Los Ángeles, Alabama… o cualquier otro lugar civilizado de la Tierra. Una pobre Susi que fue arrancada de su hogar hacía siglos para unirse a un barog y acabar raptada por algo mucho peor.

Varias lágrimas se escaparon de mis ojos. Me las enjugué enseguida. A Daryos no le pasó inadvertido.

—Un nombre muy hermoso. Me encantará conocerla.

—Gracias, Callie —me dijo con voz cavernosa. Sus ojos chispearon.

Ciench me miró con amabilidad, se despidió de nosotros y esperó a Cyrus para comentar algo con él acerca del templo.

Daryos y yo avanzamos en silencio durante un rato hasta que él lo rompió.

—Yo en su lugar ya habría enloquecido. Por lo que recuerdo, Susi es un encanto. Espero que la encontremos pronto.

—Yo también. Lo que le ocurrió es… terrible y muy triste. Ciench parece un buen barog.

—Lo es. Fiel a Cyrus y a mí. Ha permanecido en la aldea todo este tiempo, aunque siempre se ha mantenido imparcial. Sé que piensa como yo, pero prefirió no unirse a los rebeldes. Está muy contento con el desenlace.

—El otro que viene con nosotros, ¿también es de los buenos?

Daryos asintió.

—Mi hermano escogió bien a los cinco que trajo al encuentro. Todos ellos son barogs honorables y, además, de los mejores guerreros que tiene la aldea, junto con nosotros.

El rey no tenía un pelo de tonto y había dejado atrás a aquellos que podrían haber causado problemas. Eso le honraba… un poco.

—Por cierto, he tenido la sensación varias veces de que alguien nos sigue. Quizá son imaginaciones mías, pero…

—Shhh… No son imaginaciones tuyas. Estás en lo cierto. Alguien nos sigue desde hace un buen rato.

El corazón me dio un vuelco.

—¿Y sabéis quién es?

—Sí, y no te va a gustar.

Lo miré sin comprender.

Un silbido resonó en el sendero y algo se removió en la jungla, agitando grandes hojas.

—¡La tenemos! —gritaron Axeh y Lansh al unísono.

Miré a Daryos. Una pátina de vergüenza y preocupación velaba sus ojos.

Para mi asombro, los hermanos rubiales salieron de detrás de unos arbustos, cargados de moras gigantes, arrastrando a alguien.

Antara.

Sus ojos plateados llamearon cuando se encontraron con los míos.

32 HACIA EL TEMPLO
CALLIE

Lansh y Axeh sujetaron a la *aninf* uno por cada brazo hasta que llegamos hasta ellos. Jamás había visto a Daryos tan incómodo. Aquella situación había empezado como desagradable para convertirse en preocupante.

—Soltadla —les pidió a sus hombres. Inspiró con fuerza y se acercó a ella. No había odio en los ojos de mi barog, solo tristeza y vergüenza—. ¿Nos has seguido todo este tiempo, Antara?

—Sí. Yo seguir a vosotros desde ayer —dijo con esa voz extraña y rasposa.

—¿Por qué? —preguntó mi barog.

—Yo quiero… tú —dijo ella, poniéndole una mano de garras afiladas sobre el pecho.

Tuve que hacer acopio de todo mi autocontrol para no apartarla de él a empujones. Me entraban ganas de arrearle una hostia, el problema era que yo tenía todas las de perder contra esa criatura de la selva. A su manera salvaje y primaria, era hermosa.

Daryos le cogió la mano con delicadeza y se la apartó. Aunque me dolió ese gesto, en cierto modo me hizo amarlo más. Había compartido la intimidad con ella, y que la tratara con respeto le honraba.

—Pero yo no te quiero a ti, Antara. Lo siento de veras. Tú y yo solo somos amigos, nada más. Ya te lo expliqué, ¿recuerdas? Ahora estoy unido a mi *hoa uhane*.

Ella desvió la mirada hacia mí y me inspeccionó de arriba abajo.

—Tú conmigo, *Der-yus*.

La tía era tozuda de narices. Sinceramente, no veía cómo íbamos a resolver ese problema. Estaba empezando a impacientarme.

—No, Antara. Yo no estaré contigo nunca más. Te lo dije hace tiempo. Te expliqué que solo pasábamos ratos agradables juntos, eso era todo. Y tú estabas de acuerdo. Ahora ya no puedo estar contigo.

—¿Por… ella? —dijo señalándome con una de sus garras. Di un respingo.

—No solo por ella, Antara, sino porque yo no te amo. Los barogs nos unimos a humanas, no a *aninfs*. Ya lo sabes.

—Otros barogs unen a *aninfs*.

—¿Seguro que estos seres no son inteligentes? —le susurré a Lansh, un poco asustada.

Antara acababa de referirse a los hermanos perdidos, así que sabía que existía la posibilidad de que un barog y una *aninf* se vincularan de alguna forma. Aunque ellos no se unían realmente, al menos no de ese modo sagrado en que se unían los barogs con nosotras de por vida.

Según me había comentado Daryos, solo fornicaban unos con otros, como una gran comuna, para engendrar descendencia y satisfacerse mutuamente. Ni siquiera eran monógamos.

—Ni la mitad de inteligentes que nosotros, pero más que un simple animal.

—Pues yo a esta la veo muy espabilada. Tiene muy claro lo que quiere.

—Algo tendrá tu barog que os vuelve locas, ¿no? —dijo soltando una risilla.

—Esto no tiene ni puta gracia, Lansh —dije propinándole un codazo.

—No te cabrees, mujer. Acabará olvidándose de él, ya lo verás.

—Eso si no le da por violarlo antes.

Volví a concentrarme en la conversación. El aroma dulzón de la *aninf*, como a bayas demasiado maduras, se me colaba en la nariz. Era un olor inconfundible.

—No, Antara. Nosotros no podemos unirnos. Lo siento, pero yo no te quiero. Debes volver con los tuyos y dejar de seguirnos. Es peligroso y no nos conduce a nada.

Ella se lo quedó mirando un rato. Entonces, intentó abrazarlo, pero Daryos le sujetó las manos y se lo impidió.

—Tú… ¿no mío?

Mi barog resopló y se pasó los dedos por el pelo, agobiado.

—No, Antara. Lo siento. Debes irte.

La miró con ternura mientras ella seguía con aquellos ojos inexpresivos clavados en él. Aunque tenía algo exótico y atrayente innegable, me costaba comprender cómo Daryos se había acostado con esa cosa. ¡Y no una, sino diecisiete veces!

«A ver, era eso o cascársela. Sé un poco comprensiva, por el amor de Dios», me dije.

Lansh y Axeh la acompañaron de vuelta por donde había venido y esperaron unos minutos hasta ver que se alejaba.

Cuando Daryos se giró a mirarme, contenía el aliento. La angustia salía a borbotones por sus ojos disparejos. A buen seguro, aguardaba nervioso mi reacción, augurando que me pondría hecha una furia. Pues bien, no sería así. Porque él no tenía la culpa de que aquella *aninf* tarada se hubiera quedado prendada de sus encantos. Daryos era un amor, un sol luminoso que atraía a todos como polillas a la luz.

—Lo siento mucho, amor. Yo… espero de veras que no vuelva.

Caminé hasta él, me puse de puntillas y, agarrándome a sus hombros, le di un beso suave en los labios. Al apartarme, le acaricié la mejilla con la mano ahuecada y le sonreí.

—No estoy enfadada. No es culpa tuya. Le has hablado bien. Firme, pero con respeto. Me gusta cómo has gestionado la situación.

Alzó las cejas y se lanzó a abrazarme.

Cuando nos separamos y reanudamos la marcha, ya un poco más tranquilos, Cyrus y Tina se aproximaron a nosotros. El rey le pasó a su hermano el brazo por los hombros y lo acercó a él. Tina y yo nos miramos. Tenía ganas de hablar con ella largo y tendido para que me contara cómo habían sucedido las cosas entre ellos. Aunque parecía que estaba bien, necesitaba preguntárselo para asegurarme. Hasta que no me lo confirmara mirándome a los ojos, no me quedaría tranquila.

—Esa *aninf* se ha obsesionado contigo, D —le dijo el rey.

—Solo está confundida, eso es todo. Se le pasará a la que encuentre a otro con quien divertirse. Algunos de los más jóvenes ya tienen edad de ir a buscarlas, aunque, a la vista de un enfrentamiento inminente con los perdidos, igual deberíamos retrasar la iniciación.

—Me preocupa, Daryos. Pienso que no va a acabar bien.

Se me encogió el estómago.

—Va, olvídalo, C. Ella regresa junto a su pueblo. En unos días ni siquiera se acordará de mí.

—Ojalá sea así, hermano, pero no lo creo. ¿Recuerdas lo que le pasó a padre con una *aninf*? Tú eras muy pequeño, pero yo me acuerdo bien. Se obsesionó hasta el punto de intentar atacar a madre.

—¿Ah, sí? Pensaba que eran cuentos para prevenirnos de acudir demasiado a la selva a por ellas. ¿Y qué sucedió?

Cyrus suspiró.

—Tuvieron que matarla.

Me estremecí.

—Nunca me enteré de eso —dijo un poco alarmado.

—Maa me lo explicó una vez y jamás volvimos a hablar de ello.

—¿Y no exageraba? Ya sabes que amaba mucho a nuestro padre.

El rey negó con la cabeza.

—Esa *aninf*, D, no va a abandonar tan fácilmente. Está convencida de que eres suyo, y eso no es un buen augurio. Las *aninfs* no son posesivas ni territoriales por naturaleza. Es más inteligente que las demás y va a traer problemas.

—Si aparece de nuevo, volveré a echarla. Hasta que lo entienda y se canse de venir.

—En mi opinión, hermano, vas a tener que adoptar una solución más drástica.

Daryos lo miró perplejo.

—¿No estarás insinuando que…?

—Tendrás que matarla. Tarde o temprano, no te quedará más remedio que deshacerte de ella.

Tina lo miró, pero no dijo nada.

—No hablas en serio. ¿Desde cuándo matamos nosotros a las pobres *aninfs*? Nunca hemos tenido ninguna confrontación con ellas.

—Esto no es con las *aninfs*, es solo con *esa aninf*. Ojalá me equivoque, pero ten cuidado.

Cambiamos de tema y la tensión se aligeró un poco. Menos para mí. Tras las palabras del rey, se me quedó muy mal cuerpo. Lo peor era que, al mirar a los ojos a aquella criatura, yo había sentido exactamente lo mismo.

¿Acaso no podíamos tener una temporada tranquila? Ahora que las cosas se habían arreglado con Cyrus, aunque yo todavía le temiera y odiara, estallaba la batalla con los perdidos y una *aninf* chiflada acosaba a mi barog en plan atracción fatal.

«Necesito unas vacaciones», me dije, riéndome sola.

¡Cómo echaba de menos despachurrarme en el sofá para ver una serie o leer un ratito! En lugar de eso, mi vida se había convertido en un romance alienígena, mezclado con aventuras por la selva, seres de fantasía… y terror absoluto. Una combinación "maravillosa", vaya.

De vez en cuando le echaba una ojeadilla al mapa de Xerx para situarme un poco. Le pregunté qué significaban algunos dibujitos y símbolos, y él me dio toda clase de explicaciones con mucha paciencia y entusiasmo. Estaba empezando a caerme bien de verdad, lo cual era un alivio porque era el mejor amigo de mi amorcito.

Durante un tramo, los barogs estuvieron hablando y riendo de chorradas de las suyas, organizando una carrera por alguno de esos abismos llenos de rocas y animales feroces, de los que había tantos en Nemea. Al parecer, a los demás les gustaban los "deportes de aventura" tanto como a Daryos.

La chicas aprovechamos el momento de tranquilidad para charlar entre nosotras. Tina y yo cosimos a preguntas a la pobre Emi hasta que nos envió a freír espárragos. Con Jenny lo intentamos, pero era más lista que nosotras y no soltó prenda. Aun así, nos reímos un rato, lo cual no nos vino mal para relajarnos.

Los nubarrones estaban tan cargados que rozaban las copas de los árboles, y una bruma húmeda y cálida formaba una capa espesa alrededor de nuestros pies. Iba a diluviar en breve, podía sentirlo en el aire y en mis huesos.

En esos momentos atravesábamos la zona más espesa de la jungla, en la que empezaba a formarse sobre nuestras cabezas una bóveda de hojas enormes. El entramado era cada vez más tupido. Las copas de los árboles de ambos lados del sendero se doblaban hasta enredarse unas con otras, creando una especie de túnel natural. La sensación sofocante era todavía más intensa allí dentro.

Mientras Emi y Jenny se quejaban de nuestro interrogatorio, yo aproveché para acercarme a Tina.

—Quiero saber algo y no voy a andarme con rodeos, ¿vale? —le solté sin más. Con Tina no funcionaba el acercamiento discreto, ni la manipulación, ni el despiste ni nada de nada. Ella era la maestra de todas esas cosas, así que la mejor táctica era ir de frente.

—Dispara. Aunque imagino por dónde van a ir los tiros.

—¿Ese rey… te trata bien?

—Sí, Callie. Es cierto que empezamos con muy mal pie, pero jamás me ha golpeado o forzado.

—Pero, Tina, nos marcaron a todas porque él lo ordenó. Y cuando Daryos y yo estuvimos en su casa la primera vez, te tenía atada. No puedes decir que nunca te ha tratado mal. Además…

Ella contraatacó enseguida, sin tan siquiera permitirme acabar.

—El príncipe te engatusó para que te enamoraras de él en la Tierra, te secuestró y te trajo aquí. Ninguno de ellos es un angelito, eso no es ninguna novedad.

—No puedes compararlos, Tina. Daryos siempre ha luchado por evitar esa clase de barbaridades, Cyrus no.

Resopló.

—Mira, Callie, no espero que lo entiendas. Pero está claro que en este planeta las reglas que rigen son muy distintas a las nuestras y hemos de adaptarnos, nos guste o no.

—Ya, pero eso no significa que tengamos que aceptar los abusos.

—Nunca ha abusado de mí.

—En el lago esmeralda ibas atada.

—Cada vez que me has visto atada, era yo la que le había golpeado o mordido.

—Eso no lo justifica. De ningún modo.

—Te lo repito, nunca me ha hecho daño.

—Recuerdas la cacería, ¿verdad?

—Callie…

—Me persiguió para forzarme, Tina. Me tiré por una pendiente para huir de él. Si Daryos no hubiese llegado a tiempo… Nuestra primera vez fue una pesadilla por su culpa. No intentes convencerme de que Cyrus es un bonachón. Es un monstruo cruel y despiadado.

—Mira, lo creas o no, todo tiene un motivo. Las cosas no siempre son lo que parecen. No le conoces y no tienes ni idea de por qué hizo lo que hizo, ni de cómo se siente. No voy a negar que ha hecho cosas horribles y que, tal vez, debería odiarle tanto como tú. Sin embargo, su fondo es bueno, Callie. Me conoces, sabes que no podría estar con un hijo de puta.

—Lo sé. Por eso no lo entiendo.

Suspiró.

—Yo también le conocí en su forma humana antes de que me trajeran aquí.

—¡¿Cómo?! Eso no lo sabía.

Me quedé petrificada. No tenía ni idea.

—Fue un encuentro breve, pero suficiente para intuir que ese hombre sería mi perdición. Cuando llegué a Nemea, le odié la mayor parte del tiempo, pero luego las cosas cambiaron y vi mucho más en él de lo que estaba a simple vista. Y ahora…

—Le quieres.

Asintió.

—Es mi maldita alma gemela, ¿puedes creerlo? El rey de otro planeta es mi pareja de vida. Esto es una locura.

Nos reímos a pierna suelta un rato.

—Confío en ti, Tina. Sé que, si estás con él, algo bueno debe de tener, aunque me cueste verlo. Y sé que, si vuelve a ser un

gilipollas, no hay nadie mejor que tú para ponerlo en cintura y devolverlo al buen camino.

—En eso llevas razón. Como se desvíe un milímetro, se va a enterar.

Volvimos a reír.

—Solo quiero que seas feliz, ¿vale? A mí me llevará un tiempo acostumbrarme a su presencia y no creo que pueda olvidar nunca lo que nos hizo. Pero si tú estás bien, me esforzaré. Por ti.

A Tina le tembló el mentón. Apretó los dientes y me dio un abrazo rápido. Después, nos unimos a los demás y ya no volvimos a hablar del tema. Me alegraba por ella y me había quedado más tranquila con lo que me había contado, aunque siguiera teniendo mis reticencias respecto a Cyrus.

La bóveda dio paso al bambú durante un buen trecho, en el que volvimos a ver el cielo, ahora de extraños colores marfil y rosados iluminando las espesas nubes desde dentro. Era un paisaje hermoso y, al mismo tiempo, sobrecogedor.

Finalmente, llegamos al último tramo del viaje, un estrecho pasadizo de tierra al filo de un precipicio. A la izquierda, se elevaba la montaña empinada y recubierta de un manto espeso de vegetación, verde radiante. A la derecha, un abismo rocoso vertical, que terminaba al fondo en un río caudaloso. La caída desde el voladizo era de unos cuantos metros.

—¿Hemos de pasar por ahí? —dije, sintiendo de pronto el estómago en la garganta. Un paso en falso y nos iríamos a la mierda.

—Es el único modo de llegar hasta el templo. Se encuentra en una plataforma rocosa al final del sendero.

—Esto no es un sendero, amorcito, es una trampa mortal. Se me está yendo la cabeza del vértigo.

—Tú camina detrás de mí y no mires abajo. Centra la vista en mi espalda. Enzo está justo detrás. No va a pasarte nada, amor.

—Una espalda muy bonita, por cierto.

Sonrió.

—Además, solo es así el primer trecho. Después se ensancha un poco y hay vegetación en el borde. Ahí no tendrás tanta

sensación de mareo.

Asentí.

—¿Y no podríais haber puesto una vallita de madera o un quitamiedos como hace todo el mundo?

Me miró como si me hubiera vuelto loca.

El primer tramo fue una pesadilla. Me pegaba lo máximo posible a la pendiente de la montaña, y me agarraba a lo que pillaba. Ni siquiera era consciente de que las espinas de las zarzas me arañaban la mano y el brazo que apoyaba. Tenía los dedos ensangrentados. Mis amigas no estaban mucho mejor que yo, pero seguían avanzando sin protestar. ¿Qué otra cosa podíamos hacer?

Varios metros después, tal como había dicho Daryos, el caminillo se ensanchó un poco y emergieron algunos arbustos espinosos en el margen derecho, que tapaban un poco la vista del precipicio. Estaban cargados de unas bayas similares a las frambuesas, pero de color amarillo chillón. No tenía ni idea de si eran comestibles, pero tenían buena pinta.

Y hablando de amarillo… Hacía mucho rato que no veía a ningún *llitop*, lo cual era muy extraño. Casi los echaba de menos.

Tras algo más de media hora, vislumbramos ante nosotros una gran plataforma de piedra rojiza en la que desembocaba el camino. Era ese tipo de piedra que estaba presente en algunas de las casas de la aldea.

Al final de la plataforma, se alzaba el templo, una construcción hermosa hecha con grandes bloques de cuarzo de color arena rosácea. La techumbre era de madera y una sustancia oscura, probablemente impermeable. Era hermoso, aunque no excesivamente grande. Los muros laterales se incrustaban en la montaña, así que quizás era más amplio de lo que parecía.

En cuanto pisamos la plataforma, aparecieron una decena de barogs inmensos con los cabellos trenzados y taparrabos de piel decorados con algunas plumas y tachuelas de metal. Llevaban dos tiras anchas de cuero cruzadas en el pecho, y allí donde se unían, había una pieza de cobre lisa y plana con la espiral sagrada grabada. Sus rostros tenían trazos de pintura negra, y toda la piel de su torso y brazos estaba recubierta de espirales, de modo que no había ni un

solo centímetro libre de tatuajes. Portaban las lanzas más largas que había visto nunca y llevaban enormes machetes enfundados a la espalda.

Estaba bastante acojonada, la verdad.

—Son la guardia personal de los ancianos, los guardianes del templo. Lo protegen con su vida y cumplen órdenes solo de ellos —me explicó Daryos.

—¿Solo son diez?

—Qué va, amor. Hay unos treinta más. —Alzó la vista y señaló hacia la montaña—. ¿Los ves?

Seguí su dedo y lo que vi me dejó paralizada.

Tal como me había dicho, había muchos más barogs imponentes ahí arriba, miembros de esa guardia de élite. Por lo que atisbaba desde mi posición, todos iban ataviados del mismo modo. Impresionaban un montón.

—Estos son de los nuestros, ¿verdad? —le susurré a Daryos mientras avanzábamos por la plataforma colgante.

—Por supuesto, Callie. Son los protectores de lo más sagrado de nuestro pueblo: los ancianos y el templo de los dioses del manantial.

—Vale, me quedo más tranquila. O sea, que si hay guerra, lucharán de nuestro lado.

—Así es como debería ser, aunque son los ancianos los que les tendrían que dar la orden antes de ponerse bajo el mando de Cyrus. Ellos solo responden ante nuestros mayores.

—Está claro que estos ancianitos tienen mucho poder.

—Ni te imaginas.

Cyrus y Daryos se adelantaron y se detuvieron ante la puerta del templo, guardada por dos de esos barogs. El dintel estaba grabado con la espiral y la figura de un león nemeo a cada lado. Uno de ellos caminó a grandes zancadas hacia el rey y, tras hacerle una reverencia, le dio una respetuosa bienvenida. Se hicieron a un lado y nos adentramos, todos salvo Enzo y Bazzeila, que debían permanecer fuera. Por el rabillo del ojo vi cómo los dos grandes felinos se tumbaban sobre sus patas en la plataforma, dispuestos a

esperar, muy pegados el uno al otro. Era curioso ver que, en cuanto sus amos habían resuelto sus diferencias, ellos también.

Nada más poner un pie dentro del templo, me quedé maravillada. El cuarzo brillaba a la luz de las antorchas, distribuidas hábilmente en la pared. Parecía una antesala sencilla, pero elegante. A la derecha, había dos esculturas de piedra negra pulida, similar a la roca del claro, que representaban a dos barogs fieros y enormes a tamaño natural. A la izquierda, otras dos, esta vez representando dos figuras humanas.

—La dualidad de nuestra especie —dijo Daryos al ver que las miraba fascinada. Las cuatro mujeres lo hacíamos.

Asentí.

Frente a nosotros, una puerta ancha de doble hoja, hecha del mismo material que las esculturas, mostraba una espiral dentada enorme justo en el centro, de modo que, al abrirla, quedaría una mitad del símbolo sagrado a cada lado.

Me estremecí al recordar las marcas de nacimiento que Daryos y yo teníamos en la espalda: media espiral cada uno que, unidas, encajaban a la perfección. De golpe, sentí en mis huesos el tremendo peso de esa profecía y comprendí que no sería tan fácil convencer a los ancianos de mantener a Cyrus en el trono.

—¿Estás bien, amor? No te asustes, estamos en territorio amigo.

Le sonreí un poco, aunque no lo tuviera tan claro. A mí aquel lugar me producía desasosiego.

Uno de los guardianes entró tras nosotros y se plantó ante la puerta de piedra negra.

—Ya conocéis las normas —dijo con voz amable, pero firme, señalando con la mano un arcón de madera.

Cyrus fue el primero en acercarse y dejar su machete. Los demás lo imitaron, depositando ahí todas sus armas. Yo dejé también las mías, y Jenny, una honda que, al parecer, Xerx le había enseñado a usar y yo no había visto hasta ahora.

Después, volvimos a situarnos ante la puerta, y el guardián hizo un gesto extraño con las manos que no supe interpretar.

—Ahora, las últimas armas —dijo con solemnidad.

No lo comprendí hasta segundos después…, cuando todos nuestros barogs empezaron a transformarse al mismo tiempo en humanos.

Los colmillos y las garras desaparecieron, la estatura menguó un poco, la musculatura tembló y redujo algo su volumen, las colas desaparecieron…, hasta que, entre rugidos y gruñidos, se convirtieron en hombres grandes, musculosos y muy atractivos.

Cuando el cambio se completó, las cuatro mujeres los contemplamos con los ojos muy abiertos y los corazones acelerados.

Y es que, a veces, olvidábamos que nuestros barogs… también eran, en buena parte, humanos.

33 LOS ANCIANOS
TINA

Cuando los barogs se transformaron en humanos, me quedé sin respiración. Hacía tanto tiempo desde que había visto la versión humana de Cyrus que había empezado a creer que no era más que un sueño, algo que imaginé una vez… y que no era real en absoluto.

Ahora, ahí estaba.

Su cuerpo musculoso, perfectamente definido, sus piernas fuertes y bien formadas, sus manos y pies grandes y firmes, sin garras, y su rostro apuesto de líneas masculinas y marcadas, tan atractivo que me dejaba sin aliento. Sus labios eran gruesos y sexis, sin colmillos, y el cabello, de ese color castaño que tanto me gustaba, era largo, pero menos que en su versión barog. Estaba alborotado y le rozaba los hombros.

Los ojos, profundos, misteriosos y con ese toque de oscuridad que me sobrecogía, eran los mismos. Dos pozos insondables, uno ligeramente más claro que el otro y con una mota verde esperanza.

Me miró, igual que yo lo miraba a él. En su rostro había algo que jamás había visto. Como si me dijera: «También soy esto, ¿te gusta?». Un atisbo de inseguridad, tan impropia de él…

Y supe en ese mismo instante que estaba locamente enamorada del rey de Nemea. Mis ojos se llenaron de lágrimas que no pude contener. «¡Yo no lloro, maldita sea!». Pero aquello… fue demasiado.

La primera vez que vi a ese hombre en la Tierra, en cuanto nuestras miradas se encontraron, mi destino se selló de golpe. Sin una brizna de duda, sentí que yo era para él… y él para mí. Ahora… la sensación era incluso más intensa.

«Mi *hoa uhane*».

La emoción me subió por la garganta. Juraría que a Cyrus también. No sabría decir cuál de sus dos versiones me gustaba más.

Por supuesto, el hombre era mucho más guapo que el barog, pero este también era hermoso a su manera. Lo que más me impactaba y atraía de ambas formas era su fuerza interior. La determinación de Cyrus era inquebrantable, igual que la mía. Un rey dispuesto a hacer lo que fuese necesario por su pueblo.

Estábamos hechos el uno para el otro. Almas gemelas.

Cuando las puertas dobles, con esa espiral en el centro, empezaron a abrirse, me enjugué rápidamente las lágrimas con el dorso de la mano y me giré a derecha e izquierda a mirar a mis amigas.

Callie estaba sonriendo en dirección al príncipe, que le devolvía la mirada con esa amplia sonrisa suya de oreja a oreja tan bondadosa y franca. Nada que ver con las sonrisas de mi rey, que tenían ese toque perverso y oscuro.

La señorita Dawson parecía muy enamorada. Varias lágrimas resbalaron por sus mejillas también y su cuerpo gritaba a voces que se moría por correr y lanzarse a sus brazos, pero se contuvo. Él la contemplaba como si fuese el hombre más feliz del mundo. Por lo que me habían contado, Callie y Daryos comenzaron su relación en la Tierra, así que ella ya conocía su versión humana. Aun así, supongo que verla de nuevo debía de ser muy impactante para ella. Al fin y al cabo, se había enamorado primero del hombre… para darse luego de bruces con el barog.

Las versiones humanas de Daryos y Cyrus se parecían bastante. Nadie podría negar que eran hermanos. Ambos eran grandes, fuertes y muy atractivos. Los hombres más espectaculares que había visto jamás. Pero, aunque sus facciones eran similares y cualquiera captaría las semejanzas con facilidad, yo sabía que, por dentro, no tenían nada que ver. Los delataban sus gestos, sus miradas, su risa… Todo.

A mi otro lado, Jenny mantenía la vista fija en los ojos oscuros de Xerx, que se había girado también para poder verla. Sabía que ella ya había contemplado fugazmente su forma humana, pero, por entonces, todavía no eran… amigos. De hecho, según tenía entendido, en la Tierra jamás habían cruzado una sola palabra.

Ella lo observaba con sus ojazos azules muy abiertos, recorriéndolo de arriba abajo. Ambos rezumaban anhelo. No tenía ni idea de si habían hecho algún avance en su relación, aunque apostaría a que no. Jenny era muy reservada y le costaba abrirse a los demás, y por lo poco que había visto de él hasta ahora, su carácter no distaba mucho del de mi amiga. Sin duda, cuando al fin se decidieran a dar el paso, encajarían a la perfección.

Y, por último, mi Emi. Cuando vi su rostro, casi me pongo a llorar otra vez por la emoción. Tenía los ojos anegados en lágrimas y las mejillas enrojecidas. Se tapaba la boca con las manos. Sus rizos dorados contrastaban con el verde aguamarina de sus ojos, tan bonitos y claros como un lago de Nemea bañado por los rayos del sol. Axeh la contemplaba embelesado desde su versión humana. Un hombre al que ella nunca había visto y que, por su reacción, le estaba gustando mucho, y no era para menos…

Axeh era guapísimo, aunque no fuera mi tipo. Era tan alto como los demás, con el pelo tan rubio como el de Emi, y esos ojos verdes, muy claros y sinceros. Era risueño y bondadoso, perfecto para mi amiga, y tenía un cuerpazo espectacular como todos ellos. Si viviera en la Tierra, a buen seguro sería un supermodelo o un actor de Hollywood.

Xioh, Lansh y los otros dos barogs, Ciench y Toruch, eran también muy apuestos. Tanto que, si te los cruzaras por la calle, te habrías girado a mirarlos con la boca abierta. Y todos, sin excepción, tenían unos iris muy llamativos y fuera de lo común. Era curioso ver cómo cada pareja de hermanos se parecía tanto. Daryos y Cyrus; Xerx y Xioh; y Axeh y Lansh. Seis hombres imponentes.

Cuando el momento de embobamiento mutuo acabó y la puerta terminó de abrirse, los rostros de los barogs se endurecieron y clavaron la mirada al frente, hacia ese pasadizo oscuro que se adivinaba ante nosotros.

Cyrus fue el primero en atravesar el umbral y nos hizo un gesto para que lo siguiéramos. Tras él entró Daryos y luego, poco a poco, lo seguimos todos los demás. No me pasó por alto cómo se habían tensado los hombros de los barogs en cuanto empezamos a avanzar hacia el interior.

Después de recorrer un pasillo de piedra angosto de no más de tres o cuatro metros, atravesamos un arco de cuarzo rosado que nos condujo a una amplia sala de techos altos, austera pero elegante.

Estaba decorada con algunos grabados de animales, similares a la fauna de Nemea, así como de barogs, espirales y cosas por el estilo, en madera, piedra o marfil. Eran muy bellos y detallados.

En los rincones había algunas esculturas extrañas, no tan grandes como las de la antesala, que representaban a unos seres alados que no había visto jamás y que, francamente, preferiría no encontrarme.

¿Podrían ser esos que habitaban en Nemea antes de la llegada de los barogs, de los que nos habían hablado en la gran roca? ¿Había sobrevivido alguno de ellos el tiempo suficiente para que los barogs más antiguos, los primeros exploradores, los conocieran? Cuanto más averiguaba sobre ese planeta, más misterios emergían.

Al fondo había un altar liso y pulido, construido con el mismo cuarzo rosado, pero con la tabla superior de esa piedra negra brillante.

Pero todo eso no era, ni de lejos, lo más impactante de aquel majestuoso y extraño lugar.

Tras el altar, sentados en tronos recubiertos de pieles de animales y excavados en la misma pared de cuarzo, había cuatro humanos mayores, aunque en absoluto ancianos. En edad humana, rondarían los cuarenta y tantos, menos uno que tal vez pasara de los cincuenta. Eran también apuestos y fuertes, y sus miradas inteligentes y enigmáticas. Vestían unas túnicas livianas de color beis, sin más abalorios que un colgante de la misma piedra negra con la espiral grabada en el centro. Por la abertura del pecho y por debajo de las mangas se apreciaban los tatuajes de espiral.

—¿Y esos quiénes son? —preguntó Callie en un susurro, tan sorprendida como nosotras.

—Los ancianos, amor —contestó Daryos muy bajito como si nada.

—Pero si no son viejos…

—Tienen miles de años, Callie, son los más ancianos y sabios de nuestra especie.

—No entiendo nada… —murmuró ella—. Pero, oye, si ese es el aspecto que vas a tener dentro de miles de años, no tengo ninguna objeción.

Él contuvo la risa.

Cyrus me hizo un gesto para que me acercara y, cuando lo hice, me cogió de la mano y entrelazó sus dedos con los míos. Di un respingo al sentir su piel humana rozando la mía. Aunque la mano tenía callos y cicatrices, era mucho más suave que la del barog. La emoción me subió desde la boca del estómago hasta la garganta.

Daryos hizo lo mismo con Callie, y los cuatro avanzamos hasta el centro de la enorme sala. Solo el altar mediaba entre esos "ancianos" y nosotros. El resto de nuestros amigos se mantuvieron varios pasos por detrás.

El de mayor edad esbozó una sonrisa breve pero amable y se inclinó un poco hacia delante, entrelazando las manos sobre las rodillas. El brillo de sus ojos, no obstante, era acerado. Algunas hebras grises decoraban su cabello espeso como único signo de envejecimiento.

—Es un honor tener aquí a Cyrus, gran rey de Nemea, y a su hermano, el príncipe Daryos. Sed bienvenidos al templo de los dioses del manantial, también vuestro hogar.

—Muchas gracias, Ooris. Estamos emocionados de regresar, después de tanto tiempo —dijo Cyrus con solemnidad.

—Sí, recuerdo todas las veces que habéis estado aquí. Solos, cuando os colasteis siendo unos mocosos —los hermanos se removieron un poco—, o acompañados de vuestro padre, el antiguo rey, que los dioses lo tengan a su lado. Fue un gran monarca, como todos los que ha tenido Nemea.

Por algún motivo, tuve la sensación de que ese Ooris habría acabado la frase con un "hasta ahora". Había incomodidad en esa reunión. Aunque el que hablaba mostraba respeto e, incluso, algo de calidez, los demás transmitían una frialdad extrema. No me gustaban ni un pelo.

—Lo fue. Y ojalá estuviera todavía entre nosotros, pero no es así. Ahora estoy yo, y os aseguro que velo cada día por el bienestar y la prosperidad de nuestro pueblo —dijo Cyrus con firmeza, apretándome los dedos.

Tenerlo tan cerca en su forma humana me hacía estremecer. Era él… y no lo era. Su olor era el mismo, sus gestos, su expresión… Su voz, en cambio, era un poco más clara, no tan cavernosa, si bien aún grave, y su aspecto nada tenía que ver. Parecía más joven y ligero. Sus palabras, sin embargo, eran firmes, y su porte decidido e impetuoso.

El porte de un rey.

—Así nos consta, Cyrus. Estás haciendo un buen trabajo. Condujiste a tus barogs a través del portal y trajiste a un gran número de descendientes, tal como se esperaba de ti. ¿Llevan todas la marca?

Cyrus apretó la mandíbula. Daryos también. El rostro de Callie se contrajo en una mueca de odio. Yo mantuve el mío impasible, aunque por dentro me hirviera la sangre tanto como a ella.

—Así es. Todas fueron marcadas según es costumbre y ley en Nemea.

Percibí una ligera agitación en nuestros amigos, situados tras nosotros. Recé para que ninguno abriera la boca, en especial Xerx, del que Cyrus me había contado que era el más reaccionario. Yo misma captaba en sus ojos una chispa de desprecio cuando miraba al rey.

—Sigues bien las tradiciones ancestrales de nuestra especie, rey Cyrus. Y eso te honra. Estamos muy complacidos.

—Siempre he cumplido mis obligaciones lo mejor que he sabido, Ooris. Con vuestra guía y sabio consejo, por supuesto.

—Por supuesto, *joven* rey —dijo, haciendo hincapié en la palabra "joven". Cyrus me apretó los dedos de nuevo. Aquello no eran más que formalidades y teatro puro—. Veo que te acompañan algunos de los rebeldes. Me alegra comprobar que has sofocado la rebelión y volvéis a ser un pueblo unido.

Desconocía que los ancianos estuvieran al tanto de todos esos detalles. Seguramente, tenían ojos y espías por todas partes. Si

Ooris seguía provocando así, aquella reunión iba a acabar muy mal. Pero mi rey, por el momento, no perdió los papeles. Mantenía la compostura sin arrugarse un ápice.

—Mi hermano y yo hemos solucionado nuestras diferencias y ahora estamos más unidos que nunca. Hemos hablado de todos los temas que nos preocupan y alcanzado un acuerdo. —Hizo una pausa y, por su expresión, supe lo que vendría a continuación—. Los tiempos han cambiado y nos gustaría suavizar… ciertas tradiciones, que tal vez han quedado arcaicas y que, más que beneficiarnos, nos perjudican.

Se hizo un silencio sepulcral en la sala mientras los otros tres ancianos se inclinaban hacia delante. Daryos miró a su hermano con orgullo. Yo tenía claro que aquel gesto de Cyrus había sido necesario para meterse en el bolsillo definitivamente a los rebeldes, pero pagaría el precio por esa insolencia ante los ancianos tarde o temprano.

—Si he oído bien, *joven* rey —empezó el anciano a la derecha de Ooris—, pretendes desafiar nuestras más queridas tradiciones, ¿es así?

Cyrus ni se inmutó. Solo la pequeña mota verde, que titilaba y llameaba, me daba una pista de la rabia que burbujeaba en su interior.

—En absoluto, Umah. Jamás haría eso, me conocéis bien. Es solo algo que creo que nuestra especie debería plantearse para evolucionar y mejorar. Sin embargo, no es por eso por lo que estamos aquí. Hay un asunto muy grave del que debemos informaros de inmediato.

El tal Umah pareció aplacarse tras las palabras del rey y volvió a recostarse hacia atrás. Pero Cyrus ya había mencionado su deseo de revisar las costumbres más primitivas y, según mi impresión, ese simple gesto había abierto el camino hacia la discusión, aunque fuese lento y no exento de complicaciones. Mi rey había provocado hábilmente una pequeña brecha, que, sin duda, en otro momento aprovecharía.

—Te escuchamos, Cyrus.

Él apretó la mandíbula un instante, inhalando con fuerza. Sus dedos seguían enroscados en los míos. La tensión estaba haciendo mella en mí. Deseaba con toda mi alma que aquel encuentro saliera bien.

—Ayer fuimos atacados en la gran roca por un grupo de hermanos perdidos. —Hubo una exclamación general por parte de los ancianos—. Aunque eran pocos, no dudaron en emboscarnos. Tras una pelea cruenta, logramos vencerlos sin problemas y aniquilarlos a todos. Nos consta que no es el único grupo que han enviado de expedición por la selva. Otros dos, tal vez más, tomaron caminos diferentes.

—¿Se acercaron a la aldea o al lago esmeralda?

—No, pero es la primera vez desde la Gran Guerra que hacen algo así. Puede que, con anterioridad, algún miembro aislado de los perdidos se alejara de los pantanos, pero nunca habían enviado un grupo tan numeroso.

Los ancianos intercambiaron miradas y susurros hasta que volvieron a centrar la atención en Cyrus.

—Y bien, ¿qué propones, rey?

—Ya he dado órdenes de que se refuercen las defensas en la aldea y, en cuanto regresemos, nos prepararemos para la peor. Si atacan, estaremos preparados. Si nos desafían a pelear en la jungla, acudiremos pertrechados y listos para vencer. Y, si disponemos del tiempo suficiente, tal vez seamos nosotros los que ataquemos primero su asentamiento en los pantanos para sorprenderlos y librarnos de ellos de una vez por todas. Aunque, para ello, antes tendríamos que localizar su posición exacta. En mi opinión, para nosotros sería mejor arrastrarlos a luchar a la selva. Los pantanos son su hábitat y los conocen mejor que nadie, así que jugarían con cierta ventaja.

Ooris asintió.

—Me parecen decisiones muy acertadas. ¿Vas a hacernos una petición de guerra, Cyrus?

—Sí, voy a solicitaros vuestra bendición para la segunda Gran Guerra y que, en caso de que llegue a producirse, podamos contar con la guardia del templo al completo, salvo por los cuatro

protectores personales a vuestra elección que permanecerán aquí. Asimismo, en caso de que fuera necesario, nos gustaría contar con el refugio bajo la montaña para nuestras mujeres.

«¿Refugio?». Callie y yo nos miramos. Ni loca iba a separarme de Cyrus cuando estallara la guerra, y supongo que ella estaba pensando exactamente lo mismo.

—Es una petición justa. ¿El príncipe la ratifica?

Daryos avanzó un paso para cumplir con el protocolo.

—La ratifico plenamente. Acompañaré a mi hermano el rey a la guerra como su segundo al mando y acataré sus decisiones.

—Eso está bien. Sois buenos muchachos. Valientes y fuertes, los mejores guerreros que Nemea ha tenido en mucho tiempo. Pero una gran guerra no es algo para lo que cualquier rey esté preparado, y vosotros todavía no habéis participado como combatientes en ninguna. Requerirá de decisiones duras y difíciles, incluso despiadadas. ¿Creéis que estáis preparados?

Los cuatro ancianos taladraron a Cyrus con la mirada. Después a Daryos.

—Lo estamos —contestaron ambos al unísono.

—Bien. Dejadnos a solas para que deliberemos sobre el asunto y en breve os comunicaremos nuestra decisión. Esperadnos en la antesala. Allí podréis comer y beber algo.

El rey y el príncipe intercambiaron una mirada y ambos suspiraron. Todavía faltaba lo más difícil, aquello que podía dinamitarlo todo por los aires.

Cyrus bajó un instante el rostro, soltó mi mano y apretó los puños a ambos lados del cuerpo. Cuando lo alzó de nuevo, no había ni rastro de duda en sus ojos, solo determinación.

—Antes de que os retiréis a deliberar, hay algo más que debéis saber. Algo de suma relevancia.

Los cuatro ancianos se arrebujaron en sus asientos, impacientes.

—Habla, Cyrus.

—Hemos encontrado a la descendiente con la marca de nacimiento. La espiral de la profecía.

Los ancianos enmudecieron de golpe. Y por sus miradas, supe al instante que aquello no iba a salir bien.

34 la profecía es sagrada
Tina

Cyrus miró a su hermano, buscando su apoyo. Daryos lo animó a seguir con un gesto del mentón y se acercó un poco más a él. Asombrosamente, era verdad que habían superado todas sus desavenencias y ahora, en frente de esos temibles ancianos, formaban un bloque unido. Pasase lo que pasara, estaban juntos en esto.

Callie parecía nerviosa. Yo también, y mucho.

—Dinos, rey, ¿encontrasteis a la descendiente de la profecía entre las últimas que transportasteis a Nemea?

—Así es, Ooris.

Las miradas de los ancianos se pasearon ávidamente por los rostros de las cuatro, a buen seguro, preguntándose si la humana indicada estaba entre nosotras.

—¿La habéis traído hoy con vosotros?

—Sí, Ooris. Os la hemos traído —dijo, volviendo a entrelazar sus dedos con los míos.

—¿Es la mujer que os acompaña?

Todas las miradas se centraron en mí durante unos segundos, lo cual fue muy desagradable. No querría estar en el pellejo de Callie ahora mismo.

—No. —Y esa simple palabra originó un murmullo de inquietud entre los ancianos—. La mujer que me acompaña es la descendiente Tina, a la que me uní en rito sagrado en el lago esmeralda tras la cacería. —Otro murmullo, esta vez más elevado—. Mi pareja de vida y mi *hoa uhane*, junto a quien deseo pasar toda mi existencia.

Sentí cosquillas en el estómago. Por muy poco dada que yo fuera a las sensiblerías, aquella declaración de amor pública me había alcanzado de lleno en el corazón.

—Te damos la enhorabuena, Cyrus, y a ti también, Tina, por vuestra reciente unión. Que los dioses del manantial os bendigan con su eterna sabiduría —dijo Umah con respeto, aunque sin demasiada emoción. Tanto Ooris como los otros dos ancianos se unieron a la felicitación.

Cyrus les dio las gracias e inclinó levemente la cabeza. Yo lo imité. No tenía ni idea de lo que se esperaba de mí, pero mi abuela solía decirme que «con educación, siempre se queda bien en todas partes», y a mí esas cosas protocolarias se me daban de maravilla. ¡Y todavía mejor saltármelas y hacer lo que me daba la gana! «No hay nada como conocer las normas para poder transgredirlas».

—Y ahora, cuéntanos, rey. ¿Quién de estas jóvenes humanas lleva la marca?

Cyrus me soltó, y caminó hacia Callie y Daryos. Entonces, hizo algo que me sorprendió. Dándoles un instante la espalda a los ancianos, les dedicó una sonrisa sincera a su hermano y su pareja. Se volvió de nuevo hacia los tronos y, con voz profunda y firme, anunció:

—La descendiente Callie, la mujer de mi hermano, su *hoa uhane* y gran amor. Ella lleva la marca de nacimiento, tal como proclama la profecía. La marca que completa la del príncipe en una espiral sagrada.

El murmullo se intensificó y los cuatro ancianos se pusieron en pie de un salto.

—¡La profecía se ha cumplido! —gritó Ooris, exaltado.

—Sabéis bien lo que significa —dijo Umah.

—Los marcados desde el nacimiento llevaréis a nuestro pueblo a la victoria y a una paz duradera. Y a la vista de los recientes acontecimientos con los hermanos perdidos, no podría haber llegado en mejor momento.

Otro de los ancianos, bajó del trono, rodeó el altar y se acercó a nosotros cuatro.

—Ahora, mostradnos la marca. Ambos —ordenó, expectante.

Callie miró a Daryos y negó con la cabeza.

—No pienso desnudarme delante de todo el mundo —susurró.

—No es que tengamos otra opción, amor. Lo siento, pero es necesario.

—Pues piensa en algo, capullo, porque mi marca está al final de la espalda y, para que la vean, debo quitarme el vestido o, al menos, bajarme la parte superior. Y, como bien sabes, no llevo sujetador ni bragas —le dijo acusadoramente.

Lansh y Axeh soltaron unas risillas. Callie los fulminó con la mirada mientras el príncipe la contemplaba embobado. La señorita Dawson le tenía bien sorbido el cerebro al pobre.

—Tal vez podamos cubrirte con algo, amor. Espera, ¿tenéis algo con lo que tapar a Callie? —dijo el príncipe.

Ella nos miró a mí y a nuestras amigas, suplicante, como si fuera a entrar en pánico de un momento a otro. Los barogs podían ser unos brutos insensibles. Miré alrededor y se me ocurrió una idea.

—No debes avergonzarte de tu cuerpo, humana. Es el que los dioses te dieron. Aquí, en Nemea, la desnudez no tiene el mismo significado que en la Tierra —dijo Ooris desde el trono.

—Ya me he dado cuenta. Y supongo que, con el tiempo, quizá me acostumbre a ir en pelotas como van los barogs por ahí —soltó sin más, en pleno templo. Esa mujer era mi ídolo—. Pero yo llevo aquí muy poco, y eso de desnudarme delante de los demás no me gusta nada. Yo solo me desnudo delante de mi amorcito.

Daryos negaba con la cabeza. Parecía a punto de la carcajada… o el infarto.

—Amor, son los ancianos, no puedes decirles todo eso ni… —le susurró. Se notaba que el pobre intentaba escoger las palabras adecuadas para no exaltarla aún más.

—Por mí como si son los reyes de Inglaterra, no pienso desnudarme aquí en medio y punto.

Caminé hacia el altar y, mirando a los ojos a Ooris, le pregunté:

—¿Podríamos usar una de las pieles? —dije señalando el trono vacío que había dejado el otro anciano.

Durante un instante, me miró sin pronunciar palabra. Entonces, asintió. Se levantó y cogió una de las pieles, grandes y suaves, de su propio trono y me la tendió. Nuestros ojos se

encontraron y tuve la sensación de que escarbaba en lo más hondo de mi alma. Para mi sorpresa, esbozó media sonrisa.

Corrí al lado de Callie de nuevo, e hice un gesto a Emi y Jenny para que se acercaran.

—No lo veo claro, Tina —dijo Callie. La voz le temblaba un poco.

—Confía en mí. Como mucho, te verán el trasero, aunque intentaremos evitarlo. Esta gente no nos va a dejar ir hasta que les muestres la maldita marca. Y ya me estoy asfixiando aquí dentro.

—Yo también —dijo Emilia con expresión angustiada.

—¿Tú no irás a vomitar ahora, no, Emi? —le preguntó Callie alzando una ceja. Sus palabras sonaron a advertencia—. Porque soy yo la que va a despelotarse, no tú. Así que cambia esa cara y deja ya de sufrir tanto —dijo.

Sinceramente, en la universidad jamás pensé que la señorita Dawson fuese tan valiente… y tan divertida.

—No puedo evitarlo, Callie. Es que es muy incómodo para ti.

Jenny le rodeó el hombro con un brazo.

—Sobreviviré. Total, este es un jodido planeta nudista.

Se oyó la risa de Lansh de nuevo. Callie echaba fuego por los ojos.

«Como siga riéndose, le arranca la cabeza», pensé, divertida. La situación entera era de lo más surrealista. El tema era muy serio, pero Callie le había dado un poco la vuelta.

—Vale, tú quítate el vestido que nosotras te cubrimos. En cuanto estés desnuda, te enrollaré en las pieles, ¿de acuerdo?

—¿Tengo alternativa?

—Los ancianos se están impacientando, así que no.

Resopló y empezó a quitarse el vestido. Todos nuestros barogs apartaron la vista, menos Daryos, que no dejó de observarla mientras llevábamos a cabo la maniobra, y los ancianos. Estos tampoco desviaron la mirada. No parecían muy contentos. Seguro que pensaban que les iban a alegrar el día, los muy cabrones.

Una vez desnuda, le pasé la piel sobre los pechos y bajo las axilas hasta la espalda. Ella la sujetó por delante con una mano,

mientras con la otra cogía por detrás los dos extremos. Arrastrándola un poco por el suelo, regresó al lado de Daryos.

—¿Estás bien, preciosa?

—De puta madre, hombre, ¿no lo ves?

—Pronto acabaremos con esto.

Callie puso los ojos en blanco.

—Ahora, mostradnos las dos mitades de nuestra espiral.

El príncipe y Callie se dieron la vuelta, colocándose de espaldas a los tronos.

Daryos mostró su marca, la media espiral dentada, que siempre estaba a la vista de todos. La tenía en la parte baja de la espalda, a la izquierda de la columna. Cuando Callie se descubrió, hubo varias exclamaciones.

«¿Será por la marca o por su generoso trasero?», me dije. Ante la dificultad de mostrar la espiral y sujetar las pieles al mismo tiempo, había optado por lo más sencillo: descubrirse toda la parte trasera y sostener las pieles solo por delante, a la altura del pecho.

Daryos le rodeó los hombros y la atrajo hacia sí para que las dos mitades se unieran ante la mirada atónita de los ancianos. Los tres que todavía permanecían en el trono bajaron y se colocaron junto a su compañero para observar de cerca aquel prodigio. Tras unos segundos, durante los cuales la pareja no apartó la mirada el uno del otro en ningún momento, finalmente regresaron a sus tronos. Nosotras ayudamos a Callie de inmediato para que pudiera vestirse de nuevo.

Al acabar, doblé las pieles y se las devolví a Ooris, que me regaló otra de sus miradas taladradoras.

El momento de la verdad había llegado. Lo que más había temido Cyrus, que lo despojaran del trono y, por lo tanto, del poder, iba a suceder en breve.

—Bien, las marcas se han reunido y la profecía es clara al respecto. Ahora —hizo una pausa—, Daryos deberá asumir el trono de Nemea junto a su pareja de vida. Pero antes de preguntarle al príncipe, debemos escuchar primero al actual rey.

Me estremecí.

Cyrus contuvo el aliento. Sin mirarme, me cogió la mano de nuevo e hizo algo que no esperaba en absoluto. Se giró hacia mí, me agarró la cara entre sus manos humanas y me besó. Fue un beso suave y lento, tierno, diría yo, lo cual era toda una sorpresa en él. Su aroma y su sabor eran los mismos, pero el tacto de sus labios era mucho más suave y, sin los colmillos, ese beso fue… un regalo delicioso. Cuando se separó, sus ojos estaban humedecidos, los míos también. No tengo palabras para expresar lo que supuso ese primer beso que me dio como humano.

Entonces, se dio la vuelta y los encaró.

—He servido como rey de Nemea durante diez largos años. He gobernado a nuestro pueblo en una de las épocas más duras de la especie, pues la Gran Guerra, como sabéis, nos dejó devastados. Nosotros mismos perdimos a nuestros padres y hermanos mayores.

—Y lo sentimos mucho, Cyrus, pero la profecía…

Mi rey prosiguió.

—Reconstruí y amplié la aldea con la ayuda de mi hermano, incorporé más leones y panteras a nuestras filas, a los que domamos según la vieja usanza, y… traje de la Tierra el mayor grupo de descendientes de los últimos mil años.

—Lo sabemos. Has sido un rey excelente, Cyrus, pero la profecía debe cumplirse, es el único modo de vencer y sobrevivir.

—No estoy de acuerdo.

—¿Cómo dices?

—Soy el mejor rey para afrontar lo que viene, el único capaz de tomar las decisiones necesarias. Soy lo suficiente duro y cruel para liderar a los nuestros en la batalla y hacer lo que sea preciso. La profecía se ha cumplido, cierto. Daryos y Callie llevan la marca de la espiral y se han unido en tierra sagrada de Nemea. Y ambos van a estar a mi lado en esta guerra. Mi hermano será mi segundo al mando y me apoyará en todas las decisiones. Y por ello, juntos, con la profecía de nuestro lado, venceremos.

—Esa es una interpretación muy libre de la profecía. Sabes que el portador de la marca debe ser quien nos lidere.

—Y os liderará, a mi lado. Por ello, os pido que sigáis apoyando mi próspero reinado, nos deis vuestra bendición para la

guerra y pongáis a nuestra disposición a los guardianes del templo. Y así, os prometo que llevaré a los barogs a la victoria y a una paz larga y duradera.

Un silencio pesado se extendió por la sala. Los ancianos no estaban convencidos, ni mucho menos. Aun así, murmuraron entre ellos antes de volver a hablar.

—Escuchemos ahora al príncipe. Luego, deliberaremos —dijo Ooris. Cyrus asintió—. Si Daryos acepta el trono, ¿juras por la espiral sagrada que acatarás la decisión de este templo y se lo cederás?

Ni siquiera dudó.

—Lo juro. Si mi hermano quiere ser rey, el trono será suyo, y yo lo apoyaré y lucharé a su lado.

La mirada que Daryos y Cyrus intercambiaron me hizo estremecer. Fue intensa, cargada de sentimiento y de muchas cosas que no se habían dicho. Y, sobre todo, de amor. Vi la emoción en el rostro de ambos.

—Príncipe Daryos, tu *hoa uhane* y tú lleváis en la piel la marca de la profecía. Por lo tanto, debes ser proclamado rey y liderar a todos los barogs frente a nuestros hermanos perdidos. ¿Aceptas el honor que los dioses te conceden?

El príncipe cerró los ojos y exhaló de golpe el aire de sus pulmones. Juraría que tembló entero.

—Sería un honor para mí aceptar el trono y cumplir el designio de los dioses, y lo que menos deseo es enfurecerlos. Sin embargo, no hay otro barog en Nemea capaz de gobernarnos mejor de lo que lo hace mi hermano. Quiero que Cyrus siga en el trono y nos lidere hacia la victoria. Yo estaré siempre a su lado como príncipe… y como su hermano.

Los rostros de los ancianos se oscurecieron. La mayoría mantuvo la calma, menos uno que parecía indignado.

Contuve la respiración. Creo que todos lo hacíamos. Aquel era un momento muy delicado.

—¿Esa es tu última palabra, Daryos?

—Es mi firme decisión. Declino el honor. No subiré al trono.

Ooris lo observó un instante a los ojos y luego los paseó por Cyrus, Callie y por mí. En los míos se detuvo un poco más, a saber

por qué. Por si acaso, le aguanté la mirada y alcé la barbilla.

—Bien, ahora retiraos. Vamos a deliberar.

Salimos en silencio hasta la antesala, donde, tal como nos habían mencionado, nos aguardaba un refrigerio. Jarras con zumos diversos, unos palitos rosados que no tenía ni ida de qué eran, panecillos dulces recubiertos de frutos secos y fruta fresca.

Estábamos sedientos y hambrientos, así que dimos buena cuenta de todo ello, tratando de no pensar en lo que ocurriría cuando regresáramos a la sala del altar.

El rey y el príncipe se acercaron el uno al otro y se agarraron mutuamente el brazo.

—Pase lo que pase, nada nos dividirá de nuevo, hermano —dijo mi rey.

—Juntos para siempre, hermano —confirmó el príncipe.

Al cabo de un rato que se me hizo eterno, uno de los guardianes nos avisó para que entráramos de nuevo. Lo hicimos en silencio, algo más cabizbajos que la primera vez que habíamos recorrido ese mismo camino.

Ooris estaba en pie entre su trono y el altar, y su rostro era una máscara indescifrable. Los otros tres permanecían sentados.

—Acercaos —les dijo.

El príncipe y el rey avanzaron hasta situarse frente a él, con el altar entre ellos.

—Cyrus, permanecerás en el trono y consolidarás tu reinado. Liderarás a los barogs en la guerra y hacia la victoria. Después, gobernarás a nuestro pueblo en la paz, respetando nuestras tradiciones y costumbres más antiguas y sagradas. —Su tono era solemne, aunque con una pizca de reproche.

Los hermanos se tensaron al escuchar lo referente a las tradiciones. Los músculos de la espalda de ambos se contrajeron, pero no era el momento adecuado para protestar. El anciano continuó:

—Daryos, apoyarás a tu hermano el rey y lucharás a su lado hasta que acabe el conflicto, tras lo cual seguirás siendo su mano derecha y velarás, al igual que él, porque se cumplan nuestras leyes sagradas.

Me chirriaron los dientes de tanto apretarlos. ¡Menudos cabrones esos ancianos! Al menos, habían ratificado a Cyrus en el trono. Todo estaba saliendo bien… por el momento. Aun así, me olía que la cosa no acababa ahí. Esa mirada de Ooris…

—Os lo agradecemos a vosotros y a los dioses, y… —empezó Cyrus.

—No he acabado. Os habéis negado a cumplir la profecía y el designio de los dioses. Vuestras intenciones son honorables, lo sabemos, pero este acto de rebeldía tiene sus consecuencias.

—Sea lo que sea, yo soy el rey y asumiré cualquier castigo. Justo será el que consideréis oportuno. Dejad a mi hermano fuera de esto.

—Tenéis nuestra bendición para que, llegado el momento, caminéis hacia la guerra. Sin embargo, no os cederemos a los guardianes del templo. A partir de ahora, estáis solos en esto. Informadnos cuando todo acabe y si, pese a vuestra rebeldía, vencéis la guerra, reconsideraremos nuestra posición para futuros enfrentamientos.

Ooris retrocedió hasta su trono, y los demás se pusieron también en pie, a su lado.

Cyrus estaba sorprendido y, a la vez, rojo de ira. Aquel giro era un golpe bajo a toda la especie.

—Si nos priváis de vuestra guardia, las posibilidades de vencer serán mucho menores. Ellos pueden marcar la diferencia, tal como ocurrió la última vez. Disponéis de casi cuarenta de los mejores guerreros de Nemea y lo sabéis bien. ¿Vais a arriesgaros a que caiga la aldea? —dijo Cyrus a la desesperada.

—Tendremos en cuenta tus palabras, rey, y, si cambiamos de opinión, te lo haremos saber. Por el momento… estáis solos.

El príncipe dio un paso al frente. Tenía las facciones desencajadas.

—Incluso aunque logremos vencer, ¿a qué precio? Los guardianes evitarían muchas muertes innecesarias y acelerarían el desenlace de la guerra. Son parte del pueblo barog y se deben a nuestra especie. ¿Es que no queréis que ganemos? ¿Qué clase de prueba es esa? ¡Es vuestro pueblo! ¡Este es un templo de todos los

barogs! —gritó Daryos. Impresionaba ver a alguien como él, que solía mantener la calma, tan alterado.

—Príncipe, sois joven e inexperto en cuestiones de diplomacia, por eso dejaremos pasar esta afrenta. Ahora, si nos disculpáis, ha llegado el momento de rezar a nuestros dioses para que os guarden y os protejan.

—Creía que únicamente en la Tierra los líderes religiosos abandonan al pueblo a su suerte cuando les conviene. Veo que en todas partes ocurre lo mismo —solté sin pensarlo. La rabia me dominaba. Había visto esos comportamientos egoístas y cobardes tantas veces…

Cyrus se apresuró hacia mí y me cubrió con su cuerpo.

—No deberías haber hablado —me susurró mientras Ooris caminaba en dirección a nosotros.

El anciano me escrutó de arriba abajo y, cuando al fin clavó sus ojos en los míos, dijo con media sonrisa:

—Has elegido bien, Cyrus. —Entonces, se dirigió a mí—: Vas a ser una gran reina.

Me quedé petrificada. Mi corazón latía a mil por hora, lo mismo que el de mi rey.

Entonces, Ooris buscó a Callie y Daryos con la mirada hasta que sus ojos se encontraron.

—La marca de la espiral que lleváis en la piel es un gran honor, pero también una gran responsabilidad. Puede que no vayáis a reinar, al fin y al cabo, pero tened por segura una cosa: tarde o temprano, el poder de la espiral se manifestará en vosotros de algún modo, y deberéis estar preparados para acogerlo y usarlo. Quién sabe, quizá se manifieste en el momento en que más lo necesitéis. —Su tono fue solemne y enigmático.

Callie lo escuchó atentamente. Aquellas palabras debían de haberla afectado en lo más profundo pues, por una vez, no replicó nada. Se limitó a agarrarse al brazo de Daryos, que parecía tan inquieto como ella. El príncipe inclinó un poco la cabeza en dirección a Ooris, en señal de respeto.

En cuanto acabó de hablar, los cuatro ancianos se marcharon. Uno de sus guardianes nos condujo de vuelta a la antesala, donde

los barogs se prepararon para regresar a su forma primaria.

Callie le pidió a Daryos si podían permanecer un ratito más con ese aspecto, pero tanto él como mi rey dijeron que no era el momento más indicado. Con la amenaza de los hermanos perdidos sobre nuestras cabezas, no podían arriesgarse a que otra emboscada los pillara desprevenidos en su forma humana, la más débil de las dos. Así que no nos quedó más remedio que despedirnos de sus versiones de hombre… hasta la próxima vez, si es que se daba la ocasión.

Una vez transformados de nuevo en barogs, salimos al fin a la terraza flotante, donde nos esperaban Enzo, Bazzeila… y una lluvia torrencial.

Solté el aire que había estado conteniendo en los pulmones y dejé que los cálidos goterones me liberaran del mal rato que acabábamos de pasar todos ahí dentro.

—Te lo dije. —Cyrus me miraba a través del aguacero, tan imponente que parecía una visión—. Tienes porte de reina.

Ambos sonreímos. La mota verde pálido titiló en su iris oscuro. Seguía siendo el rey de Nemea. Y era todo mío.

35 antara
CALLIE

Cuando a al fin salimos de aquel infierno, agradecí el aguacero que caía de las nubes densas como algodón apelmazado. Agité los brazos para sacudirme las malas vibraciones que me habían dado ahí dentro.

—¿Estás bien amor? —me preguntó Daryos enseguida.

—No mucho, la verdad. Esos ancianos son una panda de hijos de puta.

—Shhh… No hables así de ellos, no aquí.

—Hablo como me da la gana. ¡Me han hecho desnudarme, Daryos! ¿Tú sabes cómo me he sentido? Si crees que esos cuatro son buenos, es que eres más tonto de lo que pensaba.

—No soy tonto, ¿acaso crees que es la primera vez que visito el templo?

—Pues, como poco, eres inocente.

—¿Podrías dejar de meterte conmigo y escucharme?

—Ahora mismo, lo veo difícil, amorcito. —Yo echaba fuego por los ojos.

Resopló.

—Ellos cumplen con su trabajo, que no es fácil. Hacen siempre lo que deben y nos han ayudado mucho a lo largo de los siglos.

—Sí, claro. ¡Ya veo que ahora os van a ayudar un montón!

—Callie…

—Ellos están ahí sentaditos en sus tronos, mientras que vosotros vais a tener que enfrentaros a esas bestias de los hermanos perdidos. Y los ancianos no van a mover un dedo. Van a estresarse muchísimo, ¿eh? Tienen un trabajo superduro.

—Hablan con los dioses y mantienen el equilibrio.

—A ver, amorcito, nadie habla con los dioses. Los dioses son una invención para tener a todo el mundo bien controlado y haciendo lo que ellos quieren.

—No blasfemes, amor. ¿Es que tú no rezas a veces?

—¡Anda, claro! En momentos de desesperación, lo reconozco, de los que, por cierto, últimamente tengo muchos. ¿Por qué será?

—Si rezas, es que tú también tienes fe en los dioses.

—Mira, guapetón. Si rezo, es porque creo que hay un poder superior, sea cual sea, que vela por todos nosotros de algún modo… y porque me da la gana. Pero eso no significa que crea que esos de ahí dentro tienen línea directa con los dioses y son los únicos que pueden hablar con ellos. Ni hablar.

—Vale, estás enfadada. Lo entiendo. Yo también lo estoy.

—¡Aleluya! ¡Daryos Barog, el hombre más bueno, alegre y feliz del universo, se ha cabreado! Esto hay que celebrarlo.

—Oye, no te burles de mí. Yo también me cabreo muchas veces, ¿vale? Solo que no lo demuestro tanto como tú e intento no dejarme llevar por las cosas negativas.

Ahora sí que parecía enfadado, el pobre. Si es que, en el fondo, me encantaba llevarlo al límite.

—No me burlo de ti, Daryos. Es solo que… lo que ha ocurrido ahí dentro ha sido muy humillante.

—Lo siento mucho, de veras. Y te agradezco el esfuerzo que has hecho. Si hubiera podido evitarte el mal trago, lo habría hecho, te lo aseguro.

Me lo quedé mirando.

—Siendo sincera, no me gusta nada que te enfades —dije, poniéndole ojitos. Y era verdad.

—Ahora mismo, sobre todo, estoy preocupado.

Cyrus se aproximó a su hermano. Parecía tan angustiado como él.

—Vamos a volver ahora mismo ahí dentro, D —dijo el rey de sopetón.

—¿Qué? ¿No has tenido ya suficiente dosis de ancianos para varios siglos? Porque te aseguro que yo sí —dijo él sonriendo.

Me hubiera encantado poder disfrutar un poquito más de su forma humana. ¡Era tan guapo! Un hombre solar, por dentro y por fuera. Me había emocionado mucho al verlo de nuevo. Sin embargo, con los enemigos rondando por la selva, no podían arriesgarse. Aunque me fastidiara, lo comprendía perfectamente.

—Cuando estalle el conflicto, necesitaremos contar con la guardia del templo —dijo señalando con la barbilla a uno de los guardianes que custodiaban la entrada.

—Han sido bastante claros, C. No van a cambiar de opinión, hermano. Ya pensaremos en algo.

—La única opción es que entremos de nuevo y les digas que lo has reflexionado y aceptas el trono. De ese modo, no pondrán objeciones.

«Ahora sí que me ha sorprendido este cabrón. A lo mejor, hasta es verdad que le importa su pueblo», me dije.

—Ni hablar. No pienso subir al trono. No podemos permitir que nos manipulen de este modo. Tú eres el único rey de Nemea. Estoy seguro de que encontraremos una solución.

Debo reconocer que Daryos me sorprendió.

«O sea, que sí que se ha dado cuenta de cómo son los ancianos en realidad. ¡Menos mal! A veces me preocupa, es demasiado bueno».

—Pese a lo que tú y tus rebeldes habéis pensado de mí durante mucho tiempo, no soy un cabrón sin escrúpulos que solo mira por sí mismo. El trono y el poder no valen nada para mí si no puedo proteger a los barogs y llevarlos a la victoria. Mi gente, todos vosotros, sois lo único que me importa.

El tío me estaba dejando alucinada.

«No, si encima acabará cayéndome bien», me dije. Aunque eso no iba a suceder en un horizonte cercano.

Tina me miró. Ella también estaba preocupada. Se notaba en la tensión de su rostro, con los labios apretados y unas leves sombras bajo los ojos.

—Tú eres el rey, Cyrus, y no me cabe la menor duda de que, contigo al mando, venceremos. Yo te ayudaré. Todos los haremos.

Conseguiremos más leones, si es necesario, ¿verdad, Enzo? —Como si lo hubiera entendido, este meneó la cabeza y rugió.

—Eso estaría bien. Y Bazzeila podría ir a las cuevas y traerse a algunas panteras más. Esas de ojos rojos son las más peligrosas, pero podríamos ponerlas de nuestra parte. Los hermanos perdidos las cazan de vez en cuando por diversión, mientras que nosotros solemos dejarlas en paz. Leones y panteras siempre nos han sido leales.

—Tenemos un plan, hermano.

—Parece que sí, D. Aun así, última oportunidad. ¿Estás seguro de que no deseas ser rey? Jamás me apartaría de tu lado. No quiero sacrificar a mi pueblo por un maldito trono, mucho menos después de haber visitado hoy a los ancianos. Ya hace tiempo que los conozco, pero cada vez estoy más convencido de que su posición es la más cómoda. No comprendo que, para darnos una lección a nosotros dos, vayan a poner en peligro a toda nuestra especie. Podrían habernos flagelado o algo así. Habría bastado con ello y no necesitarían arriesgar tanto.

«Pues igual va a caerme bien antes de lo que yo pensaba…».

—Es una demostración de poder, eso es todo. Llegado el momento, claudicarán.

—No lo creo, Daryos. ¿Cuándo han admitido ellos un error? —dijo el rey.

—No hace falta. Pueden inventarse cualquier excusa para cambiar de opinión —soltó Tina de golpe—. Es lo que hacen los hombres poderosos en la Tierra constantemente. Jamás reconocen que se han equivocado.

Todos le dimos la razón.

Atravesamos la plataforma colgante, pero, antes de llegar al final, uno de los guardianes, enorme, imponente y tatuado por todas partes, se acercó al rey y le susurró algo al oído. A este se le abrieron los ojos de par en par y asintió. Daryos le interrogó con la mirada, pero su hermano le hizo un gesto para indicarle que se lo diría más tarde.

Empapados, empezamos a recorrer el sendero de regreso, directos al trecho del camino que bordeaba la montaña y lindaba con

el acantilado. No me hacía ni pizca de gracia volver a pasar por ahí, pero era el único trayecto posible. El templo no tenía más acceso y salida que ese, aunque sospechaba que, en caso de necesidad, seguro que podían usar alguna trampilla o un túnel hasta el otro de la montaña… Pero ¡qué sabía yo!

Estaba agotada, y la tensión que habíamos vivido en el templo me estaba pasando factura. En conjunto, entrar ahí había sido una experiencia bastante desagradable. Tan solo recordar que había tenido que desnudarme delante de todo el mundo, sentía de nuevo escalofríos.

Además, la tormenta embarraba la tierra, dificultándonos el avance. Tenía miedo de resbalar y precipitarme al vacío. Nosotras cuatro íbamos sujetándonos a las ramas y las hojas, intentando no perder el equilibrio. Soñaba con llegar a la aldea de una vez por todas, pero lo cierto es que nos quedaba todavía una larga excursión por delante. Seguramente, tendríamos que hacer, por lo menos, un par de paradas.

—Oye, C, ¿qué te ha dicho el guardián antes de irnos? —preguntó mi barog.

El rey iba caminando justo delante de mí, mientras que a Daryos lo tenía detrás. Cyrus giró la cabeza en dirección al templo, que quedaba ya a unos veinte metros de distancia. Supongo que quería comprobar que nos habíamos alejado lo suficiente.

—Me dijo que, llegado el momento, enviara a alguien al templo a informarlos. Que el emisario lo buscara primero a él y se lo comunicara directamente.

—¿Ha dicho algo más?

—No, pero conozco a ese barog. Se llama Sulveh. Fue uno de los más afectados en la Gran Guerra, como nosotros. Perdió a toda su familia, incluida su pareja. Por eso decidió unirse al templo. Es un gran guerrero con varios siglos ya a sus espaldas.

—Ahora que lo dices, había sido amigo de padre, ¿verdad? Ya lo recuerdo.

—Así es, y está emparentado con Goria. Solía vivir con su familia en la pequeña aldea cerca del lago esmeralda, por eso no lo veíamos a menudo.

—¿Había otra aldea? —pregunté sorprendida.

—Fue lo primero que atacaron los hermanos perdidos. Los mataron a casi todos e incendiaron las casas —dijo Daryos con pesar.

—Tras la guerra, ampliamos la aldea y decidimos que era preferible estar todos juntos. De ese modo, en caso de un nuevo ataque, sería más fácil organizar las defensas. Construimos algunas chozas simbólicas cerca del lago, el lugar donde antaño se encontraba la pequeña aldea —explicó Cyrus. Capté un profundo dolor en su voz.

—¿Las chozas en las que pasamos la noche… tras la cacería?

Tardaron unos segundos en contestar. Lo hizo mi barog.

—Esas mismas. Es un lugar muy especial para nosotros.

—Siento mucho lo que ocurrió.

Caminamos unos metros más en silencio. Escuchaba el murmullo de las voces de Emi, Axeh, Jenny y Xerx, así como las carcajadas de Lansh mientras Xioh le explicaba algo que no alcanzaba a oír. De los otros dos barogs que nos acompañaban, uno, Toruch, iba a la cola con los felinos, y el otro, Ciench, a la cabeza, delante de Tina. A ellos no alcanzaba a oírlos. La lluvia estaba arreciando y amortiguaba los sonidos.

Estábamos a punto de entrar en el tramo más peligroso del sendero, donde era más estrecho y nada te detendría en una caída libre hacia el río espumoso que discurría al fondo. Intentaba no pensar en ello, pero era imposible. Tampoco ayudaba el hecho de que mis pies resbalaban en el fango cada dos por tres. Estaba empapada, con las piernas llenas de salpicaduras de barro y las manos plagadas de rasguños.

—¿Estás bien, amor? —me preguntó Daryos a mi espalda.

—Agotada y un poco mareada. Este camino es infernal. Me pregunto por qué narices se os ocurriría a los barogs construir el templo en un lugar tan inaccesible. ¿No podríais tenerlo en la aldea? Vaya, como las iglesias de pueblo de toda la vida.

—La gracia es precisamente esa, preciosa. Que sea difícil el acceso. Así es más complicado que los perdidos lleguen hasta ahí. Y,

si lo consiguiesen, antes de pisar la terraza, los guardianes los lanzarían al abismo.

—Ya. Imaginaba que dirías algo así.

—¡Estoy contigo, Callie! —dijo Tina—. Esto es lo peor que he hecho en mi vida. No sabéis cómo echo de menos ahora mismo la suite en el Plaza. Mi padre me dejaba alquilarla para mí sola por mi cumpleaños. ¡Ah, qué tiempos aquellos!

—¿Qué es eso del "Plaza"? —preguntó Daryos. El rey no dijo nada, pero intuí que tenía la misma curiosidad que su hermano.

—Un hotel de lujo maravilloso de Manhattan, al que solo la gente muy rica como los Martins pueden ir —solté sin más.

—¡Ah, ese que está frente al parque! —dijo Cyrus—. ¿Tú lo viste, D?

—Sí, ahora que lo dices, creo que pasé por delante un par de veces. Tampoco me pareció gran cosa. Un bloque de ladrillos, poco más —dijo Daryos.

—¡¿Perdona, troglodita?! —gritó Tina por delante de nosotros como si la hubieran insultado.

—Solo digo que no le encuentro la gracia a vivir encerrado entre cuatro paredes en medio de una ciudad de cemento. Es muy deprimente —dijo él. Aunque no lo veía, imaginaba claramente su rostro sonriente.

—A ver, zumbado, que la gracia no es esa. La cuestión es lo que hay *dentro* de esas cuatro paredes. Lujo, lujo y más lujo —dije, apoyando a Tina.

No es que yo supiera mucho de hoteles de lujo, pero todo el mundo había oído hablar del Plaza.

Yo hubiese preferido una de esas vacaciones en un hotel resort con todo incluido a orillas de una playa de arena blanca en una isla tropical, llena de palmeras, lugares exóticos…

«O sea, lo que tienes ahora todo el año, pero sin el resort», pensé riéndome.

—¿Como por ejemplo? —preguntó Cyrus, que parecía cada vez más interesado en conocer los detalles de la vida anterior de su novia.

—La cama más cómoda del mundo, llena de almohadones mullidos; un minibar a rebosar de botellitas de alcohol y *snacks*; un cuarto de baño tan grande como un apartamento, con una bañera de hidromasaje inmensa; servicio de habitaciones a todas horas… —Tina iba enumerando todas las comodidades, como si las estuviera viendo en ese mismo instante.

—Pues mira, amor, una bañera de esas gigantes nos vendría de maravilla en casa. Igual la construyo algún día —me dijo Daryos. Se me escapó una risilla.

—Tú siempre pensando en lo mismo, ¿eh, cariño?

—¿Y tú no? Seamos realistas, ¿qué hay mejor en este mundo que hacerle el amor a tu *hoa uhane*? —soltó mi barog tal cual.

—Nada en absoluto. Eso es lo mejor del universo —secundó su hermano.

Puse los ojos en blanco.

—Y hablando del hotel ese, yo creo que lo estáis sobrevalorando. Aquí tenemos lagos de aguas cristalinas, selvas hermosas, paisajes de ensueño… —Daryos imitó a Tina, enumerando un montón de cosas.

—Pareces un anuncio de una agencia de viajes, amorcito —dije riéndome. Tina soltó una carcajada.

—Pensad lo que queráis, pero este mundo es precioso y tiene todo lo necesario para ser felices.

—Eso es verdad. Quizá le sobran unos cuantos animales asesinos para ser perfecto, pero es muy bonito. Sobre todo, porque estás tú, barog mío —dije girándome un poco a mirarlo mientras aleteaba las pestañas de forma exagerada y le ponía morritos.

—No me provoques, mujer, que ya sabes que para eso no necesito demasiado.

Seguimos bromeando sobre el tema un ratito más, lo que me sirvió para olvidarme un poco de la sensación de vértigo y del precipicio que se abría a tan solo tres palmos de mis pies. ¡Aquello sí que era un "acantilado de la muerte abismal"!

De pronto, algo cambió. No estoy segura de lo que fue, pero la lluvia trajo un olor distinto, dulzón e intenso. Tuve de nuevo esa desagradable sensación de que alguien nos seguía, lo cual era

imposible porque el sendero estaba completamente vacío, tanto por delante como por detrás de nosotros.

—¿Estás bien, Callie? —me preguntó Daryos de inmediato. Él también parecía inquieto.

—Sí, solo ha sido uno de esos malos presentimientos que a veces nos asaltan. Supongo que este sendero, la lluvia… no ayudan.

—Pronto nos adentraremos en la selva y podremos descansar. A mí tampoco me gusta.

Entonces, Enzo, que iba al final, detrás de Bazzeila, rugió de un modo distinto a como lo hacía habitualmente. Y ese sonido me recordó a uno de los peores días de mi vida. El día en que Cyrus irrumpió en casa de su hermano con otros barogs y me secuestraron para llevarme a la cacería.

Eran esa clase de rugidos. Esos que alertaban de que se acercaba el enemigo.

Me estremecí.

—Algo va mal —dijo Cyrus, escrutando el camino que se extendía ante nosotros.

«Al menos no estoy paranoica. Parece que no soy la única que lo percibe».

En el instante en que me giré a mirar a Daryos de nuevo, un cuerpo duro impactó contra mí con una fuerza brutal desde la montaña. Algo afilado se me clavó en el brazo y el costado, hundiéndose en mi carne. Grité de dolor, y mis pulmones se quedaron sin aire de golpe.

Resbalé en el barro y perdí el equilibrio, inclinándome hacia el precipicio.

A partir de ese momento, todo sucedió muy deprisa, aunque tuve la sensación de que ocurría a cámara lenta. Recuerdo la expresión de terror en el rostro de mi barog y sus brazos estirados hacia mí en un intento por agarrarme. No lo consiguió.

Sus garras apenas me rozaron en el instante en que empezaba a caer al vacío y unos grandes ojos plateados me observaban impávidos desde el borde.

Una caída de muchos metros… hacia una muerte casi segura.

El estómago se me subió a la garganta y pataleé con brazos y piernas en el aire, intentando sujetarme a algo. Era imposible. Estaba demasiado lejos de las ramas que decoraban la pared de roca vertical y, aunque hubiera estado cerca, de poco me habría servido. Iba demasiado deprisa y carecía de la habilidad necesaria.

Antes de llegar abajo, recé con todas mis fuerzas a los dioses del manantial. Solo pedí dos cosas: sobrevivir a la caída… y volver a ver a Daryos. Y juré que, si salía viva, mataría a Antara con mis propias manos.

Entonces, mi cuerpo chocó con el agua.

36 HAY QUE ENCONTRARLA
TINA

—¡¡¡Caaaaallieeeeeee!!! Oh, dioses, ¡Noooooooooo!

Daryos gritaba y lloraba desconsoladamente, inclinado sobre el acantilado. Lansh y Xioh lo sujetaban con fuerza mientras Xerx intentaba razonar con él. Pero era imposible.

Habían impedido por los pelos que se tirara tras ella. Mientras tanto, Axeh sujetaba a la *aninf* con fuerza. Tenía esa expresión en el rostro como si no hubiese hecho nada malo. Como si la cosa no fuera con ella. Pero ese bicho claramente sabía muy bien lo que hacía.

La escena me había parado el corazón. No había visto cómo la empujaba, pero sí la caída y los gritos. Me temblaba todo el cuerpo sin control, y, pese a que la lluvia era cálida, yo la sentía como agujas congeladas contra mi piel. Jenny y Emi también tiritaban.

—¡¡Soltadme, debo ir a por ella!! ¡Voy a saltar! —rugió el príncipe.

Las lágrimas corrían por sus mejillas como arroyos desbocados. Era muy impactante ver a un ser tan enorme y poderoso completamente desesperado. Destrozado.

—Si saltas, te harás papilla contra las rocas del fondo —dijo Xerx por enésima vez.

—¡No digas eso, joder! ¡Callie no ha muerto! ¡No puede ser! —Sus gritos eran desgarradores.

—No es eso lo que estoy diciendo, D. Ella tiene posibilidades de sobrevivir. Probablemente, ni siquiera ha llegado al lecho del río. Aunque desde aquí no lo parezca, el cauce es ancho y muy profundo. El más hondo de Nemea. Pero tú pesas tres veces más que Callie, así que, si saltas, morirás en el acto.

Daryos dejó de gritar y empezó a sollozar lastimeramente. Su hermano se acercó a él y le alzó el rostro con las manos para que lo

mirara. El pobre príncipe estaba desolado, y no era para menos. Aquello era lo más horrible que habíamos vivido jamás. Si Callie moría…, él no lo superaría.

Nosotras tampoco.

Desde nuestra llegada a Nemea, habíamos salido adelante, en parte, porque nos teníamos las unas a las otras. Y la señorita Dawson contribuía de forma importante a nuestro equilibrio mental. La muerte de Shauna me había golpeado con fuerza. No podíamos sufrir otra pérdida de un modo tan cruel.

«No ha muerto. Me niego a aceptar eso», me dije, apretando los dientes para contener el llanto. No era el momento de llorar, sino de encontrar soluciones. Debíamos ir a buscarla de inmediato.

—Escúchame, D —empezó Cyrus—, Callie es una mujer fuerte y estoy seguro de que sobrevivirá. Ahora mismo buscaremos la manera de bajar al río e iremos a por ella. No puedes hundirte. Tu *hoa uhane* te necesita, hermano, y yo también. Así que pongámonos en marcha cuanto antes. Te prometo que daremos con ella y regresaremos todos sanos y salvos a la aldea.

Daryos lo miró entre las lágrimas y, tras unos segundos, asintió.

—Tenemos que encontrar un sitio por el que descender lo antes posible sin despeñarnos —ordenó el rey.

En cuanto soltaron a Daryos, este se dirigió a Antara, que seguía retenida por Axeh.

—¿Cómo puedes haber hecho algo así? —le preguntó sin comprender, todavía con lágrimas en los ojos.

—Ella… mala.

—Callie es la mujer más bondadosa de este mundo. Es mi alma gemela, y tú no tenías ningún derecho de hacerle daño. Ahora, tú y yo ya no somos amigos. Nunca más lo seremos.

—*Der-yus* … mío —insistió, tratando de liberarse del agarre de Axeh para abrazarlo.

El príncipe retrocedió por instinto. Su rostro expresaba repugnancia.

Vi un brillo en esos ojos plateados. Puede que las *aninfs* fueran animales incapaces de sentir emociones humanas ni de

elaborar pensamientos complejos. Pero esa *aninf* en concreto era, sin duda, la excepción. Llegué a la triste conclusión de que, mientras siguiera viva, representaría una horrible amenaza para Callie.

Sin mediar palabra, aprovechando que Antara estaba absorta mirando a Daryos, Cyrus se le acercó por la espalda. Seguíamos en el tramo estrecho del sendero, así que tuvo que maniobrar para colocarse tras Axeh. A una indicación suya, el barog rubio, sin dejar de sujetarla, se inclinó hacia un lado.

Los dedos en garras del rey se cerraron en torno al cuello de Antara y empezaron a presionar. En cuanto ella se dio cuenta, se llevó las manos a la garganta y le arañó los dedos. Pero la determinación brillaba en los ojos oscuros de Cyrus y nada iba a detenerlo. Incrementó la presión y, con un golpe seco, le rompió el cuello a la *aninf*. Jamás olvidaré el crujido de las vértebras. Ni siquiera la tormenta logró enmascararlo.

Daryos contemplaba la escena, atónito.

El rey se deshizo del cuerpo sin miramientos, lanzándolo por el acantilado. Rebotó en el muro y se despeñó en las rocas de la orilla. Después, el agua lo arrastró, río abajo.

Lo siguiente que escuché fueron las arcadas de Emi mientras vomitaba y la suave voz de Jenny intentando darle consuelo, aunque ella misma estuviera en *shock*.

—¿Por qué has hecho eso, Cyrus? —preguntó Daryos petrificado.

—Porque jamás se habría dado por vencida. Nunca te iba a dejar en paz, e iría a por Callie una y otra vez.

—Podríamos haber encontrado una solución menos drástica.

—Créeme, hermano, no la había.

—Cyrus tiene razón. Estos casos rara vez ocurren a lo largo de la historia. Pero, cuando suceden, cuando una *aninf* se vuelve obsesiva, la única opción es acabar con su vida —dijo Xerx, convencido, apoyando al rey.

Daryos seguía horrorizado. Su existencia se había convertido en un infierno en cuestión de segundos.

—Caminemos hasta la parte donde se ensancha un poco este maldito sendero. Entonces, nos organizaremos —dijo el rey.

Chapoteamos en el barro y bajo la lluvia, hasta que el camino se amplió y pudimos descansar unos minutos.

Cyrus ordenó a Ciench que se quedara con nuestro grupo y a Toruch que regresara lo más deprisa que pudiera a la aldea. Debía informar de los últimos acontecimientos, y de que el rey, el príncipe y todos nosotros llegaríamos más tarde de lo previsto. También le pidió que, una vez cumplido su cometido, volviera a lomos de uno de los leones para unirse de nuevo a nosotros cuanto antes. El barog se puso en marcha y enseguida lo perdimos de vista. Al igual que Ciench, Toruch era un guerrero barog experimentado, fuerte y muy veloz.

—Bien, los demás vamos a bajar al río y a seguir la corriente hasta encontrar a Callie —dijo el rey. Todos asentimos, menos Daryos, que estaba en otro mundo—. Xerx, ¿dónde desemboca ese río? ¿Hacia dónde va a llevarla la corriente? ¿Dicen algo de ello tus mapas?

El barog abrió su mochila, sacó un rollo de papel similar al papiro y lo desenrolló ante sus narices. Con un dedo, señaló dónde nos encontrábamos y siguió la línea del río hacia el oeste, que era la dirección de la corriente, y luego viraba hacia el sur.

Su rostro contraído no auguraba nada bueno.

Daryos se colocó tras él y miró el punto donde se había detenido su dedo. Palideció al acto.

—Esto es una pesadilla… No puede estar pasando… —musitó.

—No me jodas… —dijo Axeh, que tenía a Emi abrazada contra su pecho y la mecía con suavidad. Había que reconocer que ese barog rubio era muy atento y cariñoso con ella. Emi había elegido bien.

—El río va a llevarla directa hacia el sur. A los pantanos —dijo Xerx.

—A los hermanos perdidos —añadió Xioh.

Lansh se agitó a su lado. Parecía muy angustiado también. Por lo que había visto, él y Callie se habían hecho buenos amigos.

—No si nosotros llegamos antes —dijo el rey con firmeza.

Daryos se llevó la mano al corazón, y por un momento pensé que iba a darle un infarto. Cerró los ojos y apretó la mandíbula

mientras se masajeaba el pecho con los dedos. Cuando volvió a abrir los ojos, ya no lloraba. Había una determinación cortante en sus pupilas. El verde y el azul brillaban con intensidad.

—Vamos a por ella. No podemos permitir que esas bestias la atrapen.

—Creo que he encontrado algo —dijo Lansh, llamando la atención del rey—. Si seguimos unos metros más, alcanzaremos esa zona de ahí donde los arbustos son más espesos, ¿la ves? —dijo señalando a los lejos con el índice.

Cyrus asintió.

—¿Qué hay ahí?

—Cuando íbamos hacia el templo, me pareció ver una escalinata escarbada en la piedra bajando detrás de esos arbustos. Es empinada y puede que esté en malas condiciones en algunos tramos. El viento y las tormentas castigan mucho esta zona. Pero creo que podríamos descender por ahí.

Cyrus aguzó la vista.

—Buena idea, Lansh. Una vez abajo, seguiremos la senda paralela a la ribera hasta que demos con ella… o alcancemos los pantanos. Recemos para no tener que entrar en la morada de los perdidos.

—Si no encontramos antes a Callie, no nos quedará más remedio que adentrarnos en ese infierno —dijo Daryos con la mirada brillante y el rostro endurecido.

—Pues, entonces, entraremos, hermano. Por el momento, preocupémonos por bajar hasta el agua sin despeñarnos. El descenso no va a ser fácil, sobre todo, para las humanas.

Tras hablar, el rey se giró hacia mí y se aproximó.

—Esto va a ser muy peligroso, Tina. No te quiero entrando en ese sitio, mi reina. Es uno de esos lugares en los que uno quizá pueda entrar…, pero difícilmente logrará salir. Y en el caso de que lo consiguiéramos, lo que presenciarías allí te cambiaría para siempre. Los pantanos no son lugar para las descendientes.

—No te negaré que tengo mucho miedo.

—Tus amigas y tú podríais volver con Cienc a la aldea, allí estaríais a salvo.

—Ni lo sueñes. No pienso dejar a Callie tirada. Ella intentó salvarme más de una vez, ahora me toca a mí. Además, con los tiempos que corren, no es inteligente que tú y yo nos separemos. ¿Y si estallara la guerra y estuviéramos alejados? ¿Y si te ocurriera algo? Donde tú vayas, yo iré contigo. Eso no es discutible.

Me observó como si acabara de ver algo nuevo y excitante en mí. Sus ojos se oscurecieron un poco más.

—De acuerdo, tienes razón. Pero permanecerás cerca de mí en todo momento, y nada de heroicidades por tu cuenta —dijo muy serio. Asentí—. Jenny, Emilia, ¿deseáis seguirnos también o preferís regresar a la aldea?

Mis amigas se miraron.

—Iremos con vosotros —dijo Jenny con voz temblorosa, pero mirada firme.

—Sí, porque no podemos abandonar a la señorita Callie —añadió Emilia con el rostro descompuesto.

—Bien. Lansh, guíanos hacia esas escaleras que has visto. Y que los dioses del manantial se apiaden de nosotros y, ante todo, que protejan a Callie —dijo el rey.

—Que los dioses te oigan, hermano —dijo Daryos.

—Estará bien. Ocurra lo que ocurra, saldrá adelante. Recuerda que logró huir de mí. Callie es valiente y una mujer de recursos. Aguardará lo que sea necesario hasta que lleguemos a por ella.

—Que así sea, C. Porque, si algo le ocurriera a mi *hoa uhane*…, yo no podría seguir viviendo.

El rey apretó la mandíbula.

—La encontraremos. En marcha, barogs. Tenemos un río que vadear.

Tras más de una hora, alcanzamos el río. Lansh nos había conducido por unas escaleras empinadas, excavadas en el precipicio de roca,

por las que habíamos descendido hasta un tramo más suave. Aun así, en aquellas condiciones, resbalando y enfangados hasta las cejas, había sido un calvario.

Todos sin excepción perdíamos el equilibrio constantemente, sobre todo nosotras tres. La lluvia nos había dado un pequeño respiro a media senda, para retomar enseguida su caída con mucha más virulencia. ¡Estábamos envueltas en un maldito tifón tropical!

Al llegar abajo, fui consciente de la violenta fuerza del agua, que arrastraba ramas y guijarros, así como de la anchura y profundidad del cauce. Era mucho más grande y hondo de lo que parecía desde arriba. A su paso, el río rugía embravecido contra las rocas de ambas orillas, arrollando todo lo que encontraba de por medio.

Por supuesto, no había ni rastro de Callie. En caso de que siguiera viva, la corriente la habría arrastrado ya un buen trecho. Xerx decía que un par de kilómetros más allá había un remanso de aguas, antes de que el río prosiguiera con brutalidad. Después, se sucedían unos cuantos rápidos hasta llegar a otro remanso, mucho más amplio que el anterior y donde el agua tenía menor profundidad.

Si la señorita Dawson sobrevivía, probablemente acabaría encallada en uno de esos dos tramos donde las aguas eran más tranquilas. Allí podría agarrarse a las ramas de los árboles colgantes o a una de las muchas piedras que sobresalían de la superficie en esa zona, ya bastante cercana a los pantanos. De hecho, el río era una de sus principales fuentes.

Al menos, de pronto dejó de llover, lo cual nos permitió recorrer el resto del trayecto con mayor facilidad.

Al alcanzar la orilla, nos refrescamos un poco y bebimos. El agua sabía clara y dulce. Las chicas y yo aprovechamos para llenar las cantimploras, así como para limpiarnos las salpicaduras de barro de las piernas y los rasguños de las manos. Los barogs ni siquiera se daban cuenta de esas cosas, pero nosotras sí. A la que empezásemos a andar de nuevo, volveríamos a estar llenas de barro. Pero eso sería después. En ese momento, aunque parezca una estupidez, estar limpias nos hizo sentir un poco mejor.

Repartimos los panecillos que llevábamos en los zurrones y comimos mientras seguíamos avanzando. No había tiempo que perder. No podíamos detenernos. Unos minutos más podrían significar la muerte de la señorita Callie.

El agua era hermosa, completamente cristalina y limpia. Pececillos de los colores más variopintos nadaban en su interior, y una vegetación cada vez más densa flanqueaba la corriente por ambos márgenes.

Xioh nos dio a probar unos frutos de un rojo intenso que se deshacían nada más entrar en contacto con la lengua como si fuesen azúcar puro. Aunque, después de todo lo ocurrido, apenas podíamos probar bocado, el sanador nos dijo que aportaban mucha energía, imprescindible para aguantar la crudeza de ese viaje.

Seguimos caminando entre arbustos, escrutando cada tramo del río, buscando posibles indicios de que Callie hubiera intentado salir del agua por ahí.

Cuanto más avanzábamos, más difícil veía que nuestra queridísima profesora hubiera sobrevivido. La furia de las aguas vapuleaba piedras y grandes troncos como si no fueran más que cañas livianas. ¡Qué no haría con el cuerpo de nuestra profesora!

Daryos caminaba concentrado y cabizbajo, revisando cada recodo, cada roca, cada arbusto… Cyrus iba a su lado y le hablaba, tratando de darle ánimos. Viéndolos así, nadie diría que, tan solo un día atrás, eran enemigos acérrimos.

«¡Cómo cambia la vida en un momento!».

Axeh sujetaba a Emi por la cintura para que no se cayera y la alzaba en brazos cuando había algún tramo difícil que atravesar. Incluso Daryos le ofreció si quería montar un rato a lomos de Enzo para descansar un poco, pero ella declinó la oferta con amabilidad. Jenny también prefirió seguir andando al lado de Xerx.

El león y la pantera nos guardaban las espaldas, atentos por si surgía una nueva amenaza de cualquier rincón de la selva.

En un momento dado, escuché a Xioh comentando que aquellos eran dominios de pulpos gigantes, que al parecer se desplazaban sin problemas no solo por ríos y pantanos, sino también

por tierra. No quise seguir prestando atención. Solo nos faltaría encontrarnos con algo así.

Llegamos al primer remanso de agua y no había ni rastro de Callie. Daryos y los demás barogs peinaron toda la zona, y entre todos la llamamos a voz en grito unas mil veces, pero nada.

Desanimados, seguimos avanzando. La buena noticia era que tampoco habíamos encontrado su cuerpo, así que todavía había esperanza, a la que todos nos aferrábamos.

La vegetación iba cambiando con cada paso que dábamos. Ahora era un poco más oscura y lúgubre. No cabía duda de que toda esa zona carecía de los colores vívidos y radiantes que había hacia el norte. Todo se veía un poco más apagado.

Al llegar al segundo remanso, el más grande, se nos cayó el alma a los pies. Callie no se encontraba ahí. Así que una de dos: o su cuerpo sin vida había seguido el curso río abajo por los rápidos y, de allí, a saber dónde…, o ella había salido del río en algún punto del recorrido y vagaba por la selva, intentando regresar hacia nosotros. Si era así, lo más probable es que lo hubiera logrado en uno de los dos remansos, porque la fuerte corriente se lo habría impedido en cualquier otro lugar.

—Buscad a fondo —ordenó Cyrus.

El príncipe recorrió cada centímetro de las aguas y de la ribera hasta que, de pronto, algo le llamó la atención.

—¡Venid aquí! —dijo con el rostro iluminado.

En sus manos sostenía un trozo de tela beis, como una tira desgarrada, que había encontrado en el margen izquierdo del río, sobre una zona arenosa.

—Callie ha salido por aquí. Quizá cortó un trozo del vestido para vendarse las heridas, provocadas por las garras de Antara, por la caída o por su viaje por el río. —La voz le temblaba.

El rey asintió, poniéndole un instante una mano en el hombro y dándole un suave apretón.

Empezamos a rebuscar por la zona por si había alguna otra pista que nos indicara qué dirección había tomado. Había sangre en alguna roca. Daryos palideció al verla. Yo también. El pobre estaba destrozado.

Tras unos minutos, me uní a mis amigas en la orilla. No tenían muy buen aspecto, así que me senté con ellas y traté de animarlas un poco mientras los barogs y los dos felinos seguían rastreando. Emi tenía petequias rojizas en los párpados de tanto vomitar, y a Jenny se le marcaban unas ojeras violetas. Estaban agotadas.

—La encontraremos, ¿verdad, Tina? —preguntó Emilia con un hilo de voz. Después, le dio un largo trago a la cantimplora.

—Por supuesto, no tengáis ninguna duda. Callie está viva en alguna parte y sabe que la estamos buscando.

Tras un silencio angustioso, Jenny habló:

—La señorita Dawson es lista y valiente. Resistirá.

Asentí con un nudo en el estómago. Porque, por muy fuerte que fuera, estaba ahí sola, en la jungla, herida y, probablemente, muy asustada. Y lo que era peor: cerca de los pantanos.

37 el río
callie

El choque con el agua fue como caer contra cemento. El golpe fue tan brutal que me aplastó las costillas y me arrebató todo el aire de los pulmones. Después, me hundí como el plomo hasta el fondo, aunque no llegué a impactar con el lecho del río. Todo era un remolino de oscuridad aterrador.

Por un instante, pensé que había muerto. Mi cuerpo se había reventado con el impacto y sería arrastrado por la corriente a un lugar donde nadie jamás lo encontraría.

No volvería a ver a mi barog. Su rostro desfiló por mi mente en sus dos formas. Ambas magníficas. ¡Le amaba tanto, joder! No podía creer que, justo ahora que empezábamos a estar tan bien juntos, el destino me lo arrebatara. Bueno, en realidad, el destino me iba a borrar a mí de su vida.

¿Qué haría el pobre sin mí a partir de ahora? ¿Esperar otros doscientos años para unirse a otra humana? Apuesto a que se le habían quitado las ganas de enredar con las *aninfs*… Aquella cabrona… ¡Ya sabía yo que me la tenía jurada! Pero Daryos era demasiado bueno para darse cuenta de esas cosas. No lo culpaba, él era así, pura bondad.

De pronto, mientras la corriente me zarandeaba, fui consciente de que luchaba por respirar. ¿Era posible que siguiera viva? La caída había sido desde una gran altura, aunque no mucho más que esas rocas desde las que los más imprudentes se lanzan al agua en la costa. Bueno, quizá un poco más arriba…

Empecé a patalear con brío y a mover los brazos. Al principio, me costó tanto que el pánico estuvo a punto de dominarme. Sentía los miembros entumecidos, y no tenía ni idea de si me había roto en mil pedazos y aquello sería totalmente inútil.

Entonces, el dolor me aguijoneó cada maldito centímetro y empecé a moverme. Patosamente, pero funcionaba. Estaba viva, y eso era lo único que importaba. Tenía una oportunidad.

Cuando mis pulmones estaban a punto de estallar por la falta de oxígeno y empecé a ver puntitos negros danzando ante mis ojos, al fin logré emerger a la superficie.

Y ahí empezó la verdadera pesadilla.

El agua iba tan deprisa que me estampaba contra las rocas y los troncos que bajaban por el curso del río mientras yo era incapaz de agarrarme a nada. Los remolinos de los rápidos me succionaban y me escupían de nuevo, en medio de espuma blanquecina que se me metía en la boca, los ojos y la nariz. A ratos no veía nada… y a ratos no podía ni respirar.

Me mantuve a flote como pude, cada vez más asustada. Tenía que sujetarme a algo como fuese para detener ese avance enloquecido río abajo. ¿Y a dónde demonios llevaba aquello? ¿Dónde desembocaba? ¿En un mar? Por lo que recordaba del mapa de Xerx, ese río iba hacia el sur…, directo a los pantanos.

«Ni se te ocurra pensar en ello ahora. Ya lo harás cuando sobrevivas a la corriente. Céntrate en sobrevivir», me dije, aunque no sirvió para que me abandonara ese miedo atroz.

A buen seguro, Daryos y todos mis amigos ya me estarían buscando. Intentarían dar con un modo de bajar al río, un poco menos drástico que el mío, y seguirían su curso. Si conseguía mantenerme con vida el tiempo suficiente, ellos me encontrarían.

Por mucho dolor que sintiera en todas partes, debía dar las gracias por estar viva. Con tan solo esa caída, lo más normal habría sido morir en el acto. Pero los dioses del manantial, o quien fuese, me habían protegido, y no podía desaprovechar semejante milagro.

Me concentré en pensar en cosas útiles. Me acordé de que el mapa aún estaba en mi zurrón. Probablemente, el agua ya lo habría deshecho, pero quizás alguna parte todavía era legible. Eso si no lo había perdido. Por fortuna, todavía recordaba vagamente lo que había visto escrito y dibujado, y todo lo que Xerx me había ido explicando. Aquello me serviría de ayuda, ¿no?

Cuando los remolinos se hicieron más frecuentes y la corriente aceleró y se enfrió, me asusté. Sin embargo, tras unos segundos, el terreno se equilibró, la velocidad se fue ralentizando y entré en una especie de remanso de agua.

Con un esfuerzo sobrehumano, logré asirme a una roca para recuperar el resuello. No quise ni mirar el estado de mi cuerpo porque, según las heridas que tuviera, el pánico me dominaría. Así que me limité a escrutarlo todo a mi alrededor.

Junto al río, a cada lado, discurría un pequeño sendero, por llamarlo de algún modo, lleno de barro, vegetación y rocas. Si lograba impulsarme hasta una de las dos orillas, podría recorrer la ribera en sentido opuesto para regresar al punto donde había caído. El problema era que, tras el sendero, se elevaba un muro de rocas a ambos lados del río. Un precipicio imposible de trepar.

Si retrocedía lo suficiente, quizás encontraría algún modo de subir, o tal vez me reencontraría con Daryos y los demás.

Estaba aterrorizada, pero debía soltarme de esa roca. Si permanecía ahí, corría el riesgo de dormirme, o incluso desangrarme. Cuando Antara me empujó, había notado con claridad como sus garras afiladas se me hundían en la carne, así que ahí debía de tener un buen desgarro. Por no hablar de los desperfectos causados por las rocas y las ramas que se habían interpuesto en mi camino durante ese descenso mortal. Por otro lado, si me quedaba ahí agarradita, puede que los míos llegaran a tiempo, me encontraran fácilmente y me salvaran.

«Vale, olvida las heridas. Si tuvieras alguna tan grave, ya habrías muerto. Muévete antes de que el agotamiento te impida dar una brazada más. No puedes confiar en que te encuentren antes del anochecer. Ellos van caminando, y tú has avanzado a toda leche».

Tuve que hacer acopio de todo mi valor para soltarme de esa roca. Me asustaba volver a verme arrastrada por la corriente. Ya había tenido más que suficiente.

No hacía pie en el fondo, así que no podía impulsarme. Avancé despacio hacia la orilla derecha, que era la que tenía más cerca. Ya pensaría después en una manera de cruzar si era necesario. Quizá había algún puente en alguna parte.

«Sí, claro, seguro que habrá un precioso puentecito de piedra justo en el momento en que lo necesites».

Cuando estaba a mitad de camino entre la roca y la orilla, un tronco enorme que bajaba a toda velocidad me golpeó con fuerza. El dolor fue lacerante y, por unos segundos, fui incapaz de seguir nadando. Unos segundos que enviaron mi plan al garete.

La corriente volvió a empujarme y, cuando quise reaccionar, fue demasiado tarde. Unos nuevos rápidos me engulleron y me sacudieron hacia abajo y hacia arriba, una y otra vez. Tragué agua y tosí. Tuve la sensación de que iba a morirme… hasta que llegué a otro remanso, más grande y menos hondo.

Mis pies rozaron el suelo y, pese a que apenas me quedaban energías, logré impulsarme en el barro del fondo hacia el margen izquierdo. Me desplacé penosamente, agarrándome de roca en roca, y alcancé la zona cercana a la orilla. El agua tan solo tenía un palmo de profundidad y estaba mezclada con el barro. Seguí arrastrándome hasta que mi cuerpo dejó de obedecerme.

Un poco más allá de la orilla, se abría un pequeño sendero en medio de la selva. Por esa parte ya no había el muro de rocas imposible de escalar, sino solo vegetación. Olía de un modo extraño, a humedad fuerte y penetrante, como a agua estancada. A tierra empapada y fango, y a un sinfín de aromas de la naturaleza que no sabría identificar. Seguía en Nemea, pero parecía un lugar completamente diferente.

Las cortezas de los árboles eran más oscuras y el verde de las grandes hojas también.

Si bien no quería mirar, no pude evitarlo. Me mareé cuando vi las heridas en mis brazos y piernas. La peor era un corte profundo e irregular en el muslo, del que ahora manaba la sangre. Y luego estaba mi costado. A la derecha, en la zona sobre las costillas, el vestido estaba desgarrado y sanguinolento. Me pasé la mano y vi las estrellas. La hemorragia se había detenido, pero el dolor era atroz.

Y todas esas heridas iban a infectarse como no las curara lo antes posible.

«Mierda. A saber qué bacterias hay en este maldito mundo».

Agarré el borde de mi vestido y conseguí desgarrar dos tiras de tela que, al menos, protegerían las peores heridas de la suciedad. La primera la anudé alrededor de mi muslo. Cuando cogí el otro pedazo, dispuesta a hacer lo mismo con una fea herida en el brazo, el dolor me nubló de pronto la vista.

Me mareé de nuevo y todo empezó a dar vueltas a mi alrededor. Consciente de que, si me desmayaba en el agua, aunque solo fuera un palmo, podría ahogarme, usé las pocas fuerzas que me quedaban para arrastrarme un poco más hacia la orilla embarrada. Avancé hasta que pude tumbarme apoyando la cabeza fuera del agua, aunque todavía tuviera medio cuerpo sumergido.

«Por favor, amorcito, encuéntrame».

Y perdí el conocimiento.

38 YA VAMOS, AMOR
DARYOS

«¡Esto no puede estar pasando! ¿¡Por qué, dioses, por qué me hacéis algo tan horrible!? ¡No me la arrebatéis, os lo suplico!», aullé en mi cabeza. Me dolía tanto el corazón que estaba seguro de que se me había roto en varios pedazos.

Cuando encontramos el trozo de vestido de mi preciosa *hoa uhane*, un rayo de esperanza iluminó mi alma. Ahora sabía que Callie estaba viva y que había alcanzado el remanso. ¡Era tan lista! Se habría adentrado en la selva para buscar un lugar seguro en el que refugiarse y esperar hasta que llegáramos. Ella sabía que yo jamás la abandonaría y que no pararía hasta encontrarla.

«Sé que a veces soy muy pesado e insistente, pero Callie sabe que la quiero con locura. Es que no puedo vivir sin ella, es imposible».

La alegría se acabó en cuanto vi la sangre.

Había manchas de sangre fresca en algunas rocas y en la orilla. Tenía que ser suya. El estómago se me encogió y juro que jamás en toda mi vida me había encontrado tan mal. Me mareé muchísimo. Me doblé por la mitad como si me fuera a desmayar. Mi hermano me sujetó antes de que me desplomara. La vista se me emborronó y solo tenía ganas de llorar como un bebé. Nunca me ha impresionado ver sangre. Pero ¡es que era de mi *hoa uhane*! Me sentía como si fuera a morirme de pena. Jamás había sentido un dolor tan grande en el pecho, ni siquiera cuando mis padres fueron asesinados. ¡Y eso que fue horrible!

Si perdiera a Callie, me tiraría por El Acantilado de la Muerte Abismal. Lo había decidido hacía mucho tiempo, cuando me enamoré de ella como un tonto nada más verla en la Tierra. Y después de tenerla y de estar con ella, ya no podría seguir en este mundo si ella muriera. Así de simple. Ahora que era mía y yo era

suyo, perderla sería como si me arrancaran el corazón del pecho con un cuchillo.

¡Me tenía tan enamorado! Podría estar contemplándola todo el día y jamás me cansaría. A cada segundo me entraban ganas de abrazarla, besarla por todas partes y no soltarla nunca. Su olor, su calidez, su piel suave… ¡Toda ella me volvía loco!

La presión en el pecho no dejaba de aumentar. Solo me apetecía llorar y gritar, pero eso no iba a servirle de mucho a mi amor. Debía apartar la desesperación a un lado y poner todo mi empeño en encontrarla. Seguro que estaba esperando a que apareciera y la salvara. Mi mujer era la más buena, inteligente y preciosa del mundo. Y, ahora mismo, se encontraba sola, herida y asustada, a saber dónde. Si algo le ocurriera…, sería por mi culpa. Yo la traje aquí, a este planeta peligroso y cruel. ¿Cómo podía haberle hecho algo así a la persona a la que amaba más que a mi propia vida?

«¿No creerá que la he abandonado, verdad? No, imposible. Siempre estoy pegado a ella, diciéndole lo mucho que la quiero», pensé.

«¿Ves, amor? Por eso es importante decírtelo tantas veces. Para que, cuando pase algo, sepas que removeré cielo y tierra para llegar hasta ti. Para que sepas que cruzaría el universo entero una y mil veces por ti».

—¿Estás bien, hermano? —me preguntó Cyrus. Parecía realmente preocupado.

—Estoy hecho una mierda, pero no hay tiempo que perder. Hemos de encontrarla. Ya has visto la sangre —dije, haciendo esfuerzos por permanecer erguido.

Por dentro seguía sollozando sin parar, pero intentaba mantener la compostura. Los demás también estaban angustiados, y yo no podía desmoronarme.

Era maravilloso que, después de tanto tiempo, mi hermano y yo volviéramos a estar en el mismo bando. Hasta Enzo y Bazzeila parecían haber hecho las paces mientras caminaban juntos como antaño. Me hacía muy feliz haberlo recuperado. Lo más extraño era que me había acostumbrado en cuestión de segundos, como si todos

esos años de enemistad, que casi habían acabado con nosotros, hubieran desaparecido de golpe… o, incluso, que jamás hubiesen existido.

A ver, nunca había dejado de quererle y, en el fondo, si hubiera estado en peligro, habría hecho cualquier cosa por él. ¡Era mi hermano mayor! Siempre lo había admirado y querido mucho, aunque últimamente me lo hubiese puesto muy difícil.

Lo que intentó hacerle a Callie fue una atrocidad. Si la hubiera forzado para unirse a ella, nunca le habría perdonado. Ahí habría dejado de ser mi hermano. Lo siento, pero es la pura verdad. Algo así no podría haberlo perdonado ni aunque lo hubiese intentado con todas mis fuerzas. Callie era mi límite. Por suerte, llegué a tiempo y me uní a mi preciosa *hoa uhane*, la luz de mi vida.

Nunca había sentido nada igual, lo juro. Cuando la conocí, era como si me hubieran hecho papilla el cerebro y solo pudiera seguir lo que me pedían el corazón y…, bueno, la polla. Necesitaba estar pegado a ella todo el tiempo, tocarla, besarla y hacer con ella todas esas cosas que hacen las parejas vinculadas.

Cuando llegó a Nemea, fue un desastre al principio. Hubo momentos en los que pensé que jamás volvería a quererme, que me odiaba por lo que le había hecho y que mi aspecto barog le repugnaba. Todo eso me puso muy triste. Pero, a medida que nos fuimos conociendo y me permitió mostrarle cómo era de verdad, fui recuperándola poco a poco.

Sé que a ella yo le gustaba mucho en la Tierra. Lo notaba en su olor, su modo de mirarme, sus gestos… Así que, mientras ella me insultaba y se metía conmigo de esas maneras tan graciosas, yo cada vez estaba más enamorado. Y sabía que ella, en el fondo, también lo estaba de mí. No importaba que se empeñara en alejarme con sus palabras mordaces. Yo sabía la verdad.

Me di cuenta enseguida de que estábamos hechos el uno para el otro. No solo por la marca de nacimiento, sino por muchas otras cosas. Todo en ella me fascinaba y enamoraba. Mi corazón se aceleraba cuando estaba cerca de Callie y me ponía cachondo como un rino en época de celo. Solo que mi época de celo no terminaba nunca. A veces me dolían tanto los huevos que no podía ni pensar

con claridad. Pero eso, por supuesto, no se lo decía a ella. Si lo hacía, seguro que me ganaba un bufido o una burla. Así que yo disimulaba como podía, aunque se diera cuenta de todos modos. ¡Y qué bien me lo pasaba con Callie! Nunca me había reído tanto con nadie como con ella.

Así pues, la posibilidad de que ella estuviera sola y herida en cualquier lugar de esa selva me destrozaba por dentro de un modo insoportable. Seguro que estaría muerta de miedo, con todos esos animales que la asustaban tanto rugiendo a su alrededor. Y esa era zona de pulpos gigantes…

«Debería haber aprovechado mejor el tiempo. Tendría que haberle explicado cómo funciona todo en Nemea, cuáles son los animales más peligrosos, dónde ocultarse en la selva, qué bayas comer y cuáles no…», pensé desesperado.

Ahora, tal vez ya era tarde. Había sido un tonto. Estaba tan enamorado y convencido de que no me separaría nunca de ella y que la protegería siempre que no había visto más allá de mis narices. Si la hubiese preparado mejor, dispondría de mejores armas con las que defenderse, en vez de estar a merced de los peligros más horribles con riesgo de acabar…

«Ni hablar. Callie está bien, estoy seguro. Sabrá resistir hasta que demos con ella. Es muy inteligente, mucho más que yo. Y ha aprendido algunas cosas mientras estaba en las cuevas. Tiene un arco y un cuchillo para defenderse, si es que aún conserva el zurrón, y tiene agua del río. Sobrevivirá. Siempre que esas heridas no sean tan graves como parecen…». Temblé.

—Toma, D, mastica esto un rato. Te ayudará a mantener el mareo a raya —dijo Xioh dándome una especie de raíz.

Ya la había probado en otras ocasiones. Era muy útil para combatir el mareo y el vértigo.

Mientras masticaba, empecé a escrutar toda la zona. Mis amigos hacían lo mismo. Las mujeres se habían sentado en la orilla a recuperar el aliento. El día estaba siendo muy duro para todos, y me constaba que ellas apreciaban mucho a Callie. ¡Y quién no la apreciaría! Era la persona más maravillosa que había en el mundo. Si

quitabas toda esa fachada de sarcasmo, había un corazón tan grande como el lago esmeralda entero. Incluso más.

Encontré otro rastro de sangre, pero el agua y el barro hacían difícil que pudiéramos hallar más pistas. Lo importante era que, cuando llegó al remanso, estaba viva. Mi amor seguía en alguna parte, esperándome.

Había sido un completo idiota. Cuando Antara apareció en la cueva, debería haber adoptado una solución más drástica. Pero nunca pensé que fuera capaz de hacerle daño a Callie. A nadie, de hecho.

«Las *aninfs* solo atacan para cazar o cuando se sienten amenazadas y en peligro, ¡no por celos, por los dioses del manantial! Yo nunca le prometí nada, jamás».

Y cuando nos siguió y apareció por segunda vez, tampoco hice nada.

«Eres estúpido. El más imbécil de todos los barogs de Nemea. ¿Por qué no lo viste venir? ¿Por qué no hiciste nada?», me recriminé.

Había tenido la mala suerte de liarme con la única *aninf* diferente de todo el planeta.

Nunca le mentí a Callie sobre ella, menos mal. Si no le hubiera hablado de la *aninf*, las cosas entre mi *hoa uhane* y yo podrían haberse estropeado otra vez. Quise ser sincero con ella, siempre lo he sido y siempre lo seré. No me gusta mentir, y mucho menos a mi hermosa mujer.

Sé que la traicioné en la Tierra, cuando no le expliqué la verdad sobre mí ni lo que iba a ocurrir. Pero no tenía otra opción. Callie estaba sentenciada y habría acabado en Nemea de todos modos. La única posibilidad que tenía de que, algún día, no me odiara y me aceptara como su pareja era enamorándola con mi aspecto humano.

Si me hubiera conocido de entrada en mi forma barog, me habría rechazado sin más, estoy seguro. Nunca me habría dado una oportunidad. Sé que fue rastrero, y no me sentí bien ocultándole la verdad. Solo esperaba poder compensárselo con creces a lo largo de los miles de años que nos aguardaban juntos.

«Voy a hacerla muy feliz. La quiero tanto que duele», pensé, llevándome la mano al corazón. Sentía que me faltaba el aire.

El silbido de uno de mis amigos llamó mi atención.

—¡Aquí hay huellas! —gritó Xerx.

Se había adentrado un poco en la selva siguiendo el curso del río, mientras que Cyrus lo hacía en dirección opuesta, por si Callie había decidido retroceder hacia el lugar donde había sido arrojada al agua para intentar reunirse con nosotros.

Cuando pasé por el lado de las tres mujeres para acercarme a Xerx, vi a la pobre Emilia a punto de vomitar de nuevo. Jenny no tenía tampoco buena cara. Tina era la que mejor aguantaba el tipo de las tres. Realmente, era la pareja perfecta para mi hermano, el gran rey de Nemea. No podía haber encontrado una mejor.

Cuando Callie estuviera a salvo y regresásemos a la aldea, quería hablar con él y que me contara cómo había sucedido todo entre ellos. Yo le hablaría de mi amor por Callie, y él de Tina. Esas eran algunas de las cosas que dos hermanos que se llevaban bien comentaban. Porque la pareja de vida era lo más importante para un barog y había que compartir la felicidad con tus seres queridos.

Pasara lo que pasase, ya no permitiría que volviera a interponerse nada entre mi hermano y yo. Ni tronos, ni profecías, ni los ancianos, ni nada de nada. Los habíamos desafiado en el templo, era consciente de ello. Y no tenía ni idea de qué consecuencias traería nuestra rebeldía. Ya se nos ocurriría algo. Y si ese guardián, Sulveh, había sido sincero, quizás él y algunos otros lucharían de todos modos a nuestro lado llegado el momento.

No comprendía el castigo que habían decidido los ancianos. No mostraban amor por su pueblo. Ya no me quedaba duda alguna de que las cosas en la aldea debían cambiar y tenía la sensación de que Cyrus, al fin, empezaba a verlo también.

Cuando llegué junto a Xerx, estaba bajo una palmera enorme de corteza grisácea. En esa zona, la selva era más oscura, más triste. Su expresión seria de preocupación no me gustó. Lansh y Axeh también estaban ahí, inspeccionando el área, agachados en el barro para que no se les pasara nada por alto.

Al poco llegaron mi hermano y Xioh. Ellos dos habían sido grandes amigos en otro tiempo, antes de que las cosas se estropearan del todo cuando mi hermano los expulsó a él y a Lansh de la aldea. Aquello había sido muy duro para todos y, desde entonces, su amistad había quedado rota. Verlos ahora juntos me llenaba de júbilo, y esperaba con toda mi alma que, algún día, recuperaran por completo su amistad de antaño.

—Mirad, esto está lleno de huellas. Huellas grandes. Son de barogs, no cabe duda —dijo Xerx sin más, señalando varias que se alejaban para adentrarse en la selva.

Hacia el sur. En dirección a los pantanos.

El corazón se me detuvo durante unos segundos, pero no dejé que la tristeza y la angustia volvieran a dominarme de nuevo. Mi *hoa uhane* me necesitaba en plenas facultades, no llorando por las esquinas como un *atontao*, como ella solía llamarme.

¡La echaba tanto de menos! Apenas hacía unas horas que la había perdido de vista y ya me estaba muriendo. Su voz, su modo de mirarme, su sonrisa, su aroma… Todo en ella me envolvía en un estado de felicidad impresionante. Era un tipo muy afortunado por tener a la mejor mujer del universo entero.

—Estas de aquí son un poco más profundas. Tal vez este barog llevaba peso extra —dijo Lansh.

Cyrus me puso de nuevo la mano en el hombro para reconfortarme. Ambos sabíamos lo que eso significaba. Se me revolvió el estómago y a punto estuve de caer de rodillas.

—La tienen ellos. Los hermanos perdidos. Y la llevan a los pantanos —dije con una voz neutra que casi no reconocí como mía.

La luz se había apagado en mi ser y ya no regresaría hasta que encontráramos a mi preciosa Callie y la rescatásemos de las garras de esos monstruos malnacidos.

—La sacaremos de ahí, D, te lo prometo. Nos pondremos en marcha ahora mismo y no pararemos hasta rescatarla —dijo mi hermano.

Lo miré. Sus ojos llameaban de ira. Bien. Tenerlo de mi parte en algo así era una suerte. Porque Cyrus era el mejor guerrero. El

más fuerte y el más salvaje, dispuesto a cualquier cosa cuando tenía un objetivo en mente. Y, ahora, ese objetivo era salvar a Callie.

Sabía que mis amigos no me defraudarían. Harían lo que fuese para ayudarme a traerla de vuelta, aunque pereciéramos en el intento. El problema era que las tres mujeres que esperaban en la orilla sentadas también vendrían con nosotros, y no había forma de dejarlas atrás y mantenerlas a salvo al mismo tiempo.

Así que nos acompañarían. Lo que menos deseábamos era ponerlas también en peligro, y la única manera de que estuvieran seguras era con nosotros.

—Saca uno de tus mapas, Xerx. ¿Cuánto conocemos de las tierras pantanosas? —pregunté.

—Muy poco. Apenas llegamos hasta el lugar en el que nacen los primeros pantanos, no muy lejos de donde estamos. Desde allí, se extienden a lo largo de kilómetros hacia el sur. Al menos, sabemos por dónde empezar a buscar y tenemos una vaga idea acerca de dónde se habían instalado la mayoría de los perdidos la última vez que vinimos a observar. Está a no demasiadas lanzadas de aquí.

—Comencemos por ahí, entonces. Tenemos que encontrar el asentamiento de esos hijos de puta lo antes posible —solté—. Cada segundo que mi Callie pase con ellos, estará en un peligro espantoso.

Apreté la mandíbula y los puños. Si le hacían daño, si le tocaban aunque solo fuera un pelo, los mataría. Los destriparía con mis propias manos como las bestias inmundas que eran.

No tendría piedad.

Nos reunimos con las mujeres y aprovechamos para beber agua y repartir panecillos y frutos secos, que comeríamos de camino a los pantanos. Jenny y Emi parecían aterrorizadas, pero decididas a ir en busca de su amiga. Tina avanzaba a paso firme al lado del rey. Sería una buena reina junto a mi hermano, solo había que verla.

«Allá vamos, amor mío», pensé, encabezando la marcha.

Y recé a los dioses del manantial por que protegieran a mi *hoa uhane* hasta que yo llegase.

39 los hermanos perdidos
CALLIE

Parpadeé varias veces para intentar abrir los ojos. Cuando al fin lo conseguí, el cielo sobre mí era de un azul muy pálido con esos nubarrones blancos espesos. No llovía, lo cual era un verdadero alivio. Intenté incorporarme, pero me fue imposible. Aunque podía mover un poco los brazos y las piernas, sentía como si pesaran una tonelada.

Estaba muy débil. Probablemente, había perdido más sangre mientras permanecía inconsciente. Desconocía si habían pasado minutos u horas. No tenía manera de medir el tiempo más que cuando empezara a anochecer. No debía de haber pasado mucho si mi barog y los demás todavía no me habían encontrado.

El agua era más cálida que antes, quizá porque esa zona era muy poco profunda y, pese a la ausencia de rayos directos del sol, se había calentado durante el día.

Cientos de pájaros exóticos y coloridos sobrevolaron el río. Sus graznidos no se parecían a ninguno que hubiera escuchado en la Tierra.

Las hojas de las palmeras, menos vívidas que las que rodeaban la aldea o las cuevas de los rebeldes, se mecían a gran altura. Hasta mis oídos llegaban también gruñidos y rugidos, procedentes de la vegetación del margen del río. No conocía esa zona y no sabía qué clase de animales merodeaban por ahí. Por lo que había visto en Nemea hasta ahora, no me cabía duda de que serían terribles.

Además, en ese río podría haber pirañas, lagartos gigantes y a saber qué otros animales acuáticos. La sangre los atraería, así que debía salir del agua lo antes posible.

Lo primero que tendría que hacer sería reunir materiales para hacer fuego. Una hoguera alejaría a las alimañas y me permitiría

descansar un poco por la noche, si es que la oscuridad me alcanzaba sola en ese paraje. Recé para que no fuera así y que, para entonces, Daryos ya estuviera ahí.

Sin duda, el río me había arrastrado lejos de ellos, o de otro modo ya habrían llegado. Tampoco tenía manera de saber cuántos kilómetros había recorrido y cuántos tendrían que recorrer ellos por tierra para llegar hasta mí.

Ya no podía esperarlos más en esa posición. Allí era un blanco fácil para cualquier depredador. Me aterraba que se me acercara algún animal. Era un maldito milagro que todavía no hubiese visto ninguno. Seguro que ya me habían olfateado y aguardaban el momento adecuado para lanzarse sobre mí.

Me pregunté qué habría sido de la *aninf* maligna. No la había visto lanzarse detrás de mí por el acantilado para acabar el trabajo, aunque tampoco es que yo viera muchas cosas cuando estaba en plena caída libre. ¿Y si me había seguido para rematarme? Empecé a entrar en pánico.

«No seas tonta. Si se hubiese lanzado tras de ti en plan Kamikaze suicida, a estas alturas ya te habría encontrado y, muy probablemente, despedazado. Me pregunto qué hará Daryos al respecto a partir de ahora. Como vuelva a decir que es inofensiva y no sabe lo que hace, yo lo mato».

Después de varios intentos, conseguí ladearme un poco para incorporarme. Impulsándome con las manos, al fin logré sentarme. El agua todavía me cubría la parte inferior del cuerpo.

Mover las piernas para levantarme fue mucho más duro. Afirmé los pies en el barro y fui irguiéndome poco a poco. No conseguí mantenerme derecha por completo, ya que el dolor en el costado era atroz. Así pues, caminé unos metros medio encorvada.

Y entonces lo sentí.

No estaba sola.

Todavía con los pies en el agua y agarrándome el torso con la mano para no gritar de dolor, alcé despacio la vista. Cinco barogs enormes me rodeaban, mirándome fijamente. Dos de ellos, situados en la orilla embarrada, eran… distintos. Tenían los ojos extraños, sin diferenciación entre el iris y la pupila, y una expresión de vacío en el

rostro, como algunos de los que nos habían atacado en la gran roca negra. Los otros tres estaban en el agua, muy cerca de mí.

Eran hermanos perdidos.

Empecé a tiritar e intenté alejarme de todos ellos unos pasos. Quizá si lograba llegar al centro del río y dejarme arrastrar de nuevo por la corriente…

El que parecía el líder, un barog descomunal, clavó sus ojos azules en los míos. Una cicatriz le atravesaba el párpado, desde la ceja hasta el pómulo. En uno de sus pectorales, lucía una espiral no tatuada, sino marcada en la piel, como si se la hubieran grabado con un punzón. Me estremecí.

—No te haremos daño —dijo con una de esas voces guturales tan propias de los de su especie. Este era un barog como mis amigos.

Por supuesto, no creí en sus palabras en absoluto. Ya llevaba demasiado tiempo en Nemea como para fiarme de nadie.

Avanzó varios pasos hacia mí. No tenía escapatoria y lo sabía. Así que me dejé caer y me senté en el suelo otra vez, exhausta y dolorida.

Alcé la vista al cielo, cargado de nubes. No tardaría en volver a llover. Cerré los ojos un instante e inspiré hondo. El olor a tormenta me llenó los pulmones.

Cuando los abrí, mi mirada se encontró de nuevo con la del líder. Temblé.

Solo podía rezar para que Daryos llegara cuanto antes hasta mí.

Continuará...

ACERCA DE LA AUTORA

Charlotte T. Loy es una escritora de fantasía y romance cuyos libros te sumergen en mundos plagados de atractivos seres misteriosos, acción trepidante, amores salvajes y fuerzas sobrenaturales, a través de historias tan apasionadas como aterradoras.
Sus personajes son arrastrados hacia destinos oscuros e intensos romances llenos de peligros. Vampiros, licántropos, ángeles, eternos y todo tipo de seres legendarios aparecen en sus adictivas novelas, alterando para siempre la vida de los humanos que viven entre ellos… y también la tuya.

Aunque ha pasado la mayor parte de su vida en España, entre Barcelona y la Costa Brava, actualmente vive en Inglaterra con su familia, donde se dedica exclusivamente a su gran pasión: escribir.

Hasta el momento ha publicado las siguientes sagas: *Ocultos en el bosque*, de fantasía y romance paranormal; *Los Guerreros de la Tierra,* de *Romantasy;* y la *Saga Vampiros,* de terror y romance paranormal.
También las novelas autoconclusivas *Bajo las alas de Lucifer*, un thriller romántico sobrenatural, y el romance contemporáneo *La mejor sonrisa del mundo.*

Además, es autora de varios relatos como: *El Cuervo justiciero y el caso número 13*; *La última cacería*; *El accidente; Michael*, *Capitán de los Ejércitos Celestiales*; *Jack Rowan, el ancla*; y *Siete postales* (incluido en la antología de relatos navideños *Navidad con derecho a roce*), entre otros.

Prisionera del rey barog es la segunda novela de su nueva saga *El rapto de las descendientes,* de *Alien Romance.* La primera novela es *En brazos del barog.*

Puedes seguirla en sus redes (Instagram, Facebook, TikTok y Tumblr): **@charlottetloyauthor**

Club de fans de Telegram: https://t.me/+hgBq-4X7PnoxYzI0
CHARLOTTE T. LOY

AGRADECIMIENTOS

Esta saga de Alien Romance está siendo una sorpresa para mí. En primer lugar, porque jamás pensé que escribiría un libro de este género, que apenas conocía y que he descubierto que me apasiona. En segundo lugar…, porque, al igual que mis sagas anteriores, me está dando unas alegrías enormes.

Cuando acabé Los Guerreros de la Tierra, me convencí de que nunca sería capaz de escribir otra historia tan grande como esa. Esa saga y sus personajes se llevaron buena parte de mi alma, y apenas creía que pudiera sumergirme de nuevo con tal intensidad en otra historia de ese calibre. Estaba muy equivocada.

En cuanto nacieron Daryos y Callie, me vi arrastrada por ellos desde el principio por completo. Me enamoré del mundo de Nemea en el acto y me entraron unas ganas locas de desarrollar las aventuras de los Barogs, esta especie salvaje, valiente, feroz y excitante que he creado de la nada y que me tiene robado el corazón.

Al igual que mi saga anterior, esta historia es, a veces, dura, cruda y despiadada. Sin embargo, tiene también grandes dosis de humor, aventura trepidante y, por supuesto, de romance y *spicy*. ¡Vaya, ese cóctel que nos encanta!

Y después de todo este rollo, voy a lo importante. A todos vosotros. Porque hay mucha gente a la que dar las gracias desde lo más hondo de mi alma.

GRACIAS a mi marido y mis hijos, por vuestro amor incondicional y por lo feliz que me hacéis cada día de mi vida. Soy muy afortunada por tener una familia tan MARAVILLOSA. Jamás me cansaré de decir que os quiero hasta el infinito y más allá.

GRACIAS a mis queridísimas Supernenas, las grandes escritoras y bellísimas personas, Deborah P. Gómez, alias "la pelirroja homicida", (@deborahpgomez) y Jessy CM, alias "la morena despiadada", (@jessy_cm_writer). Gracias por estar ahí siempre, por acompañarme en este nuevo viaje por la selva con la misma alegría y cariño de siempre. Gracias por todas las charlas, las risas, las idas de olla, el apoyo… En definitiva, gracias por vuestra amistad, que para mí es un auténtico tesoro. Encontraros a estas alturas de la vida ha sido una de las cosas más increíbles que me han sucedido. Espero seguir compartiendo con vosotras mis historias y, por supuesto, las vuestras. Ya sabéis que soy vuestra fan número 1. ¡Tengo las mejores lectoras cero del mundo!

GRACIAS a mi buena amiga Manuela (@manuelaramirez_escritora) y gran escritora por todos estos años de amistad y apoyo mutuo, por nuestras conversaciones y risas. Porque, desde que nos conocimos, hemos disfrutado de nuestras historias y compartido muchas cosas, día tras día. ¡Por muchos años más!

GRACIAS también a Ely (@elypedarc), Ara (ara_pasionporloslibros) y Gema (@gema_lectora), las magníficas fundadoras de mi club de fans en Telegram. Mil gracias de todo corazón por vuestro apoyo constante a mis novelas. ¡Sois lo más grande! Os agradezco de todo corazón el cariño que me dais día tras día, tanto a mí como a muchos otros escritores. ¡Hacéis el mundo literario mucho mejor! Os adoro.

GRACIAS a las maravillosas Asun (@lalokadeloslibros_84) y Estrella (@leyendoconestrella), dos bookstagrammers como la copa de un pino y hermosas personas. Mil gracias por vuestro apoyo y amistad. Me emocionó mucho conoceros al fin en persona. ¡Sin duda, lo repetiremos!

Mil gracias también a muchos otros bookstagrammers maravillosos y a magníficos compañeros escritores que siempre están ahí dando

cariño, alegría y apoyo, y con los que compartimos esta gran pasión por la lectura y las buenas historias.

GRACIAS muy especiales a todas mis lectoras del club de Telegram, mis queridas "charlotteras". Mil gracias por vuestro apoyo, vuestros comentarios, vuestro cariño… Y, sobre todo, mil gracias por disfrutar de mis historias y emocionaros con ellas tanto como yo. ¡No sabéis lo que eso significa para mí! Mil millones de gracias desde el fondo de mi corazón.

Y, por supuesto, MIL MILLONES DE GRACIAS también a todas mis lectoras, las mejores del mundo mundial. Este sueño increíble no sería posible sin vosotras. ¡Os adoro!

Espero que hayáis disfrutado de esta historia tanto como yo. Y ya sabéis… ¡Muy pronto regresamos a la jungla con la tercera parte de la saga!

Besos y felices lecturas.

Charlotte T. Loy

NOVELAS DE CHARLOTTE T. LOY

Saga Ocultos en el bosque:

El Padre de Lobos
La cazadora de bestias
El corazón del lobo
El poder del licántropo

Saga Vampiros:

Los hijos del viento del norte
La furia del viento del norte
La alianza del viento del norte

Saga Los Guerreros de la Tierra

Amor eterno
Hielo eterno
Eternos al fin
Fuego eterno
Eternamente tuyo

Saga El rapto de las descendientes

En brazos del barog
Prisionera del rey barog

Bajo las alas de Lucifer

Bajo las alas de Lucifer (novela)
Michael, el Capitán de los Ejércitos Celestiales (relato corto)
Jack Rowan, el ancla (relato corto)

La mejor sonrisa del mundo

Fantasía y Romance
Charlotte T. Loy
Author